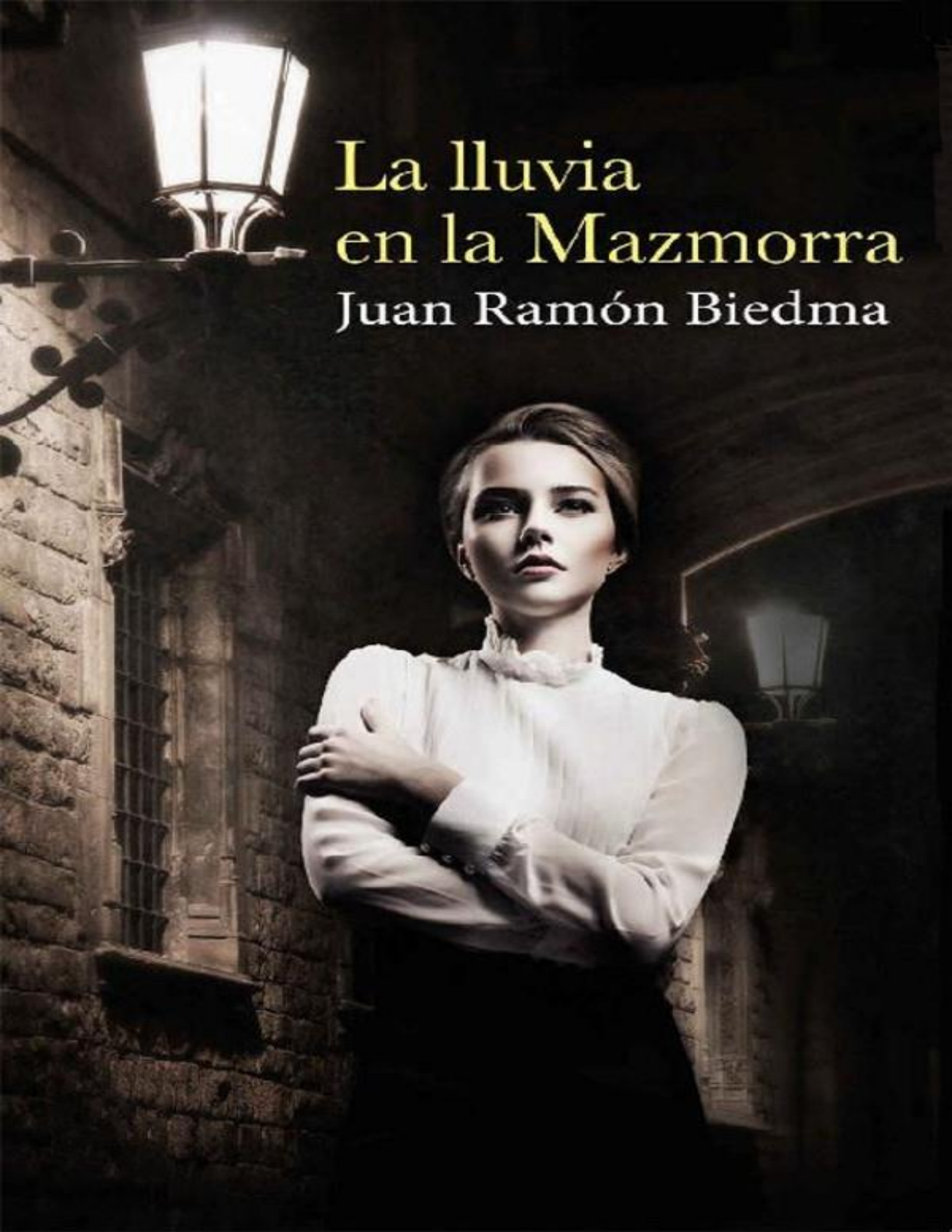
La lluvia
en la Mazmorra
Juan Ramón Biedma

Durante los tres últimos días del mandato del general Primo de Rivera, la disputa por controlar un paquete de cartas destinadas a Alfonso XIII, redactadas por algunos de los prohombres más poderosos del país, obligan al escritor Enrique Jardiel Poncela, a una solitaria profesora, a una joven dramaturga y a un sereno de oscuro pasado a convertirse en detectives lo que los conducirá desde los ambientes teatrales y artísticos hasta algunos de los parajes más extravagantes del Madrid de los años treinta: apuestas clandestinas de riesgo extremo, el atraco de cadáveres con las facultades, asilos de actores, los llamados Cementerios Ambulantes o la vida oculta de la aristocracia más próxima a la monarquía; recorrido que desvelará un entramado trascendental para el futuro del país.

Juan Ramón Biedma

La lluvia en la mazmorra

Título original: *La lluvia en la mazmorra*
Juan Ramón Biedma, 2016

Revisión: 1.0

TRAGICOMEDIA CRIMINAL DE LOS AÑOS TREINTA
EN CUATRO PRÓLOGOS,
TRES ACTOS,
DOS EPÍLOGOS
Y UN COMENTARIO DEL AUTOR.

PRÓLOGO
Luis Alberto de Cuenca
Profesor de Investigación del CSIC

Decía André Breton, en su hermosísima pieza poética *L'Union libre*, que los ojos de la amada —cuyo cuerpo recorre meticulosamente a lo largo del poema— son «agua para beber en prisión». Hay que reconocer que un vaso bien colmado de agua helada y cristalina en una cárcel tórrida situada en la frontera de México con Texas y en la segunda mitad del siglo XIX (por añadir una precisión cronológica que ayude a imaginar la escena). Es un verdadero acontecimiento para el cautivo, acostumbrado al turbio brebaje que su carcelero le presenta a diario en una jarra de loza basta y desportillada. Pues bien, la última novela de mi amigo Juan Ramón Biedma (Sevilla, 1962), que empieza donde terminan estas líneas, ha causado en mi ánimo lector las mismas gratas impresiones que aquel vaso de agua —o de ojos de novia añorada— que el prisionero recibió en aquella cárcel imaginaria. Narrativa de ley, ubicada en las lindes de la mejor tradición clásica, *La lluvia en la Mazmorra* redime penas, lava el mundo, asegura fertilidad en el desarrollo de la prosa española contemporánea. Más allá de las virtudes que acompañan a su escritura, la novela de Biedma tiene un protagonista de excepción, tanto para el propio escritor, que lo ha admirado siempre, como para este lector que les habla, que lo ha amado desde su remota niñez, cuando los dinosaurios ramoneaban en los bosques de helechos gigantes y las calabazas hablaban.

En efecto, Enrique Jardiel Poncela ha sido siempre un modelo literario y vital para Juan Ramón y para mí. Por eso lo ha insertado

en *La lluvia en la mazmorra*. Por eso estoy escribiendo yo estos párrafos. Él confiesa sentir por Enrique una debilidad rayana en el cariño y en la devoción más entusiastas. Yo crecí con Enrique en el perenne recuerdo de su primera novia, Amparo Robles, que ejerció de segunda madre para mí desde que cumplí mis primeros dos años de vida hasta los veintitantos, cuando se jubiló y dejó de trabajar en casa de mis padres como señorita de compañía. A Amparo se le iluminaba la cara cuando hablaba de Enrique Jardiel Poncela. Este le había consagrado, cuando ella se puso de largo, un delicioso juguete cómico cuyo manuscrito obra en mi poder y que lleva por título *El vestido largo. Monólogo corto*. Allá por 1984, cuando Amparo aún vivía, hice imprimir por primera vez ese monólogo, en el que Rosario (una máscara de Amparo), dice cosas divertidísimas y al frente del cual consta la siguiente dedicatoria: «Para ti, Amparo, en recuerdo del día en que te pusiste de largo. 26 de marzo de 1920. Tu Enrique».

Jardiel Poncela murió cuando yo era un bebé, de modo que no pude conocerlo personalmente. A través de Amparo, sin embargo, llegué a tener un conocimiento de él mayor que el que me hubiese procurado un trato banal o superficial con él, de esos que los discípulos mantienen con los maestros en cualquier parcela del arte. Con *La lluvia en la mazmorra*, de Juan Ramón Biedma, la sensación de cercanía con el personaje se ha acentuado, nos hemos hecho todavía más íntimos. Eso es algo que tengo que agradecer al novelista sevillano, con quien comparto a uno de los más chispeantes humoristas de la literatura española de todos los tiempos, que pasea su genio y su figura por las páginas de esta formidable novela.

Madrid, 3 de abril de 2013

El buen teatro, para mí, está compuesto por los pensamientos, las palabras y los gestos que les son arrancados a los seres humanos en su camino hacia, o en su huida de ella, la desesperación.

KENNETH TYNAN, *El teatro y la vida*

PRÓLOGO I
(Viernes, 24 de enero de 1930)

Un vuelco y un revuelco.

El corazón se le hunde en el pecho.

El aplauso es un aguacero que cesa y no cesa.

Ana Ermitaño detiene su avance al borde del proscenio y se echa a la cara, a los pulmones, los vítores del público que desde la platea al quinto piso colma hasta el último asiento del Teatro Español de Madrid. Ni don Alfonso XIII falta al estreno de *La zapatera prodigiosa*, la última de García Lorca, aunque según muchos, su majestad falta bastante menos de la cuenta a las funciones que gobierna la Ermitaño.

Los espectadores más próximos atribuyen a la emoción por el cálido recibimiento el traspié previo a un temblor ligero en las piernas que ya no abandonará a la actriz mientras alarga los brazos buscando con discreción algún asidero donde apuntalar su falta de equilibrio, como si ya hubiera empezado a hundirse en la tierra, y parpadea muy deprisa para descartar la visión de la mujer sin labios en la primera fila, la falta de ojos en el hombre que se sienta a su lado, la ausencia de orejas en el siguiente, como si la realidad que la ha acogido hasta ahora hubiera comenzado ya su proceso de desintegración.

La salva no solo no se agota sino que parece remontar.

La mujer mira hacia atrás para empaparse del ambiente de la obra, de la suave luz anaranjada que invade la escena desde el falso ventanal, llenando de alegría la habitación de trabajo del zapatero tal y como especificó el autor; tendría que haber entrado gritando en

el escenario, pero necesitaba unos segundos para respirar aquella última ovación y seguro que su querido Federico le perdona la licencia; si no es así, ella ya no estará allí para enterarse.

Al final, los espectadores deciden cederle el turno y van dejando desganadamente de aplaudir.

Antes de empezar su parlamento ya sabe que le fallarán las fuerzas, que no podrá llegar ni siquiera a la conclusión del primer acto y mucho menos entregar al rey, después de la obra, la pitillera que lleva oculta entre sus ropas.

ANA ERMITAÑO.— Cállate, larga de lengua, penacho de catalineta, que si yo lo he hecho… si yo lo he hecho, ha sido por mi propio gusto… Si no te metes dentro de tu casa te hubiera arrastrado, viborilla empolvada; y esto lo digo para que me oigan todas las que están detrás de las ventanas. Que más vale estar casada con un viejo, que con un tuerto, como tú estás. Y no quiero más conversación, ni contigo ni con nadie, ni con nadie, ni con nadie…

No puede continuar.

Siente como la sangre le empapa el vendaje que se ha improvisado antes de salir, seguramente los compañeros que la observan más allá del foro ya se habrán percatado de la mancha en su vestido.

ANA ERMITAÑO.— … ni con nadie, ni con nadie…

Ha sido una décima, pero se ha quedado dormida en pie, sostenida por toda una vida engarzada con la utilería de los escenarios. Palpitaciones, sofoco, vueltas y vueltas. Tiene que aprovechar aquellos últimos minutos para acercarse al monarca, tiene que cumplir aquel último compromiso.

Se dirige a la escalerilla para cruzar el foso, se sumerge en el silencio del patio de butacas. No puede creerse que las cientos de

personas que atestan el teatro no murmuren ni una sola palabra, ni un gesto de asombro, mientras la protagonista de la obra rompe su monólogo y abandona la escena, pero estamos hablando de Ana Ermitaño, no hay actriz más traída y llevada, sus admiradores están dispuestos a recibir de ella lo que jamás consentirían en ningún otro.

Por eso nadie levanta la voz, aunque algunos del fondo se incorporan para no perderse un detalle, mientras Ana sigue bordeando la platea camino del *palco bajo* desde el que la observa su alteza, más boquiabierto que nunca.

Cuando llega a la altura del hombre con el que tanto ha compartido en los últimos meses se detiene, mirándolo de frente mientras el mundo se le despinta.

Todos pueden ver que las piernas ya no van a sostenerla mucho tiempo. El director y el médico del teatro, con un trotecillo indigno, atraviesan el escenario en su dirección. Un suave pero creciente clamor ya ha prendido en el público.

La mujer se lleva las manos a la espalda, pero no es la cuchillada que le va costar la vida lo que busca; de entregarle al jefe del estado la pitillera que oculta en la cintura depende la salvación del alma de su hijo, que no es lo que más, sino todo lo que le importa en estos instantes de despedida.

El Borbón, jugando a temeroso, retrocede en el asiento y se oculta el bigote con la mano para que solo los más próximos puedan percibir su conocida voz monjil.

ALFONSO III.— Si tengo que escoger entre una mujer inoportuna y otra con aliento a ajo… elijo una partida de billar con los amigos. Vámonos de aquí.

Ana Ermitaño cae.

Un muro de guardaespaldas se materializa alrededor del rey y enseguida el palco queda desierto.

La mujer no se mueve y los espectadores más próximos no se atreven a tocarla.

Enseguida está allí el médico, que la palpa, la gira, la coge en brazos y pide ayuda a los más cercanos para trasladarla al camerino, empapándose en su sangre, notando el objeto rectangular que lleva en la faltriquera y que solo cuando se encuentre a solas con ella podrá comprobar que se trata de una petaca con el escudo borbónico en su interior.

La mayoría de los asistentes permanece en sus butacas.

Todavía queda en todos un resto de esperanza de que la muerte de Ana Ermitaño no sea más que un artificio de la representación.

PRÓLOGO II
(Sábado, 25 de enero de 1930)

Desde hace un buen rato, una niña que le recuerda a sí misma pero con una persistencia que ella nunca tuvo, otra alegría y veintitantos años menos corretea unos metros por delante pateando una pelota de trapo.

Antolina Vilches Veltrán se adapta al paso de la cría, tiene y no tiene prisa, quiere seguir y también darse la vuelta, aunque prevalece el deseo de terminar con aquel estúpido asunto de una vez.

A la vuelta de la esquina, ni que la estuviera esperando, un hombre con traje a cuadros pisa la pelota y su dueña apenas logra detenerse a unos centímetros del barrigón cuadriculado. Antolina también se detiene, simulando contemplar el escaparate de una quincallería donde un cartel sigue dando la bienvenida a 1930, aunque el año tiene ya más de tres semanas de antigüedad. El sujeto mira fijo y áspero a la chiquilla, se lo piensa, adelanta pelvis y panza hasta casi tocarle la nariz y le devuelve la pelota de un toque suave.

La niña sigue con su correría, el hombre a su saga y Antolina, que lleva doce años dando clases a *niños especiales* y algún instinto de protección habrá desarrollado, detrás de los dos.

Además, van en su misma dirección.

Se dice que no debe darles más vueltas, que bastante misterio tiene con el que la lleva a una tienda desconocida convocada para una comprobación absurda por alguien de quien no había oído hablar en su vida.

Otra revuelta que hacen la cría y el individuo sigue poniéndolos en camino a la calle Postas, como si ellos también, al igual que la maestra, se dirigieran a la tienda de juguetes del número 14B; la maestra había recibido la carta dos días antes, una nota muy breve pero en un tono casi encogido de tan educado, donde el propietario del establecimiento le explicaba por encima que, haciendo inventario, encontró algo a su nombre cuya procedencia le resultaba tan inexplicable que se había decidido a escribirle para que lo examinara por ella misma. No dice qué. No dice más. Al principio le pareció un mensaje de propaganda, pero no era ese el estilo, y como no tenía mejor que hacer, nunca tenía nada que hacer excepto sus clases, decidió aprovechar el sábado por la tarde para acercarse.

El tipo del traje a cuadros le daba mala espina; la niña había atravesado la carretera y él seguía detrás, a su paso pero derechito, sin perderla de vista. A lo lejos distingue a un barquillero, con su cesta y su ruleta, y piensa en adelantarse, invitar a un dulce a la chiquilla y entretenerla hasta que el individuo se pierda de vista.

Iba siendo raro cruzarse con un vendedor de barquillos; Primo de Rivera, que hasta hacía pocos años era considerado por tantos como *el gran salvador de la patria*, estaba llevando al país a la miseria y cada vez había más desempleados, gente que no podía costearse ni los más pequeños lujos. Antolina se acuerda de otro barquillero, muchos años atrás, ante el que se paró con su padre un domingo que paseaban solos los dos. Cuando ella tenía ya en la mano la galletilla con sabor a canela, al vendedor se le metió entre ceja y ceja engatusar a su padre para que se jugara el importe del dulce en la noria, como ya había convencido al resto de los compradores; la costumbre era esa: todos metían en aquellas norias cilíndricas que los vendedores acarreaban por la ciudad con una correa al hombro y el perdedor pagaba la consumición de los demás. Se ve que su padre quería lucirse delante de ella o que el barquillero se dio muy buena maña con su palique, el caso es que aceptó. Pagó los barquillos de todos con una sonrisa, se levantó el sombrero para saludarlos, la tomó por los hombros y tuvieron que volverse a casa

porque había perdido las pocas perras de las que disponía para convidarla a comer en un merendero.

Describiendo un ángulo recto, la niña de la pelota de trapo cambia de opinión y de acera, perdiéndose detrás de otra esquina, hasta el punto de que el hombre del traje a cuadros debe forzar una carrerilla para no perderla de vista.

Para seguirlos, Antolina también se tira a la carretera.

Por poco, por muy poco, no pasa de allí.

El manchón negro de una camioneta Ford modelo T, *SALAZONES ADRIÁTICO, Repartos*, le pasa tan cerca que le parece notar hasta el sabor de la pintura acharolada. El conductor no frena ni grita por la ventanilla, sigue su camino a la misma velocidad que si no la hubiera visto o que si el incidente no tuviera ninguna importancia, vida más o menos.

Entre que se repone, termina de cruzar y llega a la esquina, la niña de la pelota y su perseguidor se han perdido de vista. Casi se detiene, pero no. Seguro que la niña está a salvo. Sus malos presagios se fundamentan solo en las noveluchas francesas de las que se atiborra.

La calle Postas está allí, y la tienda de juguetes, a un paso. Debe concentrarse en lo que le dirá al dueño cuando llegue, un tal Román Nosequé, o mejor aún, sacar del bolso la carta recibida y dejar que sea él quién se explique, que para eso ha sido quien la ha requerido.

Al pasar por la siguiente bocacalle, se encuentra con una pelota de trapo abandonada.

Es un callejón renegrido rancio roto rezumante retorcido.

No se escucha nada, no se ve a nadie, nadie pasa.

No quiere ni pensar en la posibilidad de adentrarse en él.

No se permite suponer que el hombre del traje a cuadros haya atraído a la niña a las profundidades de la callejuela para hacerle algo todavía más inimaginable.

Hasta este momento no se percata de las palpitaciones que la acompañan desde que la camioneta estuvo a punto de llevársela por delante, de la sensación de frío provocada por el sudor que se le ha

solidificado en la espalda, sol falso de sábado por la tarde.

Continúa su camino.

Enseguida está en el número que busca de la calle Postas.

JUGUETES LORANCA.
Venta al detalle.
Coleccionistas, reparaciones.

Abre, entra, cierra.

Nadie detrás del mostrador, ningún cliente. La semioscuridad pardusca del interior y las esquilmadas estanterías le producen la sensación de que ha entrado en los últimos momentos de la tienda, muy poco tiempo antes de ser vendida o abandonada.

Trenes de madera, un barco, algunas motos, un enorme ganso de hojalata. Un diábolo de madera, hierro y goma. En una mesa, tiras de cromos agrupados por temas. Las estrellas del local son una casa de muñecas y una estación de trenes, ambas edificaciones apoyadas en el suelo, contra paredes opuestas. Un puñado de soldados de plomo refleja la rebelión contra el gabacho del 2 de mayo, pero hay mucho claro tanto entre los soldados franceses como en los insurgentes españoles, como si la máquina del tiempo acabara de estropearse y los estuviera devolviendo por grupos a su época de procedencia.

Poco a poco, Antolina se va dejando llevar por el encantamiento viejo y polvoriento del local, y no se conforma con mirar de lejos las figurillas; cuando empieza a revolver los cromos con dibujos en ambas caras fabricados por la barcelonesa Ediciones Barsal, escucha un sonido a su espalda.

Desde detrás del mostrador, comienza a ascender —en un primer vistazo cree que a crecer— la figura de un muchacho que sube por una trampilla que debe conectar el establecimiento con su sótano.

ROMÁN.— Perdone, estaba en el taller. Muy buenas.

ANTOLINA.— Buenas. —Rebusca en el bolso y extrae la carta—.

¿Román… Loranca?

ROMÁN.— Sí, yo soy. —Veintidós o veintitrés años, alto y buen mozo, muy formal con su traje caqui de espiguilla y la corbata a juego, un poco serio para su edad.

ANTOLINA.— He recibido esto. —Le tiende la carta.

ROMÁN.— Doña Antolina Vilches Veltrán —afirma, no pregunta, sin necesidad de tomar la carta de manos de la mujer.

ANTOLINA.— Sí.

ROMÁN.— He sido yo quien le ha escrito.

ANTOLINA.— Bien.

ROMÁN.— *(Asiente un par de veces en silencio, comienza un dibujo con el dedo en el barniz del mostrador)*. Sí…

ANTOLINA.— Pues usted dirá —más divertida que impaciente ante la indecisión del joven.

ROMÁN.— Sí… Verá —borra con la palma el dibujo invisible de la madera—, esta tienda siempre la ha llevado mi padre; fíjese, trabajó aquí como aprendiz y se la legó su antiguo dueño, hace más de cuarenta años. Él vendía los juguetes, trataba con coleccionistas de todo el mundo, los reparaba, todo. De hecho, desde que me hice mayor, yo apenas aparecía por aquí y menos cuando aprobé las oposiciones a secretario de ayuntamiento el año pasado y tuve que mudarme a Aranjuez.

ANTOLINA.— ¡A Aranjuez! —ironiza, extrañada pero no molesta ante el largo preámbulo; no se siente mal allí—. Felicidades.

ROMÁN.— *(Un poco azorado)*. Pero hace tres semanas mi padre nos dejó. Fue una cosa repentina. —Breve pausa para volver a borrar otro dibujo invisible del mostrador—. Soy hijo único, así que he tenido que solicitar una excedencia para catalogar todo esto y

traspasar el local; un trabajo de locos, ya que mi padre, como tantos artistas, era un poco mudadizo para el archivo o la contabilidad y estoy teniendo casi que adivinar cuáles eran sus contactos, proveedores… —La mira de frente por primera vez—. Pero perdóneme, *usted* dirá que qué le importa a *usted* todo lo que le estoy contando.

ANTOLINA.— Pues la verdad es que no termino de explicarme su carta de *usted*.

ROMÁN.— Muy pronto lo entenderá, pero tendrá que hacerme el favor de acompañarme al sótano.

ANTOLINA.— ¿Y no puede contármelo aquí?

ROMÁN.— Es que debo enseñarle algo. No tardaremos. —Se desplaza a un extremo del mostrador y levanta la tapa para que pase al interior.

No hay nadie más que ellos en la tienda y ninguna persona sabe que está allí; no le hace ninguna gracia descender a aquella catacumba penumbrosa para resolver un misterio que no sabe adónde puede llevarla, pero el muchacho parece de confianza, muy empeñado en que lo siga, y no se decide a negarse.

ROMÁN.— Tenga cuidado con los escalones.

Una inclinadísima escalerilla de material los deja en una sala de techo bajo a cuyos confines no llega la iluminación de tres quinqués de petróleo repartidos por otras tantas mesas a rebosar de pequeños miembros humanos mezclados con ruedas dentadas, tornillos y toda clase de piezas inidentificables; una morgue para enanos en un taller de mecánica.

El dueño se acerca a una cuarta mesa hasta ahora a oscuras y enciende otra lámpara que, aunque más potente que las anteriores, no logra licuar las sombras del resto de la cripta. Lo que muestra es

más bien un banco de trabajo, limpio y perfectamente ordenado, con un tornillo a rosca para sostener las piezas y una enorme lupa sujetos a los bordes, un estuche de herramientas de precisión y un extraño muñeco de medio metro de altura sentado en un pequeño pupitre al que le falta una pierna, mirando expectante hacia arriba mientras sostiene un lapicero sobre una hoja amarillenta de papel.

ROMÁN.— Cuando senté plaza, intenté convencerlo para que instalase la luz eléctrica, le dije que yo correría con los gastos, pero no hubo manera. Se dejaba los ojos aquí. Este era su laboratorio, se pasaba las horas muertas reparando y rehabilitando los juguetes. En su sector, tenía fama de ser uno de los mejores artesanos de Europa —pensativo—, aunque no ganaba lo suficiente para pagarse la electricidad.

Antolina asiente pero está embelesada con el muñeco de cerámica ataviado a las maneras del siglo anterior que parece mirarla fijamente con sus ojillos de cristal.

ROMÁN.— Es Bob Cratchit, llamado así por el escribiente de Mr. Scrooge en *Canción de Navidad* —explica—. ¿Sabe usted algo de autómatas?

ANTOLINA.— ¿Autómatas?

ROMÁN.— Muñecos de cuerda, algunos de ellos dotados de un complejísimo mecanismo que los hace capaces de realizar pequeñas proezas, casi humanas, como pintar un cuadro o ejecutar una pieza musical.

ANTOLINA.— Es un poco… Da un poco de miedo.

ROMÁN.— Al señor Cratchit lo encontré hace unos días en un armario donde mi padre guardaba bajo llave sus juguetes más delicados. Y es raro, porque faltándole una pierna, lo normal es que lo tuviera

aquí fuera para trabajar en él. Yo no lo había visto nunca ni mi padre me lo había mencionado.

ANTOLINA.— Y supongo que escribe —señalando el lápiz y el papel.

ROMÁN.— Será mejor que lo vea usted misma.

El chico introduce los dedos bajo la levita del muñeco para ponerlo en marcha. Después retrocede un par de pasos internándose en la sombra, como para dejar claro que se encuentra al margen de lo que va a ocurrir.

Un poco titubeante al principio, Bob Cratchit comienza a escribir con una letra picuda y regular que va adquiriendo soltura y velocidad a medida que avanza el manuscrito. Antolina lo contempla absorta, sonriendo maravillada ante la hazaña; enseguida se desplaza para poder leer el texto. Basta con que comience a hacerlo para que pierda la sonrisa.

Antolina Vilches Veltrán, tu futuro ha terminado. *Requiem aeternam dona ei Domine. Et lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace*.

En cuanto el muñeco concluye, la mujer busca la mirada del dueño del local demandando una explicación, pero Román se encoge de hombros.

El recuerdo de la niña que correteaba detrás de la pelota de trapo, lo mucho que se parecía a ella misma unos años atrás, el callejón sin luz donde no entró a buscarla, a buscarse, le impiden pensar con claridad en lo que acaba de suceder.

Se dirige a la escalera, abandona el sótano, la tienda, sin decir una palabra.

PRÓLOGO III
(Sábado, 25 de enero de 1930).

Para disponer el velatorio del conde Alivenza, su viuda, que contaba con una gran experiencia en este tipo de ceremonias ya que era la menor de siete hermanas, cada una de las cuales había pasado por este trance, eligió la enorme biblioteca del caserón porque era la pieza menos transitada de la casa y además disponía de una puerta ventana a los jardines que serviría de desahogo si la afluencia de los dolientes superaba las previsiones.

Estamos hablando nada menos del que fue hasta la víspera ayuda de campo del mismísimo rey de España, hombre de singular ascendiente y enorme crédito en todos los ámbitos de la corte, fallecido de unas calenturas tercianas la madrugada anterior con solo treinta y nueve años de edad.

Hacía apenas unos minutos que la dueña de la casa había protagonizado un pequeño incidente doméstico con la servidumbre al descubrir que el refrigerio dispuesto en unas mesas al fondo de la pieza se había dejado menguar tanto que apenas quedaban unos pocos restos que chasqueaban a todo el que pretendía reabastecer sus platos; de ahí que entre la reprimenda al mayordomo, el consiguiente desfile de criados para reponer las vituallas y la expectación por averiguar cuáles eran estas, raro fue el que reparó en los primeros movimientos del conde de Alivenza.

El muerto se desperezó con tantas ganas que a punto estuvo de costarle la vida.

Paulatinamente, de forma muy educada, sin alharacas de ninguna clase —a medias paralizados por el miedo y por el

entusiasmo ante un suceso que mitigaba el sopor de la noche—, los asistentes van reparando en como el extinto deja de serlo mientras se arrinconan discretamente contra las paredes para forzar la distancia de seguridad sin tener que abandonar la sala.

Está claro que el quinto conde de Alivenza ha resucitado de muy mal humor. Nadie entiende a qué se refiere al repetir varias veces lo que parecen unas maldiciones por lo bajo, pero cuando, mirándolos fijamente, les espeta: «la que se os viene encima», la mayoría interpreta la frase como el peor de los presagios.

Su mujer, destacándose entre los allegados, se planta muy decorosa ante él y le pregunta:

MANOLITA.— Pero, Guillermo, ¿se puede saber a qué viene todo esto?

GUILLERMO.— Manolita, no me marees, que bastante tengo yo con lo mío.

Con tanto furor contenido se lo dice, que la mujer se retira unos pasos prudenciales comentando que aquel comportamiento, no especifica si la respuesta displicente o el hecho de resucitar, era impropio de él.

GUILLERMO.— ¡Salazar, hazme el favor de traerme recado de fumar! No aguanto ni un minuto más sin echar un cigarrillo.

Aldecoa, un joven reportero de *La Nación* que había sido destacado para cubrir el deceso, sale inmediatamente de la casa al escuchar estas palabras, con cara de haber obtenido el titular que perseguía.

Al día siguiente, el diario para el que trabaja publicará en primera página:

EL CONDE DE ALIVENZA VUELVE DEL OTRO MUNDO

El aristócrata afirmó que no estaba dispuesto a pasar ni un momento más en un lugar donde está prohibido el tabaco

El doctor Pedrueza, habitual de la casa, se aproxima al conde para observar, evaluar y diagnosticar en silencio.

Al momento regresa el mayordomo, un tipo larguirucho con calva en forma de punta de supositorio que había intentado suicidarse diecisiete veces arrepintiéndose en el último momento, con picadura, librillo y mechero de yesca para su señor, acariciando la cuchilla de afeitar que lleva siempre en el bolsillo por si le viene un arranque de valor que lo decida por fin a acabar con su vida, aventurando entre dientes *¡Ah… si no fuera yo un irresoluto!*

GUILLERMO.— ¿Cómo dice, Salazar?

MAYORDOMO.— Que si desea algo más el señor.

GUILLERMO.— ¿Tienes ahí la llave de la bodega?

MAYORDOMO.— Aquí mismo —mostrándole el aro que lleva sujeto al cinturón.

GUILLERMO.— Pues dámela.

Sin cambiar el gesto malhumorado, el conde de Alivenza toma la llave y se dirige a la entrada de la bodega que, por una extravagancia de su padre, se encuentra al fondo de la biblioteca.

Temiendo que se le escape, un joven sacerdote de sotana y gafas de montura gruesa al que nadie conoce se interpone en su camino.

PADRE SEGUNDO.— Don Guillermo, dispénseme usted, ya que ha estado de visita en las regiones del Señor, ¿puede decirme si ha recibido algún mensaje o legacía?

GUILLERMO.— Quítese de mi camino.

El conde aparta al cura de un empellón que lo deja mudo por un momento y sirve para que el doctor Pedrueza rompa su silencio.

DOCTOR PEDRUEZA.— ¡Este hombre necesita un antihistérico! —Y a la condesa—: Manolita, ¿tenemos *Agua del Carmen* en casa?

MANOLITA.— Salazar, ¿queda *Agua del Carmen*?

MAYORDOMO.— Ni una gota, señora.

DOCTOR PEDRUEZA.— Pues manda a un propio inmediatamente a la botica de guardia para que traiga una botella. —Mientras habla, se dirige al dueño de la casa, que está trasteando con la cerradura de la puerta de la bodega—. Guillermo, te ruego que esperes un momentito hasta que llegue el *Agua del Carmen*. Ya verás como vuelves a tus cabales en menos que canta un grillo.

GUILLERMO.— ¡El *Agua del Carmen* te la bebes tú entera, a ver si hay suerte y te ahogas! —Con estas últimas palabras entra en la bodega dando un portazo detrás de sí.

Su esposa intenta abrir, pero el conde ha cerrado por dentro.

El joven sacerdote, ya repuesto del empujón, lo sigue hasta la misma puerta y, sentándose en el suelo con la espalda apoyada contra ella, murmura acongojado:

PADRE SEGUNDO.— Ojalá que no me tenga aquí toda la noche.

Muy distintas fueron las versiones sobre la actitud del doctor Pedrueza ante las últimas palabras que el conde le dirigió esa noche acerca del *Agua del Carmen*.

Sobre todo porque, cuando se supo al día siguiente que un desgraciado tropiezo le había hecho caer en un enorme charco que las lluvias habían acumulado junto al mercado de la plazuela del Carmen, a consecuencias del cual murió ahogado, los testigos comenzaron a atar cabos.

PRÓLOGO IV
(Sábado, 25 de enero de 1930).

Marcela taconea ruidosamente el primer tramo de escalones y se detiene al llegar al descansillo. No tiene objeto seguir descendiendo, no sabe adónde ir, debe pensar su siguiente jugada.

A través de la piel del bolso puede notar la pitillera que su padre, el médico del Teatro Español, encontró el día anterior entre las ropas de Ana Ermitaño. Con la actriz muerta y su padre secuestrado, le toca a ella decidir qué es lo que hacer con aquel objeto y su contenido, que constituyen, probablemente, el motivo del rapto y el único indicio para localizarlo.

Había venido, como cada sábado, a la tertulia que Enrique Jardiel Poncela convocaba en su piso de la calle Gonzalo de Córdoba con la esperanza de encontrar en ella a Matías Relojero, uno de los hombres de prensa que más sabía sobre los secretos de la familia real, pero precisamente hoy no llegó a presentarse; estuvo a punto de pedirle ayuda al propio Jardiel, amigo de su padre y hombre de vivísima inteligencia, que daba la impresión de saber desenvolverse en cualquier situación, pero no quiso sincerarse ante el resto de los contertulios y prefirió componer una excusa para marcharse.

El problema era que, una vez fuera, se había quedado sin ideas ni sitio al que ir.

Sigue frotando la petaca como si fuera una lámpara mágica, pero no terminan de concedérsele los tres deseos. Se trata de una pitillera de plata mate sin ningún adorno externo, pero en el interior de la tapa tiene grabado un escusón de azur fileteado de gules y tres flores de lis de oro, símbolo de la rama de los Anjou de la casa

de Borbón, la actual dinastía reinante en España.

Escucha un ruido en la cancela y sigue bajando los dos tramos de escaleras, se cruza en el zaguán con un vecino gordo, demasiado ocupado en su lucha contra un paraguas para responder a su *buenasnoches*, y sale a la calle.

Apenas llueve.

La calle está completamente desierta, no es probable que pase por allí ningún coche de alquiler, pero no le vendrá nada mal pasear un rato para despejarse, buscar un sitio donde comer algo; ni se plantea regresar a su casa. Quizás debería pasarse por el Teatro Español por si hay alguien que la conozca y le permita dormir en cualquier sitio. Sacude la cabeza. Habría que ser pánfila para querer pasar la noche en el mismo lugar donde la Ermitaño fue asesinada.

En el interior de la pitillera habían encontrado una extraña llave cilíndrica y un sobre vacío con diez remitentes dirigido al monarca. Nada más. Se había pasado el día intentando inútilmente descifrar todo aquello y ahora se siente demasiado embotada para pensar con claridad.

Al volver la esquina, distingue a lo lejos al sereno con el aire a Ronald Colman que hace su ronda sin aparentar verla. Un tipo triste, casi misterioso, que le abre en silencio el portal del número cuatro de Gonzalo de Córdoba cuando llega para las tertulias de cada sábado, mirándola siempre un poco más detenidamente de lo correcto. *Misterioso*. Sonríe. Ella era escritora, su oficio era, o sería, el de levantar misterios donde no había más que la mondada y pelada realidad.

Pero lo de la pitillera no era ningún invento. Cuando al regresar a su casa para almorzar se había encontrado con el piso destrozado y su padre desaparecido, tuvo la sensación de que todo su mundo se le venía abajo. La policía…

Escucha el motor de un automóvil a su espalda, tan cerca, que instintivamente se aproxima a la fachada. Pero el coche encalla en la acera delante de ella.

No pretende atropellarla, solo cortarle el paso.

Todavía no se ha detenido del todo cuando dos hombres con boina salen de la parte de atrás, está claro que van a por ella.

En unas décimas, Marcela deberá decidir si dejarse atrapar por aquella gente, ser arrojada al interior del vehículo y conducida hasta algún agujero ignoto donde la violentarán y mortificarán hasta acabar con su vida; todavía está maldiciendo sus excesos imaginativos cuando se da cuenta de que ha decidido que no, porque se ve saltando sobre el capó del Chrysler —por suerte no lleva hoy una falda muy ajustada—, deslizando el trasero algo menos magro de lo que quisiera por la chapa y cayendo al otro lado del automóvil para correr a todo lo que da de sí.

Los ocupantes del coche resuellan detrás.

Marcela se libra, de dos patadas, de los zapatos y empieza a cobrar algo de ventaja. Su padre siempre la ha animado a practicar toda clase de deportes, tiene veintidós años y la mejor de las motivaciones: unos cuantos tipos dispuestos a despellejarla.

Busca alrededor, pero no hay nadie que pueda prestarle auxilio.

Mira hacia atrás. Son cinco. Al menos dos con pistola. Tres de ellos tocados de boina, pero bien trajeados. Como si hubieran venido del pueblo con sus mejores galas para asistir a la fiesta de su *matanza*.

Les está ganando algo de terreno en cada zancada, pero ni se le ocurre confiar en que pueda perderlos de vista.

Gira en la primera esquina porque lo que se encuentre allí no puede ser peor que seguir en línea recta.

MARCELA.— ¡Sereno! —grita con todas sus fuerzas.

El sereno, tan pinturero que se parece a Ronald Colman, sorprendido por su grito mientras aseguraba una cancela al final de la calle, se vuelve sobresaltado.

MARCELA.— ¡Me persiguen! —vuelve a gritar mientras corre en su dirección.

Puede escuchar como sus perseguidores también han vuelto la esquina.

La primera reacción del sereno es empuñar su chuzo y correr en su dirección para ayudarla pero Marcela, ya a pocos metros, niega con los brazos.

MARCELA.— ¡Están armados! Vaya abriendo —apretando, desesperada.

Algo maldicen los que lleva a su espalda, pero no les presta atención: tiene que acrecentar un poco más la distancia que la separa de ellos si quiere tener tiempo de entrar.

El vigilante nocturno abre de nuevo el portal, pero no entra en él, sino que monta guardia a la espera de que sea ella la primera en ponerse a salvo.

Salto, grito y portazo. Ya están dentro.

MARCELA.— … me mataban. —Se agacha para favorecer la entrada de aire.

SERENO.— Pero ¿quiénes son?

Un estruendo de voces y patadas al portón les indica que los atacantes han llegado.

Están en el umbral adoquinado de un edificio antiguo, tan largo que el farol del sereno no alcanza a iluminar el término.

MARCELA.— No lo sé. O al menos no puedo estar segura —algo más recuperada—. ¿Esto tiene otra salida?

SERENO.— El zaguán da a un patio interior con puerta a la calle de atrás.

Ahora los asaltantes se han organizado y comienzan a golpear las hojas de modo más sistemático.

MARCELA.— Pues vamos —sin más explicaciones.

Otra vez a la carrera, se lanza hacia el fondo del pasillo seguida por la luz balanceante del fanal del sereno. El postigo que da al patio está entreabierto. La noche es más noche allí dentro. Una docena de gatos —si es que son gatos— se quitan de en medio ante su marcha. La ropa tendida y algunos espectros los protegen en su escapada.

SERENO.— Es aquí. —Ilumina una puerta junto a unos muebles abandonados.

Saca un aro y comienza a seleccionar una de las llaves ensartadas en él.

Es un individuo de unos treinta y tantos, bien plantado —la gorra de plato y el uniforme de sereno bajo el abrigo lo hacen parecer un desertor del ejército desmantelado del país perdedor en una guerra desconocida—, pero con un semblante grave, el pensamiento en otro sitio, como si no pudiera desenlazarse de algún suceso del pasado que lo señaló para siempre.

MARCELA.— Gracias. Me ha salvado la vida.

SERENO.— ¿Seguro que no sabe quién es esa chusma?

MARCELA.— Sería largo de explicar. El próximo sábado, cuando venga a la tertulia de Gonzalo de Córdoba, si todo va bien, se lo cuento.

El hombre deja caer un cuarto de sonrisa, abre la puerta y se aparta para que salga.

Marcela asiente, sale, recorre un par de metros y vuelve.

MARCELA.— ¿Cómo se llama?

SERENO.— Hernán. Hernán Ruiz —poco comunicativo—. Será mejor

que se dé prisa, esos estarán a punto de llegar.

MARCELA.— Hernán, ¿usted me haría un gran favor? Quiero decir otro gran favor.

HERNÁN.— No lo sé.

MARCELA.— Verá, tengo en mi poder algo muy valioso. Es de suma importancia que no caiga en poder de esa gente. ¿Querría guardármelo hasta mañana? —mientras habla precipitadamente, saca del bolso la pitillera que llevaba Ana Ermitaño en el momento de su muerte y una tarjeta de visita para entregárselas sin esperar respuesta—. Ahí tiene la dirección de mi casa.

HERNÁN.— … —No responde, solo levanta el farol para leer la tarjeta: *Marcela Arellano. Dramaturga*. Y un domicilio.

MARCELA.— ¿Lo hará? —alejándose.

HERNÁN.— … pero ¿por qué?

MARCELA.— Por lo que pueda tronar —perdida ya en la oscuridad.

PRIMER ACTO
(Domingo, 26 de enero de 1930)

Cuadro 1

Antolina camina deprisa, armada con su enorme bolso y el *ABC* recién comprado, rehaciendo el camino a la tienda de juguetes mucho más decididamente que el día anterior.

Ha pasado mala noche, sin dejar de reinar en el responso de difuntos que le dedicó aquel autómata *malasombra*: Antolina Vilches Veltrán, tu futuro ha terminado. *Requiem aeternam*… Ya de amanecida, había logrado dormir un rato que la despejó más de lo que lo hacían muchas de sus noches, cambiando el temor que la obligó a escapar del establecimiento por el enfado y la resolución que la impulsaban a regresar ahora con el propósito de aclarar todo aquello, aunque fuera por las malas.

La mañana de domingo tiene colgado un sol cochambroso y trapalero, pero sol al fin, del que le cuesta desprenderse cuando abre la puerta de la tienda.

Encuentra a su joven propietario con un diario abierto en las manos y charlando con un par de jóvenes muy atildados, los dos con traje de raya gruesa, con corbata roja de lazo los dos.

ROMÁN.— Buenos días. Pase, pase —sonriente—. La estaba esperando.

ANTOLINA.— Buenas —desconcertada por la naturalidad con la que es

recibida.

ROMÁN.— Antolina, permítame que le presente a mis vecinos, Renée y Alphonse.

RENÉE.— Un placer.

ALPHONSE.— A sus pies. —Los dos carecen de acento de acento francés y es improbable que hayan visitado algún país extranjero en toda su vida.

ROMÁN.— Mis amigos son pintores. De brocha fina, se entiende.

RENÉE.— Por ahora. Tal y como pinta el país —señala el periódico que sostiene el dueño de la tienda—, cualquiera sabe a lo que tendremos que dedicarnos.

ALPHONSE.— Nos adaptaremos a cualquier clase de brocha —aún más afeminado que su compañero.

ROMÁN.— ¿Ha leído la página 25 del *ABC*? —A Antolina.

ANTOLINA.— Ni lo he abierto.

ROMÁN.— Trae una nota del general Miguel Primo de Rivera explicando que, aunque según él es ajeno a *chismorreos* y *menudencias*, ha decidido someterse al juicio del Ejército y la Armada para comprobar si sigue mereciendo su confianza y, por lo tanto, si debe seguir detentando la dirección del gobierno —habla y lee en el diario.

RENÉE.—Es que nuestro dictador siempre ha sido muy sentido. Muy bruto, pero muy sentido.

ALPHONSE.—Si de verdad cree que va a salir fortalecido de esa consulta, va dado.

RENÉE.— Lo mismo que si espera el apoyo del rey.

ROMÁN.— El rey apoyará a quien le ordenen que apoye los que le apoyan.

ALPHONSE.— En fin, lo que sea sonará —empujando a su compañero —. Nosotros nos vamos, no nos vayan a cerrar el Retiro.

RENÉE.— No tiene guasa —dejándose empujar; cada vez más campechano.

ROMÁN.— ¡Tened cuidadito!

Salen riéndose y la tienda parece mucho más grande.

Hasta que los vecinos no abren la puerta, no repara ella en el cartel de *cerrado* que figura en una esquina del cristal.

El episodio con el autómata de la tarde anterior vuelve a interponerse entre ellos en cuanto se quedan solos, pero ninguno sabe por dónde empezar.

ROMÁN.— Tenía la esperanza de que viniera usted de nuevo.

ANTOLINA.— ¿Cómo me localizó para enviarme la carta? —de repente muy seria—. Del muñeco ese solo consiguió mi nombre.

ROMÁN.— Como le dije, soy secretario de ayuntamiento en Aranjuez —avergonzado—. Solo tuve que ponerme en contacto con un compañero de promoción que obtuvo plaza aquí, en Madrid.

Asiente, lo mira fijo hasta que él se da la vuelta y rodea el mostrador para resguardarse; parece un buen chaval, bastante garboso, aunque no debería ni pensar en eso; ella tiene 37 años y él no pasará de los veintidós o los veintitrés, no tendrá otra cosa que hacer que venir a festejarla.

ANTOLINA.— Pienso poner todo esto en manos de la policía — tranquila.

ROMÁN.— Yo ya lo he hecho.

ANTOLINA.— ¿Y qué le dijeron?

ROMÁN.— Nada. Se rieron de mí. Que sería una casualidad. Que

dónde estaba el delito. Nada —abatido—. De todas formas, como insistí en que iba a localizarla para ponerla sobre aviso, me dijeron que, cuando la contactara a usted, nos pasáramos por la comisaría. Hablé con un tal inspector Arias. Podemos ir hoy mismo a hablar con él si quiere, pero no parecía muy dispuesto a hacer nada.

ANTOLINA.— Pues si la policía no quiere remover todo esto, lo haré yo misma —acercándose también al mostrador, muy decidida—. Lo que escribe ese muñecote no puede ser una casualidad.

ROMÁN.— Le aseguro que puede contar conmigo en sus pesquisas. Me siento completamente responsable…

ANTOLINA.— *(Cortándolo)*. Lo primero es saber cómo consiguió su padre el autómata.

ROMÁN.— Eso es lo peor, que no tengo ni idea. Nunca me comentó nada de él, no lo sé.

ANTOLINA.— ¿No trabaja nadie más en la tienda? ¿No lo visitaba ningún amigo… alguien a quien pudiera haberse confiado?

ROMÁN.— Nadie que yo sepa…

ANTOLINA.— Nadie…

ROMÁN.— Sin embargo —se da la vuelta, toma de una estantería un libro apaisado de contabilidad y lo planta sobre el mostrador para empezar a pasar hojas—… sin embargo…

ANTOLINA.— Siga.

ROMÁN.— *(Hallando lo que buscaba)*. Anoche, cuando usted se fue, estuve buscando hasta las tantas y al final, usted sabe, esas cosas que uno está viendo y es como si no las viera…

ANTOLINA.— ¿Qué es lo que vio? —impaciente.

ROMÁN.— Una entrada que se repite por dos veces en el libro: C. BC,

200 pesetas; Calle Santa Engracia, 150. ¿No lo ve?

ANTOLINA.— No, yo tampoco lo veo.

ROMÁN.— C. BC. O sea, cifrar Bob Cratchit. Son los dos pagos que el cliente efectuó a mi padre por modificar el automatismo del muñeco para que escribiera lo que él que deseaba.

ANTOLINA.— *(Toma el libro y lo gira para leer ella misma la inscripción)*. Santa Engracia… eso está en Chamberí. No me queda otra que visitar a ese señor, a ver si él puede explicarme este follón.

ROMÁN.— Pues andando —saliendo del mostrador.

ANTOLINA.— No necesito que me acompañe —aunque en el fondo agradecería no tener que afrontar ella sola aquella visita.

ROMÁN.— Ya le dije que me siento responsable de todo esto.

Cuadro 2

Ni siquiera se ha planteado descabezar un sueño; tras finalizar su turno de vigilancia, Hernán recaló un momento por su casa, el tiempo de librarse del uniforme de sereno, y se ha echado a la calle de nuevo para hacer tiempo hasta el momento de acercarse al domicilio de la chica que le pidió que le guardara la pitillera de plata.

Retrasando y deseando el momento de verla de nuevo, ha terminado por llegar a la dirección que figuraba en la tarjeta; todavía no termina de creerse que tuviera una cita con la preciosa chica que le daba las gracias con la mirada muy derecha y la voz vibrante cada vez que le abría la puerta de Gonzalo de Córdoba número cuatro cada sábado.

En cuanto el portero de la finca, un gordo estólido que edifica una giralda de metro y medio con mondadientes, lo ha visto

traspasar el portal, ha dejado su construcción y se ha plantado en medio del pasillo para obstruirle el paso con un cuaderno en la mano.

De los dos que tiene, Hernán Ruiz ha elegido su mejor traje y ha cepillado cuidadosamente abrigo y sombrero, así que en nada se parece al sereno que ayudó a Marcela, pero con la policía desquiciada por los últimos coletazos del gobierno y los militantes de Unión Patriótica —el partido del dictador— armados y rabiosos por la calle, no ha olvidado llevar en el bolsillo la insignia oblonga que lo identifica.

PORTERO.— Muy buenas, ¿a qué piso va?

HERNÁN.— Al tercero izquierda.

PORTERO.— ¿Y para qué? —Con su enorme panza no necesita ni extender los brazos para bloquear el corredor.

HERNÁN.— ¿Se puede saber a qué viene tanta pregunta?

PORTERO.— La policía me ha dejado el encargo de que apunte cada visita —enseñando el cuaderno.

HERNÁN.— *(Aparentando estar complacido)*. Haber empezado por ahí, compañero —extrae del bolsillo la placa y se la muestra fugazmente—. Cuerpo municipal de serenos. Vengo en misión oficial.

El portero se pone instintivamente firme ante la chapa, pero no termina de entender la actitud del otro.

PORTERO.— ¿Misión oficial?

HERNÁN.— Ya sabes que el servicio de seguridad al que pertenecemos porteros, cocheros y serenos, con vosotros ocupando un puesto subalterno ante nosotros, es más necesario que nunca en el momento político que vivimos —miente con el

empaque del que ha dependido mucho de esta soltura para sobrevivir—. Ni la policía misma está libre de nuestra vigilancia.

PORTERO.— ¿Vienes por lo del padre de la señorita Marcela? —aunque él nunca se ha mezclado en aquellos asuntos, sabe que es cierto que existe toda una red de porteros y serenos que sirven como confidentes de la policía o de la Unión Patriótica, así que no le extraña demasiado el interés de su superior.

HERNÁN.— Vengo a saber de primera mano qué es lo que ha pasado.

PORTERO.— Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con la desaparición del doctor?

HERNÁN.— *(Bajando la voz)*. El propio gobernador ha pedido nuestra colaboración en el esclarecimiento de todo esto. Y venga ya de tanto sonsaco. Cuéntamelo todo.

PORTERO.— *(Más rígido todavía; intenta hasta meter barriga, sin conseguirlo)*. Pues como les he dicho a los guardias, yo poco sé. Y mira que no me muevo de mi puesto en todo el santo día.

HERNÁN.— Ya se ve que te mueves poco. Sigue.

PORTERO.— Pues ayer, cuando la señorita Marcela volvió para el almuerzo, bajó en un santiamén gritando que a su padre se lo habían llevado. Subimos con ella mi hermana y yo y vimos que sí, que efectivamente parecía que por la casa había pasado un terremoto y estaba todo manga por hombro. Todavía no me lo explico, como no aprovecharan el momento en el que uno hace sus necesidades…

HERNÁN.— ¿No ha aparecido?

PORTERO.— Ni sombra.

HERNÁN.— ¿Y el personal de servicio de la casa?

PORTERO.— Los sábados libra.

HERNÁN.— ¿Cuándo lo viste por última vez?

PORTERO.— El día antes, cuando volvía del teatro, como cada noche.

HERNÁN.— ¿Todas las noches va al teatro?

PORTERO.— *(Asombrado de que haya alguien en el mundo de que no esté al tanto de las costumbres del desaparecido)*. El doctor don Serafín Arellano, además de su trabajo en el Hospital Obrero, es el médico oficial del Teatro Español de Madrid —muy orgulloso—. Por eso no se pierde una función.

HERNÁN.— ¿Y la policía que dice?

PORTERO.— Pues no dice nada. Por lo menos a mí. Que apunte al que llegue.

Hernán lía despacio un cigarro, sin ofrecer.

En una época de su vida estuvo a punto de ser policía, pero le corrigió un error ortográfico a un miembro del tribunal con tan poco tacto que fue inmediatamente suspendido. A perpetuidad. Después le tocó sobrevivir metido en amaños que lo dejaron a punto de caer en el otro extremo, más que nada durante los años en que fue el factótum de Antonio Argomedo, un hombre de *negocios mixtos* para el que desempeñó tareas de chófer, guardaespaldas, matón y un poco alcahuete. Aunque había tratado lo suficiente con la *autoridad* para hacerse pasar por uno de ellos con toda facilidad, el papel no le parece tan divertido como esperaba.

Por unos minutos ha olvidado que aquel asunto no le concierne, que su única obligación es devolverle la pitillera a *la chica de los sábados* y olvidarlo todo.

HERNÁN.— Veo que eres todo un profesional. Ahora será mejor que suba a hablar con la hija del doctor Arellano.

PORTERO.— Pues no puedes.

HERNÁN.— ¿Y se puede saber por qué no puedo?

PORTERO.— Porque la señorita Marcela tampoco está. No ha vuelto desde ayer a mediodía y los guardias también la están buscando.

Cuadro 3

Hubo un momento hacia el amanecer en el que la exviuda del conde Alivenza, repuesta ya de la sorpresa del regreso de su marido de la otra vida, al ver como la biblioteca iba quedando casi desocupada, pensó que podía dar el velatorio por concluido. Extenuada por las emociones del día y como su marido no terminaba de salir de la bodega, decidió retirarse a su alcoba.

Manolita había conocido al conde en el Ministerio de la Guerra, donde estaba considerada una de las chicas más monas y menos dotadas para la taquigrafía del plantel de secretarias al servicio de los altos cargos; allí entablaron una amistad tan por encima de diferencias sociales que se materializó en catorce años de matrimonio, durante los cuales la condesa consorte había concentrado hasta tal punto sus energías en demostrar que podía cuidar del patrimonio familiar tan bien como la mejor al margen de sus orígenes *taquígrafos* que el control de la etiqueta de la servidumbre y la servidumbre a la etiqueta habían terminado por transformarse para ella en una verdadera obsesión.

Pero entre las abundantes obligaciones derivadas de las posesiones del conde, en lo que más mimo y cuidado ponía era en la Mazmorra, la residencia familiar del paseo de la Castellana, donde el mejor Madrid se miraba con envidia.

Quizás fuera esa la causa de que, al escuchar la voz del mayordomo requiriéndola a través de la puerta, quedara en una décima de segundo al pie de la cama, dispuesta para hacer frente a cualquier emergencia hogareña.

SALAZAR.— ¿Está despierta la señora?

MANOLITA.— Entra —tras cubrirse con la bata—. ¿Qué es lo que ocurre?

SALAZAR.— Que me pregunta la cocinera si los invitados tomarán bufé frío o caliente.

MANOLITA.— ¿Qué invitados?

SALAZAR.— Los de la biblioteca.

MANOLITA.— A ver —tanteándolo—, cuando me retiré no habría ni media docena. ¿Cuántos quedan ahora?

SALAZAR.— Veinticuatro.

MANOLITA.— ¿Veinti…?

El resto de la cifra la pronuncia mientras baja a toda prisa la escalera seguida del mayordomo, que no ha dormido en toda la noche y que al pasar frente a la colección de dagas tibetanas de su señor las mira pensando en el gusto que se daría al degollarse con cualquiera de ellas.

MANOLITA.— ¿El señor ha salido de la bodega?

MAYORDOMO.— No, señora.

La biblioteca parecía uno de los andenes de la estación de Atocha en hora punta: casi treinta personas —porque no dejaban de incorporarse invitados a la sala—, la mayor parte de ellos desconocidos para la dueña de la casa, paseaban o charlaban entre sí o tomaban el tibio sol de invierno que entraba por la puerta ventana del jardín ofreciendo la impresión de que esperaban algo o a alguien, pero sin prisas de ninguna clase.

Al parecer, la noticia de la vuelta a la vida del conde de Alivenza unida al aciago deceso del doctor Pedrueza, hombre muy tratado en los círculos más distinguidos, ahogado en un charco de la plazuela

del Carmen después de que el revivido le lanzara exactamente ese maleficio cuando intentó tratarlo con *Agua del Carmen*, se estaba extendiendo rápidamente, y algunos conocidos y desconocidos habían procedido a trasladarse a la casa para comprobar de primera mano si verdaderamente el conde poseía las facultades sobrenaturales que se le estaban atribuyendo.

MANOLITA.— ¿Se les ha dado de desayunar a estos señores? —sin plantearse siquiera la posibilidad de identificar a los visitantes.

MAYORDOMO.— Sí, señora.

MANOLITA.— ¿El qué? —observándolos medio escondida detrás del quicio de la puerta.

MAYORDOMO.— Café con leche, chocolate, bollería, tostadas, huevos y tres duros de porras que mandé comprar en casa de Currín.

MANOLITA.— ¿Y el zumo? ¿Es que no sabes lo que es un desayuno continental?

MAYORDOMO.— En el zumo no caí, señora.

MANOLITA.— ¡Tres duros de porras! —suspirando—. Si es que no hay manera de quitaros el pelo de la dehesa.

MAYORDOMO.— No, señora —muy abatido.

MANOLITA.— En fin —suspirando—. Dile a la cocinera que me arreglo en cinco minutos y bajo a darle instrucciones. Hoy es domingo y no podemos obsequiar a nuestros invitados de cualquier manera —con las últimas palabras regresaba ya a la escalera.

MAYORDOMO.— Si me permite la señora, creo que la mayoría de la concurrencia ni son amigos de la casa, ni conocen de nada a los señores, ni tienen otra razón para estar aquí que echar el rato a cubierto regalándose con nuestras viandas.

MANOLITA.— *(Sin detenerse)*. Razón de más para extremar el trato con todos ellos.

No está en el ánimo de Salazar responder, más que nada porque su atención se dirige hacia un monaguillo de unos diez o doce años que, muy ufano de su sotana roja con sobrepelliz, pasa entre ambos con todo desembarazo y se cuela en la biblioteca.

Dentro, se detiene un momento hasta localizar a quien busca y enseguida continúa su camino con el mismo desparpajo hacia el joven sacerdote de gafas de montura gruesa que sigue sentado en el suelo con la espalda sobre la puerta de la bodega.

Cuando llega a su lado, se agacha para hablarle al oído.

MONAGUILLO.— Padre, me envían quienes usted ya sabe —gran aplomo—. ¿Ha aparecido el boticario?

PADRE SEGUNDO.— Bendito seas, hijo; los riñones me están matando —ansioso—. ¿Qué es lo que te han encargado para mí?

MONAGUILLO.— ¿Ha aparecido el boticario?

PADRE SEGUNDO.— Que no, que todavía no ha venido.

MONAGUILLO.— Pues cuando venga, ya sabe usted lo que tiene que hacer.

PADRE SEGUNDO.— ¿Y de mí no te han dicho nada?

MONAGUILLO.— Que como se mueva de aquí antes de que salga el conde, le van a machacar la cabeza.

Cuadro 4

A Hernán le resultaba extraño visitar de día cualquiera de las calles que al anochecer formaban su demarcación. Cuando se acercaba a ellas, aunque fuera de paso y sin su uniforme, no podía evitar sentirse observado como el individuo que el ayuntamiento pagaba

para servir a los ciudadanos abriendo y cerrando sus puertas, velando su descanso, dándoles noticia del tiempo y asistiéndolos en cualquier otra contingencia que se les presentara, desde avisar a un médico hasta meter en casa a los borrachos extraviados.

Aunque detestaba aquellos aspectos más serviles, no se sentía descontento con su trabajo de sereno; cobraba poco, trabajaba muchas horas y el sueño cambiante lo había dejado sin las escasísimas amistades de las que no se había deshecho por otros medios, pero le gustaba estar solo, pasear por los barrios oscuros a las horas en las que nadie lo veía, vivir esa existencia independiente e invertida, contraria a la de todos, que le situaba permanentemente a la espera de algo que ni sabía, ni le interesaba ni se impacientaba en saber cuándo llegaría.

Después de pensar largamente en su siguiente paso tras la visita frustrada a Marcela, tanto que el soleado amanecer de domingo se estaba transformando en una mañana gris negruzca, había concluido que solo conocía a una persona a la que pudiera importarle la suerte de la chica y, quizás, incluso aportar algo de claridad a aquel asunto: Enrique Jardiel Poncela, el escritor a cuya tertulia acudía la joven cada sábado. Así que se había encajado en el cuatro de la calle Gonzalo de Córdoba y se encontraba a la espera de que le abrieran la puerta del piso.

Apenas había cruzado algún saludo con él, pero sabía que se trataba de un autor de fama creciente con una novela en su haber y multitud de colaboraciones en prensa, que había obtenido un gran éxito en el mundo del teatro con la comedia *Una noche de primavera sin sueño*.

Abrió la puerta el propio escritor con el abrigo a medio poner, como si estuviera a punto de marcharse.

JARDIEL.— ¿…?

HERNÁN.— Buenas —sin saber cómo abordarlo—, me llamo Hernán Ruiz…

JARDIEL.— Perdone, ¿usted no es el sereno del barrio?

HERNÁN.— Efectivamente.

JARDIEL.— No le conocía al pronto, vestido de civil, ¿en qué puedo ayudarle?

HERNÁN.— ¿Podríamos hablar un momento?

JARDIEL.— *(Incómodo, sospechando alguna de las petitorias tan frecuentes en aquel gremio)*. Mire, es que me están esperando para almorzar y ya voy tarde.

HERNÁN.— Será solo un minuto. Es acerca de la señorita Marcela Arellano.

JARDIEL.— *(Sorprendido)*. ¿Le manda ella?

HERNÁN.— La señorita ha desaparecido.

JARDIEL.— *(Solo tiene puesta una manga del abrigo, así que le resulta fácil volver a quitárselo)*. Hágame el favor de entrar.

El sereno no repara en la decoración del piso mientras sigue a su dueño hasta una pequeña salita donde le ofrece asiento.

Enrique Jardiel Poncela es un hombre flaco, de baja estatura, feo, punzante y ligeramente bizco, pero si cualquiera pasa el tiempo suficiente con él, corre el peligro de percibirlo como un tipo fornido, alto, agraciado, encantador y de mirada hipnótica, así que al final no sabrá a qué atenerse e intentará seguir frecuentándolo en busca de un perfil algo más definido.

Después de dejar el abrigo en el sofá, se sienta frente al sereno, pero, como si temiera arrugarse el traje o no pudiera observar en profundidad a su invitado desde tan corta distancia, se levanta nervioso, lo rodea y queda de pie al otro lado del respaldo, con los antebrazos apoyados en él.

JARDIEL.— ¿Conoce usted desde hace mucho a Marcela?

HERNÁN.— Me he cruzado alguna vez con ella cuando venía a sus

tertulias, pero nunca había hablado con ella hasta anoche.

JARDIEL.— ¿Entonces cómo sabe…? Mire, será mejor que me cuente usted mismo lo que ha pasado.

HERNÁN.— *(Inseguro, repara en que aún tiene el sombrero sobre las rodillas y lo deja en una silla cercana)*. Verá, estaba yo anoche comprobando una cancela cuando escuché una voz requiriéndome. Me di la vuelta y pude ver a la señorita que corría en mi dirección seguida por cinco individuos; supongo que acababa de salir de aquí, porque yo mismo le había abierto la puerta una o dos horas antes.

JARDIEL.— Ayer estuvo con nosotros menos tiempo que otras veces —corrobora.

HERNÁN.— El caso es que, en cuanto vi que aquellos tipos iban detrás de ella con las peores intenciones salí a su encuentro, pero ella me gritó que era preferible que abriera la puerta, ya que sus perseguidores iban armados, así que los dos nos refugiamos en el portal. Se puede imaginar mi extrañeza.

JARDIEL.— Sobre todo teniendo en cuenta que aún no ha estrenado ninguna de sus obras.

HERNÁN.— ¿Perdón?

JARDIEL.— Marcela tiene escritos un par de dramas pendientes de ser representados. El día que lo consiga, le aseguro que verla perseguida por su público con intenciones criminales será de lo más corriente. Pero siga, siga.

HERNÁN.— El caso es que la hice salir por la parte de atrás de la finca para librarla de sus atacantes, pero antes de irse me entregó algo.

JARDIEL.— ¿Y no le contó quiénes eran aquellos sujetos?

HERNÁN.— No.

JARDIEL.— ¿Y usted no insistió en saberlo?

HERNÁN.— No me pareció correcto…

JARDIEL.— Amigo mío, a las mujeres, como a las espadas, solo hay que tenerles esa clase de respeto cuando están desnudas.

HERNÁN.— … —El sereno se pregunta si ha llegado el momento de poner en su sitio a aquel individuo, pero duda un momento y antes de que tome una decisión, el otro ya está hablando de nuevo.

JARDIEL.— Pero continúe, por favor; no me permita que le interrumpa. ¿Qué es lo que le entregó?

HERNÁN.— Una pitillera de plata, con la petición de que se la llevara esta mañana a su casa; solo me dijo que en mis manos estaría más segura. Me dio su tarjeta y se marchó.

JARDIEL.— ¿Y esta mañana?

En ese momento aparece en la sala una mujer con cierto parecido al propietario de la casa, empujando un carrito de niño.

Hernán no suele estar al tanto de habladurías, pero sabe que aquella es la hermana mayor del autor, que comparte piso con él y lo ayuda a cuidar de su pequeña hija desde que se separó de la mujer con la que convivía.

ANGELINA.— ¿Pero no ibas a comer fuera?

JARDIEL.— Sí, pero me he entretenido hablando con este amigo mío —y al sereno—, permita que le presente a mi hermana Angelina y a mi hija Evangelina; a la segunda no es necesario que le bese la mano, porque estoy enseñándole a morder a los desconocidos.

Hernán, que se ha levantado, saluda a la mujer, intercambia cumplidos con ella, observa a la niña, uno o dos años, que le devuelve la mirada, curiosa. Empieza a pensar que sus suspicacias

sobre si aquella gente lo trataría como a un *sereno* estaban infundadas.

ANGELINA.— Voy a llevar a Evangelina a dar una vuelta, porque si no, se pone insoportable, aunque creo que va a llover.

JARDIEL.— Evangelina, dile a tu tía que te traiga pronto. Ya va siendo hora de que aprendas a conducir un automóvil y esta tarde quiero darte las primeras clases.

ANGELINA.— *(A Hernán)*. Lo peor es que es muy capaz de decirlo en serio. En fin, les dejo. Encantada.

HERNÁN.— Tanto gusto.

Cuando se quedan solos, Jardiel le ofrece un cigarrillo ya liado, se sienta en el sofá y se dan un par de caladas de margen para volver a retomar el hilo de la conversación.

JARDIEL.— Puedo suponer que esta mañana se presentó usted en el domicilio de Marcela para devolverle esa pitillera.

HERNÁN.— Efectivamente. Ha sido el portero el que me ha dicho que no aparece por allí desde ayer. Y algo más. Al parecer su padre también desapareció de su piso ayer por la mañana. Creen que ha sido secuestrado.

JARDIEL.— ¿Serafín? —No hay más reacción que un cigarrillo apagado y una mirada encendida, pero está claro que el asunto le afecta.

HERNÁN.— Así me dijeron que se llama.

JARDIEL.— Marcela no me comentó nada anoche.

HERNÁN.— …

JARDIEL.— Serafín es muy amigo mío —vocaliza despacio—. Fue él quien me envió a su hija para que fuera codeándose con el

mundillo.

HERNÁN.— La cosa ya está en manos de la policía.

JARDIEL.— Siga.

HERNÁN.— Apenas sé nada más. El portero me contó que el doctor había ido al teatro la noche del viernes como cada día y que ayer por la mañana lo sacaron de su casa sin que sepa cómo ni quién, dejándolo todo muy revuelto. Su hija lo descubrió al llegar a mediodía y se marchó poco después. Para no volver.

El escritor se pone en pie, se dirige a la ventana, enciende otro cigarrillo, repara en que no le ha ofrecido a la visita, pide disculpas, se lo entrega, lo enciende… todo con la cabeza en otro sitio.

JARDIEL.— ¿Está usted al tanto de lo que ocurrió en el Teatro Español la última noche que el doctor Arellano fue visto?

HERNÁN.— Hasta los serenos leemos el periódico, los que la gente se olvida en las barras de las tabernas, sobre todo. —La aclaración era innecesaria y su interlocutor lo mira serio, pero la deja pasar —. Supongo que se refiere al asesinato de Ana Ermitaño.

JARDIEL.— A eso me refiero.

HERNÁN.— Dos desapariciones y un crimen son mucho percance seguido, y relacionados todos con el *Español*.

JARDIEL.— Habrá que pasarse por allí —pensativo—. ¿Lleva usted encima la pitillera que le entregó Marcela?

HERNÁN.— Sí.

JARDIEL.— ¿Puedo pedirle que me la enseñe?

El sereno se la entrega inmediatamente: no ha llegado hasta allí para andarse con reservas.

Se trata de una pitillera de plata bastante común, quizás lo

excepcional en ella sea la total falta de ornamentos. Pero en el interior de la tapa tiene grabado un escusón de azur fileteado de gules y tres flores de lis de oro, el escudo del rey. Dentro, una extraña llave cilíndrica y un sobre vacío con un listado de diez remitentes dirigido a S. M.

Enrique Jardiel Poncela examina largamente pitillera, sobre y llave con los ojos abiertos y cerrados, sobre todo cerrados.

JARDIEL.— ¿Sabe usted algo más de todo esto?

HERNÁN.— Se lo he contado todo. ¿Se le ocurre alguna explicación?

Cabeceando, el dueño de la casa va y viene de la ventana para devolverle al sereno la pitillera.

JARDIEL.— Voy a hacer algunas gestiones… Si me da su dirección, lo tendré al tanto de cualquier novedad.

El visitante se pone en pie, pero no parece tener intención de marcharse.

HERNÁN.— Mire, no puedo evitar sentirme obligado hacia esa señorita que me pidió ayuda y a la que no pude socorrer —grave y directo a los ojos—. Si no le importa, me gustaría colaborar con usted en esas gestiones que piensa hacer. Acompañarlo o lo que sea. A lo mejor entre los dos damos con algo que aclare un poco todo esto.

Jardiel tiene que elevar la cabeza para dirigirse al sereno.

JARDIEL.— El padre de Marcela Arellano es un viejo amigo que me ayudó con gran discreción en un asunto muy delicado y su hija fue asaltada al salir de mi casa. Le aseguro que yo también me siento obligado hacia ellos y haré cuando esté en mi mano para aclarar

esta situación. Le agradezco su ofrecimiento, pero no es necesario que me acompañe.

HERNÁN.— Preferiría hacerlo.

Pausa breve.

El autor sonríe y comienza a recoger abrigo, guantes, bastón y sombrero.

JARDIEL.— Entonces haremos una excepción e iremos al teatro.

HERNÁN.— ¿Una excepción? Pensaba que los dramaturgos frecuentaban todos los estrenos.

JARDIEL.— Yo no, amigo mío. Voy en rarísimas ocasiones al teatro, pues tengo interés en conservar el perfecto equilibrio de mis nervios, y ese equilibrio se perturba a la vista de las sandeces abazofiadas que se representan. En cambio, voy bastante al cine, porque, como está establecido que es un espectáculo inferior, las cosas buenas que veo en él me parecen *superiorísimas*.

Cuadro 5

Los transeúntes, engañados con el sol que abrió el día, se han echado a la Gran Vía para disfrutar de la mañana de domingo con tantas ganas de romper la rutina de los días laborables que ni la llovizna ni las rachas de viento helado que se han descubierto sobre ellos consiguen vaciar las aceras.

García y Mancera se detienen cuando llegan a la esquina de la *Paramount*, o más bien es García el que detiene el avance de ambos con una suave presión en el brazo de su amigo: desde que Mancera perdió la visión, están tan acostumbrados a conducir y a ser

conducido que, de espaldas, cuesta distinguir cuál es el ciego de los dos.

GARCÍA.— ¿Notas el chispeo?

MANCERA.— Al final, terminaremos como una sopa —sonriendo.

GARCÍA.— ¿Tú quieres volver?

MANCERA.— No, ¿y tú?

GARCÍA.— Ni mucho menos —prosiguiendo alegremente su camino—. Deja que termine de leerte la nota de don Miguel antes de que tengamos que usar el periódico como paraguas.

MANCERA.— Ni para eso sirve la prensa.

La mañana había despertado a los lectores de los diarios con una circular firmada por el general Miguel Primo de Rivera, en la que el jefe del gobierno —que tras siete años de un mandato que, a pesar de haber comenzado con la aquiescencia del rey, venía afrontando un prolongado desgaste en su trato con casi todas las instancias del país—, sometía su propia continuidad en el cargo al apoyo del ejército que lo aupó a la presidencia.

GARCÍA.— «Y ahora solo pido a mis compañeros de Armas y jerarquía que tengan esta por directamente dirigida a ellos, y que, sin pérdida de minuto, pues ya comprenderán lo delicado de la situación que este paso, cuya gravedad no desconozco, crea al Régimen que presido, decidan y comuniquen su actitud —camina despacio, levantando fugazmente los ojos del texto para no tropezar con otros viandantes—. El Ejército y la Marina, en primer término, me erigieron dictador, unos con su adhesión, otros con su consentimiento tácito; el Ejército y la Marina, son los primeros llamados a manifestar, en conciencia, si debo seguir siéndolo o debo resignar mis poderes».

MANCERA.— A pesar del tiempo que llevamos temiendo este paso, creo que esperaba que al final se arrepintiera, pero aquí está: nuestro querido general se ha jugado el Directorio a un todo o nada con sus compañeros de milicia. Y públicamente, además; sin posibilidad de vuelta atrás.

GARCÍA.— Es que don Miguel siempre ha sido un periodista frustrado. Está totalmente convencido de que puede aleccionar y atraerse al populacho a través de sus notas de inserción obligatoria.

MANCERA.— Demasiado adicto a las frases subordinadas para hacerse entender por las multitudes.

GARCÍA.— Ni por los militares, que son más simples aún. A estas alturas es imposible que se manifiesten a su favor.

El chirimiri no cobra intensidad y los dos amigos, aunque sombreros y abrigos han embebido agua suficiente para cambiar de color y empezar a pesarles, continúan plácidamente su camino. Tienen cincuenta y cinco años, se conocen desde los doce, edad en la que García fue inscrito en el colegio donde estudiaba Mancera, y desde entonces mantienen una amistad a prueba de matrimonios, empobrecimientos súbitos y enriquecimientos forzados.

Durante su estancia en la universidad, una de sus aficiones preferidas era la de pasear sin paraguas bajo la lluvia, borrachos como condenados, en busca de cualquier mujer, de pago o no, que pudiera caer a su alcance. Quizás por eso se sienten tan bien en esta mañana de domingo.

MANCERA.— El tono de la nota me recuerda el de la confesión del director de la Escuela Francesa en la época en la que daba clases allí mi hermana Silvita. Creo que te lo he contado.

GARCÍA.— Seguro, pero ya no me acuerdo.

MANCERA.— Aquel crápula al que denunció una alumna de último

curso por exigirle dejarse iniciar en las técnicas del fornicio a cambio del aprobado.

GARCÍA.— Que no, que no me acuerdo.

MANCERA.— Aunque el claustro procuró mantener la discreción, la indagatoria siguió adelante, sobre todo por parte de los miembros femeninos del profesorado y, más que ninguna, Silvita: ya sabes lo borrica que es.

GARCÍA.— ¿Y qué pasó?

MANCERA.— Pues que lograron que otras alumnas reconocieran haber sido sometidas a las mismas imposiciones.

GARCÍA.— ¡Menudo elemento!

MANCERA.— Pero calla, que lo asombroso del caso es que todas ellas, a pesar de haber consentido, habían sido suspendidas.

GARCÍA.— ¿Y por qué? ¿No había terminado satisfecho?

MANCERA.— Más bien se debió a que las relaciones íntimas eran lo de menos para él. Eso fue lo que dijo al menos cuando fue interrogado por el director. Reconoció todas sus felonías, pero explicó que lo que verdaderamente le movía no era la cosa sexual, sino la cara de chasco de las chicas cuando, al darles las notas, descubrían que haberse prestado a aquellas prácticas no les había servido para saltarse el procedimiento académico. Decía que no pretendía más que darles una lección.

GARCÍA.— Hay gente que vive la decencia en la docencia con mucha intensidad —divertido pero con una mueca de desprecio—. ¿Qué hicieron con él?

MANCERA.— Nada. Lo obligaron a despedirse, claro. Nada. Eran otros tiempos.

Aunque nunca habían perdido el contacto y compartían negocios

y junta directiva en Unión Patriótica, desde que Mancera perdió la vista tres años antes a causa de la diabetes, se veían más que nunca; García pasaba por su casa una o dos veces al día para recogerlo y pasear un rato, visitar el café o comer de restaurante; aprovechaba para leerle los periódicos y a cambio se dejaba contar viejas historias o requería el consejo que tanto apreciaba de su viejo amigo.

GARCÍA.— Sí, tiempos en los que nadie se atrevía a aprobar leyes efectivas y enérgicas, ni mucho menos a aplicarlas. Que muy bien pueden volver si el general Primo de Rivera se ve obligado a dejar su cargo por este tonto arranque de dignidad.

MANCERA.— ¿No crees que haya ninguna posibilidad de que los militares den un paso al frente y se sitúen a su lado?

GARCÍA.— El ambiente en los cuarteles no puede ser más irrespirable y no precisamente, o no únicamente, por motivos ideológicos como ellos afirman. El sistema de ascensos que ha impuesto don Miguel no es compatible con el arrivismo propio de la milicia española. No te olvides de la *Sanjuanada*.

MANCERA.— No creo que vaya a repetirse un levantamiento como aquel.

GARCÍA.— Tras esta nota —levanta el periódico, ya hecho pulpa mojada— no lo necesitan. Les bastará con mirar hacia otro lado mientras sus enemigos acaban con él.

Cuadro 6

Se les hizo corto el tiempo que tardaron en llegar a Chamberí a pie

bajo el paraguas, la primera parte del camino casi en silencio, pero poco a poco metidos en recuentos y semblanzas, Román de sus quehaceres en el ayuntamiento de Aranjuez, Antolina de los quince años educando a niños especiales desde que empezó a trabajar en la *Casa de Niños María Montessori*, el único colegio de Madrid, y de España, para niños con alguna clase de retraso mental.

Llegó un momento en que a punto estaban de olvidar la razón de la caminata, hasta que llegaron a un descampado donde unos niños jugaban al fútbol, que Antolina reconoció como el *campo de las calaveras*.

La fina lluvia había oscurecido y vaciado las calles, pero al acercarse pudieron ver que los cinco chiquillos correteaban tras la pelota, tres contra los dos mayores, entre fragmentos de ataúdes y huesos humanos.

ANTOLINA.— Yo venía cuando chica a ver a una amiga que vivía ahí mismo, en la calle Magallanes, y me contaba todo tipo de historias sobre esta explanada. Por lo visto esto era el antiguo cementerio de La Patriarcal, clausurado y abandonado desde *Maricastaña*. La gente del barrio se ha acostumbrado a vivir entre sus restos con toda normalidad.

ROMÁN.— Pues ahí tenemos el número que buscamos de Santa Engracia.

ANTOLINA.— No puede ser, ese edificio está abandonado.

ROMÁN.— Es la dirección que vimos en el libro de contabilidad de mi padre.

Están ya ante un viejo bloque de tres pisos, seguramente flanqueado hasta hacía poco por otro de similar o mayor altura, porque deja ver en uno de los costados, antes protegido por su vecino, la suciedad acumulada y las huellas del esqueleto de la construcción. La mayoría de las ventanas están condenadas por

tablas y, en algunos casos, los descascarillados de la pintura constituyen auténticos socavones.

ANTOLINA.— Igual sigue viviendo alguien ahí dentro.

ROMÁN.— No creo —no muy dispuesto a aproximarse al portal.

ANTOLINA.— Probemos.

Mucho más resuelta, la mujer empuja el portón, que se abre con toda facilidad.

Vuelve a alejarse un par de metros, mira a la fachada y a su compañero y a la fachada.

ANTOLINA.— Algunas ventanas conservan los cristales.

ROMÁN.— El cliente de mi padre vivía en el bajo centro.

ANTOLINA.— ¿Entramos?

ROMÁN.— Mejor esperar a ver si pasa alguien y preguntar…

La mujer ya está dentro y él no tiene más remedio que sumergirse con ella en la espesura de las sombras, el olor a moho y a orina, el presentimiento de las telarañas y los agujeros habitados por seres inmundos.

Un fogonazo minúsculo se estabiliza en una cerilla que con pulso firme los guía por un pasillo con una longitud no previsible desde el exterior y al fin, después de varios estornudos por el polvo y dos fósforos más, la maestra se detiene ante una puerta en bastante buen estado.

La empuja con las puntas de los dedos y también cede.

ROMÁN.— Aquí no puede vivir nadie.

ANTOLINA.— Solo echar un ojo y nos marchamos.

Una nueva cerilla produce un curioso efecto sobre su rostro. A sus treinta y siete años todavía parece a punto de convertirse en

una mujer guapa, una mujer independiente, una mujer sabia, una mujer capaz de sobrevivir a la carga de soledad que probablemente la haya lastrado ya para siempre. Ese *a punto de* es el que pone de manifiesto la llama, el que hace tan difícil negarle cualquier cosa y el que la convierte en una persona distinta a cuantas Román ha conocido.

Antolina le da la espalda y entra.

Ni se plantea contradecirla.

Aunque el resplandor solo alcanza un par de metros, pueden ver que no se trata de un piso, sino de una especie de local diáfano muy espacioso, desierto, alfombrado de basura, largamente abandonado.

Cuando Román descubre el estado del lugar se dispone a pavonearse de llevar la razón, pero no tiene tiempo de hacerlo.

DESCONOCIDO.— Entren, entren por favor —les dice un sujeto gordo y tuerto que les apunta con un revolver—. Estaré encantado de enseñarles mi casa.

Cuadro 7

Jardiel aparcó su Whiperth en la plaza de Santa Ana, a unos pocos metros de la entrada principal del Teatro Español de Madrid, con la habilidad del que hubiera llevado toda la vida ante el volante.

En realidad, hacía poco tiempo que lo tenía: unos meses atrás se había marchado a Sevilla, nadie sabía por qué allí, para comprarlo de segunda mano por tres mil pesetas; tras recibir unas leves indicaciones sobre su funcionamiento, se lo trajo conduciendo él mismo hasta Madrid, directamente al café Recoletos, donde tuvo que hacer una cuestación entre sus asombrados amigos con el fin de reunir dinero para gasolina. Desde entonces se había convertido en una de sus posesiones más preciadas.

La puerta del teatro estaba abierta y nadie les puso ningún inconveniente ni a él ni a Hernán para que pasaran al vestíbulo. Probablemente, nadie reparó siquiera en su presencia; aunque era domingo por la mañana, el interior del recinto estaba repleto de personal que pasaba arriba y abajo con algún encargo urgente o simulando tenerlo para no desmarcarse de la situación de crisis total que se había instaurado tras la muerte de la máxima figura de la compañía.

Hernán nunca había entrado en un teatro fuera del horario de las funciones y observaba curioso aquel ajetreo, no muy distinto al de otra empresa de cualquier sector en un momento de plena actividad, dejándose llevar por Jardiel que, con toda seguridad, eligió un pasillo que los alejaba de los dorados y el terciopelo granate de la sala principal para llevarlos hacia la zona de administración.

Al fondo del corredor, un individuo con traje negro de unos cuarenta años, serio, con gafas y el pelo encementado por brillantina, acosado por las preguntas de lo que parecen dos ayudantes y tres secretarias, sale de una puerta y, antes de entrar en otra, se detiene un cuarto de segundo, parece reconocer a Jardiel Poncela y querer hablarle, pero alguno de sus acompañantes le comenta algo, se distrae y continúa su camino.

JARDIEL.— Ese era el famoso Cipriano de Rivas Cherif, director de escena de *La zapatera prodigiosa*, muy amigo de Ana Ermitaño. Los conocí en una fiesta de la embajada argentina. Ella lo llamaba Cipri y no se separaba de su lado.

HERNÁN.— ¿Es a él a quien venimos a ver?

JARDIEL.— No. Debe de estar hecho cisco y hasta arriba de trabajo, intentando continuar las representaciones sin la primera actriz con un mínimo de norm…

DOMINGO.— ¿Enrique? —ha salido de una pequeña puerta lateral y ni el escritor ni el sereno habían notado su presencia.

JARDIEL.— ¡Hombre, Domingo! ¡Cuánto tiempo! —Se estrechan la mano—. Deja que te presente a mi amigo Hernán Ruiz —más apretones e intercambios de saludos—. ¿Preparas algo aquí?

Treinta y tantos, guardapolvo gris sobre traje ajado, bolsas bajo los ojos, entradas irregulares en el pelo y la congelación brevísima del gesto ante la pregunta.

DOMINGO.— No exactamente —con un principio de sonrisa que no llega a serlo—. Trabajo aquí. De *traspunte*.

Hernán conoce lo suficiente del mundo teatral para saber que el *traspunte o segundo apunte* es el apuntador que previene a los actores cuando deben salir a escena, al mismo tiempo que les recuerda las primeras palabras que pronunciarán; también conoce lo suficiente del género humano para saber que aquel tipo se siente humillado o degradado por desempeñar aquella tarea.

JARDIEL.— … —Por una vez no tiene una respuesta inmediata.

DOMINGO.— Los secuaces del dictador no me perdonaron la afiliación a la CNT y mucho menos que intentara montarle un plante a la empresa con mi compañía para que subieran los sueldos del personal técnico. Me despidieron, claro. Y lo peor es que corrieron la voz para que ninguna compañía me contratara. Aquí, por lo menos, cobro unas pesetas para mantener a la familia.

JARDIEL.— A nadie debería pasarle algo así, pero mucho menos a alguien con tu talento.

DOMINGO.— Bueno, no creo que al becerro de Primo de Rivera le quede mucho, ya habrás leído la nota que les ha enviado hoy a los militares —falsamente optimista—. Y dime, ¿a qué vienes? No traerás una comedia hoy domingo…

JARDIEL.— Vengo a preguntar por un amigo mío y a lo mejor puedes ayudarme, ¿hay manera de hablar en algún sitio menos público?

DOMINGO.— Claro, seguidme. Aquí soy el amo.

Dos pasillos y tres puertas después están en un cuartucho lleno de estanterías repletas de legajos amarillentos y roídos, la mayoría cosidos a mano, algunos tan apelmazados que seguramente se harían pedazos al moverlos, tantos que ya no hay sitio en las baldas para un buen número de ellos y se han apilado en varias cajas de cartón de las que el traspunte dispone tres como asientos.

DOMINGO.— En este calabocillo tenemos las obras ya representadas, pero sobre todo los libretos no solicitados, los que nos envían los dramaturgos inéditos y que no conocen a nadie en el medio. No os preocupéis, aquí no hay quien entre.

HERNÁN.— Es raro pensar que seguramente habrá algún gran autor escondido que no tendrá ninguna oportunidad de ser representado.

JARDIEL.— Peor sensación es la de soportar las representaciones de tanto imbécil que pasa por gran autor y que debería estar sepultado en un sitio como este.

DOMINGO.— Vivimos una época en la que el amiguismo y las anchas tragaderas son la mejor credencial para triunfar en cualquier profesión —no se permite seguir mirándose—, pero decidme, ¿a quién buscáis?

JARDIEL.— Supongo que conoces a Serafín Arellano.

DOMINGO.— El doctor Arellano. Por supuesto. Que ayer no vino a la función, ¿le ha pasado algo?

JARDIEL.— Eso es lo que quisiera saber. Desapareció de su casa a medio día y no se ha vuelto a saber más de él.

DOMINGO.— Pues ya te digo, aquí no se presentó y sé que no había avisado que faltaría porque me mandaron a buscarlo para que viera a don Eulalio, que estaba con los dolores del reuma.

JARDIEL.— ¿Cuándo supiste de él por última vez?

DOMINGO.— Pues supongo que cuando lo de la Ermitaño. El viernes. Fue de los primeros en llegar a atenderla y el que se la llevó a su camerino.

JARDIEL.— ¿Sabes si eran muy amigos?

DOMINGO.— Nunca los vi juntos.

JARDIEL.— Yo hace algún tiempo que no lo veía. ¿Has oído algo extraño últimamente relacionado con él?

DOMINGO.— Nada, siempre me pareció el perfecto *pater familias* normal y corriente.

El escritor cabecea, contrariado por la falta de salidas y empezando a sentirse incómodo en un espacio tan reducido.

JARDIEL.— Oye, aquí de fumar ni de broma, ¿verdad?

DOMINGO.— Si quieres prenderle fuego al teatro entero, te ayudo.

JARDIEL.— Esperaremos a que estrenen el Tenorio. —Incapaz de permanecer quieto, toma el bastón que había apoyado en la pared y comienza a jugar con él—. El país entero habla de la muerte de Ana Ermitaño, pero las autoridades no sueltan prenda. Todavía no se ha dicho oficialmente si fue un accidente, muerte natural o crimen, que es lo que opina la mayoría, porque es la hipótesis más divertida, claro.

DOMINGO.— En este caso también es la verdad. Aquí damos por sabido que la asesinaron clavándole un estilete por la espalda. La policía nos interrogó a todos. Debió de ser muy poco antes de salir

a escena, porque con aquella herida no podía vivir mucho tiempo, pero aún pudo aplicarse una especie de vendaje, salir y pronunciar el principio de su parlamento.

JARDIEL.— ¿De qué comisaría vinieron?

DOMINGO.— De la de la calle Princesa.

JARDIEL.— ¿Se dice algo sobre quién lo hizo?

DOMINGO.— Nada. Nadie ha visto nada. Cualquiera sabe, ya habrás oído que llevaba un tiempo que no era ella.

JARDIEL.— El mundillo del teatro en Madrid es una casa de vecinos después de un bombardeo. Todos lo saben todo de todos —le explica a Hernán—. Se decía que sus *coincidencias* con Alfonsito trece la traían por la calle de la amargura.

DOMINGO.— Tonterías, Ana Ermitaño ya estaba mal mucho antes de esas *coincidencias*. Faltaba a los ensayos, desaparecía sin más explicaciones… se dice de todo. De hecho, si no fuera por su gran amistad con García Lorca, que insistió en que la quería a ella, no habría sido fácil que hubiera hecho este papel.

JARDIEL.— Federico es un hombre excepcional…

DOMINGO.— Y dime, ¿crees que la desaparición del doctor Arellano tiene algo que ver con el fin de la actriz?

JARDIEL.— No lo sé, pero de momento no se me ocurre otro hilo del que tirar.

DOMINGO.— ¿Qué dice la policía?

JARDIEL.— Allí nos dirigimos, todavía no hemos hablado con ellos. Pero antes nos queríamos pasar por aquí, para ver si había alguna explicación *normal* a todo esto.

DOMINGO.— Pues de lo de la Ermitaño, poco más te puedo decir.

JARDIEL.— ¿Y quién podría? ¿Sabes de alguien que la conociera bien

y que nos pueda contar qué es lo que le ocurría en estos últimos tiempos?

DOMINGO.— Si alguien estaba al tanto de sus idas y venidas era doña Ascensión, su secretaria, que la acompañó durante toda su carrera. Otra cosa es que quiera deciros algo.

JARDIEL.— ¿Podrías conseguirme su dirección?

DOMINGO.— Eso está hecho —poniéndose en pie—, ya te he dicho que aquí soy el amo.

Sale del cubículo con su animosa sonrisa, pero olvidándose esta vez de erguir el porte, como si salir a aquellos pasillos le supusiera un gran esfuerzo de voluntad.

JARDIEL.— *(Pensativo)*. Domingo Alpuente. Lo conocí mientras ensayaba en el Teatro de la Comedia, hace dos, no, tres años. Todo el mundo lo consideraba en aquella época como el más prometedor de los directores artísticos de su generación.

HERNÁN.— Lo malo de este gobierno es que, sin ser una dictadura sangrienta, se está llevando por delante a lo mejor de este asco de país y no sé si nos estamos enterando.

El escritor no dice ni que sí ni que no, mira hacia otro lado, cabecea y sigue jugando con su fino bastón.

HERNÁN.— ¿Ha dicho en serio lo de acudir a la policía?

JARDIEL.— Completamente. Ya va siendo hora de conocer la versión oficial de todo esto.

HERNÁN.— No estoy muy seguro de que sea una buena idea decirles lo de la pitillera.

JARDIEL.— Yo tampoco —ahora sí le dirige la mirada que reserva para

las pocas personas cuya inteligencia reconoce—, lo mejor será escucharlos e improvisar sobre la marcha. Supongo que me acompañará, ¿verdad?

Cuadro 8

A los pocos segundos, Román y Antolina se acostumbran a la oscuridad y comprueban que desde el fondo del local les llega una borrosa luminosidad diurna que les basta para distinguir perfectamente al tipo que ha cerrado la puerta detrás de él y sigue apuntándoles con el revólver.

Está entre los cincuenta y los sesenta, lleva gafas con un solo cristal ahumado y viste traje oscuro de invierno y capa del mismo paño, con corbata de lazo y sombrero hongo a tono; aunque las prendas son caras y están bien cortadas, el conjunto tiene el curioso efecto de hacerle parecer un pordiosero.

Por un momento, la pareja no sabe si alzar las manos como ha aprendido en las películas o hacer caso a la sonrisa del recién llegado y tomarse aquello a broma.

ANTOLINA.— Señor, le aseguro que si hemos entrado aquí, ha sido por una confusión. Sentimos muchísimo cualquier…

DESCONOCIDO.— Tú —a Román—, ponte de rodillas sobre tus manos. No es que me des mucho miedo, es que creo que te vendrá bien practicar la genuflexión —se ríe ante su propio chiste—. Vamos.

Román mira a Antolina, cada vez más desconcertada, y termina obedeciendo al individuo, despejando el suelo de basura con el pie antes de arrodillarse.

DESCONOCIDO.— Bien, muy bien. —Da una vuelta completa alrededor de él—. Estás muy bien así. Y de paso evitamos malas tentaciones. Tengo que reconocer que yo ya, si puedo, evito el enfrentamiento físico. Cuando joven, no. A la menor provocación… En África, sobre todo. En África yo era un mal bicho. Hasta que me picó aquel mosquito…

ANTOLINA.— Señor, si me permite…

DESCONOCIDO.— Llevo dos días siguiéndote y eres más fea de cerca que de lejos —la deja sin palabras con la revelación de que aquello no ha sido improvisado—. No es que seas un hueso, es que de lejos pareces una cosa del otro mundo y vista así eres más normalita.

Pertenece a esa clase de personas a las que las carnes hacen que su estatura sea aún más imponente. Su presencia, su voz profunda y sus cambios de tercio mantienen paralizados al chico y a la profesora.

ROMÁN.— ¿Qué es lo que quiere de nosotros?

DESCONOCIDO.— ¿Yo? —gesticulando exageradamente—. ¿Querer yo? Sois vosotros los que os habéis metido en camisa de once varas viniendo hasta aquí a buscarme —demostrando un enfado claramente fingido y acercándole el cañón a la cara—, los que me habéis metido en un brete, los que me habéis puesto en el disparadero.

Se aleja unos pasos y respira hondo, como haciendo un esfuerzo por calmarse. Cuando lo consigue, rompe a reír y vuelve a acercarse.

DESCONOCIDO.— Como os decía, en África, yo era otro.

ANTOLINA.— Señor, le advierto que mi familia está al tanto de que estoy aquí y que si no vuelvo enseguida vendrán a buscarme o avisarán a la policía.

El hombre asiente varias veces con gesto desolado y baja el revólver; parece un intérprete sobreactuado disfrutando de la exhibición privada de un monólogo en el que el público no sabe aún si se encuentra ante un texto cómico o dramático.

DESCONOCIDO.— Mi querida Antolina, no va a venir nadie a buscarte por la sencilla razón de que no tienes absolutamente a nadie, ni familia, ni novio, ni verdaderas amigas; nadie. Tu vida se desarrolla entre la *Casa de Niños María Montessori*, el colegio donde fuiste admitida recién licenciada en la facultad, tus lecturas de novelas *de aventureras* y la soledad de tu casa. Esa es, precisamente, una de las razones por la que te hemos elegido.

ANTOLINA.— ¿Te *hemos*? ¿Quiénes son ustedes?

DESCONOCIDO.— ¿*Hemos*? ¿He dicho *Hemos*? —y al techo—, Santo Creador, ¿cómo he podido ser tan descuidado?

ROMÁN.— ¿Elegido para qué?

DESCONOCIDO.— ¡Hombre, pero si sigue aquí nuestro genuflexo amigo! —girándose hacia él y abarcando a ambos con un giro de su revólver y una campechana carcajada—. Si no os calláis, conseguiréis que pierda el hilo de mi historia. Os decía que estaba en aquel cochino cuarto de una pensión en Tánger cuando me picó el mosquito —se señala el ojo—. Muy pronto comprendí que aquello no era una picadura normal. Perdí la visión, tenía la zona más y más hinchada —la voz más baja y más grave—. Yo estaba

metido en un lío, por culpa de un morito menor de edad y no podía visitar ningún médico ni pedirle ayuda absolutamente a nadie. Me subía la fiebre, la visión del otro ojo empezaba a nublárseme. No me quedaba otro remedio que extraérmelo yo mismo. Y el único instrumental del que disponía era un cortaúñas y una cucharilla de café… En fin, dejemos el tema.

Ahora ya no sonríe.

Los tres guardan silencio.

Antolina y Román lo miran asustados, aunque el brevísimo relato no tiene nada que ver con ellos, los dos son conscientes de que están tratando con alguien capaz de cualquier cosa.

Como son, de pronto, conscientes de que están perdidos en un lugar que solo ellos conocen.

DESCONOCIDO.— Vosotros no deberíais haber llegado hasta aquí, así yo no tendría que haber aparecido. Todavía no era el momento —se planta ante la mujer—. Es posible que tengamos un mandado para ti y es posible que no. Incluso es posible que no hubiera sido necesario que supieras nunca de nosotros. Lo único que queremos es que, en el supuesto de que tengamos que pedirte que realices esa encomienda, sepas que vamos muy en serio.

ANTOLINA.— Pero…

DESCONOCIDO.— ¡Cállate! —Por primera vez, en auténtico mal tono—. No olvides ninguna de mis palabras. Quiero que estés preparada para obedecer nuestras disposiciones y nada más.

ANTOLINA.— …

DESCONOCIDO.— ¿Te has enterado? —Acercándosele con mala saña.

ANTOLINA.— Sí.

DESCONOCIDO.— *(Sonriendo súbitamente)*. Ahora voy a marcharme.

Si salís de aquí antes de quince minutos o si avisáis a la policía o si hacéis cualquier otra inquisición…

Levanta el arma, se la poya en la sien y simula un disparo mientras, más teatral que nunca, va retrocediendo hasta la puerta, la abre y desaparece después de volver a cerrarla.

El silencio que queda es muy pesado, muy inestable, muy difícil de poner a cero.

ROMÁN.— *(Levantándose lentamente y frotándose las manos entumecidas)*. Ha dicho que no salgamos por esa puerta en quince minutos —señala la puerta.

ANTOLINA.— En eso a lo mejor le haremos caso —se da la vuelta y comienza caminar hasta lo más profundo del local.

ROMÁN.— ¿Adónde vas? —hablándole de tú por primera vez y siguiéndola, temeroso.

La mujer no le responde, continúa su camino intentando orientarse por la fuente de luz grisácea difuminada en un espacio mucho más grande de lo que suponían. Al final, detrás de un tabique, encuentra una ventana tapiada con algunos tablones carcomidos.

ROMÁN.— ¡Nos dijo que no saliéramos!

Ella no pierde el tiempo en responderle, introduce la punta del paraguas entres dos listones y, haciendo palanca, logra que salte uno de ellos; después repite la operación tres veces más hasta abrir un hueco considerable. Para terminar, vuelve a colocar la madera superpuesta y se dispone a esperar, muy atenta a un descampado y a una carreterilla que transcurre a unos cincuenta metros.

ROMÁN.— ¿Qué haces ahí?

ANTOLINA.— Se supone que estamos en la parte de atrás del edificio, la opuesta a la fachada por la que entramos.

ROMÁN.— ¿Y qué?

ANTOLINA.— Que para marcharse, puede que no tenga que pasar por aquí. O puede que sí.

Cuadro 9

JARDIEL.— Agente —le dice al guardia que custodiaba la puerta de la calle de la jefatura de policía y que seguramente le doblaba la edad—. Soy Enrique Jardiel Poncela. —Pausa dramática—. Lléveme ante el jefe superior de todo esto.

GUARDIA 1.— *(Intimidado)*. Usted dispense, pero no sé si…

JARDIEL.— Usted dígale quién soy y verá como él sí sabe. ¿Podemos esperarlo en su despacho?

Entran en la comisaría del número 19 de la calle de la Princesa seguidos por Hernán, que intenta ocultar la sonrisa ante el descaro de su compañero.

Al guardia se le pasa pronto la impresión producida por el fuste que se dan los visitantes y con pasos cada vez más cansinos los lleva, sin avisarlos, al cuerpo de vigilancia, una pieza longitudinal ocupada únicamente por una sucesión de bancos de madera donde dormitan cinco agentes de uniforme.

GUARDIA 1.— ¿Sabéis si ha venido el auditor? —pregunta a sus compañeros.

GUARDIA 2.— A mí me lo van a venir a decir.

GUARDIA 3.— Eso, en administración, que pareces lelo.

El guardia de la entrada se da la vuelta sin tomarse la molestia de responderles, hace una señal a los visitantes para que lo sigan y se adentra en el antiguo palacio.

Está claro que durante los festivos se reduce radicalmente la actividad, porque apenas se cruzan con un alma en los pasillos hasta llegar a una puerta de madera reluciente donde nadie contesta cuando llama el guardia. Al abrir, se encuentran un escritorio vacío, seguro que el de la secretaria del ocupante de otro despacho situado al fondo, con la madera de la puerta aún más brillante y donde tampoco les responde nadie al llamar.

GUARDIA.— Este es el despacho del auditor de división, pero parece que no está.

JARDIEL.— *(Gira el pomo y comprueba que no está cerrado con llave)*. ¿Y a qué espera para ir a buscarlo? —entregándole una tarjeta de visita—. Nosotros lo esperamos dentro.

GUARDIA.— ¿Y si no ha venido hoy domingo?

JARDIEL.— Pues tráigame a quien lo sustituya.

El guardia baja los ojos hasta el metro sesenta y pocos de estatura del escritor ataviado con un traje a medida del mejor corte, a los brazos ocupados en sostener abrigo, sombrero y bastón, y finalmente al inapelable interrogante fijado en su mirada; asiente resignado y se marcha cerrando la puerta.

El despacho, de estilo inglés, es de caoba maciza barnizada, con capitones forrados de verdadero tafilete y lunas biseladas. Los dos hombres curiosean muebles y estanterías de una oficina diseñada más para apabullar al visitante que para trabajar en ella.

HERNÁN.— Recuerdo un artículo que la revista *Actualidades* dedicaba a este palacio. Al parecer se gastaron un pico en la decoración —

despreciativamente—. Se encargó de hacerlo nada menos que *Casa Ricardo*, la misma que decoró el Ministerio de la Gobernación.

JARDIEL.— *(Con sorna)*. ¡La famosa *Casa Ricardo*!

HERNÁN.— Mientras, los serenos, si queremos pasar la noche con gabardina, tenemos que comprarla de nuestro bolsillo.

JARDIEL.— *(Soltando abrigo, sombrero y bastón en una silla)*. No pretenderá que la *Casa Ricardo* se ocupe de vestirlos a ustedes.

HERNÁN.— *(Algo mosqueado)*. Ya me imagino que los politicuchos están demasiado ocupados metiendo mano en los bolsillos del ciudadano para ocuparse de esa clase de problemas.

JARDIEL.— Tiene toda la razón —se ríe—. Perdone si no me tomo casi nada muy en serio. Los burros y los *hombres formales*, esos sí se toman las cosas en serio. Pero es que un *hombre formal* solo se diferencia de un vagón de burros en que hace menos bulto y en que va al café a discutir de política.

Se escuchan pasos y voces.

HERNÁN.— Hablando de gente formal…

El guardia que los trajo hasta allí abre la puerta a dos hombres de unos cuarenta, traje oscuro y bigote magnífico; los dos vienen a tener la misma estatura, pero uno aventaja en apostura y el otro en carnosidades.

ESNARRIAGA.— *(El más grueso, ordenando al guardia con un gesto que se marche)*. Señores, disculpen la demora. Permítanme presentarles al señor Arias, inspector especial del cuerpo de vigilancia. Yo soy el teniente Esnarriaga —Jardiel y Hernán se

presentan, a su vez—. El auditor está reunido en el ministerio, así que el inspector Arias se encuentra al mando de la División —aclara.

ARIAS.— Pero siéntense, por favor. —Él lo hace tras el escritorio, en el puesto del titular del despacho, y señala un par de *confidentes* a los invitados; el teniente se coloca junto a su superior y al momento se sienta de medio culo en la mesa—. Y díganme, ¿qué les trae por aquí?

JARDIEL.— Verá usted, esta misma mañana he sabido de la desaparición del doctor Serafín Arellano y de su hija. Hace años que me une a ellos una gran amistad y como sé que carecen de familia cercana, he decidido venir a presentarme y a pedirles que hagan el favor de ponerme al tanto de sus investigaciones.

ARIAS.— Se lo agradecemos, pero me temo que poco podremos decirle aún. Antes de nada quiero informarle de que estoy llevando este asunto personalmente y empleando en él a mis mejores efectivos —mira a su subordinado, que asiente—. El doctor fue secuestrado ayer de su domicilio, con claros signos de violencia, y no hemos vuelto a saber nada de él, a pesar de que hemos seguido todas las líneas de investigación posibles. En cuanto a la chica, no nos consta oficialmente que le haya ocurrido nada malo, pero como desconocemos su paradero desde hace ya más tiempo del razonable, también nos hemos lanzado a localizarla, ¿no es así, Javier?

ESNARRIAGA.— Hablas, Marqués, sabiamente,
cosa nada nueva en ti.
A la que yo aguardo aquí
ha de placerle este ambiente.

Jardiel y Hernán logran permanecer impasibles ante la extraña respuesta versificada del policía, en cambio su superior sonríe muy aprobador.

JARDIEL.— Tengo que reconocer que llevo más tiempo del que debiera sin ver a mi amigo y no estoy muy al tanto de los trances de su vida. ¿Han sabido ustedes si ha contraído alguna enemistad o se ha metido en algún lío últimamente?

ARIAS.— Que sepamos, nada.

JARDIEL.— ¿Ninguna hipótesis de trabajo?

ARIAS.— *(Abre los brazos, casi compungido)*…

Los cuatro quedan en silencio un momento y el escritor decide apostar algo más fuerte.

JARDIEL.— Inspector, ¿puedo preguntarle si lleva usted también la indagación del crimen de Ana Ermitaño?

ARIAS.— Así es. Pero no veo cómo…

JARDIEL.— Mire, este amigo mío —por el sereno— fue, que sepamos, la última persona en ver a Marcela cuando salió anoche de mi casa después de asistir a una de las tertulias que organizo allí. Y fue ella misma la que le comentó que el rapto de su padre estaba relacionado con la muerte de la actriz. Cuénteles usted, Hernán.

HERNÁN.— *(Hace lo posible por que no se le note la sorpresa por la invención de su compañero)*. Poco más puedo añadir. Únicamente que me insinuó que tenía algún… barrunto en el que basaba su convencimiento, pero que debía hacer comprobaciones antes de darlo a conocer.

ARIAS.— Señores míos, una gran parte de las pesquisas sobre el

asesinato de Ana Ermitaño son confidenciales, como ustedes entenderán, pero como es evidente que estoy ante dos caballeros, puedo adelantarles sin temor a equivocarme que el rapto del doctor Arellano no está vinculado a su triste fallecimiento. ¿Estamos o no estamos?

JARDIEL.— Estamos, estamos. En perfecto desacuerdo. Lo siento muchísimo, pero hasta que no surja alguna razón que explique la desaparición, hay que tomar en cuenta lo dicho por su hija.

Los policías se miran, se acercan, susurran, asienten.

ARIAS.— Esa razón existe. Si no se la hemos comunicado hasta ahora, era por temor a precipitarnos —se deja caer afectadamente en el respaldo para que el otro policía continúe su exposición; tiene puntos para ser considerado un seductor y se comporta como tal.

ESNARRIAGA.— Aún no están en nuestro poder todos los detalles —bajando la voz—, pero hemos sabido que el médico estaba relacionado con el mundo del juego ilegal.

JARDIEL.— *(Escéptico)*. ¿Están ustedes seguros?

ESNARRIAGA.— Tenemos datos suficientes para estarlo.

JARDIEL.— ¿Quiere decir que lo han hecho desaparecer por no pagar alguna apuesta?

ARIAS.— Más bien que se ha hecho desaparecer a sí mismo.

ESNARRIAGA.— *(Impostando la voz)*.

Huiré, sí; pero yo juro
que nadie sabrá de mí
que don Mendo queda aquí
sepultado en este muro.

ARIAS.— Yo ya no soy el que era;
he muerto, y el que ha nacido

ni es don Mendo ni lo ha sido
ni volverlo a ser quisiera.

ESNARRIAGA.— *(En pie)*.

Soy un ente, una quimera;
soy un jirón, una sombra;
alguien sin patria y sin nombre
que de ser hombre se asombra.

ARIAS.— *(Incorporándose también)*.

Cual una nota perdida
con la ceniza en la frente,
naufragaré en el torrente
proceloso de la vida.

ESNARRIAGA.— *(Con mucho ahuecar de voz y blandir de manos)*.

¿De qué viviré? ¿Qué haré?
¿Dónde al cabo moriré?
¿Aquí o allá? ¿Qué más da?
¿Seré malo? ¡Qui lo sa!

Inmóviles, esperan los aplausos que no llegan y al momento, con toda naturalidad, vuelven a sentarse en la mesa y el sillón.

ARIAS.— Ustedes sabrán dispensarnos, pero Javier y yo somos incondicionales de *La venganza de don Mendo* y, cuando viene al caso, no podemos evitar alguna cita.

ESNARRIAGA.— Hemos disfrutado la representación doscientas doce veces.

JARDIEL.— Pues se les ha pegado enseguida.

ARIAS.— Usted, al pertenecer a otra generación, tendrá una malísima opinión de Muñoz Seca, ¿me equivoco?

JARDIEL.— *(Sonríe, levanta una ceja y esa es toda su respuesta)*…

ARIAS.— ¿No me contesta?

JARDIEL.— ¿De verdad le interesa mi opinión?

ARIAS.— Desde luego que sí.

JARDIEL.— Creo que, aunque manchado por cierto mal gusto del que, por otra parte, dieron muestras hasta nuestros mejores clásicos, Muñoz Seca ha creado un teatro suyo, arrollador y exuberante con aciertos definitivos y perdurables…, tras del cual corrieron como liebres con motor el resto de los autorcetes sin voz propia ni vergüenza que aún no se habían decidido a correr tras de otros.

ARIAS.— Javier, alguien que opine así de don Pedro no puede ser malo.

ESNARRIAGA.— No puede, no puede.

JARDIEL.— Si algo he aprendido en estos años de profesión es a no llevarle la contraria a un par de hombres armados.

HERNÁN.— *(Un poco hastiado de la función)*. ¿Pueden darnos algún detalle de los problemas con el juego de don Serafín? Los garitos que frecuentaba, sus compañeros habituales de tapete…

ARIAS.— De momento, esa información está sujeta a secreto sumarial.

ESNARRIAGA.— Hasta que el juez disponga otra cosa.

ARIAS.— Pero puedo asegurarles que cuando eso ocurra serán los primeros en enterarse.

ESNARRIAGA.— Los primeros.

Cuadro 10

Antolina persigue la lejana silueta del hombre que la ha amenazado procurando dejar la mayor distancia posible entre ambos, pero apenas se cruzan con nadie en aquella parte del barrio y es

consciente de que puede volverse y localizarla en cualquier momento, así que camina con el labio mordido y aferrando tan fuerte el paraguas como si fuera la barandilla de un puente de madera a punto de hacerse pedazos sobre el abismo de una de las películas de aventuras a las que tan aficionado era su padre.

Aunque se encontraba muy asustada y Román había hecho lo posible por retenerla, no permitió que la convenciera para dejar marchar a aquel individuo, regresar a su casa y dejar que pasaran los días muerta de inquietud hasta que decidiera volver a dar señales de vida.

Intenta distraerse pensando en Anita, a la que tanto echa de menos; su alumna preferida, mucho más que eso; sabe que ella también se pasa los fines de semana deseando volver a verla, que la niña sería la única en echarla de menos si desapareciera. A pesar de sus rasgos mongoloides, era mucho más inteligente y sensible de lo que la gente imaginaba, y aunque no se atrevía a reconocerlo, no importaba el sinnúmero de alumnos que hubieran pasado por sus manos, había terminado convirtiéndose en el centro de sus días.

El individuo camina a buen paso, pero sin precipitarse, indiferente a la llovizna y marcando facha cada vez que se cruza con alguien.

Ella lo deja ir, estira todo lo posible los metros que los separan, su única intención es descubrir el lugar al que se dirige y marcharse cuanto antes. Se ha comprometido a regresar a la tienda de Román en cuanto lo averigüe.

Tan absorta va en su perseguido que no se percata de los tres sujetos que avanzan por la acera contraria hasta que casi se cruza con ellos; tres jóvenes vestidos *de frac*, sin abrigo ni sombrero, bebiendo lo que a aquella distancia parece coñac en grandes copas talladas; bromean entre sí y caminan como si las calles de aquel suburbio fueran el jardín del palacio donde se celebra la fiesta a la que están invitados por un derecho inalienable y hubieran salido a tomar el aire; uno de ellos, después de vaciar su contenido con un último trago, deja la copa en el alféizar de la ventana de un piso

bajo y continúa tranquilamente su camino.

Delante, el hombre de un solo ojo.

Con la boca seca y las uñas clavadas en el puño del paraguas, Antolina nota que la mañana se sigue oscureciendo, que las palabras del autómata resuenan más y más lejos, que cada vez le cuesta más recordar los pasos que la han llevado hasta allí.

Cuadro 11

En el momento en el que Hernán y Jardiel se disponen a salir de la comisaría, tres automóviles frenan ruidosamente en la misma puerta y surgen de ellos unos sujetos vestidos de civil que, sin dejar de gritar, encañonan ostentosamente con sus armas a los tres o cuatro que quedan en el interior.

No necesitan ninguna identificación para que todos sepan que son upetistas, miembros de la Unión Patriótica, el único partido reconocido por la dictadura, que en los últimos años se ha convertido en una especie de milicia política que represalia las huelgas y auxilia a la policía, que en estas cuestiones ha pasado a tener funciones decorativas; desde febrero de 1929 se les había encomendado la elaboración de un fichero de sospechosos de ser desafectos al régimen que los facultaba incluso al registro domiciliario de dichos opositores, así que nadie se extraña de que se produzcan escenas como aquella.

Sereno y dramaturgo deben esquivar al grupo para salir del palacio; caminan unos pasos y se detienen con la excusa de encender un cigarrillo.

Por fin salen cuatro o cinco guardias para auxiliar a los upetistas que arrancan del interior de los vehículos a los detenidos; uno de estos se resiste a moverse y un joven rollizo con abrigo negro y boina calada le hunde la culata en la frente; cuando ya lo tiene

tendido en la acera, lo castiga hasta que la pérdida del resuello le impide continuar pateándolo.

JARDIEL.— ¡Morralla! —Con desprecio y sin bajar la voz, parece que está a punto de intervenir—. Mi cuñado Augusto, que en paz descanse, el marido de Angelina, a quien ha conocido usted hoy, era dirigente del Somatén hasta que se fundieron con la Unión Patriótica. Pero él era un caballero, no como estos matarifes.

HERNÁN.— Tenga cuidado, esta gente no respeta a nadie. —Se siente incómodo con las palabras de su compañero, no quiere más batallas que las propias, pero parece dispuesto a seguirlo en un posible enfrentamiento.

Al fin, el escritor asiente y echa a andar hacia su coche.

JARDIEL.— El general Queipo de Llano ha traducido las iniciales de Unión Patriótica por Urinario Público. Todo un acierto, aunque se trate de un militar —intentando recuperar su buen humor.

Ya no hay quien salve la tarde del domingo, cada vez más fría y húmeda, pero a pesar del chispeo se dan un respiro para terminar tranquilamente el cigarro antes de subir al Whiperth.

HERNÁN.— ¿Y ahora?

JARDIEL.— ¿Sabe usted? Aunque viviéramos los dos en Madrid, conocí al doctor Serafín Arellano en Niza, donde ambos pasábamos unos días de vacaciones, alojados en el mismo hotel. Pronto hicimos buenas migas, a menudo quedábamos para comer, pero nunca, ni una sola vez, logré convencerlo para que me acompañara al casino, donde debo reconocer que yo pasaba cada noche. Siempre que le insistía en ello, se disculpaba diciendo que

el juego lo aburría mortalmente.

HERNÁN.— En ese caso, o mucho ha cambiado o…

JARDIEL.— La policía nos ha dado la primera razón que se les ha ocurrido para explicar el secuestro y librarse de nosotros.

Arrojan y pisan las colillas, se quedan en silencio.

En la puerta de la comisaría, los guardias se han llevado dentro a los aprehendidos y los upetistas continúan allí, comentando la jugada entre risas.

HERNÁN.— Hemos hecho bien en no comentarles nada de la pitillera. Mientras no surja algo nuevo, debemos pensar que la muerte de Ana Ermitaño y el secuestro están relacionados, así que tendremos que averiguar todo lo que podamos sobre la muerte de la actriz.

JARDIEL.— Tenemos la dirección de su secretaria —abriendo el automóvil—, ¿nos dará tiempo de visitarla antes del almuerzo?

Cuadro 12

Por un rato, a eso de media mañana, coincidiendo con el poco sol que abrió el cielo de aquel domingo, la biblioteca del conde de Alivenza se vio bastante descargada de gente, hasta el punto de que los sirvientes más confiados pensaron en que esta vez sí podrían dar el velatorio por terminado.

Nada más lejos de lo que habría de acontecer. A medida que se acercaba la hora de la comida no solo comenzaron a irrumpir caras nuevas en la sala, sino que muchos de los asistentes de la noche anterior, una vez cambiados de ropa y recobrado el sueño,

regresaban peripuestos y radiantes como si estuvieran asistiendo al estreno más esperado de la temporada.

Entre los invitados se entregaban tarjetas de visita, se hacían presentaciones formales, se entablaban enconadas discusiones o se alternaba como si se conocieran de toda la vida. Todos parecían estar al tanto de la predicción del aristócrata sobre la muerte del doctor, así que los recién llegados no tenían más que dirigirle a cualquiera la frase que todos repetían como un santo y seña —*¿algún pronóstico nuevo?*— para quedar perfectamente integrado en el nuevo círculo.

El mayordomo, después de pasar la noche en planta y la mañana vigilando los movimientos de las fuerzas invasoras, había decidido bajar a la zona de servicio para tomar un bocado y echar una cabezada, con la mala suerte de que la señora se encontraba despachando con la cocinera, máximas estrategas del estado mayor, enfrascadas como estaban en una guerra de supervivencia de las buenas formas, así que Salazar no tuvo más remedio que replegarse a un rincón y sumirse en algunos de los recurrentes ensueños —que lo operaban a corazón abierto, que viajaba en el Titanic o que las llamas lo tenían cercado en un cuarto piso— que le solían provocar un sueño tranquilo y reparador, aunque en este caso tuviera que disfrutarlo de pie y con los ojos abiertos.

Poco le duró el descanso.

Un escandaloso trotar por las escaleras y un violento portazo fueron seguidos por la brusca aparición del segundo lacayo con el rostro descompuesto.

ANTOÑITO.— Señor Salazar, señora —se vuelve hacia ella al descubrirla—. Que… —da la impresión de que a última hora ha vuelto a pensar lo que iba a comunicarles y reconsidera la conveniencia de hacerlo.

SALAZAR.— ¿Qué es lo que pasa, hijo?

MANOLITA.— Habla, hombre, que no tenemos todo el día.

ANTOÑITO.— Pues que… en la biblioteca hay un fantasma.

MANOLITA.— ¿Pero de qué tonterías estás hablando?

SALAZAR.— ¿Tú lo has visto?

ANTOÑITO.— Yo, eh… casi. Es que la rodeaba mucha gente.

MANOLITA.— Será mejor que subamos a ver, Salazar. —Y a la cocinera —, Josefa, mujer, al final le vas a tener que echar otro puñado de arroz a la paella, no vaya a ser que este memo esté en lo cierto.

Seguidos por Antoñito, que se había pertrechado de un atizador, la señora de la casa y el mayordomo subieron rápidamente las escaleras.

ANTOÑITO.— Me han dicho que nadie sabe cómo se ha presentado en el centro de la sala. Que se *ha materializado*, dicen.

SALAZAR.— Si ya le dije a la señora que cada vez se cuelan seres más extraños en la casa. Esto no puede acabar bien.

MANOLITA.— Calla, que tú siempre lo ves todo muy negro.

Llegan a la biblioteca, pero de la puerta no pasan. Como el resto de los *invitados*, que han formado un círculo de seguridad alrededor del ser que permanece en el centro.

Por fin la condesa logra abrirse camino y distinguen a una entidad que, pálida como la esclerótica, sujetando una maleta de cartón con su único brazo, mira fijamente hacia el suelo aquejada de un continuo tembleque que no logra dominar.

Los asistentes la miran en silencio, sin atreverse ni a susurrar un comentario.

Sobrecogiendo a todos con su entereza, Salazar empuja respetuosamente a la señora y, traspasando los límites de protección que los demás se han impuesto, no solo se acerca a aquella sustancia, sino que le apoya la mano en el hombro y se arrima lo suficiente para intercambiar algunos cuchicheos con ella.

Cuando se vuelve está aún más pálido que la aparición.

Regresa junto a la señora, traga saliva con gran esfuerzo antes de hablar.

SALAZAR.— Mi prima segunda, la agorafóbica. Carmina.

La dueña de la casa le da algo de tiempo, una última oportunidad, por si aquello es una broma estúpida o un ataque de locura, pero el mayordomo no se desmiente.

MANOLITA.— ¿Y qué es lo que hace aquí?

SALAZAR.— ¿Recuerda la señora los días que pasé en el pueblo hace tres meses? —No puede reprimir un suspiro al recordar la oportunidad perdida de colgarse de alguna de las vigas del granero.

MANOLITA.— Claro que lo recuerdo.

SALAZAR.— Pues que dice que… durante ese tiempo… la dejé en estado. Que está esperando un hijo mío.

Cuadro 13

La secretaria de Ana Ermitaño vivía en un piso de la calle Fúcar, ramal de Atocha, un edificio sencillo y sin embargo con un punto ilustre, muy de Madrid, perteneciente a esa pequeña burguesía que ya nació antigua, como la criada vestida de negro que abrió la puerta y les pidió que esperaran un momento en el minúsculo vestíbulo cuando se presentaron para expresarle su interés de ver a doña Ascensión.

Jardiel Poncela y Hernán Ruiz, sombrero en mano, esperaron en silencio, observando las cornucopias, las muletas, los estoques y las

monteras que decoraban las paredes, hasta que enseguida apareció la dueña de la casa, una mujer próxima a los sesenta, de riguroso luto, gafas doradas y grandes ojeras.

ASCENSIÓN.— *(Extendiéndoles la mano)*. ¿Enrique Jardiel Poncela? ¿El de *Una noche de primavera sin sueño*?

JARDIEL.— Veo que está usted al tanto de los estrenos.

ASCENSIÓN.— Es mi obligación. O lo era. ¿En qué puedo ayudarlos?

JARDIEL.— Querríamos hablar con usted de la señora Ermitaño. Tenemos entendido que nadie la conocía como usted.

ASCENSIÓN.— *(Con los ojos automáticamente humedecidos)*. Durante mucho tiempo así fue. Son ustedes los primeros que se dirigen a mí desde… lo del viernes. Ni la policía, ni nadie ha venido a preguntarme.

HERNÁN.— De la policía venimos. Estaban muy ocupados decorando sus despachos.

Valora sus palabras, grave; no toma una decisión sobre ellos pero los invita a seguirla con un gesto.

Lo hacen a un gabinete con una mesa camilla en el centro, un valioso *boureau* de persiana con un barniz rojizo muy brillante y un sin fin de carteles de corridas de toros cubriendo las paredes.

ASCENSIÓN.— ¿Quieren tomar café? —les indica dos de las sillas alrededor de la mesa, pero ella sigue en pie, fingiendo que ordena el papeleo del escritorio.

HERNÁN.— No, muchísimas gracias.

ASCENSIÓN.— *(A Jardiel, que no aparta los ojos de los carteles)*. Veo que le interesa la *fiesta*. Esta colección la empezó mi padre, que era apoderado. Don José *Monio* Rodríguez. No sé si ha oído hablar de él.

JARDIEL.— Pues no, la verdad es que la fiesta no me interesa en absoluto.

Hernán se remueve en la silla pensando en que su compañero acaba de estropear la oportunidad de avenirse con su anfitriona.

HERNÁN.— El señor Jardiel quiere decir que está demasiado ocupado escribiendo para salir mucho de casa —intenta suavizar su afirmación.

ASCENSIÓN.— Es posible que piense que un escritor no debe perder el tiempo en esta clase de esparcimientos —agria.

JARDIEL.— Veo que les extraña mi desinterés por la llamada Fiesta Nacional, pero quizás deje de chocarles si tienen en cuenta que el nuestro es un país pasional, y yo carezco de pasión en absoluto. Jamás he sentido, por ejemplo, anhelos de patear en los estrenos de las comedias, ni suelo discutir de política en el café ni sostengo que un torero es mejor que otro o viceversa, porque cuando voy a una corrida no entiendo absolutamente nada.

ASCENSIÓN.— ¿Nada?

JARDIEL.— Nada. Sobre todo de los llamados cambios de suerte del toro, porque la suerte del toro, que es morir acribillado, no cambia ni un segundo desde que sale hasta que se lo llevan de la plaza.

Doña Ascensión lo mira muy seria durante unos segundos hasta que se quita las gafas y se permite una risa que, por lo desacostumbrado en ella, parece un golpe de tos. Después se sienta a la mesa, ya ganada para la causa.

ASCENSIÓN.— Tengo que decirles que desde hace diez meses, y después de haber pasado dieciocho años junto a ella, no me encontraba ya al servicio de Ana.

HERNÁN.— Aun así, seguro que se mantenía al tanto de su vida.

ASCENSIÓN.— ¿Y qué es lo que quieren saber, exactamente?

JARDIEL.— ¿Conoce usted a Serafín Arellano?

ASCENSIÓN.— ¿El médico del *Español*?

JARDIEL.— El mismo. Pues verá: Serafín, que es muy amigo mío, fue secuestrado ayer de su propia casa. Su hija, que también ha desaparecido, estaba segura de que su rapto está relacionado con el crimen de la actriz. Así que aquí nos tiene, después de que la policía nos haya mandado a paseo cuando les informamos de esto mismo, dispuestos a saber algo más de las circunstancias del crimen, para ver si por ese camino localizamos a nuestros amigos.

ASCENSIÓN.— *(Tiene una voz ronca con la que, como con los modales tan secos, intenta disimular gran parte de sus sentimientos)*. Lo de sus amigos es muy extraño. Lo siento mucho. Pero ya le digo que en poco puedo ayudarles. De la muerte de Ana me enteré por los periódicos —amarga—, como uno cualquiera de sus seguidores.

Ni la colección de carteles, ni la calidez del piso, ni su sentido práctico le sirven para mantener los recuerdos fuera de allí.

JARDIEL.— ¿Puedo preguntarle por qué se separaron?

ASCENSIÓN.— Ojalá yo conociera la verdadera razón para poder responderle. Dijo que me había llegado el momento de descansar. Que se marchaba a Uruguay y que no me merecía ser arrastrada a esa aventura a mi edad. Es cierto que le habían ofrecido la dirección de la Escuela Municipal de Arte Dramático de Montevideo, pero nunca pensé que aceptaría. Me dijo que pensaba comprar un teatro allí e iniciar una nueva vida. Dejó caer

que necesitaba rodearse de asistentes de aquella tierra que la ayudaran en sus nuevos proyectos. Puso una cuenta a mi nombre. Yo no le puse trabas. Al final, me aparté de su lado, pero ella no se fue… —Se calla; es dura pero está alcanzando su límite.

JARDIEL.— A usted todo esto no le pareció propio de ella.

ASCENSIÓN.— Desde la muerte de su hijo no había vuelto a ser la misma.

JARDIEL.— *(Golpeando en el brazo al sereno)*. ¡Claro que sí! Hasta ahora se me había pasado por completo la muerte del hijo, el año pasado. Se habló muchísimo de aquello, ¿no se acuerda?

HERNÁN.— Yo no sigo las crónicas sentimentales de los famosos.

JARDIEL.— El chico se suicidó. No tendría más de veinte años.

ASCENSIÓN.— Acababa de cumplir veintiuno. Aquello cambió su vida de arriba abajo…

HERNÁN.— … no es para menos…

ASCENSIÓN.— … pero no inmediatamente. Todos estábamos asombrados de la entereza con la que sobrellevó su pérdida. Ana tenía un carácter de hierro. Tengan en cuenta que llevaba buscándose la vida desde que era una niña. Se dice que su primer aplauso lo recibió a los ocho años en una taberna cuando unos obreros en huelga le pidieron que leyera un manifiesto reivindicativo; era de origen muy humilde y abandonó los estudios para trabajar en un taller de pasamanería, después murió su padre y tuvo que hacerse cargo de su familia con diecinueve años. Y aun así llegó a donde ustedes saben, a lo más alto. Empresaria, directora de escena, la mejor actriz de Europa.

Está contando su propia historia y debe darse una pausa antes de que sea la emoción la que la detenga.

Los hombres no la apremian.

ASCENSIÓN.— Cuando pensábamos que había superado la muerte de Bernal, su hijo, cambió por completo. Por primera vez en su vida llegaba tarde a los ensayos o ni siquiera se presentaba, dejó de frecuentar a los amigos de siempre, se ausentaba durante varios días sin dar explicación ninguna. A mí me costaba Dios y ayuda justificar los incumplimientos de sus compromisos. Habíamos sido inseparables durante veinticinco años. Ella era para mí… —Vuelve a parar en seco.

JARDIEL.— ¿Conoció usted a alguna de sus nuevas amistades?

ASCENSIÓN.— Ya le digo que, por primera vez, empezó a haber secretos entre nosotras —recuerda algo y está a punto de pasarlo por alto, pero ya no tiene razones para hacerlo—. Una vez se presentó aquí a las tantas, muy bebida. Entre medias palabras, me dijo que tenía una misión sagrada, que debía encontrar algo a cualquier precio. Que andaba en busca de un *Cementerio Ambulante* —encoge los hombros para compartir su extrañeza— y que si hacía falta lo sacrificaría todo por encontrarlo.

JARDIEL.— ¿Cementerio Ambulante? —mirando también a Hernán, que niega con la cabeza.

ASCENSIÓN.— Al día siguiente le pregunté qué es lo que me quería decir con aquello y me dijo que lo olvidara.

JARDIEL.— Todavía era joven y atractiva. ¿Tenía alguna relación amorosa?

ASCENSIÓN.— ¿Conocen al actor Sabino Salmerón? —El sereno niega.

JARDIEL.— Es verdad, escuché que tenían *algo*. Incluso los vi en una representación.

ASCENSIÓN.— Estuvieron juntos casi dos años. Él era bastante más

joven, pero estaba loco por ella; a veces pensé que terminarían juntos, a pesar de la diferencia de edad. Pero ella lo dejó a raíz de la muerte de su hijo.

JARDIEL.— Se quitó la vida… —intenta reconducir el tema.

ASCENSIÓN.— *(Ojos otra vez nublados)*. Yo lo quería como si fuera algo mío. Lo había criado. Pasábamos las navidades juntos desde que nació… todo.

JARDIEL.— ¿Se supo por qué hizo aquello?

ASCENSIÓN.— No le faltaba de nada. Nunca fue un niño triste ni con problemas… No nos lo supimos explicar. Y después estuvo lo del hospital.

JARDIEL.— ¿Lo del hospital?

ASCENSIÓN.— Creí que lo sabía. El cuerpo de Bernal desapareció del hospital la misma noche del velatorio sin que jamás llegara a ser encontrado.

HERNÁN.— ¿De qué hospital?

ASCENSIÓN.— Del Hospital Obrero de Maudes, el que da a la calle Raimundo Fernández Villaverde.

HERNÁN.— ¿No es ahí donde trabaja su amigo, el padre de Marcela?

JARDIEL.— *(Confirma de un cabezazo)*…

Quedan los tres en silencio.

Bien sea por el calor y la quietud que se respira en la salita, bien porque han llegado a un cierto grado de interés común con la dueña de la casa en torno a la figura cada vez más enigmática de la actriz, el caso es que, a pesar del ambiente rancio y desfasado, los dos hombres se sienten a gusto allí sentados.

JARDIEL.— Hay toda una zona de sombras en los últimos meses de la vida de Ana Ermitaño donde puede estar la causa de su asesinato.

¿Conoce usted a alguien que pudiera ayudarnos a conocer detalles de esa etapa de su vida?

La secretaria lleva unos minutos mirando al suelo y ahora parece despertar.

ASCENSIÓN.— Que yo sepa, son ustedes los primeros interesados en averiguar qué es lo que pasó de verdad la noche del viernes…

JARDIEL.— …

HERNÁN.— …

ASCENSIÓN.— *(Poniéndose en pie)*. No, no sé de nadie que la conociera en estos últimos tiempos, pero puedo darles algo que a lo mejor les ayuda.

Se retira sin más explicaciones. Tiene el paso firme, la espalda recta, conserva una buena reserva de carácter que seguramente malgastará entre aquellas cuatro paredes.

HERNÁN.— ¿Qué sorpresa nos traerá la buena señora?

JARDIEL.— Ni idea. Pero, al margen de eso, ¿tiene usted algún compromiso para ir a almorzar?

HERNÁN.— Pensaba comer solo.

JARDIEL.— Hace usted bien. Aquellas ocasiones en las que almorzamos solos son las únicas en las que podemos decir que lo hemos hecho con un verdadero amigo. Pero en vista de las horas que son, deberíamos comer algo en cuanto salgamos de aquí si no queremos morir desfallecidos.

HERNÁN.— Me parece una gran idea.

Ya está volviendo la secretaria, pisando con la misma determinación.

Se planta ante ellos y deja caer una llave sobre la mesa.

ASCENSIÓN.— Es de la casa de Ana. No creo que cambiara la cerradura desde que nos separamos. De esa clase de asuntos siempre me ocupaba yo… Si en algún sitio pueden encontrar algo que arroje alguna luz sobre sus últimos meses de vida, es allí.

Cuadro 14

Antolina no tiene ni la menor idea del nombre de la calle en la que se encuentra la fonda donde ha entrado el hombre al que perseguía, pero en el rato que lleva oculta tras una esquina, escudriñando por si aparece de nuevo, el aspecto pobre y descuidado de edificios, casuchas y transeúntes no le deja dudas de que ha llegado a una de las zonas más mortificadas de la ciudad.

Se encuentra en una plazuela sin pavimentar que se está transformando en un lodazal con la llovizna, un lugar sin color ni carácter por el que no pasa la mañana de domingo, en el que los contados viandantes que aparecen y desaparecen dan la sensación de haber llegado demasiado pronto o de no haberse sabido retirar a tiempo.

Al pie de la puerta donde se ha perdido el tuerto, protegido del chirimiri por un alero, un vendedor de papeletas deja pasar el mediodía sin ninguna prisa sentado en una silla de tijera; a su lado, en vez de la cesta con las viandas puestas a sorteo, ha colocado un aguafuerte realizado no sin cierto arte en el que se puede ver un pollo asado y un jamón. La profesora está a punto de atravesar la explanada para interrogarle cuando aparece un automóvil negro con aspecto oficial que se detiene junto al vendedor.

Retrocede a tiempo de no ser descubierta por su perseguido que, conjurado por el sonido del vehículo, sale de la fonda y abre con

mucha altanería la puerta trasera, grita enfadado sus órdenes al chófer y se deja caer pesadamente en el asiento para que este arranque a toda velocidad.

Ya perdido de vista, cruza Antolina la plaza y se acerca al rifador, un anciano de más de setenta con patillas y gorra que mantiene buena parte de la apostura y la chulería de la que seguramente ha vivido hasta no hace mucho.

ANTOLINA.— Buenos días —lo saluda.

BOLETERO.— A las buenas.

ANTOLINA.— ¿Sortea usted ese pollo y ese jamón tan apetitoso? —señala el dibujo.

BOLETERO.— Rifar, rifar, rifamos mayormente el jamón. El pollo va de regalo para las mujeres *apañás* —tanteándola.

ANTOLINA.— Pues vamos a probar suerte. —Mientras habla, procura divisar algo por la puerta entreabierta de la fonda—. ¿De a cuánto son las papeletas?

BOLETERO.— De a real, mientras no nos llegue la república —ha torcido la gorra y la sonrisa para pronunciar cada palabra con la retranca, que es su última herramienta de seducción.

ANTOLINA.— Pues deme tres, hágame usted el favor.

Una mujerona se detiene un momento en el interior de la casa y la mira fijamente; es guapa y morena, con un escote abierto hasta la cintura; se toma su tiempo hasta convencerse de que con Antolina no hay negocio ni pendencia posible y vuelve a perderse dentro.

La profesora la sigue observando el tiempo de decirse y repetirse que es una estúpida por no haber reparado antes en que se encuentra en la puerta de un lupanar.

BOLETERO.— *(Que ha estado hablando sin ser escuchado)*… porque el arroz, comerlo por debajo de Alicante, es un peligro de los

grandes.

ANTOLINA.— Perdone —busca las monedas para pagarle los boletos —, ¿conoce usted al señor que acaba de marcharse en un coche?

BOLETERO.— Que no es *usté* de aquí se ve al kilómetro; pero que se va arrepentir de zascandilear por estas barriadas, se conoce más antes *entodavía* —baja la voz y cambia de actitud, desechando el romance—. *Mireusté*, que me ha caído bien, que *tié* una cosita al hablarle a uno que no *tié cualsiquiera*, así que escúcheme, que se lo digo con buena plata: coja las papeletas, tire por esa calle *alante* y no pare hasta cerrar su puerta con siete llaves, que si le toca, ya le daré aviso en los papeles.

ANTOLINA.— Le agradezco el consejo, pero no tengo más remedio que averiguar quién es ese hombre.

El viejo evalúa la posibilidad de seguir intentando disuadirla, pero conoce demasiado bien a la gente para hacerlo.

BOLETERO.— Una liendre de las que más pican.

ANTOLINA.— Siga.

BOLETERO.— Ese tío es el fotógrafo del ayuntamiento, el que retrata a las chipichuscas para la Cartilla Sanitaria. De él depende quién trabaja y quién no trabaja, y cómo y dónde, y todo lo demás.

ANTOLINA.— ¿Chipichuscas son…?

BOLETERO.— … mujeres de esas que hay tantas. Ya sabe *usté*, «en Colmenar de Orejas, hay más putas que tejas; en Alcalá de Henares, putas a pares; en Villalbilla, putas en cuadrilla y en Torrejón, todas lo son». *Usté* dispense.

ANTOLINA.— Ya.

BOLETERO.— Así que el tío es el amo de todas las casas de putiplistas

donde pone el pie. Además de la mano que tiene con la oficialidad, que nada más *tié* que ver *usté* el cochazo que le han puesto para llevarlo y traerlo.

ANTOLINA.— ¿Y sabe usted cómo se llama?

BOLETERO.— *Pos* por aquí lo llamamos *el Tuerto*, pero la que *tié* que saberlo de conformidad es mi *consorta*. Ella le *pué* informar, lo que *usté* quiera y más, sobre el menda.

ANTOLINA.— ¿Podría avisarla?

BOLETERO.— Mi costilla está atendiendo la sucursal —se explica—. Verá, la dueña de esta fonda *tié* otra en la calle Costanilla de los Desamparados, y por allí cerca encontrará *usté* a mi *mujé*, con un negocio de *apuestas y azares* idéntico a este, que con uno no sacábamos ni para medio comer.

ANTOLINA.— ¿Cree usted que si voy hasta allí, su señora podrá informarme?

BOLETERO.— *Pos* claro que sí, no *tié* más que decirle que va de mi parte. En esa fonda *tié* el tuerto un cuarto propio para sus tejemanejes, y como mi mujer se pasa el día enfrente, conoce sus idas y venidas mejor que yo.

ANTOLINA.— No se puede hacer una idea de lo que se lo agradezco.

BOLETERO.— No es *ná*, pero si alguien le pregunta quién la ha *informao*, punto en boca. Que ese tunante nos *pué buscá* una calamidad.

Cuadro 15

La casa de Ana Ermitaño se encontraba en plena calle de las

Huertas, centro del barrio de las Letras, otra vez a un paso del Teatro Español. Jardiel y Hernán, después de haber almorzado en una taberna de la plaza de Santa Ana, en cuyas proximidades han dejado el automóvil, se han venido andando por toda la calle hasta encontrar el número que buscan, un caserón incrustado entre dos columnas y coronado por un balcón con balaustrada de piedra.

Fingiendo usar la llave que les ha entregado la secretaria con una familiaridad poco lograda, se introducen en el enorme recibidor; aún es de día, pero la tarde está renegrida y necesitan encender unos fósforos para buscar el interruptor de la luz eléctrica primero y después para encender unos quinqués que encuentran en un rincón cuando descubren que esta no ha sido instalada aún en la casa.

Lo primero que les impresiona es la ausencia total de mobiliario, tanto en el vestíbulo como en las habitaciones de la planta baja, que pueden ver a través de las puertas abiertas.

HERNÁN.— No les ha dado tiempo a herederos o deudores a retirar los muebles en los días transcurridos desde su muerte.

JARDIEL.— No… aquí pasaba algo raro desde mucho antes de que la asesinaran. —Tanto él como su acompañante, se van asomando a todas las puertas.

Más que las sombras formadas por los fanales, hay un aire de abandono, resonancias de panteón, que hacen desear abandonarla lo antes posible.

HERNÁN.— Venga… Tiene que ver esto.

Jardiel sigue la voz del sereno al interior de un gran salón y lo encuentra con su farol en alto contemplando embelesado un imponente cuadro de al menos uno y medio por dos colgado sobre la chimenea que constituye la única ornamentación de la pieza.

Es una mujer desnuda cubierta únicamente por una especie de colcha u otra clase de lienzo deshilachado por los bordes. Revuelta

de negros y grises, la media melena no basta para enmarcar un rostro agitanado y, sin embargo, severamente distinguido —no hermoso, no es eso—, la piel oscura no sujeta su calor en las alturas, los ojos, con una placidez falsa, se pierden en algún doblez inalcanzable para todos los que la buscan desde este lado.

Se quedan allí debajo pero Ana Ermitaño no termina de revelarles aquello que la obsesionaba.

HERNÁN.— Dios.

JARDIEL.— En la adolescencia, las mujeres me parecían hermosas, buenas y superiores al hombre. Hoy el hombre y la mujer me parecen igual de miserables. —Se lo piensa—. Pero hay veces… Me acuerdo de la última vez que la vi en escena hará unos cuatro o cinco años; algún tiempo antes se había fracturado una pierna durante una representación por un error de los utileros y, en vez de pasar en casa la convalecencia, se montó una función con una antología de monólogos, poemas y fragmentos de sus obras durante los que no tenía que estar de pie. No intentó compensar su inmovilidad sobrecargando los efectos escenográficos: era ella, en una silla bajo un foco. Ella. Aplaudimos hasta que nos dijeron basta, salimos mudos del teatro, me hubiera quedado horas y horas y horas viéndola decir aquellos textos.

El resto de lo que les sugiere el retrato no lo pone en palabras ninguno de los dos.

HERNÁN.— No es normal que mantuviera la casa desierta, seguro que tenía miles de invitados, compromisos de todo tipo…

JARDIEL.— Miremos en la planta de arriba.

Un pasillo, también vacío, les da paso a varios dormitorios

desocupados y por fin a uno mucho mayor que parece ser el de la dueña de la casa, el único equipado con toda normalidad.

JARDIEL.— Todo el mundo necesita una alcoba, aunque sea para dormir.

Por los cajones entreabiertos, el desorden del armario y la ropa en el suelo se podría pensar en la precipitación con que su ocupante se marchó el último día que estuvo allí, pero también es posible que alguien, policía o no, hubiera practicado un registro con posterioridad.

Empieza a mirar detrás de los cuadros, deshace la cama y después mira debajo de ella mientras el sereno se concentra en el interior de la *peinadora*.

HERNÁN.— Al menos sabemos que la casa no está desnuda porque la hayan desvalijado.

JARDIEL.— No me lo parecía.

HERNÁN.— Papeles o documentos no hay, de ninguna clase, pero he encontrado un cofre con algunas joyas, muy pocas pero de gran valor: una pulsera de brillantes, broches… la tapa de una granada alemana.

JARDIEL.— ¿Cómo dice?

HERNÁN.— Una tapa de rosca de las llamadas *granadas de palo*.

JARDIEL.— ¿Se refiere a una bomba de mano? —acercándose.

El sereno le entrega un tapón parecido a los usados en las botellas de refrescos.

JARDIEL.— ¿Está seguro de que esta pieza pertenece a esos artefactos?

HERNÁN.— Las granadas alemanas tienen una especie de mango

para agarrarlas, por eso aquí las conocemos como de palo, pero ese mango está hueco, su función es contener un cordón del que deben tirar los soldados para activar el explosivo en cinco segundos; para proteger ese cordón, llevan esta *tapa de rosca* en el extremo.

JARDIEL.— Celebro que sea usted un experto en artillería. Yo jamás la habría reconocido.

HERNÁN.— Le aseguro que no lo soy, pero hace unos años pude contemplar una tapa como esta —recuperándola—. En determinados círculos, es un salvoconducto, una especie de llave secreta.

JARDIEL.— Explíquese.

HERNÁN.— El tío para el que trabajaba usaba una de estas como llavero. Me contó que con ellas podías entrar en determinadas… timbas de juegos extremos. Ruleta rusa con munición real y cosas así. Juegos salvajes para gente incapaz de excitarse con otra cosa.

Jardiel se sienta, pensativo, en el borde de la cama, y el otro le imita.

JARDIEL.— ¿Sabe usted dónde se celebran esas *timbas*?

HERNÁN.— Por suerte no tuve que acompañarlo a ninguna, pero conozco a alguien que nos podría informar. ¿Cree que la Ermitaño estaba relacionada con esos ambientes?

JARDIEL.— Creo que todo esto es muy extraño y tenemos que estar preparados para aceptar cualquier posibilidad, sobre todo las peores.

Unos segundos de silencio no mejoran su ánimo.

HERNÁN.— Deberíamos separarnos.

JARDIEL.— No sabía cómo sacar el tema, pero tengo una cita esta tarde a la que no puedo faltar de ninguna manera. Por otra parte, cada uno por nuestra cuenta, ganaremos tiempo.

HERNÁN.— Yo puedo dejarme caer por el Hospital Obrero, a ver qué saben del doctor Arellano y, de paso, si pueden decirme algo de la desaparición del cadáver del hijo de la Ermitaño; parece que fue a partir de entonces cuando empezó a echarse la vida a perder. Después veré si localizo a un prenda que puede decirnos donde se celebran estas timbas —levanta la tapa de rosca.

JARDIEL.— Como no me esperan hasta las siete, aprovecharé para hacerle una visita a Sabino Salmerón, el último novio conocido de la actriz.

HERNÁN.— Estupendo.

JARDIEL.— ¿Nos vemos en el Café Universal a eso de las ocho y media?

Cuadro 16

En el descuido de uno de los lacayos, que se dejó abiertas las puertas ventanas de los descomunales jardines, el creciente grupo de visitantes de la mansión del conde Alivenza decidió que aquella vía de acceso a la biblioteca sería mucho más operativa para todos que servirse de la entrada principal y verse obligados a cruzar la casa en cada incursión, de modo que la cancela del parque circundante ya no volvió a cerrarse y los convidados podían entrar o salir sin pedir permiso a nadie, con la ventaja de que cuando se

cansaban de estar encerrados en el salón, salían a airearse un rato entre los exquisitos macizos de flores y el selecto arbolado del exterior.

El mayordomo montaba guardia en una esquina, procurando mantenerse alejado de las dependencias de la servidumbre para no cruzarse con su prima Carmina *la Agorafóbica*, que buscaba ávidamente el momento de quedarse a solas con él. Cuando le comunicó a la condesa que aquella lo acusaba de haberla dejado embarazada, la señora, en su inmensa bondad, había resuelto que de momento se sumara al personal de la cocina, que con la que tenían encima, «no nos vendrán mal un par de manos extra»; «uno», respondió él, «solo tiene un brazo»; «algo es algo», cerró la conversación la dueña de la casa, con su infinita sabiduría.

Y allí seguía, tan absorto en sus problemas y calculando las posibilidades de contraer una enfermedad incurable de las que intentaba procurarse practicando los hábitos menos saludables que se le ocurrían, cuando un individuo de edad, indumentaria, altura, aspecto y comportamiento totalmente corrientes se acercó a él y le habló con voz casi inaudible.

BOTICARIO.— Perdone, soy el boticario.

SALAZAR.— Ah.

BOTICARIO.— ¿Puede decirme usted si es verdad que don Guillermo ha revivido?

SALAZAR.— Y tan verdad —contestó el mayordomo sin ni siquiera mirarlo.

BOTICARIO.— Yo… tendría que verlo.

SALAZAR.— Usted y medio Madrid.

BOTICARIO.— Me han dicho que se ha hecho fuerte en la bodega.

SALAZAR.— Como un roble.

BOTICARIO.— Será por la proximidad con los barriles —tristemente.

SALAZAR.— Será.

El recién llegado agacha la cabeza y, sin apenas molestarse en esquivar las congregaciones de invitados, que ni siquiera notan su presencia —como le ha ocurrido a lo largo de toda su vida—, se escurre hacia la bodega.

Se queda allí, intangible y fuera del campo de visión de la mayoría, inadvertido para todos.

Para todos, excepto para el padre Segundo que lleva no se sabe cuántas horas sentado en el suelo junto a la entrada del sótano y que, aunque tarda un par de minutos en convencerse de que está ante quien está, consigue vencer su anquilosamiento y ponerse doloridamente en pie cuando se asegura de que es él.

PADRE SEGUNDO.— ¿Se creía usted que se iba a escapar del telescopio de Dios? —gritándole entre susurros.

BOTICARIO.— ¿Yo?

PADRE SEGUNDO.— ¿O es que no sabe que Dios tiene un telescopio?

BOTICARIO.— Padre, me parece que se confunde.

PADRE SEGUNDO.— Claro, claro, claro. Él y yo nos confundimos. Dios estuvo anoche de parranda con los amigotes, unas copitas aquí, otras copitas allí, a lo mejor se pasó por un teatro de variedades para ver uno de esos espectáculos picantones, y cuando Dios se despertó esta mañana no daba una a derechas —lo coge con fuerza por el brazo—, ¡Dios no se confunde! ¿No ves que tiene un telescopio, desgraciado? ¿Qué te creías, que bastaba con pasarte un par de días sin pisar tu casa ni la botica para darle esquinazo al Hacedor?

Es tan imperceptible el hombrecillo al que el cura agita por el brazo que, si se le preguntara tiempo después a cualquiera de los testigos, juraría que el sacerdote estaba completamente solo.

BOTICARIO.— Padre, le aseguro que yo no… —Anonadado desde que el religioso ha demostrado estar al tanto de sus últimos pasos.

PADRE SEGUNDO.— Tú, sí. Ese que está ahí dentro —señala la puerta tras la que se oculta el conde— y tú sois unos trileros y, puestos a estafar, habéis querido darle gato por liebre nada más y nada menos que a Dios. Montasteis vuestro puesto callejero de *¿dónde está la bolita?* y os dijisteis «vamos a timar a Dios, que es un pánfilo y un papamoscas medio atontado» —apretándole aún más el brazo—, ¡pero Dios no os quitaba ojo! ¡Porque Dios tiene un telescopio y tú no tienes nada!

El boticario, con la cabeza humillada, encerrado en sí mismo, no dice una palabra mientras el sacerdote se recupera de su sofocón.

PADRE SEGUNDO.— ¿Y ahora qué vas a hacer? Porque ese de ahí —otra vez hacia la bodega— tiene dineros y contactos y dispensas, pero tú, ¿qué es lo que tienes?

BOTICARIO.— …

PADRE SEGUNDO.— Habla, di qué es lo que tienes —exige.

BOTICARIO.— … nada.

PADRE SEGUNDO.— Efectivamente, nada de nada. Nada, excepto el refugio de Dios. Te toca arrepentirte de corazón y ya veremos si Él quiere desatar los nudos que tú has atado. Ya veremos, ¿eh? Ya veremos, porque no todos los nudos se pueden desatar. ¿Tú sabes dónde está la Parroquia de los Legionarios?

BOTICARIO.— Sí, señor.

PADRE SEGUNDO.— Pues anda, tira para allá ahora mismo y no pares hasta que te estés persignando.

Cuadro 17

Ni la mala tarde ni la luz del día cohíben la oferta callejera de mujeres salpicadas por los portales de la calle Costanilla de los Desamparados aquel domingo. No tiene ninguna duda esta vez Antolina, de la clase de zona en la que está adentrándose.

No tarda en localizar a la mujer del vendedor de papeletas, sentada junto a una cancela cerrada y protegiéndose de la lluvia con una sombrilla de colores chillones, de cuya barra cuelga, como distintivo del negocio familiar, un aguafuerte con un pollo y un jamón gemelos a los que acaba de ver un rato antes.

Le sorprende su edad al compararla con la de su marido, cuarenta como mucho, y pese a estar algo metida en carnes y no dedicarse ningún cuidado, una belleza poco habitual.

ANTOLINA.— Buenas tardes. Perdóneme, pero acabo de estar con su esposo y me ha dicho…

BOLETERA.— ¿Y qué es lo que tiene usted que ver con mi marido? — No solo su edad contrasta con la del hombre, sino lo correcto de su entonación.

ANTOLINA.— Yo, nada. Acabo de conocerlo. Es que me ha dicho que a lo mejor podía usted ayudarme…

BOLETERA.— ¿Dónde me ha dicho usted que lo ha conocido? —muy suspicaz.

ANTOLINA.— En la puerta de una fonda. —No se le ocurre otra forma de demostrarlo que sacar las tres papeletas que le ha comprado—. Solamente quería hacerle unas preguntas respecto a un señor que me ha dicho que usted conoce.

Puede ser que valga la credencial; la vendedora la mira firme, respira hondo y parece superar los celos y los recelos, aunque

necesitará unos segundos para mirarla con otros ojos.

BOLETERA.— A ver, ¿qué señor es ese?

ANTOLINA.— No conozco su nombre, pero no hay muchos como él. Muy alto y gordo, bien vestido, mayor, con un solo ojo.

BOLETERA.— Galván, el fotógrafo.

ANTOLINA.— Eso me ha dicho su marido, que se dedica a fotografiar a las… chicas para las Cartillas Sanitarias.

BOLETERA.— Eso, entre otras cosas —con desprecio—. ¿Qué negocio tiene usted con él?

ANTOLINA.— ¿Yo? Ninguno… —duda—. O eso espero. Lo he conocido esta misma tarde también. Me ha dicho que lleva tiempo vigilándome y, por lo que ha contado, es verdad. No ha aclarado por qué ni para qué. —Se detiene, confiando en no cometer un error al sincerarse con aquella desconocida—. Tengo que reconocer que me ha dejado muy intranquila…

BOLETERA.— Muerta de miedo.

ANTOLINA.— … así que estoy intentando saber algo sobre él.

BOLETERA.— ¿Y le ha dicho que la está vigilando?

ANTOLINA.— Sí.

BOLETERA.— ¿Así? ¿De buenas a primeras?

ANTOLINA.— Hablaba en nombre de otros. Y decía que me habían elegido para algo.

BOLETERA.— Malo. —Se diría que poco a poco va olvidando sus figuraciones y poniéndose de su parte. Antes de seguir hablando, se asegura de que la puerta en la que se apoya está bien cerrada —. Aquí no hay nadie a estas horas; esto es una casa de paso y hasta un poco más tarde, cuando llega la avalancha de las carreristas, no les merece la pena tener abierto. Pero ¿ve usted el

portón de ahí enfrente? —sin señalar—. Mire con disimulo. El del farol colorado.

ANTOLINA.— Sí.

BOLETERA.— Esa casa sí está abierta todo el día, con sus muchachas, y lo que no son muchachas, fijas y dispuestas a todas horas. Pues ahí le han puesto a Galván una habitación. Yo no sé para qué.

ANTOLINA.— Su marido me ha dicho que tiene muchas influencias.

BOLETERA.— Es… dañino como el demonio.

Todavía no está segura de qué información debe proporcionarle.

Antolina no insiste, solo se queda allí parada, a la espera, porque no tiene otro sitio donde pedir ayuda.

A toda velocidad pasa una camioneta Ford modelo T con el cartel *SALAZONES ADRIÁTICO, Repartos*, y por un momento el ruido no les permite pensar con claridad.

Cada vez se van dejando caer más mujeres por la calle, aburridas o expectantes de sí mismas, estirando un día más el negocio en el que se han convertido; ni asqueadas, ni ofendidas ni tristes, solo han venido a trabajar.

Por fin, la vendedora toma una decisión.

BOLETERA.— Galván pertenece a la Inspección de Sanidad del ayuntamiento. Es el fotógrafo que les hace los retratos a las muchachas para que figuren en las cartillas que deben tener en todas las *casas de la vida* para que los médicos pongan los resultados de las visitas semanales. Las amas están obligadas a enseñarles las cartillas a quienes las pidan, por si la interna tiene alguna enfermedad de esas que les impiden trabajar en lo suyo. —De vez en cuando echa un ojo a la fonda del farol rojo, por si sale alguien a la puerta o a alguna de las ventanas—, y como se puede imaginar, tener que mantener a una de las chicas sin que

produzca es lo último que quiere esta gente, que solo mira el dinero. En estos casos es donde entra Galván. Él no solo hace los retratos, sino que tiene el sello del ayuntamiento, así que no tiene más que cambiar los retratos de las cartillas para que las enfermas pasen por sanas. Así que se ha convertido en el mandamás de las casas de citas de medio Madrid.

ANTOLINA.— ¡Pero eso es una barbaridad!

BOLETERA.— Aunque se les contagie lo que sea, la clase de clientes que viene a estos sitios no suele reclamar —vuelve a mirar hacia la fonda—. Y esto es solo una parte de lo que hace.

ANTOLINA.— … —asiente despacio, animándola a seguir.

BOLETERA.— Además de los retratos de las cartillas, también es el fotógrafo de la policía, y se dice que se aprovecha de las detenidas en los calabozos para hacerles fotos… fotos de esas que solo compran los hombres, que venden después por ahí.

ANTOLINA.— Pero la policía…

BOLETERA.— La propia policía es quien pone en circulación las fotos cuya venta dicen que persiguen.

Vuelven a quedar en silencio. Antolina, más que en la historia que acaba de escuchar, se sorprende divagando sobre el extraño matrimonio formado por el anciano boletero exdonjuán y su celosa, atractiva, educada y joven esposa, hasta que otra mirada de la mujer hacia la fonda le recuerda lo peligroso de la situación en la que se siente cada vez más hundida.

ANTOLINA.— No estará dentro en este momento, ¿no?

BOLETERA.— No, hoy no ha aparecido, aunque como le he dicho tiene una habitación, un estudio, dice él, así que no me fío mucho.

ANTOLINA.— Yo… yo le agradezco mucho que, sin conocerme de

nada, me haya contado todo esto —alejándose un par de pasos.

BOLETERA.— Creo que está metida en un buen lío y necesita toda la ayuda posible —empieza a contar sus papeletas—. Tenga mucho cuidado.

ANTOLINA.— Muchísimas gracias —inicia su marcha.

BOLETERA.— Mientras hablábamos no se me despintaba del pensamiento lo que me dijeron una vez de ese maldito tuerto —sin mirarla.

ANTOLINA.— ¿El qué? —regresando.

BOLETERA.— Será una tontería, pero en cierta ocasión, don Agustín, el contable que viene por las tardes a llevarle las cuentas a la dueña de la casa —señala el establecimiento de enfrente—, se había tomado unos vasos y me estuvo hablando de Galván; me dijo que lo conocía de antiguo y que lo había visto hacer algunas de las peores barrabasadas que alguien se pudiera imaginar. También me dijo que tenía información y pruebas en contra *suya* y que si hablara podría enviarlo a la cárcel de por vida.

ANTOLINA.— ¿Y por qué no lo hacía?

BOLETERA.— Porque es un hombre viejo. Y estaba muy asustado.

Cuadro 18

Hernán lleva ya más de media hora rondando por el Hospital Obrero de Maudes, conocido también como *el de los jornaleros*, trasegando contra las corrientes de visitantes que, cargados con cestas y pañoletas grasientas llenas de alimentos traídos del pueblo, aprovechan aquella tarde oscurecida y húmeda de domingo para

visitar a sus parientes ingresados.

Cuando les pregunta, las monjas de San Juan de Dios le escupen que en ese momento no hay allí doctores ni nadie con tiempo para informarle sobre ninguno de ellos, y por más vueltas que da siempre termina bajo la lluvia en el patio octogonal, que es donde concurren todos los cuerpos de la construcción; un imponente conjunto de edificios con cierto aire fantasmagórico, protegido por su oscura muralla de piedra, incrustado como por un hechizo en una de las zonas más pobres de Madrid.

Por casualidad o por eliminación, termina dando con un cartel que anuncia la dirección de los quirófanos, en alguna terminación de su cerebro cruza la información con los comentarios oídos en cualquier sitio a lo largo del día sobre las habilidades del doctor Arellano en la mesa de operaciones y sin seguridad alguna, inicia el ascenso de las escaleras que unen un puente metálico con el pabellón de cirugía.

A medida que avanza o se hunde en este asunto, le resulta más difícil comprenderlo, y lo que menos entiende es su papel en todo aquello. La búsqueda de una chica que jamás le dirigiría una palabra que no fuera de cumplido, a la que se ha visto unido por una situación que está muy encima de los dos; la reconstrucción de los últimos meses de vida de una extraña actriz, una diva para la que él no habría significado absolutamente nada; la camaradería con un escritor que pertenecía a otro de esos mundos a los que él nunca tendría acceso… Había más, mucho más, motivos más poderosos que tenían que ver con la última posibilidad de dejar de ser un personaje borroso, desconocido para todos, algo que pasa silenciosamente por las noches, sin importancia ninguna.

Antes de llamar a la puerta del pabellón se detiene a mirar hacia la calle. La tarde ya no se ve. La gente no está. La lluvia intenta romper la claraboya en afiladas esquirlas de cristal que le apuñalen la cabeza.

Compara esta noche con cualquiera de sus noches, los pasos que le esperan en las próximas horas. Sabe que, de una forma u otra, va

a jugarse lo poco que tiene. Le parece bien.

CELADOR.— ¿Sí? —Aparece un jovenzuelo con una bata blanca a su tercera llamada.

HERNÁN.— Perdone, necesito hablar con alguien que conozca al doctor Serafín Arellano.

CELADOR.— ¿Es usted de la policía?

HERNÁN.— *(Está a punto de responder Cuerpo de Serenos, pero no cree que el celador vaya a tragárselo, por poco espabilado que parezca)*. No, soy un amigo suyo. De su hija, en realidad.

Tendrá unos veinte años, la cara llena de cráteres levemente rojizos, como si la infección de los antiguos abscesos que lucía durante su adolescencia no se hubiera curado del todo, y una nuez del tamaño de una manzana, que se desplaza tanto en vertical como en horizontal mientras toma una resolución.

CELADOR.— ¿El novio de su hija?

HERNÁN.— Yo no he dicho eso.

CELADOR.— Porque si lo fuera, yo lo sabría. Herminio —extiende la mano—. Ayudante y hombre de confianza del doctor Arellano.

HERNÁN.— Hernán Ruiz —corresponde—. ¿Sabe usted que el doctor ha desaparecido?

HERMINIO.— Creí que yo era el único que se había dado cuenta —se queda allí, sin mover un músculo.

HERNÁN.— ¿Puedo entrar? Aquí hace una corriente de la hostia.

CELADOR.— Claro, claro que sí.

El joven lo hace pasar y le pide que lo siga por un largo pasillo iluminado únicamente por la luz procedente de una sala al fondo; cuando llegan a la puerta, es el sereno el que se queda clavado, más

que por el fuerte tufo a antisépticos, por la repulsa automática que le producen los quirófanos.

HERMINIO.— Pase, pase, no se quede ahí.

Dentro, una vez sobrepuesto al intenso olor que no solo se aspira por la nariz, a la amenaza del instrumental, a la sensación de que el personal que trabaja allí te abriría en canal con todas las bendiciones y se marcharía a casa tan tranquilo fuera cual fuera el resultado de la maniobra, termina pensado que, habida cuenta de lo que ha dejado fuera, el lugar es más confortable de lo que parece.

Herminio acerca una segunda banqueta a la mesa quirúrgica para que se siente a su lado; debajo arde una copa de cisco y sobre ella descansa un frasco mediado de licor ambarino.

HERMINIO.— Aguardiente de ciruelas. El único remedio contra los sabañones, ¿una copita?

HERNÁN.— Probaremos el tratamiento.

HERMINIO.— Yo esperaba a la policía. —Como no encuentra un segundo vaso, le acerca una especie de bandeja metálica, pequeña y honda, para que lo use como tal.

HERNÁN.— Estuve hablando con ellos esta mañana, pero no me prestaron mucha atención: estaban muy ocupados ensayando *La venganza de don Mendo*.

HERMINIO.— Pues para que usted vea. El sábado tenía guardia. El doctor. Pero no se presentó. Así que esta mañana me pasé por su casa —se ha sentado frente a él, con los codos apoyados sobre la mesa de operaciones; lleva la bata blanca, como si fuera un confortable batín, y no es probable que se encontrara más a gusto si estuviera en su casa—, pero el desaborido del portero no me dejó subir ni me dio más explicaciones, estaba obsesionado con

tomar mis datos para apuntarlos en un cuaderno. Así que me largué y pregunté en el bar de enfrente. Me dijeron que don Serafín había desaparecido, que los guardias habían estado por allí, que algo malo había pasado en esa casa.

El sereno se termina el licor con una mueca de asco para poder usar la bandejita como cenicero.

HERNÁN.— ¿Quiere? —ofreciéndole la petaca.

HERMINIO.— El doctor nos lo tiene prohibido a todo el personal. Tiene unas ideas muy modernas. —Se pierde un momento en su recuerdo—. Yo quiero estudiar medicina, ¿sabe?

HERNÁN.— ¿Llevas mucho tiempo aquí? —pasando al tuteo.

HERMINIO.— Año y pico.

HERNÁN.— ¿Estabas cuando desapareció el cuerpo del hijo de Ana Ermitaño?

HERMINIO.— Me habían contratado hacía solo unos días. Me tenían en «puerta de urgencias».

HERNÁN.— Pero sabrás lo que pasó.

HERMINIO.— Más por lo que he sabido después, que yo en esa época estaba en la higuera. Por lo visto, cuando la madre descubrió que el chaval se había pegado el tiro, todavía estaba vivo, así que llamó a don Serafín, que lo metió en un coche de punto y se lo trajo para intentar operarlo, pero cuando llegaron ya era tarde.

HERNÁN.— Ahora me explico por qué, siendo hijo de quien era, montaron la capilla fúnebre en un sitio tan… humilde como este.

HERMINIO.— Pues para que usted vea. Ya le digo que yo me acababa de caer de la parra y no sé muy bien qué pasó, fíjese que me creía que me iban a echar la culpa a mí. —Rubrica su afirmación

con un movimiento de izquierda a derecha de su sobresaliente nuez—. El cuerpo estaba en nuestra capilla, no sé si ha entrado, la que da al Paseo de Ronda, y el caso es que, en un momento que lo dejaron solo, se lo llevaron. Imagínese la marimorena que se formó.

HERNÁN.— ¿No corre por aquí ningún rumor que explique la desaparición?

HERMINIO.— No tengo ninguna teoría —en tono solemne y subrayando la última palabra.

HERNÁN.— Y de la falta del doctor, ¿tienes alguna?

HERMINIO.— No me hace falta. Yo sé perfectamente por qué lo han raptado. —Hace la señal de la cruz con la nuez antes de seguir.

HERNÁN.— Pues menos mal que he llegado hasta aquí. —Apaga el cigarro y empieza a armar otro.

No termina de hacerse una idea clara del chico; a ratos le parece estar perdiendo el tiempo con un pobre imbécil y otras veces le parece un pobre imbécil que puede esconder un extraordinario sentido común detrás de su cómica apariencia.

HERMINIO.— Se lo llevo diciendo hace tiempo, que lo denunciara a la policía, que nos iba a costar un disgusto… pero él, siempre tan considerado, por no armar un escándalo que afectara a esta santa casa…

HERNÁN.— Así no me entero de nada.

HERMINIO.— Ya. Verá —abre y cierra los ojos en un esfuerzo de concentración—. El doctor Arellano necesitaba cadáveres, ¿entiende?

HERNÁN.— No.

HERMINIO.— *(Sin prestarle atención)*. Lleva años escribiendo un

manual de anatomía, que él dice que, y ya verá usted como si Dios quiere es verdad, va a revolucionar la medicina. Pero para eso necesita, como él dice: «coger mucha confianza con los muertos». Necesitaba cadáveres. Así que hizo correr la voz de que se precisaba que la gente donara los cuerpos de los fallecidos para la ciencia. A cambio, él les daba de su bolsillo una pequeña compensación por los gastos y corría con el costo del entierro.

HERNÁN.— Nos acercamos al maravilloso negocio del tráfico de cadáveres.

HERMINIO.— Pues para que usted vea.

HERNÁN.— ¿Y hay mucho donante?

HERMINIO.— No mucho, porque como dice el doctor, este país vive todavía «tiempos de oscurantismo». Precisamente porque había pocos me di cuenta de lo que estaba pasando —baja el volumen y ahueca la voz, casi se sube sobre la mesa para hablarle al oído, pero se calla para favorecer el suspense.

HERNÁN.— ¡Sigue!

HERMINIO.— ¡Descubrí que varios cadáveres procedían del mismo domicilio! —asiente varias veces, con la cabeza y con la nuez.

HERNÁN.— Y no lo comunicaron ustedes a las autoridades.

HERMINIO.— Pues para que usted vea. El doctor no quiso comprometer al hospital. Además, ninguno de los cuerpos presentaba signos de violencia. Pero cuando nos ofrecieron el tercer fallecido de la misma casa en la calle Sombrerería, nos escamamos y salimos a hablar con el hombre que los acarreaba. Un viejo en una tartana. Bueno, pues en cuanto se lo planteamos, se subió al carro y salió corriendo de aquí. —Sonríe satisfecho—. Eso por si quedaba alguna duda.

HERNÁN.— ¿Han sabido algo más del asunto?

HERMINIO.— Ellos no han vuelto a dar señales de vida. Ni de muerte. Que se sepa.

HERNÁN.— ¿Que se sepa?

HERMINIO.— La verdad es que, creo que por única vez en mi vida, desobedecí a don Serafín y me presenté en la casa desde la que nos enviaban los muertos. —Otro silencio.

HERNÁN.— ¡Pero sigue, hombre!

HERMINIO.— El piso estaba a nombre del primer muerto, según pude ver en el buzón, y, ¿qué me diría usted que encontré en la puerta del piso cuando subí?

HERNÁN.— Venga.

HERMINIO.— ¡Una corona de flores! Como si el hombre acabara de espichar, sabiendo yo como sabía de su paso por esta mesa —el sereno aparta los codos— unos meses atrás. El caso es que pregunté a un vecino y me dijo que el hombre había muerto pocos días antes. ¡Era como si el fulano nos hubiera enviado su propio cadáver para que experimentáramos con él! —Esta vez la nuez se le hunde en las profundidades de la garganta y solo sale a flote cuando su propietario empieza a ponerse cianótico.

HERNÁN.— ¿Te contó algo más?

HERMINIO.— ¡Qué va! Parecía como asustado.

HERNÁN.— ¿Y qué dijo Arellano?

HERMINIO.— Cogió el sombrero y se dirigió él mismo a la casa que yo acababa de visitar. De lo que vio o habló allí nunca me dijo nada, pero algo pasó, porque desde entonces se le cambió el carácter por completo.

HERNÁN.— ¿Desde la visita al piso desde el que os enviaban los

cadáveres?

HERMINIO.— ¡Es que eso no fue todo! Unos días más tarde, nos encontramos el doctor y yo abajo por la mañana, subimos juntos a preparar esto, como siempre, y ¿qué dirá usted que nos encontramos aquí encima? —señalando la mesa de operaciones.

HERNÁN.— ¿El qué? —retirándose un poco por si acaso.

HERMINIO.— Una cruz de mármol. Una cruz muy vieja, de cementerio. La habían arrancado y la habían traído hasta el quirófano. Un aviso. Desde entonces no volvimos a hacer ninguna indagación, pero muchas veces he sentido que me vigilaban y que me seguían cuando me iba de vuelta a casa.

Por un momento, el sereno cree ver alguna conexión entre los elementos del misterio que está investigando pero incluso antes de hacer la pregunta, todo vuelve a perder el menor sentido.

HERNÁN.— ¿Has oído hablar de los Cementerios Ambulantes?

HERMINIO.— ¿Como los circos? Pues no.

HERNÁN.— Ya. Necesito que me des la dirección de esa casa.

HERMINIO.— O sea, que usted también cree que ahí está el quid del secuestro de don Serafín.

HERNÁN.— Creo que merece la pena echar un ojo.

HERMINIO.— Estupendo, yo se la doy. Pero tiene que dejarme que lo acompañe. El doctor se ha portado como un padre conmigo. Lo malo es que hoy estoy de guardia y no puedo salir de aquí.

Hernán está a punto de negarse, pero tampoco él podrá acercarse ya esta noche y tal vez ir acompañado por alguien, aunque sea por alguien así, reduzca la sensación de estar haciendo el estúpido con aquel juego de detectives.

HERNÁN.— Te recojo aquí mañana a las diez.

Cuadro 19

Cuando el boticario entra en la Parroquia de los Legionarios, como siempre que llega a cualquier sitio, es como si no hubiera entrado nadie.

Vuelve a dejar el portón cerrado como lo encontró y se adentra en el crucero iluminado únicamente por los cirios del altar; ha venido a toda prisa desde la mansión del conde de Alivenza, como le han ordenado, y necesita recuperar el aliento.

El fuerte olor a cerrado y la capa de polvo que cubre hasta el último rincón dan a entender que ha profanado un falso albergue de Dios, un lugar maldito por alguna terrible abominación abandonado para siempre, olvidado por todos.

No hay feligreses ni religiosos en la pequeña iglesia, solo él plantado allí en medio, que es como decir que no hay nadie.

Aunque esto último no es ninguna novedad, está más que acostumbrado a pasar desapercibido, toda su vida ha sido un catálogo de fallos graves de detección. En el colegio, los profesores se lo saltaban al pasar lista; en los bailes, las chicas se olvidaban de haberlo anotado en sus carnets; jamás en la vida lo paró un taxi; veía llegar a los clientes a su farmacia desde detrás del mostrador y estos gritaban que si no había nadie que los atendiera.

VOZ.— ¡Supongo que el padre Segundo te habrá hablado del telescopio del Señor! —resuena un vozarrón a su espalda.

Descartado el cristo del altar, porque no lo ha perdido de vista ni un solo momento, supone que las palabras procederán del interior

del confesionario.

Efectivamente, un momento después aparece un sacerdote viejo y menudo que se dirige, sin mirarlo, hacia la puerta de la sacristía, indicándole con gestos que lo siga.

SACERDOTE.— Pero ¿se puede saber, alma de cántaro, en qué estabas pensando para intentar darle sopas con honda nada más y nada menos que a Dios?

Otro cura con ganas de bronca…

BOTICARIO.— Padre, yo le aseguro que solo quería ayudar a un buen amigo de la familia, que si no fuera por el padre de don Guillermo, el cuarto conde de Alivenza, que le echó una mano a mi padre en momentos de enfermedad —soltando de carrerilla la justificación que ha preparado por el camino—, no habríamos salido adelante. Cuando el actual conde…

SACERDOTE.— ¡Allí!

La sacristía es una especie de despacho rodeado de armarios de madera oscurecida por los años, con un antiguo escritorio presidiéndolo todo y un reclinatorio en un rincón, que es lo que ahora señala el titular de la parroquia.

BOTICARIO.— Pero padre…

SACERDOTE.— ¡¡Que te he dicho que allí!! —a gritos—. ¡De rodillas!

Ni siquiera ver como el recién llegado se arrodilla de cara a la pared, como castigado en el colegio, consigue calmar al cura, que lo sigue y se queda respirando agitadamente a su espalda.

BOTICARIO.— Yo le aseguro que lo hice sin mala intención ninguna —prosigue—. Yo no podía saber cuáles eran sus intenciones. Ni lo

sabía ni lo sé. Yo me limité a servirle lo que me pidió, aunque por razones que aún no alcanzo a comprender no diera resultado, que bien sabe Dios que nunca me he metido en la vida de nadie.

SACERDOTE.— No lo nombres —más y más alterado, se ha quitado la estola del cuello como si le dificultara la respiración.

BOTICARIO.— Padre…

SACERDOTE.— No lo nombres —retorciendo con cada mano un extremo de la banda litúrgica.

BOTICARIO.— Yo…

SACERDOTE.— No nombres al Creador.

Ya no se puede contener.

Se deja caer de rodillas tras el hombrecillo y, tras rodearle la garganta con su estola, comienza a apretar con todas sus fuerzas.

La víctima apenas se resiste, solo un leve forcejeo que se agota enseguida, pero el cura pone tanto ímpetu ciñendo el trozo de tela, hundiéndoselo en la piel, que no sería fácil determinar, por el sofoco y los resuellos, cuál está siendo estrangulado de los dos.

Por fin uno se derrumba.

Alguien sin cara, sin voz y sin sombra.

Y a pesar del percance, su tránsito por la iglesia ha sido tan inapreciable que cualquiera diría que allí ha pasado nada.

Cuadro 20

ANTOLINA.— … una pareja muy extraña. Creo que tanto el vendedor de papeletas como su mujer me vieron tan agobiada que se compadecieron de mí. La verdad es que me parecieron buenas personas.

ROMÁN.— ¿Te dijeron algo más?

ANTOLINA.— Creo que te lo he contado todo. En cuanto pude me vine corriendo a verte porque sabía que ibas a estar intranquilo. No me he parado ni a comer.

ROMÁN.— No sé cómo no me ha dado algo, pensé que el tuerto te había descubierto, que esperaba tras cualquier esquina, que no debería haberte dejado ir. —Agita la mano para cancelar aquel hilo de conjeturas—. Yo tampoco he comido nada.

ANTOLINA.— Me muero de hambre.

ROMÁN.— Espera.

La tienda de juguetes sigue en penumbra, tal y como Antolina la encontró al llegar hace unos minutos, con el chico pegado a los cristales de la puerta, ansioso por verla; pero él se orienta bien por las zonas más oscuras del local; abre y cierra puertas de algunos armarios y al fin regresa con una botella mediada de vino y un paquete.

ROMÁN.— Lo siento, creí que habría alguna chacina, pero solo queda media botella de Cariñena y este bizcocho más duro que un adoquín —dejándolo todo sobre la mesa a la que se han sentado —. Puedo salir a ver si encuentro algo abierto.

ANTOLINA.— Yo creo que nos arreglamos con esto.

ROMÁN.— Y ahora, ¿qué hacemos? No me parece tener mucha base para que nos crea la policía, pero podemos intentarlo. —Ha encontrado dos tazas debajo del mostrador y se ha sentado a su lado.

ANTOLINA.— Antes de ir a la policía tenemos que hablar con ese don Agustín, el contable de esa *casa de trato*. —Intenta morder el bizcocho que el dueño de la tienda ha desenvuelto y cortado

dificultosamente en porciones con una navaja, pero enseguida desiste de hacerlo.

ROMÁN.— Prueba así —ha introducido su trozo en la taza de vino hasta reblandecerlo y ahora finge que está disfrutando con el bocado—. ¿Y cómo piensas contactar con el contable? ¿Parándolo en medio de la calle y pidiéndole que te diga todo lo malo que sepa sobre el tal Galván?

ANTOLINA.— Mmm. —Lo ha imitado y acaba de morder un trozo de bizcocho.

ROMÁN.— ¿Te gusta?

ANTOLINA.— Exquisito.

ROMÁN.— Asqueroso, ¿no?

ANTOLINA.— Asqueroso. —Pero vuelve a mojar otro pedazo en la taza.

Por primera vez los dos se ríen mirándose abiertamente, la diferencia de edad importa un poco menos y tienen la sensación de que se conocen desde hace mucho más tiempo.

ANTOLINA.— En medio de la calle, no —volviendo al tema con un esfuerzo—. Pienso colarme en la fonda hoy mismo para sonsacarle. Ya te he dicho que trabaja por las tardes.

ROMÁN.— ¿En el burdel? —poniéndose en pie—. ¿Estás loca? ¿Tú sabes a lo que te arriesgas entrando en un sitio así?

ANTOLINA.— No te preocupes, que lo tengo todo pensado. —No deja de comer—. Pienso presentarme allí como una *pilonga* que busca trabajo y preguntar por el contable, diciendo que voy de parte de una amiga. Cuando estemos a solas, le contaré el caso y, si de verdad lo odia tanto, tenemos muchas posibilidades de que nos

ayude.

ROMÁN.— Pero ¿tú sabes la clase de gente que te puedes encontrar en un sitio así?

ANTOLINA.— Por cierto, que antes tengo que ir a casa de Anita, la niña a la que doy clases particulares, para decirle que hoy no podré quedarme; no quiero que la pobre se quede esperándome. Y después, pasar por mi casa para cambiarme de ropa. A ver si encuentro algo más acorde con el papel de esta noche —apura los últimos restos de Cariñena.

ROMÁN.— Antolina, yo no puedo consentir…

ANTOLINA.— *(Lo corta y lo abruma con su energía)*. No te preocupes, que tú estarás muy cerca. Dispuesto para socorrerme o para entrar a por mí si tardo más de la cuenta. —Se pone también en pie—. Ahora tengo que irme, que yo vivo a un paseo de aquí. ¿Dónde quedamos para ultimar los planes? Tiene que ser no muy lejos de Costanilla de los Desamparados…

Cuadro 21

A lo largo del día, la noticia de que Miguel Primo de Rivera, tras siete años de una dictadura ya erosionada hasta el límite, había llevado a cabo el insólito gesto de consultar públicamente con sus propios compañeros de armas la conveniencia de proseguir en el poder, fue removiendo tanto el ánimo de la opinión pública, que al caer la tarde se fue echando a la calle más como una expresión de desconcierto que de apoyo o protesta.

Estudiantes, sindicalistas y otros movimientos ciudadanos que habían padecido los particulares arranques con los que el dictador

pretendía regenerar España se podían ver marchando o reunidos por distintos puntos de Madrid, todavía ante la indiferencia de las fuerzas del orden, más lentas en reaccionar ante los graves momentos que atravesaba el país.

No es exactamente una manifestación la muchedumbre sedimentada en los alrededores del Paseo del Cisne mientras Enrique Jardiel Poncela llega a la puerta del que fue último novio *oficial* de Ana Ermitaño, pero debe llamar varias veces para que el sonido de la campana se sobreponga al bullicio de los congregados.

No tiene ni idea de que con qué excusa va a presentarse ante Sabino Salmerón, exmilitar y exaristócrata, pseudónimo con el que se presentó en las tablas antes de convertirse en exactor, así que el dramaturgo casi desea que no se abran las puertas de la gigantesca mansión cuando al fin se separan las hojas.

El hombre tendrá pocos más de treinta y continúa siendo tan atractivo como cuando lo vio en escena unos años atrás: por alguna razón, la feroz decadencia que se le adivina no afecta a su aspecto, aunque el deslucido traje de gala y la constricción pupilar confirman los rumores que ha escuchado sobre él.

SALMERÓN.— Usted dirá.

JARDIEL.— Ante todo, permítame presentarme…

SALMERÓN.— No se moleste. Sé quién es usted.

JARDIEL.— No sé si eso hará más fácil o más difícil que me abra las puertas de su casa. El caso es que he estado hablando esta tarde con doña Ascensión, la secretaria de Ana Ermitaño, y a mi pregunta de quién podría hablarme sobre ella para un asunto muy importante, me ha respondido que nadie la conocía como usted. —Recapitula mentalmente su exposición e intenta anularla con media sonrisa—. Si yo fuera usted y alguien se presentara en mi casa diciéndome algo así, le daría con la puerta en los hocicos.

SALMERÓN.— Pero ni yo soy usted ni tengo nada mejor que hacer, así

que si quiere acompañarme…

Antes de cerrar, muy cerca de ellos, un par de grupos de militantes de CNT y de UGT comienzan a increparse y se espolean hasta el punto de que uno de los anarquistas les arroja una botella a los contrarios.

SALMERÓN.— *(Cerrando)*. ¿Cree que esto durará mucho tiempo? — comienza a atravesar un lujoso vestíbulo mal iluminado en dirección al interior de la casa.

JARDIEL.— Creo que irá a peor.

SALMERÓN.— Tengo la esperanza de que tarde o temprano comprendan que estos enfrentamientos no los llevan a ningún sitio y encontrarán alguna manera de entenderse.

JARDIEL.— No me gustaría desanimarlo, pero mientras haya quien beba en las barras de los bares elegantes, mientras haya parejas que se digan ternezas en el interior de los taxis, mientras haya individuos que se hagan lustrar el calzado por limpiabotas, habrá odio de clases.

El otro lo mira tristemente y no responde.

Están en un salón monumental que más bien parece un museo de armas antiguas, un prolijo muestrario dispuesto en vitrinas, en armeros o colgado en las paredes, perfectamente rotulado, entre el que se puede ver una gran variedad de sables y dagas, un cañón de baluarte y otro de campaña, pistolas de avancarga, fusiles con o sin bayoneta e incluso un caballo embalsamado al que le falta la silla de montar; no es la única carencia: los armeros están mellados, hay vitrinas vacías y huecos en la pared que hablan de un expolio que amenaza con dejarlo en nada.

SALMERÓN.— Es lo que queda de la colección de armas napoleónicas de mi abuelo. —Se deja caer con las piernas en alto en un sillón

estilo *duchesse brisée* y señala a su invitado una butaca con el mismo tapizado.

JARDIEL.— *(Refiriéndose a los retratos al óleo de las paredes)*. ¿Alguno de ellos es su abuelo?

SALMERÓN.— Aquel, el de la cara de pato. Sir Philips. Fue uno de los lugartenientes del mítico general John Moore, con el que llegó a España en 1808 para combatir a las fuerzas francesas. Aquí conoció a una duquesita con la que se casó y ya se quedaron para siempre. Mi padre continuó su colección de armas gabachas y yo estoy contribuyendo a la tradición familiar malvendiéndolas para sufragar mis… necesidades.

JARDIEL.— ¿Fuma? —acercándole la petaca.

SALMERÓN.— No, me refería a necesidades mucho más abominables que esa.

El escritor enciende el cigarro despacio; está claro que el otro hombre necesita hablar y no conviene atosigarlo llevándolo demasiado deprisa a su terreno.

JARDIEL.— ¿No se plantea volver a los escenarios?

SALMERÓN.— ¿Tuvo usted el infortunio de verme actuar, si es que podemos llamar actuar a lo que yo hacía?

JARDIEL.— *(Mintiendo)*. No.

SALMERÓN.— En pleno hervor de nuestra relación, a Ana no le basto compartir conmigo su existencia, sino que también quiso que la acompañara en esas otras vidas paralelas que representaba cada noche —mira alrededor y confirma dónde está, el tiempo que ha pasado, para afianzar su perspectiva—. Aquello fue un gran error de cálculo, un error de la peor clase, de los que nos conducen

directamente al ridículo. Apuntamos a lo más alto cuando debimos apuntar en direcciones distintas. —Habla con la soltura de quien lleva mucho tiempo encerrado diciéndose eso mismo—. Fue en una época en la que considerábamos que no había nada imposible para nosotros, que explotábamos el día a día hasta el final de sus márgenes.

JARDIEL.— El amor es como un columpio de verbena, que si se mueve despacio aburre, y si se mueve deprisa da la vuelta y nos pulveriza —con tristeza.

SALMERÓN.— Supongo que vio en mí un talento que solo era un espejismo o un vago reflejo del suyo. Me dio interminables clases de interpretación, dedicamos cientos de horas a los ensayos… para alcanzar las burlas del resto de los actores, el desprecio de la crítica y las risas del público. —No deja de mirar un taquillón en palosanto y hueso que tiene a su derecha—. En lo que consideré un gran gesto de dignidad, me alisté en la legión extranjera para alejarme de todo aquello, o sea, para alejarme de ella. Fui destinado a Argelia. Pero a los pocos meses deserté y volví balbuceando a su lado —forzando una sonrisa de asco—. Al final tuvo que dejarme por otro para separarse de mí. ¿Me disculparía un minuto?

JARDIEL.— Desde luego.

El hombre que durante un tiempo se hizo llamar Sabino Salmerón salta ágilmente del asiento, abre una de las puertas del taquillón, extrae un estuche forrado en terciopelo negro y sale de la sala.

Cuando Jardiel Poncela lo vio interpretar al Armand Duval de *La dama de las camelias*, además de a un actor absurdo, pensó que estaba viendo a una persona dotada con una inteligencia de baja graduación, pero ahora pensaba que era él quién lo había juzgado

con desacierto. No le extrañó cuando le dijeron que era adicto a la morfina y que ya no podía dar un paso sin inyectársela, y en eso no se había equivocado. Era mucho más joven que ella, de mejor familia, más distinguido y con unas relaciones más respetables, pero jamás pudo superar la presión que le producía su unión con una mujer irrepetible.

Observa la gran estancia y el repertorio de armas esquilmado por su heredero y lo compara con la casa vacía de su amante, pero antes de que le dé tiempo de establecer analogías de vidas echadas a perder por sus titulares, Sabino Salmerón ya está de vuelta, caminando con más gracia que hace unos segundos, con un aire falsamente radiante.

SALMERÓN.— Lo siento —sentándose de nuevo en su *duchesse brisée* —. Me decía que tiene usted entre manos un grave asunto relacionado con Ana, y yo no dejo de contarle mis batallas.

JARDIEL.— ¿Conoce usted al doctor Arellano?

SALMERÓN.— Lo conozco muy bien. Fue a él a quien recurrimos cuando descubrimos a Bernal, al hijo de Ana… Estaba en su cuarto, se había disparado, pero seguía con vida. Arellano lo llevó a su hospital, pero no pudo hacer nada.

JARDIEL.— Serafín Arellano, que también es un buen amigo mío, ha sido secuestrado. Nos consta que Ana Ermitaño le entregó algo antes de morir y necesito reconstruir cómo fueron sus últimos meses para intentar encontrar una pista que nos lleve a él.

SALMERÓN.— ¿Puede decirme qué es lo que le entregó o algún detalle más del secuestro?

JARDIEL.— Hay involucradas terceras personas. Me temo que no.

SALMERÓN.— Entiendo. —Sus ojos son una ranura—. Pero dígame una cosa: ¿todo esto puede explicar el asesinato de Ana?

JARDIEL.— Puede ser. No lo sé.

SALMERÓN.— *(Respira hondo)*. ¿Qué necesita saber?

JARDIEL.— Necesito entender que fue de su vida en los últimos meses, con quién se relacionó, si le sucedió algo extraordinario…

SALMERÓN.— En lo primero no puedo ayudarle, si no la entendí cuando vivíamos juntos, mucho menos cuando me abandonó. En lo demás, tampoco; intenté estar al tanto de su vida, pero se retiró de todos los ambientes en los que nos movíamos, se mantenía lejos de los amigos comunes, apenas aparecía en público. Llegó un momento en que renuncié a saber nada de ella.

JARDIEL.— ¿Y su nueva pareja?

SALMERÓN.— Nunca supe de quién se trataba. Llegué a cometer la infamia de espiarla, pero salía sola de su domicilio y siempre la esperaba un coche vacío. Un día la seguí. Pero me descubrió y se volvió a casa. Después desistí.

JARDIEL.— Algo habrá sabido de ella.

SALMERÓN.— Claro, pero lo que me dijeron todavía me confundió más. —Sacude la cabeza para aclarársela, ya es la segunda vez que se toca el estuche de terciopelo que asoma por el bolsillo del pantalón—. Me dijeron que tenía problemas de dinero… que estaba buscando comprador para su casa y que ya había vendido los muebles, así como otras propiedades.

JARDIEL.— Hemos estado allí esta tarde y es verdad que estaba vacía. Solo permanece amueblado su dormitorio y, aunque había allí algunas joyas, estaba completamente despojado de objetos íntimos.

SALMERÓN.— ¿Ha mirado en su camerino del *Español*?

JARDIEL.— No creo que me dejaran entrar allí.

SALMERÓN.— Pregunte por doña Luisa, la sastra del teatro. Dígale

que va de mi parte, en su momento me tenía mucho cariño. De las pocas que no me despreciaba, quizás porque ella nunca ve las representaciones.

JARDIEL.— Lo haré, se lo agradezco —anota el dato en un pequeño cuaderno—. Me hablaba usted de las dificultades económicas de Ana.

SALMERÓN.— Hasta el punto de que había firmado un contrato para intervenir en una película dirigida por Benito Perazul, ella que siempre menospreció el cine, y que había aceptado prestar su rostro para la publicidad de una compañía de títeres a cuerda. Llegaron a contarme incluso, aunque esto último no lo creo, que participó en un pase privado interpretando unos monólogos de Lady Macbeth… desnuda. Pero ya le digo que esto es una patraña; Ana era muy católica a su manera, nunca se hubiera prestado a algo así.

JARDIEL.— ¿A su manera?

SALMERÓN.— Sí. No tuvo ningún reparo en que viviéramos juntos sin estar casados, por ejemplo, pero después no se perdía una misa y era muy supersticiosa con todo lo relativo a la muerte. Sobre todo a raíz del suicidio de Bernal.

JARDIEL.— *(Enderezándose en su sillón)*. ¿Le habló alguna vez de los Cementerios Ambulantes?

SALMERÓN.— Yo no soy demasiado religioso, ni siquiera sé qué es eso. Supongo que de ciertos temas hablaría con su confesor, al que visitaba cada dos por tres.

JARDIEL.— ¿Quién era?

SALMERÓN.— El párroco de San Ginés. Él reprobaba su relación conmigo y no me quería ni ver, mientras que yo pensaba que era

un cretino y no soportaba su presencia. Estábamos bien coordinados.

JARDIEL.— El suicidio del chico debió de ser terrible para ustedes.

SALMERÓN.— Yo no tenía mucho trato con él. Lo intenté, intenté ser su amigo. Pero no hubo manera. Era un chaval muy inquieto, estaba afiliado a las Juventudes de Unión Patriótica, no paraba en casa… Había que entenderlo, ser hijo de una de las mujeres más célebres del país marcaría a cualquiera.

JARDIEL.— Y después robaron su cuerpo del velatorio.

SALMERÓN.— A veces pensé que eso le hizo más daño a su madre que la propia muerte. Sin tenerlo físicamente… era como si no pudiera cerrar las heridas, ¿sabe?

JARDIEL.— Desaparece el cuerpo de su hijo, después se dedica a llevar una vida más que misteriosa, la asesinan, secuestran al médico que la ayudó… Demasiados hechos inexplicables, ¿no cree?

SALMERÓN.— Para mí solo hay un hecho al que quisiera dar respuesta —bajando los ojos—. Y desde el viernes, ha dejado de tener importancia —vuelve a tocar el estuche de terciopelo.

JARDIEL.— Ya.

SALMERÓN.— Me gustaría haberle ayudado más.

JARDIEL.— Estoy seguro de que me ha dicho cuanto sabe.

SALMERÓN.— No, me refiero a serle útil de verdad, salir con usted a investigar, no sé. Pero no creo que le sirviera para nada.

JARDIEL.— Lo que me ha contado usted no me lo podría haber contado nadie más. Se lo agradezco de verdad. —Empieza a guardar el tabaco y las cerillas que había apoyado en el brazo del sillón.

SALMERÓN.— No se vaya todavía, aguarde un momento. —Extiende un brazo—. Quizás recuerde algo más —temeroso de los efectos de los recuerdos que lleguen cuando ya se haya quedado solo.

Cuadro 22

Bajando medio Lavapiés bajo la noche que se le va cayendo encima, Hernán llega a la calle de los Tres Peces, después de subir y bajar más pendientes y escaleras, de cruzar ante más callejones ciegos y de atravesarse con más sujetos que lo han mirado con deseos de despellejarlo para echarlo por trozos al puchero de los que hubiera querido; sabe que aún le queda la peor parte de su camino, el *otro Lavapiés*, el que el resto de Madrid no recuerda o no quiere conocer, y todo con la esperanza de encontrar a un fulano al que hace años que no ve y que no es seguro que siga viviendo allí, que siga viviendo siquiera.

A pesar de la lluvia del domingo por la tarde, los vecinos continúan con un trajín que en buena medida solo entienden ellos, mujeres con espuertas bien equilibradas sobre la cabeza, unos canijos en camiseta cambiando de sitio un barril que amenaza con aplastarlos, viejas con la cabeza envuelta en pañuelos negros, agarrotadas sobre paquetitos sujetos en el pecho que llevan como si el mundo entero quisiera apoderarse de ellos.

No hay rastros de la inquietud que se ha apoderado de las calles del resto de la ciudad, allí no importa que el dictador esté a punto de dimitir, que el rey lo observe pusilánime y amedrentado desde el filo de la navaja, que otros esperen la situación más ventajosa para fraguar un nuevo estado más acorde a sus intereses; en estos suburbios, pase lo que pase, nada va a cambiar, así que nada importa.

Elige un portal en la zona más lóbrega de la calle y cuando cierra

el paraguas para entrar se da cuenta de que es su única arma; vuelve a arrepentirse de haberse metido allí, pero a estas alturas lo verdaderamente peligroso sería darse la vuelta; sabe que, aunque a la luz de la cerilla que acaba de encender se encuentra en un zaguán tan desnudo y miserable como cualquiera del barrio, hay varios ojos que lo vigilan y que ya no se los quitarán de encima.

Pasillos, patio, más pasillos, cinco fósforos y una sombra negra al final, que es el principio.

El hombre sin brazos que hace las veces de portero levanta la cabeza lentamente cuando el sereno llega a su altura; no está sorprendido, porque ya sabe hace un buen rato que está allí.

PORTERO.— ¿A quién buscas?

HERNÁN.— A Deburau.

El otro deja que la cabeza le caiga por su propio peso y Hernán lo sortea, parece que se encamina directamente hacia la pared que constituye el fondo del edificio, pero hay un recodo entre las sombras que oculta otro corredor que le da paso a un mundo distinto.

Se trata de un anexo al barrio formado por un sistema de chabolas y de construcciones clandestinas ensambladas de tal manera que la red de pasillos y pasadizos que oculta en su interior parece formar parte de una ciudadela secreta destinada a cobijar a aquellos seres para los que ni siquiera las calles más pobres y desiertas resultan lo bastante apartadas del resto del mundo.

Una bandada de más de treinta gatos está allí para recibirlo, aguardan a estar seguros de que los ha visto y avanzan en su contra formando una alfombra viva y repugnante sobre el suelo sin asfaltar que se mezcla con sus pies; el sereno tiene la sensación de que debe mantener la misma cadencia de paso para no ser devorado por la marea que actúa como un solo ser.

A la derecha, tras un desnivel, el suelo está inundado y unos cuantos niños vestidos de andrajos, pequeños espectros anfibios,

chapotean en las sucias aguas heladas, felices en su juego sin risas ni voces.

Por suerte ya le queda poco para llegar a la casucha de Deburau, sobrepasa una jalmería con las puertas abiertas donde cuatro o cinco ancianos confeccionan aparejos para las bestias de carga y ya está llamando a la puerta de su antiguo amigo. Hasta él mismo se ríe al llamarlo así.

DEBURAU.— *¿…?*

HERNÁN.— ¿A que no me esperabas?

Deburau lo recibe con su cara blanca de mimo, nunca lo ha visto de otra forma, y desnudo bajo su larga y gastada bata de casa. Con un movimiento de caderas hace que se le bambolee el paquete genital en un gesto de bienvenida que acompaña de una reverencia para hacerlo entrar.

Al paso recoge una pizarra montada sobre un atril con ruedas que traslada mediante una correa como si fuera un perro al que finge acariciar y reconvenir camino de su habitación. Allí, mientras Hernán se sienta al borde la cama, se despoja de la bata terminando de mostrar un cuerpo sorprendentemente atlético para sus más de sesenta años y empieza a extraer de un armario y a extender sobre la cama los elementos del traje de etiqueta que vestirá esa noche.

Desde que abrió la puerta no ha alterado ni un solo músculo de su expresión de príncipe de cuento, muy seria pero ni severa ni triste; alguien la describió como el gesto que compondríamos cuando un vecino nos comunicara que su hijita de cinco años a la que odiábamos a muerte acababa de ser aplastada por el tranvía.

HERNÁN.— Supe lo de tus roces con Argomedo. Me dijeron que te envió a sus nuevos perros —saca la petaca y empieza a liar un cigarro—. Me alegré de no trabajar ya para él, de no tener que haber sido yo el que viniera a visitarte en su nombre.

DEBURAU.— *(Toma una tiza y escribe en la pizarra)*. «Tú eres mucho más guapo que ellos».

HERNÁN.— Ya. También supe que pasaste un tiempo en el hospital y que desde entonces apenas se te ve.

Antonio Argomedo, el hombre de *negocios mixtos* para el que ambos trabajaron durante años, al igual que en sus actividades empresariales, tenía unos intereses muy variados, insólitos y a menudo ilegales en materia de diversión, que Deburau contribuía a proporcionarle mientras que Hernán se dedicaba a acompañarle y allanarle el camino en sus, a menudo, arriesgadas incursiones. Los dos empleados desarrollaron una curiosa relación derivada del desprecio común por su jefe, por ellos mismos y por el resto del mundo.

El mimo tiene ya el esmoquin completo sobre la cama y se está poniendo unos calzoncillos con una *D* bordada en rojo.

HERNÁN.— ¿Te puedo preguntar qué haces ahora?

Finge buscarse algún rastro de cerumen en la oreja y va moviendo cabeza y dedo de manera que produzcan el efecto de que se lo ha introducido al completo; después lo va sacando y, cuando lo ve vacío, desencadena una pataleta.

HERNÁN.— Para mí se acabó lo de buscar. Sabes a lo que me dedico ahora, ¿verdad?

DEBURAU.— *(Mueve exageradamente la cabeza arriba y abajo y escribe en la pizarra)*. «Te envidio».

Aunque Hernán sabe que ni lo envidia ni él mismo está seguro de no echar de menos los tiempos en los que no trabajaba para nadie y solo disponía de su capacidad de buscarse la vida para salir adelante.

Su amigo se ha puesto un pantalón negro impecablemente planchado con una tira lateral de satén y va girando para mirarse muy despacio en el espejo del ropero, desde todos los ángulos posibles.

HERNÁN.— Cuidado no te vayas a calentar.

DEBURAU.— «Caliente me ponen las mujeres, lo que me provoco yo es mucho más intenso». —Escribe en la pizarra.

Deja la tiza, se limpia los dedos y vuelve a escrutase.

HERNÁN.— Pues cuando te canses de mirarte, échale un vistazo a esto, a ver si lo reconoces —le arroja a la espalda la tapa de rosca de la bomba de mano que encontró en el tocador de Ana Ermitaño.

El otro se vuelve velocísimo, la atrapa en el aire, la examina superficialmente, finge que escupe sobre ella y la deja caer al suelo. Después comienza a ponerse la camisa.

HERNÁN.— ¿Sabes lo que es?

Una vez abotonada la camisa, se coloca el cuello postizo de pajarita.

HERNÁN.— ¿Deburau?

Alza la pierna izquierda hasta formar un ángulo recto con la derecha y suelta una larga y musical ventosidad.

HERNÁN.— Hijo de puta —se pone en pie y, al no encontrar una ventana que abrir, se coloca al otro lado de la puerta—. Te advertí que no lo volvieras a hacer si no quieres que te parta un brazo.

La sala en la que no había reparado al pasar y que, junto al dormitorio, forma la totalidad de la vivienda es una habitacioncilla larga y estrecha con una mesa, una silla, un aparador con infiernillo y tres estanterías llenas de libros sobre técnica teatral.

Al regresar al cuarto, puede ver que el otro ha escrito en la pizarra: «¿En qué mierda estás metido?». El sereno recoge del suelo la pieza de la granada, se la guarda en el bolsillo y vuelve a sentarse en la cama.

HERNÁN.— En algo que yo mismo me he buscado y de lo que seguramente saldré peor de lo que estaba —empieza a preparar otro cigarro—. Pero he perdido a una muchacha que me pidió un favor. Ella no ha hecho nada para meterse en esto, así que voy a encontrarla.

Deburau se está colocando el fajín, uno de los momentos más delicados de su operación; hasta que no consigue reducirlo al número justo de pliegues, no reacciona.

DEBURAU.— *(En la pizarra)*. «Estás al tanto de dónde se entra con esas tapas de rosca, ¿verdad?».

HERNÁN.— Argomedo tenía una. Me contó que eran una especie de salvoconductos para entrar en garitos donde la gente se juega la vida; ruleta rusa y juegos así.

DEBURAU.— *(Borra y escribe con letra regular y apretada)*. «¿Sabes por qué se usa la tapa de la granada como contraseña? Las primeras reuniones se celebraron durante la guerra de Marruecos; los organizadores traían bombas encontradas sin detonar y niños del Rif para que las desactivaran. Los asistentes podían apostar sobre el número de miembros que perdería el niño si estallaba, o

si sobreviviría o no. —Mira expectante a su amigo por si su historia ha producido algún efecto, pero como el sereno guarda silencio, sigue escribiendo—. Los que van a esos sitios están locos. Si te juntas con gente así, te puede pasar cualquier cosa».

Finge asfixiarse por el esfuerzo de haber escrito tanto, deja la tiza asqueado, se limpia las manos y comienza a anudarse hábilmente la corbata de lazo.

El visitante deja pasar un momento antes de responder.

HERNÁN.— A mí tampoco me hace ninguna gracia, pero no tengo muchas pistas entre las que elegir —apaga el cigarro—. ¿Hay en Madrid algún sitio así?

Antes de contestar, toma por fin la chaqueta de la cama y se la coloca triunfalmente; dedica unos segundos a plancharse con la mano las solapas, del mismo tejido que la tira del pantalón, y mucho más tiempo a recrearse en el espejo.

Solo después de un rato regresa a la pizarra.

DEBURAU.— *(Vuelve a escribir)*. «Uno, en lo que hubiera sido el canal del Manzanares».

HERNÁN.— Aquello es un laberinto, ¿a qué altura exactamente?

DEBURAU.— *(Por primera vez lo mira fijamente)*…

HERNÁN.— ¿Podrías dibujarme un plano?

DEBURAU.— *(Otra vez en la pizarra)*. «Nunca empiezan antes de medianoche. Tengo que recoger un encargo, después te acompañaré. Si vas solo no te dejarán entrar. O no te dejarán salir».

HERNÁN.— ¡Qué te gusta una fiesta! Esta bien, si te empeñas en apuntarte, será mejor que te cuente qué es lo que buscamos.

Cuadro 23

MARTA.— *(La vieja criada baja aún más la voz, mira alrededor y se acerca a Antolina antes de hablar)*. ¡Hay quien dice que el señor conde ha vuelto poseído del otro mundo y que por eso no quiere salir de la bodega!

ANTOLINA.— ¿Y la señora qué opina?

MARTA.— Que debemos reponer las reservas de *marrons glacés*.

ANTOLINA.— ¿Anita está bien?

MARTA.— Para la pobrecita, todo esto es una verbena —vuelve a bajar la voz—; como su madre le echa la cuenta que le echa…

Compone cara de las peores circunstancias; de en estas estamos; de «que si quieres arroz, Catalina», de, si quiere más, aproveche y pregunte, que ahora no nos oye nadie.

Antolina piensa que el mundo se le ha puesto patas arriba.

Ayer un muñeco malvado le anuncia la muerte y desde entonces ocurren los hechos más descabellados, hasta el punto de que ahora está a punto de infiltrarse en un burdel. Y cuando decide tomarse una pausa para avisar de que no podrá darle las clases particulares a Anita, se encuentra con que su padre, el conde de Alivenza, se murió repentinamente el viernes a primera hora, resucitó por la noche, demostró que podía predecir el futuro de madrugada, se encerró en la bodega antes de amanecer y desde entonces no se ha vuelto a tener noticias suyas.

Todo le parece tan confuso, tiene tanto que preguntarle a Marta, la más veterana criada de la casa y confidente habitual, que por un momento se queda en blanco; después escucha una voz y sabe que ya no podrá seguir con la conversación.

ANITA.— ¡¡¡Antolina!!!

Es algo pequeña para sus seis años y le cuesta un poco acometer cada peldaño, pero baja las escaleras a buen ritmo y con una sonrisa que le sobrepasa las orejas.

Cuando alcanza el suelo, corre hacia su profesora, sin olvidarse de hacer un poco la payasa por el camino.

Le da dos besos. Le tira de la mano y escapa en dirección a la biblioteca.

ANTOLINA.— Pero ¿adónde vas? —No tiene más remedio que seguirla —. Ven… ¡Ana!

Es mucho más que una alumna para ella, hasta el punto de que, aunque debe disimularlo, no soporta ni que la misma directora la llame *mongolita* o retrasada. Es la más listorra, la más zalamera, la más guapetona. La mejor de cuantas niñas han llegado al *María Montessori*. Es suya.

A Anita le resulta difícil abrir la puerta encajada de la biblioteca, pero logra colarse antes de que la alcancen.

ANITA.— Escuchadme —grita pateando el suelo.

La criada y Antolina entran detrás de ella.

Las cincuenta o sesenta personas que bullen en el salón van guardando silencio a medida que se vuelven hacia el diminuto ser que reclama su atención.

Muchas veces, redondea y enlaza la articulación de las palabras y su fraseo no resulta fácil de comprender para el que no la conoce —y ese es, precisamente, uno de los frentes de actuación de su maestra—, pero esta ocasión no es una de ellas, ahora habla con cortante claridad:

ANITA.— Mirad quién está aquí —jefa de pista en este circo, se vuelve y la señala—, ¡ha venido la señorita Antolina!

Cuatro o cinco docenas de personas la miran desconcertados.

Uno, dos comienzan a aplaudir.

Todos se cierran en una ovación que crece y crece.

Antolina no sabe dónde esconderse, toma a la niña de la mano y comienza a retroceder. Aunque se le acaba el tiempo que había previsto quedarse en la casa, se dirige a las escaleras para quitarse de en medio y para estar un momento a solas con la niña.

ANTOLINA.— ¿Y estos quiénes son?

MARTA.— Los del velatorio, que no se van hasta que no se aclare lo del señor.

ANITA.— *(Soltándose de la mano y enfilando la escalera)*. Vamos a jugar al escondite —afirma.

Moviendo la cabeza, la criada se desvía hacia la zona de servicio y Antolina sube las escaleras detrás de la niña, no vaya a resbalar, mientras le pide que la espere.

Sus padres la llevaron al *María Montessori* cuando apenas tenía tres años —muy preocupado él porque la niña alcanzara sus máximas posibilidades de desarrollo, obsesionada ella con que le acaparara la menor cantidad posible de su tiempo— y desde entonces se hizo cargo de Anita con muchísima más diligencia de lo que el cargo exigía; cuando el conde le propuso venir los domingos para reforzar las clases, aceptó encantada la posibilidad de evitar el fin de semana sin verla, y la niña todavía más.

ANTOLINA.— Ana, ¿quieres parar? Tengo que hablar contigo.

Nunca debió decirle algo así.

Intuyendo que aquellas palabras iban a suponer el final del juego, arranca a correr desesperadamente en cuanto culmina la escalera.

Cuando llega arriba, alcanza a ver como la niña se esconde en

una de las habitaciones, cree que se trata del despacho del conde; cansinamente, echa a andar detrás de ella.

Tiene el tiempo justo, Román la espera en la plaza de Murillo para ajustar los últimos detalles antes de su operación de espionaje y no puede retrasarse. El tiempo es precisamente el principal obstáculo que los distancia, no debería pensar siquiera en un hombre del que la separan más de diez años de edad. Se dice que es una estúpida, que no tiene ningún motivo para pensar en que esté interesado en ella, exista o no exista esa diferencia. Pero es mejor no plantearse todo esto. Va a volver a verlo en un rato y puede ocurrir cualquier cosa…

El despacho consta de una antecámara y la zona de trabajo; en la primera pieza apenas hay sitio donde esconderse, así que la cruza y abre la puerta del despacho propiamente dicho.

Salazar, el mayordomo, la mira como si hubiera venido a arrancarle el alma a mordiscos.

Alumbrándose con una vela, está registrando la caja fuerte disimulada tras una de las cornucopias que adornan las paredes. Con un ágil movimiento de muñeca, propio del que está acostumbrado a manejarlas, hace que caja fuerte y cornucopia vuelvan a su posición original.

Los dos se miran frente a frente.

Por fortuna aparece Anita, que estaba escondida tras la puerta de entrada, dispuesta a protegerla de quien sea necesario.

Cuadro 24

Una vez que el camarero del Casino de Madrid ha retirado el servicio y dispuesto los postres, García, antes de atacar sus tocinillos de cielo, se asegura de que su amigo tenga a mano la jarra de agua y la copa para cuando quiera servirse; lo hace con total discreción,

sabe que Mancera prefiere evitar en lo posible todo alarde de su ceguera.

MANCERA.— ¿Qué traen los diarios de la tarde?

GARCÍA.— El presidente ha sido requerido en palacio por el rey para pedirle explicaciones sobre la nota enviada a los militares pidiendo su refrendo.

Hasta los postres, no se permiten hablar de temas serios y siempre en un tono pausado y, a ser posible, divertido. Por eso vienen a cenar cada vez más a menudo al Casino de Madrid: huir de las politiquerías encendidas de los cafés empezaba a convertirse para ellos en una necesidad en estos tiempos de agitación, por más que no los abandonaran del todo para no perder el pulso de la calle.

MANCERA.— La cosa pinta mal. El rey es consciente de que Primo de Rivera ha perdido todos los apoyos civiles y militares, y no va a comprometerse a su favor. Su majestad solo se compromete a favor de sus intereses.

GARCÍA.— Lo peor es que, conociéndolo, al decimotercer Alfonso, digo, a estas horas estará proclamando en cualquier sobremesa su sentencia sobre don Miguel, y mañana no se hablará de otra cosa, lo que puede terminar de precipitar su caída.

MANCERA.— No me extrañaría.

GARCÍA.— No se me olvida un banquete en Córdoba, cuando aún se preparaba en secreto el golpe militar del 23, en el que el rey, ciego de vino de Montilla, habló con amargura de su papel de rey constitucional, dando a entender que en el porvenir gobernaría el país junto a media docena de generales que acabarían con todos los males del régimen parlamentario.

MANCERA.— En esa época, el país estaba tan agobiado con la

situación que cualquier cambio le parecía aceptable. Pero después de siete años, los aires no son los mismos y el rey cree que no puede seguir apoyando al dictador sin jugarse el sitial.

GARCÍA.— Todavía está a tiempo de cambiar de opinión. De él depende el futuro del presidente.

MANCERA.— Y de nosotros convencerle para que cumpla con su deber de máximo arbitrio y mantenga en el poder al único hombre que puede regenerar este país.

GARCÍA.— En eso estamos.

MANCERA.— ¿Se sabe algo de las cartas?

GARCÍA.— Te lo habría dicho.

Guardan silencio; una mesa cercana acaba de ser ocupada y no son temas de los que puedan hablar en público. Los dos son *casinistas*, como se llama a los socios del Casino de Madrid, desde hace años, y aunque entre ellos ironicen sobre lo ostentoso del lugar y su exceso de formalismos, les complace contar con un rincón en el que de verdad hagan uso del derecho de admisión al que volver de vez en cuando.

Mancera no necesita ver a su amigo para tener constancia de su ausencia, suspendido muy lejos y muy dentro.

MANCERA.— ¿La has estado vigilando?

Una pregunta que no quiere hacer —tanto es así que logró pasarla por alto en su encuentro de esta mañana, aunque no puede posponerla indefinidamente— y de la que no quiere respuesta y sobre la que mucho menos quiere García ser interrogado, pero que es mejor afrontar con palabras que con suposiciones; desde que supo que su mujer se veía con otro hombre, había pasado por distintas fases en el proceso de asumir el hundimiento de aquella parte de su vida, hasta que se había decidido a comprobarlo por sí

mismo.

GARCÍA.— Me he pasado media tarde frente a la cafetería de Cuatro Caminos, donde me dijeron que se reúnen por la tarde. Está situada en los bajos de una pensión —acentuar demasiado el dejo amargo sería una ordinariez, así que emplea un tono neutro, informativo—, un lugar muy conveniente. Llegó a las seis y se fue a las siete, nadie se reunió con ella.

MANCERA.— Ya. —No dice más; intentar defender que aquel plantón descarta la infidelidad sería tratar a su amigo como a un estúpido.

GARCÍA.— Mañana temprano iré al embarcadero del Retiro; según mi gente, es su punto de encuentro mañanero.

MANCERA.— ¿Quieres que vaya contigo?

GARCÍA.— Sí.

Después marca el punto y aparte con una calada que achicharra más de medio cigarro y con la que querría calcinar otras muchas cosas.

A pesar de la hora, el restaurante del casino sigue llenándose, parece que la inestabilidad del país provoca la voracidad de la clase que lo frecuenta.

MANCERA.— ¿Alguna otra noticia interesante?

GARCÍA.— Poca cosa. —Apaga el cigarro y regresa poco a poco; tiene el periódico apoyado en el asiento de al lado, pasa unas páginas —. Ah, sí. En Calda de Reyes, un pueblo muy cerca de Vigo, el cura ha arrancado de las manos de un chiquillo el ejemplar de *Los tres mosqueteros* que estaba leyendo, ha salido fuera de la iglesia, ha encendido una fogata y ha arrojado el libro al fuego.

MANCERA.— El cura será un espía del cardenal Richelieu.

GARCÍA.— Será.

Cuadro 25

JARDIEL.— ¡Hombre! Don José Joaquín Francisco Cesáreo Caraciolo Isaac de Santa Lucía y de la Santísima Trinidad López Rubio y Herreros —exclama al entrar en el *Café Universal*, llamando por su nombre completo al escritor José López Rubio y sentándose a su lado.

PEPE.— Me coges de milagro.

JARDIEL.— Gracias por guardarme la mesa. Esto está hasta la lámpara. ¿No te quedas a tomar algo?

PEPE.— Porque eres tú y porque vas a invitarme. Cinco minutos, que me esperan.

CAMARERO.— Buenas noches —limpiando la mesa de mármol con un trapo inmundo—. ¿Lo de siempre, don Enrique?

JARDIEL.— Lo de siempre.

CAMARERO.— ¿Y para usted, don José?

PEPE.— Para mí nada, que me marcho enseguida.

Los dos escritores mantenían su amistad desde que eran unos críos y coincidían, entre otras muchas cosas, no solo en que habían adoptado los cafés como centros de trabajo, sino en que para ellos eran el sitio perfecto para vivir.

PEPE.— Hoy he entregado por fin en ABC el artículo que me pidieron sobre el panorama literario en la España actual.

JARDIEL.— No me extraña que lo tuvieras atragantado. No hay nada

más agotador que examinar el plantel de escribidores que nos rodea, a no ser que se haga con el ánimo de despedazarlos, que es algo en lo que ni tú ni yo hemos empleado nunca nuestro tiempo.

PEPE.— Y no falla, saludes a quien saludes, se queja de *lo mal que lo trata el mundillo*, cuando muchos de ellos deberían darse por contentos con que no los echen a patadas de las editoriales.

JARDIEL.— ¿Qué quedaría de la mayor parte de la literatura española actual si se tradujese al español?

PEPE.— Por cierto, ¿conoces a un tal Gregorio de Gregorios? Por fuerza querían que lo incluyera en la semblanza.

JARDIEL.— Me lo presentaron hace unos días; un tío con ojos de vaca y un *paja* torcido a lo Mauricio Chevalier. —El camarero le sirve, vertiginoso, su café con leche y se marcha en silencio a atender otros mil pedidos pendientes, el local está a rebosar—. Pues no te creas, me regaló esa novela que se ha autoeditado y la dedicatoria tiene su gracia: «A Gregorio de Gregorios, por darles a los lectores del mundo entero la inapreciable oportunidad de conocer a un autor irrepetible. Firmado, Gregorio de Gregorios».

PEPE.— Un tímido. —Mira el reloj y se pone en pie—. Enriquito, perdona que te deje solo, pero me esperan para comer.

JARDIEL.— No te preocupes, que yo he quedado aquí con un conocido —saca la petaca y encuentra el último cigarrillo roto por la mitad—. *Escabeche*.

PEPE.— *Escabeche*.

A menudo, con demasiadas copas encima, salían de los restaurantes sustituyendo el «que aproveche» por el «escabeche», costumbre que siempre les producía la misma risa tonta y que

estuvo a punto de costarles más de un costalazo.

José López Rubio vuelve a despedirse con el acento granadino que no se le termina de ir, se pone el abrigo y el sombrero, golpea el hombro de su amigo y sale del *Universal*, elegante, tan independiente y entrañable como siempre.

El sereno no termina de presentarse y Jardiel lleva ya más tiempo de la cuenta sin fumar; busca con la mirada a un camarero para pedirle que le traiga tabaco, pero con lo liados que están, piensa que tardará mucho menos si se acerca él mismo a la barra.

Poniéndose en pie, se abre paso entre los grupos que terminan la semana pasando revista a las noticias que se han ido acumulando y pasándolas por el filtro de sus tertulias.

Mientras espera a que algún camarero se le acerque, va mirando, por turnos, los numerosos espejos que tapizan las paredes del café, no sea que aparezca Hernán y se crucen sin encontrarse. Distraído en su vigilancia, no repara en los cinco individuos, todos considerablemente más altos y recios que él, que han ido rodeándolo hasta colocarse tan cerca que le impiden toda visión.

Todavía piensa que se trata de una casualidad, pero cuando intenta romper el cerco, los otros unen los hombros para dejarlo en el interior; a pesar de que van perfectamente trajeados y encorbatados, tienen un inequívoco aspecto barriobajero que no se percibe solamente en el olor a sudor y a fritanga que despiden la mayoría de ellos.

DESCONOCIDO 1.— ¿El señor Poncela? —el acento gallego muy cerrado.

JARDIEL.— No, me llamo Miguel Mihura.

DESCONOCIDO2.— Sabemos muy bien quien es. —Más acento gallego —. No le vale suplantar a nadie.

JARDIEL.— ¿Suplantar? Convendrán conmigo en que el tiempo que lleva Mihura plagiando mis escritos me da derecho a mí a utilizar su nombre.

DESCONOCIDO1.— Déjese de monsergas. Lo que tenemos que decirle le interesa.

JARDIEL.— Eso rara vez ocurre.

DESCONOCIDO 1.— Lleva usted todo el día metiendo la mano en la cacerola que no debe. Y va a salir escaldado.

JARDIEL.— Es que soy un desastre para la cocina; prometo comer de restaurante siempre que pueda —intenta introducirse entre dos de los desconocidos—. Ahora, si me perdonan…

Los individuos se comprimen rápidamente y el escritor debe retroceder para no verse atrapado entre los dos corpachones, pero en el intento alcanza a ver la insignia del Somatén prendida en la chaqueta bajo la gabardina de uno de ellos.

El café está tan abarrotado que no le extraña que nadie perciba lo que está pasando; incluso sería posible que aquella gente le soltara un navajazo y lo dejara allí, apoyado en cualquier sitio, sin que nadie reparara inmediatamente en ello.

DESCONOCIDO 2.— Más vale que se dé cuenta de que venimos muy en serio.

JARDIEL.— Al contrario que a mí, se les ve personas muy sentidas. Ya es sabido que Horacio Walpole, nuestro amigo de la infancia, dijo que la vida es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten.

DESCONOCIDO 1.— Te estás buscando un disgusto.

DESCONOCIDO 2.— No te olvides de que sabemos dónde vives con esa niña tan mona que tienes.

Sin importarle el número ni la envergadura de aquellos individuos, el autor se vuelve de cara al que acaba de hablar y le clava el índice en el pecho.

JARDIEL.— Como se os ocurra mirar siquiera a…

Al mismo tiempo que nota el fuerte empellón en la espalda, se abren los sujetos que tiene enfrente y tiene que trastabillar casi dos metros para no descalabrarse contra el suelo.

Cuando recobra la estabilidad, los puños listos para enfrentarse a ellos, han desaparecido.

Cree escuchar un *¡Enrique!* pero en ese momento de confusión no está seguro de si lo llama alguien o son figuraciones suyas; lo único que le interesa es localizar a los tipos que se han desmaterializado en medio del café, pero los espejos no los muestran por ningún sitio y la salida está vacía.

HERNÁN.— ¡Enrique! —que se ha abierto paso entre el gentío—. ¿Se encuentra usted bien?

JARDIEL.— *(Renunciando a la búsqueda de los desconocidos)*. Bien, bien. ¿Le gusta a usted el *whisky*?

HERNÁN.— No mucho, prefiero un *chato* de vino. Me pareció verlo alterado.

JARDIEL.— Venga, tengo cogida una mesa a la entrada —lo toma por el brazo en esa dirección—. Acabo de tener un encuentro con unos nuevos amigos que me han amenazado a mí y a mi familia si no dejo nuestra investigación.

Llegan a la mesa donde dejó el café a la mitad y el sombrero, el abrigo y el bastón en uno de los asientos, que se ha mantenido vacío a pesar de la masificación del local.

HERNÁN.— ¿Qué le han dicho? —sentándose.

JARDIEL.— Nada del otro mundo, que no me meta donde no me llaman. —Reclama al camarero con un gesto, pero este no lo ve—.

Lo que me preocupa es que saben que tengo una niña.

Por fin se acerca un mozo al que pide *whisky*, vino tinto y tabaco; después se queda en silencio, jugando con la caja de cerillas, hasta que su compañero lo interrumpe.

HERNÁN.— ¿Qué piensa hacer?

JARDIEL.— Irme a mi casa. Y mandar a mi hija y a mi hermana a nuestra casa del pueblo en el primer tren de la mañana.

HERNÁN.— ¿Va a seguir con todo esto?

JARDIEL.— Por supuesto —pensativo—. ¿Sabe que uno de esos idiotas tenía una insignia del Somatén?

HERNÁN.— ¿Cree que esa gente pertenecía al partido del dictador?

JARDIEL.— Llevaban la marca de Unión Patriótica escrita en la frente.

HERNÁN.— Es posible que estén interesados en recuperar la pitillera del rey o el sobre que hay en su interior. O las dos cosas.

JARDIEL.— Y para eso creerán que deben dar con Marcela —componiendo un complicado dibujo con cerillas sobre la mesa—. Además, el hijo de Ana Ermitaño pertenecía a las Juventudes de la Unión Patriótica. El asesinato de la actriz puede ser muy bien el nexo de todo lo que estamos investigando.

HERNÁN.— Lo que no sabemos es quién les ha dicho que nosotros también la buscamos.

JARDIEL.— Cualquiera de las personas con las que hemos hablado a lo largo del día.

HERNÁN.— Yo me inclino por la policía. Esos son uña y carne. Les viene muy bien tener a la Unión Patriótica para que les haga el trabajo sucio.

JARDIEL.— Yo también lo creo, así que a partir de ahora estamos

completamente solos. A no ser que se le ocurra alguien dispuesto a echarnos un cable.

HERNÁN.— Procuro que la poquísima gente que me aprecia ni se entere de mis dificultades. Para eso es para lo que no están los amigos.

JARDIEL.— Siga así y terminará hablando solo con máximas como yo. —Llega el camarero, deja el pedido y se va a toda velocidad—. Debemos tener mucho cuidado. Tendría usted que plantearse dejar la pitillera en lugar seguro… —Después de darle unas cuantas caladas a un cigarro se le ve más tranquilo.

HERNÁN.— Estaba pensando en guardarla en casa de mi padre. Pero no sería mala idea separar pitillera y llave, por si las cosas vienen mal dadas, que no pillen las dos de un solo golpe —saca la petaca y la manipula bajo la mesa—. ¿Quiere quedarse usted con la llave?

JARDIEL.— Vamos con ella —se la guarda en un bolsillo interior de la chaqueta—. Tampoco estaría mal que pasara la noche fuera de casa.

HERNÁN.— Mi noche no ha terminado todavía; eso iba a contarle. —Prueba el vino—. Tengo una pista sobre la timba a la que asistía la actriz —saca un momento la tapa de rosca de la granada para ilustrar sus palabras.

JARDIEL.— Todo vuelve a Ana Ermitaño —un sorbo, pensativo—. Me gustaría acompañarlo. Ese lugar debe ser peligroso, pero no quiero dejar solas a mi hermana y mi hija.

HERNÁN.— No se preocupe, me acompañará un antiguo compañero que conoce el ambiente.

JARDIEL.— ¿Dónde está eso?

HERNÁN.— No sé exactamente, por las obras del canal del

Manzanares.

JARDIEL.— ¿Tiene cómo ir?

HERNÁN.— Tomaremos un coche de alquiler.

JARDIEL.— Tome —sacando unas llaves y dejándolas sobre la mesa —, llévese el mío. Está en la puerta de mi casa. Lo que sí le pediría es que cuando vuelva, sea la hora que sea, se pase a verme para ponerme al tanto.

HERNÁN.— Descuide —toma las llaves, sin saber qué decir ante el inesperado gesto—. Y tengo más que contarle; estuve en el hospital donde opera el doctor Arellano y hablé con un celador con el que he quedado en…

Cuadro 26

Román esperaba a Antolina sentado en la base del pedestal de la estatua del pintor en la Plaza de Murillo, a un par de calles y unos minutos de la casa de citas de Costanilla de los Desamparados, donde ambos pensaban infiltrarse.

Ella lo vio de lejos y se plantó a su lado sin decir una palabra.

Él se demoró algo más de la cuenta en ponerse en pie.

Ella estaba ansiosa por comprobar el efecto que producía en el muchacho.

Él no sabía qué decir.

Se había puesto una falda estampada y un chaquetón color remolacha que, al abrirse, dejaría entrever una blusa blanca mucho más escotada de lo que normalmente se pondría; por separado o en conjunto, las prendas daban la sensación de haber sido rescatadas de un baúl olvidado o adquiridas de segunda mano; ni siquiera acompañadas del exceso de pintura en la cara y del pelo recogido en

un moño conseguían transformarla en la mujerzuela que necesitaba aparentar esa noche. Y sin embargo, esa carencia le daba un punto de autenticidad, de chica que quiere introducirse por primera vez en esos mundos, que era justo lo que necesitaba.

ANTOLINA.— ¿Qué tal?

ROMÁN.— *(Ya incorporado)*. Rara. Pero bien, muy bien.

ANTOLINA.— Si todo va como debe ir, espero entrar y salir lo antes posible. —Hunde las manos en los bolsillos del chaquetón para no demostrar lo nerviosa que está—. Si el contable quiere ayudarnos, estupendo; y si no, me voy por donde he venido.

ROMÁN.— ¿Y yo qué hago? He estado pensando que si me hago pasar por un cliente, querrán que me vaya con una chica a una habitación en cuanto llegue.

ANTOLINA.— Tranquilo, yo también he estado pensando —saca una mano del bolsillo para aferrarle el brazo—. Verás, tú llegas un cuarto de hora después que yo y preguntas por unos amigos de Aranjuez con los que has quedado allí para correros una juerga. Les dices que los vas a esperar antes de irte con ninguna de… las chicas, y te quedas allí tomándote una copa que te ofrecerán, muy atento por si escuchas algún jaleo y necesito que me socorras.

ROMÁN.— Vengo preparado por lo que pueda pasar, no creas —se abre la chaqueta y deja ver un destornillador sujeto en el cinturón.

ANTOLINA.— Ojalá que no haga falta.

ROMÁN.— Ojalá.

ANTOLINA.— Otra cosa, si se arma la grande y tenemos que salir corriendo y separarnos, nos encontramos en mi casa; aquí te he puesto las señas —le da la hoja de papel al muchacho en el que lleva todo el día intentando no pensar, como no quiere reconocer

la invitación que esconde aquel gesto.

Cuadro 27

Como le ocurría siempre en las escasísimas ocasiones en que visitaba a su padre, Hernán salía mucho más aliviado si no lo encontraba en casa y tenía muy claro, porque no se privaba de decirlo en voz alta, que a él le ocurría lo mismo; le había dado una llave por si alguna vez necesitaba que lo llevara alguna cosa *y por ninguna otra razón*. Era muy raro que Saturio Aguilar, así se llamaba su padre, dejara pasar cualquier oportunidad de constatar que entre ellos no existía lazo legal o sentimental de ninguna clase.

Por su parte, el sereno no podía evitar ni explicar ciertos atavismos que lo llevaban de tarde en tarde a visitarlo o a hacerse el encontradizo con él —su padre vivía en la calle Bravo Murillo, muy cerca de los barrios que vigilaba—, siempre con el mismo resultado fallido y la misma sensación de vacío. De ahí que esa noche, al no encontrarlo, se hubiera limitado a esconder la pitillera real en el fondo del armario que menos usaba y salir lo antes posible del piso.

Cuando llega a Gonzalo de Córdoba, echa un vistazo a la ventana iluminada de Enrique Jardiel Poncela, todo parece ir bien; han pasado solo unas horas juntos pero, además de esa inteligencia que te taladra los oídos y el cerebro, parece un tipo de una entereza y una generosidad que no esperaba.

Efectivamente, el Whiperth está aparcado muy cerca del portal; en el estacionamiento de al lado, un vecino al que conoce de vista está descargando una montaña de paquetes de un Renault mientras su mujer y sus tres hijos pequeños lo entorpecen más que ayudarlo; cuando el hombre lo ve, deja caer una cesta y le grita con las manos en las caderas.

VECINO.— Hombre, ya era horita —avanzando unos pasos hacia él—. ¡Llevo más de media hora tocando las palmas como un tonto sin que aparezcas!

HERNÁN.— Hoy no estoy de guardia, he cambiado el turno con un compañero —camino del coche de Jardiel, sin mirarle.

VECINO.— *(Interceptándolo)*. Mira, a mí me traen sin cuidado vuestros gatuperios; tengo el coche hasta arriba de paquetes, así que ya me estás ayudando a subirlos a mi casa si no quieres que te meta un expediente.

Cinco o seis años más joven que Hernán, es un individuo con una gordura atlética, gafas de montura metálica y una salivación profusa que se le acumula en las comisuras de los labios e influye en la pronunciación de algunas palabras; el sereno lo mira un momento e, intentando recordarse que tolerar a tarugos como aquel es parte del precio que debe pagar por la oportunidad de haber iniciado una nueva vida, domina tono y volumen para intentar hacerle entrar en razón.

HERNÁN.— Mire, ¿no ve que no voy de uniforme? El compañero estará ocupado con cualquier recado, pero seguro que vendrá enseguida. Yo tengo…

VECINO.— Que te he dicho que me dan lo mismo vuestros chanchullos. Ya me estás subiendo los bultos al piso y después ya te arreglarás con él.

HERNÁN.— … —Sonríe ante la obcecación del otro e intenta rodearle.

VECINO.— *(Moviéndose para impedírselo)*. Te la estás buscando, mira que conozco a gente gorda en el ayuntamiento —cada vez más alterado.

HERNÁN.— … —Consigue esquivarlo y se acerca al Whiperth, aunque

la sonrisa ya le ha desaparecido.

VECINO.— ¡Sois unos vagos y unos inútiles! ¡Pero te juro que se va a caer el pelo! —consciente de que su mujer y sus hijos están comprobando que es incapaz de imponer su autoridad—. Que el que te da de comer soy yo, ¿te enteras? Que soy el que mantiene el ayuntamiento con mis catastros y demás *sacaperras*.

HERNÁN.— … —Encuentra la llave y abre la puerta del coche.

VECINO.— *(Acercándose)*. ¡Que me escuches mamarracho, que eres un mamarracho!! —Le golpea el brazo, buscando una respuesta.

La obtiene.

Hernán tira las llaves dentro del automóvil y se vuelve para agarrar al gordo por la pechera, lo agarra fuerte, de manera que las solapas del abrigo se le unen en la garganta impidiéndole respirar, y lo empuja haciéndole recorrer un par de metros de espaldas, casi en vilo, hasta empotrarlo contra una farola; después se libera una mano que le abarca toda la cara y le vuelve a incrustar la cabeza contra el mástil, dos veces; ahora se separa del cuerpo, que resbala hasta caer sin dejar de aullar; pero no es suficiente y los gritos de la mujer y de los niños no le llegan, así que le patea las costillas hasta que se cansa y luego querrá arrodillarse encima de él y borrarse los nudillos en aquella asquerosa cara…

En ningún momento dejará de sentirse un mamarracho.

Cuadro 28

AMA.— ¿Así que esta es la que quiere ser mi nueva *huéspeda*? —Más que al sirviente del burdel que la ha avisado de la presencia de Antolina, la dueña parece interrogar a alguna instancia

supraterrena que solo ella ve.

ANTOLINA.— No exactamente, señora. Vamos, que no lo sé. —Los nervios no son parte de la historia inventada—. Yo lo que quería…

AMA.— Este no es sitio para hablar.

Siguiendo a la ama y al criado, Antolina deja el recibidor para entrar en un salón con seis o siete chicas que ocupan unos bancos acolchados dispuestos en el largo de las paredes a las que no se atreve a mirar directamente, y de ahí, después de subir por una escalera que la lleva a la planta de arriba y recorrer un trecho de la galería desde la que se puede ver la planta inferior, en otro saloncillo mucho más pequeño y que por su gustosa decoración podría pertenecer a cualquier hogar de cierto acomodo y total respetabilidad.

AMA.— Dime, ¿has trabajado antes en alguna casa o eras *carrerista*?

ANTOLINA.— Yo era lazarilla.

AMA.— ¿Lazarilla? Esta no me la pierdo.

Cuando abre la boca para reírse, deja ver 157 piezas dentales perfectamente blancas como su carne lechosa y abundante que, con los rizos rubios que le llegan a la cintura y la caja registradora que lleva dentro de la cabeza, le han servido para dejar atrás primero el trato callejero por cuenta ajena, dedicarse a la tercería después y, al día de hoy, para regentar una de las mancebías más rentables a este lado del Paseo del Prado.

Se deja caer en un sillón sin ofrecer asiento y anima con la mano a la nueva para que se explique.

ANTOLINA.— Mis padres me cedieron cuando tenía catorce años a un ciego primo segundo para que lo guiara por esos caminos —intenta remachar la historia que le contó la madre de uno de sus alumnos con un desigual acento achulado—. El caso es que

cuando fui algo mayor… el ciego se metía en mi cama por las noches, y después me ofrecía a los amigos y estos a los suyos, hasta que sacábamos más dinero del *acostamiento* que de los cupones. Pero hace cuatro meses, el ciego, que ya era muy mayor, se murió de un pasmo y su familia me echó de la casa dejándome con una mano detrás y otra delante.

En ese momento entra sin llamar, como si lo hubieran convocado hace rato y llegara con retraso, otro criado de las mismas trazas, el mismo cabezón y los mismos ojillos huecos que el otro pero con veintitantos años menos, que se planta firme al lado de su padre sin mediar una palabra.

AMA.— Y ahora…

ANTOLINA.— Pues que, como me he quedado sola, una amiga mía me aconsejó que viniera de su parte a ver a don Agustín, el contable de usted, para pedirle recomendación y consejo, que por lo visto se trata de hombre cabal y con mucha mano.

La dueña cabecea y se toma el tiempo que quiere para jugar con sus espesos rizos.

AMA.— Me pareces tú muy fina para haber sido lazarilla.

ANTOLINA.— Es que en casa había muchos libros —improvisa.

AMA.— Que los leía el ciego.

ANTOLINA.— Los vendía —corrige, encarnada—. Para sacarse una prima, es que con los cupones nos dábamos poca maña.

AMA.— Una segunda prima. Que la primera se la sacaba alquilando a la de carne y hueso.

ANTOLINA.— Pues eso.

AMA.— Que mala suerte has tenido con la parentela, hija mía.

ANTOLINA.— Yo, si me deja hablar un momentito con don Agustín, no la molesto más.

AMA.— Porque pupila mía no quieres ser…

ANTOLINA.— A ver lo que dice el contable —escondiendo las manos tras la espalda para no dejar ver el temblor.

AMA.— Te voy a *contar* yo del uno al veinte. Por lo pronto, aquí estarías muy a gusto, créeme —con esa sonrisa socarrona—. Mira, te vamos a enseñar cómo sería tu dormitorio, a ver si te gusta, y después me dices.

ANTOLINA.— No hace falta.

AMA.— Me vas a decir tú a mí la falta que te hace —cortante—. Maqueda —al mayor de los criados—, llevadla al cuarto del fondo, que ahora voy yo.

Los dos criados se colocan uno a cada lado y no le dejan turno de réplica, así que Antolina los sigue fuera. La galería no es muy larga, y eso la tranquiliza; no puede pasarle nada malo si no se aleja demasiado de la planta baja, desde la que ya sube el jaleo indicativo de que ha empezado a llegar la clientela de la noche; fijo que Román está entre ellos, pero los dos criados idénticos se mantienen muy cerca y asomarse por la barandilla la pondría en evidencia.

Una puerta se abre interrumpiéndoles el paso.

Casi a rastras, dos tipos zafios pero bien trajeados sacan, casi remolcan, a una muchacha con el labio inferior partido, sangrante, hinchado, como los ojos de llorar. Una cruz de madera demasiado grande se balancea en un cordón sujeto a su cuello. Viste al aire de la golfilla que seguramente es; la apretura de la carne que asoma por las tirantas y la escasa tela de la falda dejan ver que no tiene demasiado éxito en su profesión, así como el pelo mal teñido de rubio con algún remedio casero, quizás en un desesperado intento de proyectar el negocio hacia nuevas cotas de mercado.

Cuando Antolina la ve alejarse, emparedada entre los dos sujetos

muy esforzados en aparentar que allí no hay ningún problema, no quiere pensar en que su situación, en medio de los dos criados, no se diferencia demasiado de la de la chica.

La empujan suavemente para que siga su camino, pero cuando llegan a la puerta que remata el corredor y uno de los hombres abre para darle paso, se da cuenta de que este no da a una habitación como esperaba, sino a otro pasillo mucho más largo, con la penumbra apenas clareada por una lámpara de aceite y flanqueado por puertas sucias y viejas; seguro que la entrada que acaba de atravesar comunica el inmueble con el colindante, un caserón con toda la pinta de estar vacío, desde el que nadie podría oír sus gritos.

Se paran ante la última entrada y, al abrir uno de los hombres, Antolina se adelanta instintivamente para observar una sala iluminada por otro quinqué regulado también a tan baja intensidad que apenas se divisa el interior.

No ha tenido tiempo de sentir el empujón en la espalda ni el portazo cuando se ve sola en una especie de almacén lleno de cajas de madera ordenadas en pilas que en algunos casos llegan hasta el techo. En un rincón hay una colchoneta mugrienta y, a su lado, varias botellas vacías.

Volviéndose, golpea la hoja, grita no sabe qué, patea el suelo, se aleja unos pasos y comienza a elaborar el más completo catálogo de las torturas a las que va a ser sometida.

Intenta cortar los malos presagios dejando la mente en blanco y no lo consigue.

Román nunca llegará hasta aquí.

Piensa en Anita; lo último que le aconsejó un viejo profesor, cuando supo que iba a dedicarse a la educación de niños especiales, es que repartiera su cariño entre todos pero que tuviera mucho cuidado en no encariñarse con ninguno en concreto, si no quería dejarse la piel en las aulas. Pero ha sido incapaz de mantener las distancias y, aunque casi nunca lo reconoce, ha llegado a un punto en el que la necesita mucho más que la niña a ella.

El farol flaquea; no quiere ni pensar en los bicharracos que

pueden salir de debajo de esas cajas si se queda sin luz.

Tenía razón Román, pero ¿qué se había creído? Debería haber dejado pasar el episodio del tuerto y en todo caso…

Tiene suerte, gira el picaporte: sea lo que sea lo que vayan a hacerle será incomparablemente mejor que los tormentos imaginados.

Entran los Maqueda y el más joven le da un empujón que la envía de culo contra el jergón; ciento veintitrés mil quinientos treinta chinches le dan jubilosamente la bienvenida.

Les sigue la Ama, que la mira con toda su guasa.

Y el matrimonio de boleteros, en los que ha desaparecido toda expresión de bondad.

Antolina retrocede hasta el rincón y se queda allí, sin saber qué decir; ahora sí que está segura de que todo aquello ha sido una trampa.

A su alrededor, un disparate de detalles intranquilizadores parecen resaltar en ese momento: la sonrisa siniestra de la Ama, el cabo de una enorme navaja que asoma por debajo del chaleco de uno de los criados, unas cadenas tras las cajas que, no sabe por qué, tiene la seguridad de que están reservadas para ella.

BOLETERA.— Así que ahora eres lazarilla.

BOLETERO.— Esta lo que es, es una pájara.

Cuadro 29

Hernán conduce a poca velocidad, con un ojo puesto en el plano dibujado sobre una hoja que su amigo Deburau ha colocado encima del salpicadero con el encabezamiento *GPS* y una nota explicativa al pie: Guía Para Subnormales.

A aquella hora de la madrugada —mucho frío, lluvia a intervalos

— no se cruzan con ningún otro automóvil mientras buscan los restos del Real Canal del Manzanares, el delirante proyecto iniciado en el siglo XVI al objeto de convertirlo en un río navegable que conectara por distintos canales con Lisboa y Sevilla; después de reiniciar las obras con gastos colosales y resultados fallidos una y otra vez, aún podía encontrarse, a lo largo de la ribera, la arqueología de las casetas donde vivieron los empleados del Canal, molinos para aprovechar la energía del agua, hangares, talleres, dársenas y algún embarcadero.

Según el plano de Deburau, que juega con el dedo a transformar la ventanilla teñida de vaho en un complicado diseño cubista, la timba que buscan debe de estar muy cerca de la décima y última esclusa, la situada en las inmediaciones de la población de Ribas del Jarama, aunque quizás ya estén allí o la hayan pasado sin advertirlo: desde que tomó el desvío indicado por su amigo, se internaron en un pozo negro por una carreterilla de caballerías en la que se podían dar por contentos con no dejarse la transmisión en alguno de los baches que siempre descubría demasiado tarde.

Un resplandor rojizo contra el cielo le da el alto en cuanto rodea una curva en ángulo asesino, y al momento se hacen visibles las ruinas de una casona grande, rectangular, muy seguida, con aspecto de ser un refugio de labranza o un almacén abandonado.

Avanzan despacio. Hay coches aparcados más allá. Muchos. Trasiego de sombras bajo la llovizna. Un fangal con aspecto de tener capacidad para tragarse a un hombre entero. Y en cuanto dejan la casa atrás, la carpa de un circo.

Algo que puede ser un hombre o una mujer embozado en una capa les hace señas con una linterna ciega en cuanto los descubre, para indicarles un hueco entre dos automóviles; en el momento de aparcar, el guardacoches ha desaparecido.

Deburau sale del vehículo y se cubre rápidamente con un paraguas para que la lluvia no se lleve el maquillaje; lo sigue el sereno, que mira intranquilo alrededor, deseando haber llevado alguna clase de arma. No necesitan hablar, le ha contado con todo

detalle la historia en la que se ha enredado y su amigo sabe perfectamente que cualquier información acerca de Ana Ermitaño puede serle útil.

Antes de ponerse en marcha, los dos se quedan mirando un momento el curioso espectáculo del circo abierto a media noche en un lugar olvidado por todos.

La portilla de lona se abre a su paso sin que nadie parezca apartarla.

Lo primero que piensa Hernán al entrar es que hay mucha más gente dentro de la que calculó por el número de vehículos; su segundo pensamiento lo emplea para volver a arrepentirse de haber venido sin armas: con exactitud no sabe por qué, ya que aquello es, a todas luces, una fiesta para miembros de las clases superiores, todos mejor vestidos, mejor hablados y con más clase que él, pero lleva el tiempo suficiente en las calles para percibir en ellos, por debajo de las risas, una desesperación que se puede traducir en la peor amenaza.

Están en una superficie diáfana, con una estructura de funambulismo montada en el centro y rodeada de la mayoría de los asistentes, que parecen esperar un número que está por empezar. Tomando una de las paredes como pantalla, se proyecta repetidamente un cortometraje de cine mudo que muestra las habilidades de un lanzador de cuchillos. No hay gradas, ni sillas, ni barreras, todos se amontonan organizadamente según un orden que el sereno no termina de entender.

Acompañándose al piano, un cantante gordo combina su grave tesitura de barítono con un amaneramiento extremo para interpretar un tema en francés que nadie escucha. Lleva los ojos pintados de negro y la cabeza entera, a excepción de una corona de pelo rojo, maquillada de un blanco roto por los regueros de sudor.

DEBURAU.— *(Que ha estado escribiendo en su cuaderno)*. «No olvides que en la ópera, el villano de la función suele ser interpretado por un barítono. —Pasa la hoja y vuelve a escribir—.

Piérdete entre estos cabrones, yo te buscaré».

Después se dirige hacia el cantante y Hernán lo obedece, caminando en dirección contraria. Por suerte, la mayoría sigue pendiente del espectáculo que, por la expectación, debe de estar a punto de comenzar.

Una joven con el pelo teñido de azul y una máscara de gato colgándole de una goma se planta provocativamente delante de él, pero al momento aparece otra mujer madura vestida con falda larga, chaqueta, corbata y bombín que la toma del brazo con brusquedad y se la lleva de allí.

Las mujeres se pierden entre la multitud que boquea ante un niño de unos once o doce años, gordinflón y patoso, que sube trabajosamente la escalera dorada de la estructura del funambulista. Es una larga subida, el equivalente a un tercer piso, quizás algo más, que el crío intenta retardar todo lo posible. Cuando Hernán se acerca para verlo desde otra posición, puede comprobar que el niño tiene los pantalones manchados de recientes humedades, probablemente originadas por pánicos incontrolados antes del ascenso. De vez en cuando descansa, pero los hombros siguen bajando y subiendo, el corazón encogido por el llanto.

Tan absorto está el sereno en las alturas que no se percata de que se le acerca un individuo malencarado.

CORREDOR.— ¿Apuesta? —metiéndole un cuadernillo manoseado en la cara—. Nueve a uno en contra del chaval.

HERNÁN.— Ahora no, gracias.

CORREDOR.— … —No dice nada, pero no retira el cuaderno.

HERNÁN.— Esta apuesta es una mierda —sin tener ni idea de que está hablando, pero con aplomo y mala leche—. La siguiente.

El tono parece convencer al corredor de apuestas, que se retira.

El niño ya está arriba del todo, desde el suelo se perciben sus

temblores.

Toma la pértiga con las dos manos y se queda inmóvil, muy rígido. Muy pequeño. Muy desvalido.

Poco a poco consigue bajar los ojos y, desde el suelo, un tipejo con un solo ojo le hace un gesto violento que lo obliga a levantar la mirada.

Milímetro sobre milímetro adelanta el pie hasta posarlo en el cable suspendido a lo largo de la nada. Después el otro. Y el otro.

La pértiga oscila drásticamente.

No hay vuelta atrás.

Cuadro 30

AMA.— Y cuando salgas, si es que sales, te vas corriendo a denunciarme a la policía —carcajada—, a ver qué te dicen. Porque, ¿a quién te crees tú que acuden cuando necesitan que les cuenten lo que se cocina dentro de los fogones ~~a~~ los que a ellos no les dejan mojar el sopón?

Antolina no ha intentado moverse del colchón y mira desde abajo a la ama, que dirige el interrogatorio con un tono distendido que le da muy mala espina; a la boletera, que le devuelve la mirada desdeñosamente; a su marido, que lo observa todo entre trago y trago de una botella de vino, y a los criados, que montan guardia a la espera del menor gesto de su dueña para abalanzarse sobre ella.

ANTOLINA.— Vale, de acuerdo —intentado hacerla razonar—. Le aseguro que no iré ni a la policía ni a nadie. Yo lo único que quería era saber algo más de ese hombre que me está amenazando. Este señor y esta señora se lo pueden decir —señalando a los

vendedores de papeletas.

BOLETERA.— Entonces, ¿en qué quedamos? —muy flamenca ahora, nada que ver con la mujer comprensiva y amable que conoció esa tarde—. ¿Eres una damisela perseguida por un sinvergüenza o una golfa con el carné de lazarilla? Porque yo no me entero.

ANTOLINA.— Lo de la lazarilla solo era para hablar con el contable, que según usted sabía algo acerca de Galván.

BOLETERO.— Lo que *tiés* que ser es menos *descará* de lo que eres. —Con muy malas pulgas, empuja a su mujer para hacerse un hueco en primera fila.

ANTOLINA.— Mire, tengo que irme ya —empieza a incorporarse—. Yo les aseguro que no volveré a molestarlos.

BOLETERO.— Quieta ahí —con un movimiento de barrido, patea el brazo en el que Antolina se apoyaba para ponerse en pie, dejándola caer de cabeza contra la pared.

Baja la cabeza. Se explora en busca de heridas. No volverá a moverse de allí.

AMA.— Eso no puede ser, hija. Hasta mañana como muy pronto no pasará por aquí el señor Galván y yo no puedo dejar que te vayas sin contarle todo esto y que diga lo que quiere hacer contigo.

ANTOLINA.— Él me conoce de sobra, mucho mejor que yo a él. Si quiere algo de mí, sabe dónde encontrarme —indignada y asustada—. No puede retenerme aquí —alzando la voz.

BOLETERO.— Pero ¿qué te paece a ti la refistolera esta? —le larga otra patada, esta vez en la pierna—. *Pos* no va a sacar los pies del plato…

AMA.— Así que hasta mañana tenemos tiempo de sobra para sacarte

quién eres y qué quieres del señor Galván. —Se separa un par de pasos, parece querer evitar salpicaduras.

ANTOLINA.— Están ustedes locos…

El rifador se planta frente a la colchoneta con las piernas abiertas y, levantando la botella de vino, comienza a verterlo sobre la cara de Antolina, que vuelve la cabeza asqueada con los efluvios del mistela barato que lentamente le chorrea por el cabello y después va empapando toda su ropa a las idas y venidas que va realizando el viejo con el frasco; aquel aroma pegajoso que penetra hasta muy dentro y el golpe que ha recibido en la cabeza no la dejan pensar.

BOLETERO.— Esto *p'ablandarte*, como la masa de los dulces —golpeándose la mano con la botella ya vacía—. Ahora te toca el rodillo, antes de meterte *p'al* horno.

Se abre la puerta.

ROMÁN.— Me han dicho que es aquí donde andan las chicas desocupadas… —El chico, que se ha plantado en mitad de la habitación de dos zancadas, intenta hablar con soltura, pero ver la situación de Antolina, mojada y encogida en el rincón, lo deja sin palabras.

MAQUEDA.— Ya estás saliendo por donde has entrado.

Es el Maqueda viejo el que ha hablado, pero el joven el que intercepta al recién llegado, intentando aferrarlo por un brazo.

Román lo empuja en el pecho con las dos manos, lo deja caer encima de unas cajas y al momento ya está delante de la colchoneta, cubriendo a Antolina con su cuerpo y esgrimiendo el largo destornillador que se ha sacado de la cintura.

BOLETERA.— ¿Y este quién coño es?

AMA.— ¿Se puede saber a qué viene esto? —Más sorprendida que enfadada.

Antolina ya está de pie y agarrada a su chaqueta.

Pero también se ha levantado el Maqueda joven, que no ha sufrido ningún daño y que, junto a los demás, se despliega para rodear al intruso.

Román advierte el movimiento y tira dos tajos en falso para dejar una vía libre hasta la puerta.

ROMÁN.— Vete de aquí, ¡rápido!

ANTOLINA.— ¿Y tú? —poniéndose en marcha.

ROMÁN.— Voy detrás de ti.

MAQUEDA.— *(El padre, que ha sacado la navaja, a su jefa)*. Cuando usted me diga los desuello de arriba abajo.

AMA.— ¡Quieto todo el mundo!

Cortando el aire con el destornillador, Román se queda donde está, bloqueándoles el paso para que no les impidan la huida.

El boletero, al contrario que sus compañeros se aleja hacia una esquina.

ANTOLINA.— *(Que se ha detenido en la puerta a esperar a su liberador)*. ¡Vámonos de aquí!

ROMÁN.— ¡Sal hacia la calle, que voy detrás de ti!

AMA.— ¡He dicho que quietos parados!

Avanza un par de pasos.

Hasta ahí llega.

El viejo boletero, que ha elegido una posición despajada de obstáculos, toma puntería y arroja la botella, que golpea, sorda, en la cabeza del chico y después en el suelo, sin romperse.

Todo ha sido muy rápido y muy confuso.

A Román le ceden las rodillas un instante, pero enseguida se recupera, no parece que le haya ocurrido nada.

Pero cuando Antolina observa cómo la frente se le va cubriendo de un velo rojo que pronto le entrará en los ojos, se da la vuelta y sale corriendo de allí.

Gritan todos.

Recorre el pasillo en un tiempo que le parece muy corto y muy largo al mismo tiempo, llega a la galería, busca la escalera, sin comprobar ni una sola vez si Román ha conseguido salir de la habitación.

Cuadro 31

Por uno de esos milagros en los que nadie cree porque no existen, el niño obligado a jugar a los funambulistas que tiró la pértiga al tercer paso y perdió el equilibrio al cuarto consiguió abrazarse al cable cuando ya caía al vacío y está logrando —usando los brazos, las piernas, las mejillas, los párpados y hasta la última reserva de voluntad— llegar al final del recorrido.

Cuando se pone a salvo en la minúscula plataforma de destino se escucha un coro generalizado de maldiciones.

Hernán sigue explorando el interior de la carpa y descubre en una esquina un surtido de botellas de licor dispuestas junto a un cubo de hielo y un buen número de vasos amontonados sobre un tablero que se apoya entre dos barriles. Como ve hacer a otros, se prepara una copa. No hay nadie más en ese momento, así que no se mueve de allí, por si tiene que reponer su ginebra con hielo.

El gentío se ha disuelto, unos operarios están retirando los anclajes que sostenían la estructura del espectáculo funambulista y por un momento nadie sabe qué hacer ni adónde dirigirse, aunque el grupo situado frente a la pared donde han dibujado la diana del

lanzador de cuchillos empieza a crecer con alguna intención.

Desde el margen izquierdo aparece el cantante con voz de barítono e inmediatamente detrás Deburau, que parece instigarlo con discretos papirotazos en el muslo.

No hay duda de que vienen hacia donde se encuentra el sereno.

Cuando llegan a su lado, se plantan en silencio frente a él: uno es un mimo que nunca habla y el otro un cantante que no quiere hablar.

HERNÁN.— ¿Una copa? Este es el paraíso de los gorrones.

DEBURAU.— *(Ha sacado su cuaderno y garabetea veloz)*. «Ana Ermitaño frecuentaba esto». —Se lo enseña al sereno y remata la acción con un codazo al cantante, que lo mira con odio.

HERNÁN.— *(Al barítono)*. Y usted la veía por aquí, claro.

MAQUEDA.— Yo y todo el mundo. —Ahora su voz es sorprendentemente aguda y tímida.

HERNÁN.— ¿A menudo?

MAQUEDA.— Durante una época, cada dos por tres.

HERNÁN.— ¿Venía por el *show*, por las apuestas o por qué?

MAQUEDA.— Yo no hablé nunca con ella. —El sudor procedente de la frente se pierde en sus ojos o entre la primera y segunda papada.

HERNÁN.— Pero algo o mucho se comentaría. Estamos hablando de Ana Ermitaño. Todo el mundo camandulea los pasos de alguien así.

MAQUEDA.— Se decían muchas cosas —no levanta la vista del suelo.

Deburau pierde la paciencia, escribe *habla* entre exclamaciones en su cuaderno y lo pellizca en el dorso de la mano haciendo que se encoja y suelte un gritito de niña.

MAQUEDA.— *(Cuando se recupera)*. Parece que venía buscando a…

Por lo visto había oído que por aquí andaba *el casero del cementerio* o algo así. Dicen que había perdido la cabeza.

HERNÁN.— ¿Puede ser del Cementerio Ambulante?

MAQUEDA.— No lo sé.

La proyección del cortometraje termina bruscamente y la multitud que se ha concentrado ante el blanco preparado para el lanzador de cuchillos dibujado en una de las paredes —un cuadro de unos dos metros de lado con circunferencias concéntricas y cuatro soportes para atar a alguien de pies y manos— se separa con objeto de abrir un pasillo siguiendo las órdenes de un hombre muy voluminoso con un solo ojo.

Que no viene solo.

Casi a rastras, dos tipos zafios pero bien trajeados traen, casi remolcan, a una muchacha con el labio inferior partido, sangrante, hinchado, como los ojos de llorar. Una cruz de madera demasiado grande se balancea en un cordón sujeto a su cuello. Viste al aire de la golfilla que seguramente es, la apretura de la carne que asoma por las tirantas y la escasa tela de la falda dejan ver que no tiene demasiado éxito en su profesión, así como el pelo mal teñido de rubio con algún remedio casero, quizás en un desesperado intento de proyectar el negocio hacia nuevas cuotas de mercado.

Cuando llegan al círculo comienzan a amarrarla en las argollas.

HERNÁN.— ¿Y tuvo suerte? —al cantante—. ¿Encontró al arrendador del cementerio?

MAQUEDA.— Supongo —descaradamente evasivo—. Aquí hay toda clase de gente.

HERNÁN.— Pero no estás seguro.

MAQUEDA.— No.

HERNÁN.— Y dime, me imagino que la Ermitaño, en esas noches que venía por aquí, no lo haría sola, alguien la acompañaría.

El individuo que ha supervisado cómo fijaban a la chica a la diana del lanzador de cuchillos debe estar cerca de los sesenta, lleva gafas con un solo cristal ahumado y viste un sombrero hongo y una capa que deberían hacerlo pasar por un aristócrata, pero lo convierten en un mendigo.

El barítono lo mira fijamente y después aparta la mirada para encogerse de hombros ante la pregunta del sereno.

HERNÁN.— No me digas que no lo sabes.

MAQUEDA.— No me fijé.

Agarrándolo por el brazo, Deburau lo obliga a darse la vuelta hasta que quedan enfrentados. Se miden con ganas. La cuenta por ajustar que hay entre esos dos no es ninguna broma.

Frente a la chica atada a la diana ha aparecido un tipejo que, con dos cuchillos en cada mano, se balancea con una risilla imbécil. Tiene unos treinta años, la pechera manchada de vómitos y se sentiría mucho más cómodo si se trasladara a cuatro patas. La muchedumbre lo aclama, el corredor de apuestas no deja de hacer su trabajo y el tuerto se retira satisfecho.

Deburau presiona el brazo del barítono.

MAQUEDA.— *(En un lloriqueo)*. ¡Suéltame!

El mimo se acerca lentamente a él y cuando están a unos milímetros de distancia, le suelta un ronco eructo en plena cara.

Indignado y respirando con dificultad, el cantante, más alto y ancho, se libera de un tirón y empuja al mimo que cae contra el tablero que sostiene las bebidas.

Ante el estrépito, unos individuos con traje negro se dirigen hacia ellos.

HERNÁN.— *(A Deburau, que se está poniendo en pie)*. ¡Vámonos de

aquí!

Pero el mimo, sin hacerle caso, se introduce el índice en la nariz y rebusca hasta encontrar un moco grandioso, titánico, y se lo arroja al cantante acertándole en pleno rostro.

Los de negro están muy cerca, todos sostienen algo con la mano bajo la chaqueta.

Frente a la chica circunscrita en el círculo mortal, el borracho, tras recuperarse de un traspié, levanta el primer cuchillo con mano temblorosa mientras todos lo vitorean.

El barítono, fuera de sí, inicia una carrerilla hacia su enemigo…

Cuadro 32

Los golpes de llanto que de cuando en cuando subían desde el intestino recto de la casa sonaban como si alguien intentara pulsar las cuerdas podridas de un arpa con los muñones de sus dedos amputados.

Desde luego, su número ha disminuido considerablemente, pero ni la fría lluvia ni la madrugada han logrado evacuar del todo a los curiosos de la biblioteca del conde de Alivenza; dormitando en los asientos y algunos sobre las mesas, casi una docena de personas, a los que se acaba de sumar un grupo de cuatro individuos que han formado un círculo en el suelo, junto a la puerta de la bodega, para jugar una partida de mus y permanecen allí sin ninguna intención de marcharse.

El quejido de los lloros sigue subiendo desde el sótano de la casa, el área de la servidumbre, sin alterar el sueño de los invitados.

Como la dueña de la casa, resignada, ha dado orden de que las puertas ventanas que dan a los jardines sigan abiertas toda la noche, no es necesario que nadie franquee el paso a un nuevo

corrillo de cinco hombres que se detienen un momento en la entrada, como si necesitaran hacerse una completa composición del lugar antes de su siguiente movimiento; si alguien los observa con detalle, puede comprobar que, debajo de sus largos abrigos, todos visten de uniforme.

Pero su llegada no pasa desapercibida a los sujetos que tan ocupados se han mantenido hasta ahora envidando y ordagando en el suelo; sueltan la baraja de cualquier manera, se ponen en pie, se despliegan frente a la puerta de la bodega, introducen las manos bajo abrigos y chaquetas; alguno, en ese movimiento, deja ver su insignia de la Unión Patriótica.

A los del uniforme oculto parece desconcertarlos su presencia, pero enseguida avanzan unos pasos y forman justo enfrente, dispuestos, esperando la orden de ataque.

Hace rato que no se escuchan los sollozos del piso inferior.

En ese momento, un tercer grupo irrumpe en la biblioteca; se trata de una cuadrilla de alcantarilleros que, avisados por otros trabajadores nocturnos, entre los que se ha extendido el rumor de la hospitalidad ofrecida por la mansión del conde de Alivenza, vienen a descansar un rato en busca del calor, el golosineo y *la coñá* que les han prometido encontrar. Dirigidos por su capataz dejan picos, martillos y ganchos sobre los muebles de madera noble y se lanzan hacia las mesas del comestible. El olor recaudado en cien pozos negros obstruidos por todo Madrid se expande rápidamente en toda la sala.

Los dos bandos, los del mus y los del uniforme, es probable que miembros del partido del dictador los unos y del ejército disidente los otros, se tasan con fijeza, indecisos sobre la idoneidad de iniciar el ataque y también de abandonarlo.

Faltaba Salazar, el mayordomo, que aparece en ese momento; viene somnoliento, con una almohada al hombro, pero cuando se percata de la presencia de los nuevos invitados, retoma inmediatamente su obligación.

Situándose en el centro de la estancia, da un par de palmadas

para recabar la atención de todos.

SALAZAR.— Señores, el desayuno continental se servirá a las ocho en punto de la mañana —aunque su anuncio no le parece suficiente y se siente obligado a aclarar—; el desayuno continental no contendrá porras, por orden de la señora condesa.

No está claro si es por la noticia o por lo numeroso de los asistentes ya congregados en la biblioteca, el caso es que, a la orden de uno de ellos, los militares demuestran que prefieren aplazar sus propósitos, fueran estos los que fueran, y, sin dar la espalda a los upetistas, se retiran hasta ganar la puerta y salir de allí.

Cumplidas sus funciones, el mayordomo se limpia con alivio el barniz de sudor que le abrillanta la calva y encuentra una silla en la que sentarse para apoyar la cabeza contra la almohada en la pared, buscando el sueño que su prima Carmina le había impedido conciliar allá abajo; aprovechándose de su embarazo, no ha dejado de importunarle en toda la noche hasta que ha conseguido que le prometa llevarla al día siguiente al Monumental Cinema, donde ponen *La máscara de hierro* con Douglas Fairbanks para, una vez conseguido su primer propósito, centrarse en el mucho más ambicioso del matrimonio y reconocimiento de la criatura.

La imagen de un verdugo gordo y feo, que le muestra el funcionamiento del garrote vil donde el mismo Salazar será ajusticiado entre terribles sufrimientos, le trae por primera vez en muchas horas los primeros indicios de un sueño dulce y reparador.

Cuadro 33

Antolina ha ido y venido ya tantas veces a la ventana que decide quedarse allí, a ver si la llovizna helada que le limpia las últimas

marcas del pintarrajeo con el que pretendió hacerse pasar por muchacha de la mala vida le borra también el sentimiento de culpabilidad que le aprisiona el pecho desde que abandonó a Román en manos de aquella gentuza para procurarse la salvación.

Quedaron en verse aquí, en su casa, si algo iba mal; pero lo que sea debe haber ido mucho peor para que él no aparezca.

No deja de mirar las entradas de su calle, la de Alfonso VI, por si aparece, por si aparece aunque sea herido, por si aparece y no recuerda el número de la casa, por si aparece *porfavorSeñor*.

Echa de menos la vida nocturna de aquella zona; como todos saben en La Latina, en su tiempo se llamó calle del Aguardiente, porque había allí un depósito desde el que el destilado se distribuía a casi todo Madrid, con las consiguientes reyertas que aquel negocio causaba. Ahora es una vía estrecha y solitaria por la que no pasa nadie a aquellas horas que la hace sentirse más desamparada todavía.

De Román la separaban demasiados años —más de diez y más de doce— y el poco conocimiento que han podido deshacer en el día y pico que han pasado juntos, pero hay ahí un algo, una de esas trabazones que tan mal se explican y que unen más que algunas relaciones de toda la vida.

No quiere ni pensar que le haya pasado algo por su culpa.

A lo peor no consiguió escapar o sigue huyendo de ellos. O, aturdido, se ha marchado directamente a la tienda de juguetes de Postas para refugiarse allí.

No sabe por qué lo citó en su casa; y si lo sabe, no quiere reconocerlo.

Tiene que esperar un poco más, igual se ha parado a que le curen la herida que aquel animal le produjo con el botellazo. El retraso no es para tanto. Tiene que esperar un poco más.

Sin detenerse a cerrar la ventana, coge el abrigo y el bolso, cierra de un portazo. Disparada hacia la calle Postas.

Cuadro 34

Después de dejar a un Deburau maltrecho y muerto de risa en las proximidades de su casa, lo último que deseaba Hernán, somnoliento, con los puños doloridos y el abrigo manchado de barro tras la reyerta en la carpa junto al canal del Manzanares, era volver a casa de Enrique Jardiel Poncela. Así que mientras sube pesadamente las escaleras del número cuatro de Gonzalo de Córdoba, decide entregarle las llaves del automóvil, hacerle un brevísimo resumen de la noche y marcharse a descansar con el compromiso de volver por la mañana para hablar con tranquilidad.

Abre la puerta el propio escritor armado de cigarrillo y *whisky*, despejado y contento, chistándole para que pase sin hacer ruido.

El sereno se ve obligado a seguirlo hasta el salón, buscando ya las palabras para despedirse.

Un segundo después está completamente despierto.

Marcela.

Como si acabara de verla o no la hubiera visto nunca.

Todo el absurdo de los pasos que ha dado durante el día termina por cobrar sentido. Y todo el sentido de los pasos que ha dado a lo largo de su vida empieza a parecerle absurdo.

La chica lo recibe con una disculpa en el principio de sonrisa por estar allí confortable y segura mientras él regresa de pelear sus batallas por ella.

MARCELA.— Me mira como a un fantasma.

JARDIEL.— Las mujeres llegáis inesperadamente, nos hacéis sufrir y nos obligáis a pensar —con un gesto les invita a ocupar sillones o sofá—. Sois exactamente iguales que el reuma, con la sola diferencia de que, por lo mismo que provocáis el pensamiento, dejáis siempre detrás de vosotras algo imborrable. Unas veces dejáis la obra literaria que habéis inspirado. Otras veces, una

cuenta del modisto. Y, con frecuencia, las dos cosas.

MARCELA.— No valgo gran cosa como personaje literario ni gasto mucho en modistos, pero las molestias que les he ocasionado son mucho peores. Lo siento mucho.

HERNÁN.— Supongo que ya le habrán contado los pasos que hemos dado.

MARCELA.— Y no sabe cuánto se lo agradezco. —Todos regulan el volumen de la conversación para no despertar a la familia del escritor—. Anoche, después de dejarle a usted, me dirigí a mi casa, pero antes de entrar vi que el coche que me interceptó aquí abajo se me había adelantado y me estaba esperando. Por eso no estaba allí esta mañana cuando usted fue a llevarme la pitillera.

HERNÁN.— ¿Y dónde ha dormido?

MARCELA.— En el colegio mayor donde me alojaba durante mi época de estudiante. Pero esta tarde, al pedirles permiso a las monjitas para pasar allí unos días porque tenía un serio problema, me pusieron en la calle, no fuera a comprometerlas.

JARDIEL.— Detalle que, junto al de tener la salvación eterna asegurada, demuestra que las monjitas son mucho más inteligentes que nosotros tres.

MARCELA.— Completamente de acuerdo, malditas sean.

HERNÁN.— Siga.

MARCELA.— Después fui a la policía, una pérdida de tiempo. Me recibió un idiota que me dijo que no sabía nada nuevo sobre el secuestro de mi padre y que el asalto que sufrí, que sufrimos anoche, seguramente no sería más que un intento de robo. Decidí no decirle nada sobre la pitillera porque no sabía, no sé, si mi padre querrá que se difundiera algo tan confidencial en lo que

está involucrado el rey, y ya me ha dicho Enrique que hice bien. Intentó que me quedara en comisaría por mi seguridad y tuve que salir de allí casi por las malas. —Da la impresión de estar muy cansada y también de contar con una reserva inagotable de energía—. Desde entonces no he dejado de dar vueltas por ahí, haciendo tiempo a la espera de que usted inicie su ronda para quitarle el peso de la pitillera de encima. Pero cuando pasé por aquí, sin pensarlo más, me decidí a subir para meter a Enrique en todo este lío. Aunque ya me ha contado que a estas alturas saben de todo esto más que yo.

HERNÁN.— En cuanto a la pitillera, lo siento, pero no podré devolvérsela hasta mañana, la guardé en casa de mi padre. Para las gestiones que tenía que despachar esta noche no nos pareció —abarca al comediógrafo— seguro que la llevara encima.

JARDIEL.— Ya me han contado algunas de las gestiones de usted con un vecino del portal de al lado —sonriendo—. Mientras le hacen una cara nueva en el hospital será un alivio no tropezarme con ese imbécil por la escalera.

MARCELA.— *(Toma la palabra, ya que Hernán no parece dispuesto a responder)*. Estoy convencida de que han tomado las mejores disposiciones, pero no puedo consentir que se sigan exponiendo por mi causa; mañana mismo me quitaré de en medio para que sigan con sus vidas.

JARDIEL.— Marcela, tengo cuentas pendientes con tu padre, ya lo sabes. Todas a su favor. No voy a apartarme de este asunto hasta que lo encontremos.

HERNÁN.— Si me lo permite, yo tampoco puedo retirarme ya de todo esto —con voz cansada pero resuelta—. ¿Cree que los individuos

que amenazaron al señor Jardiel no lo saben a estas alturas todo sobre mí? De este enredo no podemos retirarnos a la mitad.

MARCELA.— Pero, aparte del riesgo, ustedes tendrán cosas que hacer, trabajo, compromisos…

JARDIEL.— Ya te he dicho que a primera hora salen Angelina y la niña para Quinto. A partir de entonces y hasta el estreno de mi comedia el 21 de febrero, estoy a tu entera disposición.

HERNÁN.— Por mí no se preocupe tampoco: he cambiado turnos con un compañero y tengo un par de días libres. Además, no sé si le habrá contado *Enrique* —a pesar de que el escritor es casi diez años más joven que él y de que siempre ha odiado el etiquetaje social, conserva atavismos que le hacen sentirse incómodo cuando pasa a emplear ciertas familiaridades— que tenemos una pista en el Hospital Obrero, y he quedado a las diez con el ayudante de su padre.

MARCELA.— Herminio… ese sí que es un personaje. En fin —se deja caer sobre el respaldo, como rindiéndose—, ya que no piensan dejarme tranquila, me uniré a la banda. Mañana iré con usted al hospital, Herminio siempre ha simpatizado conmigo y seguro que pondrá cuanto pueda de su parte; no obstante, esa historia de compraventa de cadáveres me parece una memez.

HERNÁN.— El celador parecía muy convencido, aunque también es cierto que me pareció buen chico pero algo fantasioso.

JARDIEL.— En todo caso, habrá que ver adónde os lleva. Y no te olvides de Benito Perazul —a Marcela.

MARCELA.— Benito Perazul —le explica al sereno— es el director de cine a las órdenes del cual iba a rodar Ana Ermitaño su película. Resulta que fue mi profesor de guion en un curso que hice el año

pasado.

JARDIEL.— El tal Perazul enseña a escribir guiones divinamente. A lo que aún no ha aprendido es a leerlos, basta con ver cualquiera de sus películas.

MARCELA.— *(Sin hacerle caso)*. Pues aprovechando que lo conozco, me pasaré por el café del Gato Negro, a ver si lo veo y me cuenta algo.

JARDIEL.— ¿Puede acompañarla usted? —a Hernán.

HERNÁN.— Encantado.

JARDIEL.— Por mi parte, intentaré revisar el camerino de Ana Ermitaño y también visitaré a su confesor, el párroco de san Ginés, como me recomendó Sabino Salmerón.

La muchacha parece haberse desconectado y prestar atención solo al asa de su bolso, de la que intenta raspar con la uña una mancha que no existe.

MARCELA.— ¿Creen ustedes que esa gente solo quiere la cigarrera? Mi padre lleva ya dos días fuera de casa, no quiero ni pensar en lo que le habrán hecho; me trae sin cuidado el rey de España, toda su dinastía y los líos que pueda tener: si con dársela me lo devolvieran, lo haría sin pensármelo.

HERNÁN.— Por lo pronto, ni siquiera sabemos quiénes son ni cómo contactar con ellos —se sorprende deseando poder darle una respuesta más esperanzadora—. Ni tampoco nos consta que fueran a liberar a su padre si se la entregamos.

JARDIEL.— Queridos, creo que hoy, por más vueltas que le demos al tema, no vamos a sacar nada en claro. Intentemos dormir unas horas, que mañana debemos irnos temprano de aquí —

poniéndose en pie.

HERNÁN.— Lleva razón —levantándose también—. Dígame a qué hora le parece que venga…

JARDIEL.— De eso nada, amigo, aquí hay sofás para todos, no es hora de que andemos por ahí con esa gente buscándonos. Mañana dejaremos este piso; mi familia se va a Zaragoza, yo me iré a vivir con mi amigo Joaquín Sama y para ustedes ya buscaremos algo: a cualquier sitio menos a sus respectivas casas.

HERNÁN.— Se lo agradezco muchísimo. Con su permiso voy al baño para intentar quitarle estas manchas de barro al abrigo —quitándoselo.

JARDIEL.— Supongo que esas manchas se las ha hecho apostando en la timba… Por cierto, que no le he preguntado si ha averiguado algo allí.

HERNÁN.— Nada importante. Efectivamente, Ana Ermitaño frecuentaba esa locura. Pero el tipo con el que hablé solo me dijo que buscaba al *casero del cementerio* o algo así. Me imagino que hablaba en sentido figurado, pero las cosas se complicaron —señala las manchas del abrigo— y no pude sacarle más.

MARCELA.— Quizás no hablara en sentido figurado. Lo que les voy a decir me lo contó mi padre, pero los responsables de la compañía lograron que no trascendiera: hace unos meses arrestaron a Ana Ermitaño, junto a varios acompañantes, por celebrar de madrugada una especie de misa negra en torno al cruceiro que hay en la plaza de Benavente.

Cuadro 35

Hay luz en la tienda de juguetes de la calle Postas.

La puerta está entornada y, a la penumbra de un cabo de vela, los pintores que conoció esa misma mañana —que ya parece venir de muchos años atrás— reciben a Antolina con un respingo asustado y un lamento.

RENÉE.— Creíamos que era la policía.

ANTOLINA.— ¿Y Román?

Los vecinos miran hacia la trampilla que da al taller, no saben cómo empezar.

ALPHONSE.— Escuchamos ruidos y pensamos que eran ladrones. — Están tan consternados que apenas se acuerdan de ablandar palabras y gestos con su afectación habitual.

RENÉE.— Cuando bajamos no había nadie. Solo Román.

Antolina no quiere seguir escuchándolos; sin preocuparse por dejarlos a oscuras, toma el trozo de vela apoyada en un platillo, rodea el mostrador y baja la escalera que lleva al sótano.

Aparte del rincón donde no quiere mirar, lo primero que le llama la atención es que el autómata que recitó su responso, ese al que llamaban Bob Cratchit, ha desaparecido de la mesa de trabajo.

Después se vuelve hacia Román.

Desde el principio supo que aquel bulto es su cuerpo, que aquel charco es su sangre y que aquella quietud es para siempre.

SEGUNDO ACTO
(Lunes, 27 de enero de 1930)

Cuadro 1

SATURIO.— *(En cuanto abre la puerta, aún con el pijama y el pelo revuelto)*. No vendrás a decirme que te has casado… —mirando a Marcela con desconfianza.

HERNÁN.— Es solo una amiga.

SATURIO.— Ya me extrañaba, es demasiado guapa para ti. Aunque tú eres capaz de todo por dejarme en ridículo. —Y a ella—: usted dispense, señorita, pero mis ideales krausistas me apartan de esos amarres religiosos propios de otro siglo.

HERNÁN.— ¿Podemos entrar o no?

Su padre no le dice que sí, pero se retira con semblante de pocos amigos y permite la entrada de la pareja.

Es un piso grande y antiguo, tan oscuro que da la impresión de que aún no ha amanecido, con libros en las ventanas, el suelo, por supuesto las paredes, las sillas, las mesas y hasta en la escalera de caracol que une el salón con el piso de arriba.

SATURIO.— Usted sabrá disculpar este desorden —a Marcela; a su hijo, ni lo mira—, pero los libros han sido siempre mi único vicio.

MARCELA.— Es usted el que tendrá que disculparnos. Es muy

temprano para presentarse en casa de nadie sin avisar, pero ya le contará Hernán que nos obligan eventualidades muy particulares —adoptando su mismo tono más formal.

SATURIO.— No, si la hora no es un problema, el piso lleva así desde hace ochenta o noventa años: mi padre, de quien lo heredé, ya era un gran coleccionista de libros; por eso compró el piso de arriba —señala la escalera—, para tener sitio donde meterlos. Yo me he limitado a seguir su camino. Una pena, porque cuando yo falte, al no tener a nadie a quien legarle todo esto —mira significativamente a su hijo, que no se da por aludido—, el piso se lo quedará el estado, y los libros, el trapero.

HERNÁN.— Te preguntarás a qué se debe esta visita —cambiando de tema.

SATURIO.— Si vienes a insistir para que te reconozca como hijo mío ante la ley, mi respuesta sigue siendo no.

HERNÁN.— *(A punto de perder el control)*. ¡No podría insistir sobre ese tema, porque yo nunca te he pedido tal cosa!

SATURIO.— *(Siempre a Marcela)*. La madre de este señor y yo mantuvimos una relación breve y abierta, en la que siempre dejé muy claro que mi inclinación krausista…

HERNÁN.— ¿Quieres escucharme un momento?

No está claro que el anciano deba contener un gesto de fastidio o una risa, pero levanta las manos como rindiéndose y se sienta en el brazo de un sillón para escucharle.

HERNÁN.— Como te decía Marcela, que así se llama esta amiga mía, determinadas circunstancias nos obligan a pedirte —le cuesta mucho pronunciar la siguiente palabra— un favor.

SATURIO.— Ahora decís circunstancias y antes eventualidades, ¿en qué quedamos? Por que no son exactamente lo mismo.

HERNÁN.— *(Harto)*. Necesitamos un sitio donde dejar esto —levanta la pequeña maleta que Marcela compró el día anterior para guardar algo de ropa y algunos artículos de los que debió proveerse— y pasar la noche, ¿nos cedes una de las muchas habitaciones que tienes libres o no?

SATURIO.— Disponga usted de esta casa como propia —a Marcela—. Y es usted muy libre de elegir con quién la comparte, aunque me permito advertirle sobre los peligros de frecuentar ciertas compañías.

MARCELA.— Es usted muy amable.

HERNÁN.— Muy bien, asunto resuelto; vendremos tarde e intentaremos no molestarte. Otra cosa, necesito cambiarme de camisa —señala las manchas de fango—, ¿tienes alguna limpia para prestarme?

Se encoge de hombros y el sereno se adentra en el piso mientras su padre sigue prestándole toda su atención a la muchacha.

SATURIO.— Me temo que ya no tiene enmienda —en voz alta, sin preocuparse de que Hernán lo escuche—. Como usted sabe, los partidarios del krausismo creemos firmemente en la educación como vía de la reforma del ser humano, pero su madre, que fue una buena mujer pero sin la preparación suficiente, no lo llevó a la Institución Libre de Enseñanza, donde hubiera habido alguna oportunidad para él.

MARCELA.— ¿Y usted?

SATURIO.— Verá, yo nunca tuve intención de reconocerlo, pero reconocer, reconozco que tuve mis dudas durante un tiempo, hasta que lo conocí teniendo él cuatro años y vi lo antipático que era; habría tenido que tener yo muy poco conocimiento para pasarme por el Registro, reconózcalo.

MARCELA.— Yo creo que es muy agradable, pero comprendo que siendo usted krausista —con guasa—, vea las cosas de otro modo.

SATURIO.— Estamos lealmente empeñados en la renovación del ser humano.

MARCELA.— ¿Y hace mucho tiempo que emprendió usted ese *empeño*?

SATURIO.— ¡Más de cuarenta años! Sí, señora. Mire usted, yo he sido, durante toda mi carrera profesional, *Responsable máximo de abastecimientos de personal en la Universidad Central de Madrid*. —Se pone en pie y avanza unos pasos para señalarle una vieja fotografía en la que se le puede ver en un café, muy joven, vestido con una chaquetilla de camarero y rodeado de una camarilla de hombres con aire patricio, de los cuales señala al que lleva las barbas y los bigotes más recios de todos—. Este es mi amigo don Gumersindo de Azcárate el día que fue reintegrado a sus clases tras el tiempo que pasó destituido por el maldito marqués de Orovio. Lo celebró invitando a sus colegas a un carajillo de Chinchón que tuve el privilegio de serviles yo mismo. Estamos hablando de 1881, que ya ha llovido…

Aparece el sereno con prisas desde una de las habitaciones, llevando ya la camisa limpia y el abrigo y el sombrero puestos.

HERNÁN.— *(A Marcela)*. ¿Nos vamos?

SATURIO.— Estaba comentándole a esta amiga nuestra que he sabido que los americanos han inventado unas friegas para las purgaciones de acción garantizada —lleva a Marcela del brazo hasta la puerta—. Lo digo porque sé que es un tema que te toca muy de cerca.

Ella se despide muy efusiva mientras Hernán sale sin pronunciar una palabra.

Cuadro 2

La mañana, como el lunes, es todavía una masa helada y gris que apenas empieza a tomar forma o ponerse en marcha, pero cuando Enrique Jardiel Poncela se detiene ante la fachada de la parroquia de San Ginés que da a la calle Bordadoras, ya encuentra el portón abierto y una beatona que despide a su compañera, que entra recomendándole: *Dale muchos besitos al Señor*.

En el interior, el escritor cae en otra oscuridad, más rancia y gélida que la de fuera, coagulada por los siglos de los siglos, de la que van saliendo, esquinados, los asistentes a la primera misa del día; quedan tres o cuatro condenados de rodillas, lo más lejos posible unos de otros, y el cura, en medio del brazo central de la nave, con aire autoritario, como un municipal con licencia de Dios para regular el tráfico de almas por los distritos celestiales.

Jardiel, se quita el sombrero y se le acerca, recordándose que no debe exteriorizar lo poco que le gusta aquel individuo de unos cuarenta y tantos años, su punto achulado y el pelo rubio haciendo ondas; ningún sacerdote español debería ser tan apuesto ni tener el cabello de esa manera, no resulta creíble, viene a ser casi irreverente, una forma de burlarse de la tradición de los religiosos morenos mal afeitados de baja estatura y aliento abominable que siempre hemos conocido.

JARDIEL.— Buenos días.

PÁRROCO.— Muy buenas, ¿puedo ayudarle en algo? —con una voz inesperadamente cálida.

JARDIEL.— Creo que sí. Sé que estaba usted muy unido a Ana Ermitaño. Profesionalmente —matiza y se arrepiente al momento de la aclaración.

PÁRROCO.— Profesionalmente —concede con una sonrisa, y ese es el segundo punto a su favor.

JARDIEL.— Necesito hablar con usted acerca de ella. Un amigo común, el doctor Arellano, no sé si le ha hablado de él, ha sido secuestrado, secuestro que puede estar relacionado con la muerte de la actriz.

PÁRROCO.— Ana me habló en alguna ocasión del doctor. Pero no veo en qué puedo…

JARDIEL.— Estoy intentando reconstruir sus últimos pasos. No sé si servirá de algo, pero no tengo mucho donde elegir.

Mirándose la punta de los lustrosos zapatos que aparecen bajo la sotana, el cura se toma su tiempo para evaluar lo que ha escuchado, el resultado no es positivo ni negativo, pero le indica con un gesto que lo siga.

El camino hasta la sacristía apenas es suficiente para presentarse e intercambiar una concisa nota meteorológica.

PÁRROCO.— Siéntese —señala una mesa antiquísima con incrustaciones en la tapa de mármol—. No puedo invitarle a café porque mi hermana ha salido a la compra, pero tengo un anisette que quizás le guste.

JARDIEL.— Se lo agradezco mucho.

PÁRROCO.— Desde que supe lo de su muerte —de espaldas, trasteando en un aparador—, no he podido quitármela de la cabeza. Tome —vuelve con una copita tallada en cada mano y

coloca una ante el escritor—; tenga cuidado de que no gotee, el mejunje este es muy pegajoso y la mesa es del siglo XVI, regalo de la reina Isabel II.

JARDIEL.— La Isabelona era muy desprendida con lo suyo.

PÁRROCO.— Y más aún con lo nuestro —sentándose a su lado—. A Ana llevaba sin verla algunas semanas. Últimamente venía cada vez menos. Me parecía no conocerla, estaba muy cambiada. —A él también se le muda la cara a medida que va entrando en honduras—. Tengo el orgullo de poder decir que era más que su confesor, que no es poco; Ana era, o lo fue durante un tiempo, una gran amiga. Y eso es mucho.

JARDIEL.— ¿Qué es lo que pasó?

PÁRROCO.— ¿Sabe usted lo de su hijo?

JARDIEL.— Sí.

PÁRROCO.— Desde que el pobre mío hizo el disparate, su madre se nos perdió.

El sacerdote cae en un silencio que Jardiel Poncela se siente en la obligación de rellenar.

JARDIEL.— No es difícil de entender. Que un hijo tuyo se quite la vida supone…

PÁRROCO.— *(Interrumpe)*. No es normal, amigo mío, lo suyo no fue normal. El dolor y la desesperación, sí. Pero Ana, que nunca fue practicante estricta de su credo, se obsesionó con la imposibilidad de darle sagrada sepultura. Todo su pensamiento, todo su esfuerzo, todos sus pasos no se dirigían a conseguir otro fin que remediar esa… falta.

Los muebles, las figuras, los cuadros de la sacristía mantienen un

aire de mausoleo debidamente asistido en el tinte enlutado por la mortecina luz de aquel lunes de finales de enero.

JARDIEL.— *(Con la mirada puesta en dos estatuas)*. Poco a poco, creo que voy conociéndola a través de lo que me cuentan sobre ella, pero no termino de entender ese desvelo.

PÁRROCO.— *(Señalando las tallas de madera policromada)*. Y me temo que los *santodomingos* no van a ayudarle a comprenderlo; son Santo Domingo de la Calzada y Santo Domingo de Silos, ambos estuvieron en el altar de la Virgen de Valvanera.

JARDIEL.— Pues entonces tendrá que ayudarme usted. Por lo pronto, Ana Ermitaño no podía enterrar a su hijo en suelo santo porque ni siquiera disponía del cuerpo, que fue robado de la capilla del Hospital Obrero.

PÁRROCO.— Curiosamente, eso parecía ser lo que menos le inquietaba; como si sospechara quién lo tenía o tuviera algún indicio de que quien se había apropiado de él podía llegar a devolvérselo.

JARDIEL.— ¿Le comentó algo en este sentido?

PÁRROCO.— Más bien fue la ausencia de comentarios sobre esa cuestión la que me llevó a pensar que tenía la certeza de poder recuperar los restos mortales de Bernal —con mucho movimiento de cabeza—. Toda su energía estaba concentrada en encontrar un resquicio del código canónico o cualquier otra forma de darle tierra cristiana para que su alma pudiera descansar en paz.

JARDIEL.— ¿O cualquier otra forma?

PÁRROCO.— *(Se toma un momento)*. Por ese tiempo, se pasaba por aquí de vez en cuando, hablaba, pero no hablaba conmigo. No sé cómo ni quién, pero me dijo que frecuentaba una especie de

timba infernal donde la gente se apostaba la vida, una locura. Creo que ella misma no estaba en sus cabales. En el sitio ese conoció a una persona que le dio una solución para que su hijo alcanzara la gloria, ¿ha oído usted hablar de los cruceiros?

JARDIEL.— No.

PÁRROCO.— Hay una leyenda o tradición apócrifa en Galicia según la cual los niños que morían sin haber sido bautizados, muchos de ellos asesinados por su propia familia por tener alguna anormalidad o ser fruto del adulterio, eran enterrados bajo la protección de los cruceiros que proliferan en las encrucijadas de caminos, que venían a sustituir el terreno bendecido —abre los brazos, para dejar claro que es el primero en no tomar en serio lo que está diciendo—. Yo intentaba convencerla, razonar con ella, pero si insistía mucho, cogía la puerta y se iba.

JARDIEL.— ¿Y esa persona?

PÁRROCO.— Solo sé que por mediación de ella participó en un absurdo ritual… ¿sabe usted que hay un cruceiro en Madrid, un verdadero cruceiro gallego, en la plaza de Jacinto Benavente?

JARDIEL.— Ya le digo que no sabía ni que los hubiera en Galicia —pasando por alto la revelación de Marcela.

PÁRROCO.— No sé ni en qué consistía el rito ni quiero saberlo… El caso es que intervino la policía, Ana pasó la noche en comisaría… Un desatino.

JARDIEL.— Ana Ermitaño era una mujer muy inteligente. Debía de estar muy perturbada para hacer algo así.

PÁRROCO.— Hay momentos en los que somos capaces de agarrarnos a cualquier cosa. ¿Es usted creyente?

JARDIEL.— No.

PÁRROCO.— ¿Ateo?

JARDIEL.— Ni muchísimo menos.

PÁRROCO.— ¿Entonces?

JARDIEL.— Sostengo que si el creyente es un farsante, el ateo lo es muchísimo más. El creyente es capaz de decir *yo creo* dirigiéndose solo a su propia conciencia. Pero cuando el ateo dice *yo no creo* se dirige siempre a un público.

PÁRROCO.— Está de moda el sentido práctico. Cada vez hay más gente que piensa que eso de Dios es una idea inútil.

JARDIEL.— Es posible que Dios no sea necesario para vivir. Dios no va a influir, naturalmente, para que triunfe un credo político o para que un ejército venza a otro, o para que un ciudadano gane una oposición a la Beneficencia Municipal. Dios no va influir para que a un niño se le cure la tosferina, eso no lo creen más que cuatro viejas de esas que se arman un lío para cruzar las calles. Pero cuando todo se hunde alrededor de uno, cuando se advierte la soledad en que se vive, cuando se percibe la inmensa inanidad de la existencia, entonces ¿a quién se va a volver los ojos? ¿A Carlos Marx? ¿Al doctor Marañón?

El párroco no necesita ratificar ni desmentir nada.

Ahora el silencio es para los dos.

El cura limpia el mármol de la mesa con la embocadura de la manga.

Jardiel Poncela lo aprovecha para reconocer que se ha equivocado con el cura —que ha resultado ser un buen tipo, con mayor amplitud de miras que la media de su oficio— y para dar forma a una de las preguntas que lo ha llevado hasta allí.

JARDIEL.— ¿Qué sabe usted de los Cementerios Ambulantes?

PÁRROCO.— ¿Dónde ha oído hablar de ellos? —intrigado.

JARDIEL.— Hasta ayer, en ningún sitio; pero varias de las personas que trataban a Ana Ermitaño han coincidido en que buscaba algo con ese nombre.

PÁRROCO.— *(Bajando la mirada)*. Tengo que reconocer que yo mismo fui el responsable de este otro desvarío —asiente varias veces, no consiente que haya lugar a dudas sobre su culpabilidad—. Le hablé a Ana de la leyenda de los Cementerios Ambulantes intentando darle un tono edificante y terminé agravando su obcecación…

JARDIEL.— Siga, por favor.

PÁRROCO.— No sé si sabe que soy el capellán de la Casa Galera.

JARDIEL.— La cárcel de mujeres. No, no lo sabía.

PÁRROCO.— Una de las internas no habla, o no hablaba, de otra cosa. Se trata de una desgraciada que en un momento de enajenación dio muerte a su hijo recién nacido y después huyó, llevándose el cuerpo del niño. Un suceso terrible que no se ventiló demasiado en prensa al pertenecer ella a familia acaudalada. Pues bien, nuestra amiga la fugada se empeñó en enterrar a su hijo en sagrado a pesar de no haber sido consagrado al bautismo y en ello consumió su riqueza y su vida, hasta que, según contó ella misma, consiguió alojarlo en uno de esos Cementerios Ambulantes. Cuando logró su propósito, se entregó a la justicia.

JARDIEL.— Pero ¿a qué se refiere al decir Cementerio Ambulante?

PÁRROCO.— No lo sé. Nadie lo sabe. Siempre se ha negado a dar ningún detalle. Hasta el punto de que en ocasiones llegué a pensar que se trataba de una entelequia, una representación de su delirio.

JARDIEL.— Y Ana…

PÁRROCO.— Y Ana, en vez de comprender que yo se lo contaba como un ejemplo de adónde nos pueden llevar nuestras perturbaciones, se tomó el tema al pie de la letra. Incluso sospeché que se había comunicado de alguna manera con la reclusa para preguntarle cómo localizarlo, pero ninguna de las dos quiso confirmarme que se había producido tal entrevista.

JARDIEL.— Esa señora, ¿continúa recluida en Casa Galera?

PÁRROCO.— Allí sigue.

JARDIEL.— Me gustaría hablar con ella.

Cuadro 3

Ansiosa —y sin embargo renuente— a saber algo más sobre la muerte de Román, Antolina, antes de continuar su camino hacia la tienda de la calle Postas, se ha detenido ante un kiosco de prensa, solo para que le recordaran que los lunes no aparecía ningún periódico en Madrid; en otras capitales se estaba publicando desde hacía algún tiempo un panfletillo titulado *La hoja del lunes* con la información más elemental del día, pero aunque se hablaba de que pronto se editaría también en la capital, de momento los lunes siguen siendo un día carente de noticias, un día vacío, por tanto, perfectamente anulable, imposible de recordar, muy acorde con la niebla que apelmaza los pensamientos de la profesora.

Se ha pasado la noche pensando sin pensar, durmiendo sin dormir, completamente bloqueada, rogando porque aquel estado se prolongue por mucho, mucho tiempo, que la mantenga lejos del miedo a la amenaza que ha surgido en su vida y del dolor por la pérdida de Román.

Anoche se marchó a toda prisa, sin esperar siquiera a que apareciera la policía, y desde entonces la ha acompañado el sentimiento de que había vuelto a abandonar una vez más al chico a su suerte, después de haberlo dejado en manos de los miserables del burdel, a los que se enfrentó para salvarle la vida. Por eso, lo primero que ha hecho al levantarse ha sido volver a la calle Postas.

Esperaba policías de paisano y de uniforme, vecinos, amigos y curiosos, periodistas quizás, el barrio entero en pie por el terrible crimen de la tienda de juguetes, y al doblar la esquina no se ha encontrado nada. El establecimiento cerrado, ni un solo rastro de lo que ocurrió la noche anterior. Como si a nadie en el mundo más que a ella le importara la muerte de su amigo.

Sin decidirlo, había decidido que podía seguir adelante sin tomar una decisión, volver al colegio y a Anita, confiar en que el fotógrafo tuerto no aparecería de nuevo en su vida, intentar olvidar cuanto había ocurrido en los últimos días.

Pero allí de pie ante la tienda vacía, sabe que no puede dejar que el sacrificio de Román, todo lo que ha hecho por ella, se pierda como si nunca hubiera existido, de manera que encamina sus pasos hacia la comisaría.

Cuadro 4

Sombrero hongo y abrigo oscuro que le emboza hasta las cejas, un hombre cruza la biblioteca procurándose el mayor desapercibimiento posible.

Al compás que avanzaba la mañana, en el jardín de la casona del conde Alivenza se había ido desatando un extraordinario fenómeno: una corriente de desocupados e indigentes, parias que han hecho de la holganza durante años su profesión, se había instalado tranquilamente en la enorme superficie, al principio eligiendo con

mucho tiento los lugares más protegidos y después contentándose con los cada vez más contados huecos disponibles.

No buscaban ni esperaban nada, ni siquiera entraban en la casa para recaudar comida o bebida, se limitaban a tomar posesión de su espacio y a cuchichear entre ellos, como si esperaran que se produjera un gran acontecimiento en el que solo ellos estuvieran iniciados; ni siquiera arrojaban desperdicios o decían palabras malsonantes, eran mendigos de primera clase, aunque habían encendido fogatas en diversos puntos para sobrellevar el nublado que ya ha vencido definitivamente al sol.

Desde lo más hondo de la mansión llega una voz de mujer que grita, desgarrada, una palabra: ¡Salazar!

El hombre del bombín, que estaba a punto de cruzar la puerta ventana que da al jardín, experimenta un respingo pero sigue su camino.

Como un eco, la llamada se reproduce en diversos puntos de la casa hasta llegar a la biblioteca, donde varias personas vociferan el mismo apellido antes de proseguir con su conversación.

Cuando la condesa fue alertada de la oleada de pordioseros que se había detectado en el frente oeste, salió personalmente para llevar a cabo una minuciosa inspección de las fuerzas invasoras, pero como no reconoció entre ellas ningún apellido conocido, decidió combatir a los asediantes con el asedio, prohibiendo todo suministro de agua o víveres en la confianza de que más temprano que tarde habrían de retirarse de allí para conseguir provisiones.

Pero, de momento, dicho problema no parecía preocupar demasiado a los menesterosos, que por las trazas de su asentamiento, iban para largo en aquella plaza.

Es más, en las poquísimas horas que llevaban allí, estaba claro que se habían integrado divinamente, porque desde varias reuniones brota la misma llamada que en el interior, ¡Salazar!

Y el hombre del sombrero abovedado acelera el paso, cuenta los metros que lo separan de la salida y mira con un deseo perverso las puntas de lanza que coronan la verja que rodea el jardín, pensando

en lo feliz que sería si tuviera el valor suficiente para intentar escapar trepando por los barrotes y muriera atravesado por alguna de ellas.

Tanto y tan efectivamente se extiende la alarma por todos los limosneros, que cuando el hombre del bombín está a punto de franquear la salida, algunos de ellos se interponen en su camino:

PEDIGÜEÑOS.— Usted excuse, ¿Salazar?

SALAZAR.— Sí —reconoce abatido el mayordomo.

PEDIGÜEÑOS.— En la casa le llaman.

Cuadro 5

MARCELA.— Te puedes hacer una idea del valor que tiene para mí que Enrique lo deje todo por ayudarme en el momento en el que está.

HERNÁN.— ¿Le pasa algo?

Los interrumpe la dueña de la churrería, que deja la barra para traerles a la mesa el plato de buñuelos y los tazones de chocolate que han encargado; por unos momentos, la dramaturga no quiere saber más que de soplar la bebida, limpiarse los bigotes pringosos con un trozo del papel de estraza y lanzar grititos placenteros mientras prueba las frituras.

El establecimiento situado en la calle Raimundo Fernández Villaverde, algo más allá del Hospital Obrero de Maudes, fue el elegido por el celador del doctor Arellano para reunirse con el sereno esta mañana, pero ellos han llegado con tiempo suficiente para desayunar y hacer planes para el resto del día.

MARCELA.— El estreno —todavía con la boca llena—. El de su próxima obra.

HERNÁN.— Algo dijo anoche.

MARCELA.— El 21 de febrero estrena su nueva función en el Teatro de la Comedia. Debería estar centrado en los últimos detalles y ya lo ves: lo deja todo por buscar a mi padre —más mordiscos a otra de las *bolas*—. Me consta que el empresario, Tirso García Escudero, tiene gran confianza en él, pero ya sabes que un nuevo título de Enrique Jardiel Poncela puede ser recibido de cualquier forma. Una buena parte de la crítica no le perdona que esté reformando los cánones de la comedia sin haberles pedido permiso a ellos. Es un autor joven todavía y no se casa con nadie, así que se la juega cada vez que se abre al telón.

Hernán asiente como si estuviera igual de familiarizado que ella con el mundo del teatro, toma un sorbo del chocolate, se quema la lengua y la deja hablar.

Está bien allí.

Como si se conocieran hace mucho y existieran lazos irrompibles entre ambos y hubieran pactado enfrentarse al resto del mundo y no necesitaran a nadie más.

De vez en cuando mira por el ventanal junto al que se han sentado, esperando y temiendo que llegue el celador a romper ese momento.

MARCELA.— Enrique es un hombre como hay pocos, ya lo habrá comprobado.

HERNÁN.— Al principio temí que se tratara de uno de esos escritores a jornada partida, un imbécil estirado.

MARCELA.— En casa lo apreciamos mucho. Ha superado una época

difícil tras la desaparición de Josefina.

HERNÁN.— ¿Desaparición? ¿Es que ha…?

MARCELA.— No, no ha muerto. Lo abandonó, toda una historia. Él da a entender que es un tipo descreído y cínico, sobre todo en lo que escribe, no sé si ha leído el prólogo de su novela, *Amor se escribe sin hache*.

HERNÁN.— Los estatutos del sereno nos prohíben leer libros o cualquier actividad que nos impida concentrarnos en nuestras complicadas tareas. —No pretende ser cortante, solo se ríe un poco de lo que hace.

MARCELA.— De todas formas le regalaré un ejemplar por si decide saltarse los estatutos. Lo que de verdad ocurrió casi se lo lleva por delante —bebe un poco para seguir hablando—. Nuestro amigo estaba pensando en casarse con su novia de toda la vida cuando apareció Josefina en su vida, o mejor dicho reapareció, porque era una lectora suya a la que había conocido fugazmente años atrás. Josefina acababa de abandonar a su marido y estaba en Madrid con un niño muy pequeño, intentando establecerse. Se puso en contacto con él y… La conocí una vez, ¿sabe? Era preciosa y simpatiquísima y brillante y todo lo que yo quería ser en ese momento. Como ella seguía casada, se fueron a vivir juntos con la oposición de casi todos, incluyendo la mayor parte de la familia. Montaron casa con el poco dinero que él ganaba en aquella época y se llevaron a vivir con ellos al hijo de ella; además, muy pronto quedó embarazada de Evangelina. Pero eran más felices que cualquiera. Nunca he visto a Enrique tan radiante. —Otro trago, porque el resto del relato no es tan agradable—. Un día llegó al piso de Santísima Trinidad y se encontró con que Josefina se había

marchado para siempre, dejando solos a la hija de ambos, de tres meses, con un biberón encima de la cama y al niño de ella, de cinco años correteando por los pasillos en su bicicleta.

En su voz, el relato de Marcela es mucho más que un cotilleo; no tiene que contar el final de la historia ni recoger los cabos sueltos ni explicar nada para transmitir la tremenda soledad de aquella escena y de las que, con toda seguridad, vendrían después.

El sereno siente que se llevaría horas y años escuchándola hablar de cualquier cosa y después se obliga a desviar el curso de ese pensamiento. Pero no se resiste a la sensación de que los dos están solos en el mundo, insensatez por insensatez.

Tras la ventana, entre las nubes, estalla una luz endeble y blancuzca, un sol líquido que inmediatamente se evapora, última oportunidad de que abra el día en mucho tiempo.

Sin que se haya abierto ni cerrado la puerta de la tienda, un par de metros más allá tienen a Herminio que se acerca a ellos quitándose la gorra y componiendo una sonrisa bobalicona para Marcela.

HERMINIO.— ¿Ha aparecido su padre?

MARCELA.— Aún no, Herminio. Siéntate con nosotros.

HERNÁN.— ¿Quieres tomar algo?

HERMINIO.— Nada, gracias, que ya me ha dado de desayunar la patrona —comedido, aunque mirando con avidez los buñuelos que han sobrado en la mesa.

HERNÁN.— La señorita Marcela ya está al tanto de lo que me contaste sobre el piso desde el que os enviaban los cadáveres.

HERMINIO.— Tres. —Sube y baja la nuez el mismo número de veces.

HERNÁN.— De la visita que hiciste al domicilio de la calle sombrerería y de la que después hizo el doctor. ¿Sabes cómo se llamaba el

propietario?

HERMINIO.— Antonio Buenaplaza —presumiendo de memoria con una amplia sonrisa.

HERNÁN.— Estupendo. También le he contado a Marcela el aviso que recibisteis en forma de cruz de mármol.

MARCELA.— Nunca me ha comentado nada del comercio de cadáveres y creo que tenemos total confianza —mirándolo como si el celador fuera el inductor del negocio—. Me cuesta mucho imaginarlo en ese tejemaneje.

HERMINIO.— Pues para que usted vea —baja la cabeza y se defiende —. A veces los padres no se lo cuentan todo a sus hijos…

HERNÁN.— Quizás para protegerla.

MARCELA.— ¿Y dices que veías a mi padre raro desde entonces?

HERMINIO.— Él no quiso volver a hablar del tema, pero me daba en la nariz que no se fiaba de ningún desconocido, que salía menos de la cuenta, que procuraba no estar a descubierto cuando se hacía de noche.

Por no discutir, Marcela acepta de mala gana aquel retrato tan distinto del que conservaba de su padre y mira al sereno para que tome la palabra.

HERNÁN.— Lo primero es visitar el piso desde donde *facturaban* los cuerpos, a ver si podemos enterarnos de lo que averiguó el doctor; después ya veremos —como no hay oposición, continúa—, pero antes necesitaríamos hacer una gestión, ¿tienes mucha prisa, Herminio?

HERMINIO.— Libro el día entero. Para lo que dispongan.

MARCELA.— *(Recuperando el ánimo)*. Pues espero que te guste el

cinematógrafo, porque vas a conocer el mundo de las películas por dentro.

HERMINIO.— Me encanta Tom Mix. Y me harto de reír con su caballo Malacara. —Mira expectante pero ninguno de los dos lo alientan—. También me gusta Estrellita Castro.

Cuadro 6

GARCÍA.— El palacio de Buenavista era una tumba esta mañana, nadie quiere levantar cabeza para no señalarse.

MANCERA.— Me acuerdo de las primeras semanas del pronunciamiento, en septiembre de 1923 —en el mismo tono de voz queda—. En cuanto los militares se convencieron de que lo de Primo de Rivera no tenía vuelta atrás, convirtieron ese mismo palacio de Buenavista en un hervidero: todo el mundo iba al Ministerio de la Guerra para dejar a las claras que tenían propensión por el *general* o que gozaban de su favor, aunque este en su vida hubiera oído hablar de ellos.

Su amigo no responde.

Aunque cuando habla mantiene la compostura de quien realiza una misión de vigilancia ajena y rutinaria, su atención se va y se viene en busca de la mujer plantada en el embarcadero del Retiro. Su mujer. Si es que aún puede otorgarle tal título.

Una bruma helada color nube asciende del estanque escondiendo los pies de ambos, que siguen al otro lado del lago, ocultos tras el kiosco de refrescos, sin importarles la fría humedad de la mañana, es posible que esperando que la niebla se los trague para siempre.

MANCERA.— ¿Y ahora? ¿Ha recibido respuesta don Miguel de sus compañeros de armas a la nota que les envió?

GARCÍA.— Pocas. Y poco alentadoras: lealtad a la patria, al rey… generalidades. Nadie quiere señalarse.

MANCERA.— Debía haber previsto que poner su permanencia en manos de sus compañeros era firmar su sentencia y la de España.

GARCÍA.— Su majestad estará muy satisfecho. Por una vez, creerá que tiene en sus manos el futuro de la nación.

MANCERA.— Y por una vez no le falta razón.

Se callan cuando el *Príncipe de Asturias*, el lanchón del lago, atraca a unos metros para dejar y recoger otra ronda inexistente de pasajeros.

El piloto del barquichuelo, con el impermeable hasta las orejas, mira interrogante a la solitaria mujer durante unos segundos, y como ella no muestra intención de subir a él, vuelve a iniciar otra de sus absurdas travesías.

Excepto uno de los guardias del parque y una barca con una chica joven y guapa a los remos jaleada por un niño pequeño, no se ve un alma alrededor.

García debe reconocerse que su mujer, aunque espera a quien espera, allí de pie al borde del agua, tiene un aire valeroso, casi heroico, enfrentada en soledad a todo por reunirse con el hombre al que desea. Cuando habla lo hace para distraerse y eliminar el nudo de la garganta que amenaza con estrangularlo.

GARCÍA.— La última vez que vi al rey fue la noche de San Silvestre, cuando decidió celebrar la nochevieja tomando las uvas en la Puerta del Sol, como si fuera un madrileño más. —Golpea los pies contra el suelo para restablecer la circulación.

MANCERA.— Los Borbones siempre han sido muy populacheros.

GARCÍA.— Yo fui por compromiso pero al final lo pasamos bien, como si fuéramos unos chavales —más taconazos en la hierba—. No ha pasado ni un mes y el panorama ha cambiado por completo. Ahora sería inimaginable que los enemigos del general Primo de Rivera me dejaran acercarme tanto al monarca.

MANCERA.— La Unión Patriótica, el partido entero, tenemos vetado el acceso al monarca; los enemigos de Primo de Rivera deben evitar que influyamos de cualquier manera para que preste su apoyo al dictador.

GARCÍA.— Estuvimos tan cerca… nadie pudo prever que esos militaruchos estaban dispuestos a asesinar a un personaje de la talla de Ana Ermitaño con tal de evitar que le hiciera llegar las cartas de los próceres.

Su mujer, muy despacio, como la que se deja caer en el otro lado, el no deseado, de una realidad de la que se encuentra más que hastiada, se da la vuelta y comienza a salir del embarcadero en dirección a la salida.

GARCÍA.— Se va —informa.

MANCERA.— A lo mejor es que ya… —Deja ahí la frase de consuelo.

GARCÍA.— No. Siguen juntos. Él no habrá podido presentarse por cualquier motivo. Esta tarde iré a Cuatro Caminos, por si se reúnen allí.

MANCERA.— Iremos.

El otro ni se mueve ni aparta los ojos de ella; la conoció cuando ya había cumplido los cuarenta y ocho, a una edad en la que creía que toda la malla de vida estaba hecha o deshecha, que no quedaba espacio para la novedad o el cambio; tiene catorce años menos que él y, según le han dicho, su amante también pasa la cincuentena, así

que no puede decir que lo engaña con un jovencito.

García sigue escondido detrás del kiosco, incapaz de dejar de mirarla.

Cuadro 7

CONSERJE.— Con la dispensa.

JARDIEL.— Espero aquí —quedándose prudentemente ante la puerta del taller de sastrería que el otro entrecierra antes de perderse en el interior.

A tan tempranas horas, el interior del Teatro Español de Madrid está invadido por un relente seco y opresivo que obliga al autor a volver a levantarse las solapas del abrigo mientras espera a que el empleado busque a la sastra con la que necesita hablar.

Había confiado en encontrarse allí a su amigo Domingo Alpuente, el antiguo director artístico transformado en traspunte, para que le allanase el camino, pero según el conserje aún no había llegado, así que debería confiar en su buena suerte para extraer la información que buscaba, con el agravante de que ni siquiera él sabía qué buscar.

No se ha cruzado con nadie ni ha escuchado un solo sonido en los pasillos que lo han conducido hasta el taller situado en la parte más antigua del edificio, tenía la impresión de que solo rondaban por allí los miles de espectros de los personajes muertos en escena acompañados por algunos, como el de Ana Ermitaño, fallecidos en una dimensión más real; por eso el aroma del pan recién tostado que surge de pronto por la puerta mal cerrada le parece tan fuera de lugar.

Una mujer de unos sesenta, con el pelo corto peinado a la raya en un estilo marcadamente masculino, sale despacio, con mucho

aplomo, las manos dentro de los bolsillos situados en los lados de la falda que la hacen parecer un pantalón.

DOÑA LUISA.— Le he dicho a Pepón que no sé por qué no le ha hecho entrar aquí dentro, al fin y al cabo es usted uno de nosotros —dejando claro que cualquier presentación estaría de más.

JARDIEL.— No tiene importancia, siento interrumpirles a esta hora.

DOÑA LUISA.— ¿Quiere desayunar?

JARDIEL.— Ya he tomado algo, muchas gracias. Verá, el motivo de mi visita…

DOÑA LUISA.— Lo estaba esperando —ha debido de costarle mucha práctica alcanzar aquella voz tan ronca—. Anoche se pasó por aquí Sabino Salmerón para avisarme de que vendría a echarle un ojo al camerino de Ana Ermitaño. En lo que yo pueda ayudarlo…

JARDIEL.— Se lo agradezco muchísimo.

DOÑA LUISA.— No hay de qué, es a usted a quien hay que agradecerle lo que está haciendo. A esos figurones de la policía se les veía a leguas que no tenían ningún interés en esclarecer nada —con desprecio—. Me alegro mucho de que alguno de nosotros intente averiguar qué es lo que pasó. —Para ella es muy importante el *nosotros*—. Voy a buscar la llave.

Jardiel asiente y la mujer deja la puerta abierta como otra muestra de confianza.

Al fin Sabino Salmerón reunió energía suficiente para ponerse en movimiento y echarle una mano; prefiere no plantearse todo lo que aquel tipo sería capaz de hacer si no necesitara la morfina hasta para levantarse de su asiento.

A través de la puerta puede ver a varios hombres y a una mujer ocupados en despejar una mesa de costura para desayunar sobre ella, rodeados de pruebas del vestuario de la obra que se representa

y deshechos de otros antiguos colocados de manera que aprovechan hasta el último centímetro cuadrado del local; son tramoyistas, utileros, sondistas, acomodadores, mozos, vigilantes… gente del oficio, criados en las tripas del recinto; ha conocido a otros como ellos en otros teatros, llegan los primeros y se van los últimos si es que no duermen allí, una raza aparte, invisible, depositarios de secretos que el resto del personal no podría ni suponer.

Aparece de nuevo la sastra con un grueso jersey de lana tejido a mano para afrontar el frío de los corredores.

DOÑA LUISA.— *(Poniéndose en marcha)*. Tenemos otro taller de sastrería, equipado con los medios más modernos, pero *nosotros* nos encontramos mejor en la parte vieja.

JARDIEL.— ¿Dónde están los camerinos?

DOÑA LUISA.— El Español dispone de veintitrés camerinos, catorce colectivos en la primera planta y nueve individuales en la baja. Naturalmente, Ana usaba el más grande —saca una llave del bolsillo, la levanta en alto y la vuelve a guardar—. Yo tengo que tener una llave maestra para traer y llevar las prendas.

JARDIEL.— ¿Lleva usted mucho tiempo en el teatro?

DOÑA LUISA.— Ciento veinticuatro años y no he visto una sola obra. Así, para mí, todos los actores son igual de buenos y se merecen el mejor trato, piense lo que piense el público.

JARDIEL.— *(Riéndose)*. ¿Ciento veinticuatro? Hasta a mí, que nunca adquirí ni los más mínimos conocimientos de matemáticas, me parece algo excesiva la cifra.

DOÑA LUISA.— Algo de matemáticas sí sabrá —ajustando el paso calculadamente varonil al del escritor—. Un hombre que escribe libros y en los periódicos…

JARDIEL.— Y sin embargo hoy, como cuando era pequeño, quiero

decir como cuando era niño porque pequeño lo sigo siendo, no sé una palabra de matemáticas. Admiro a esos hombres que suman y restan deprisa, y que multiplican sin equivocarse. En cuanto a los hombres que saben dividir, a esos los miro con tanto respeto, que, por grande que haya sido nuestra amistad, nunca me he atrevido a tutearlos.

Si doña Luisa supiera reírse soltaría la carcajada que apenas logra guardarse, pero debe considerarlo un rasgo demasiado femenino y está experimentada en la contención.

DOÑA LUISA.— Pues no exagero ni un día, créame, ciento veinticuatro; sesenta años cumplidos que yo tengo, y llevo en esto desde que nací, más los sesenta y cuatro que le dedicó mi padre, pues usted dirá —solo cuando habla de su padre parece enternecerse—; y él sí que era un sastre y aquellos sí que eran tiempos difíciles, donde igual tenías que coser unas enaguas que remendar un decorado.

Cuando llegan ante la puerta del camerino de Ana Ermitaño, se quedan clavados; el silencio resuena allí con mayor intensidad y los dos tienen un cierto sentimiento de profanación antes de pasar al interior.

La mujer vuelve a sacar la llave, la introduce en la cerradura y la deja allí.

JARDIEL.— ¿Sabe usted si han trasteado mucho esto desde el viernes?

DOÑA LUISA.— La policía lo registró a fondo y se fue corriendo, un entrar por un salir. A esa gente no les importamos nada; por muy famoso que se haga un actor, para ellos sigue siendo un titiritero.

Al fin se decide a abrir la puerta y le cede el paso al escritor, que no le discute la preferencia.

Jardiel Poncela se queda tan conmocionado que no se da cuenta de cómo la sastra entra sigilosamente detrás de él y cierra la puerta dejándolos completamente aislados.

Ana Ermitaño está allí, delante de ellos, sentada en una silla, bordando una bandera morada con el triángulo verde.

Ajena a cuanto pasa a su alrededor.

Cuando vuelven a hablar lo hacen casi entre susurros en respeto a la dueña del camerino.

DOÑA LUISA.— Este maniquí se lo hizo un admirador suyo, un chico joven pero de mucho talento, usted verá, que se quedó medio enamorado de ella cuando la vio interpretar a la Mariana Pineda de Federico García Lorca, en el 27, y decidió modelar la escena de la bandera para siempre. La cara la tomó con un molde de escayola y las medidas eran exactamente las suyas, tanto que yo le dije que podríamos usarla para hacerle las pruebas sin molestarla, que es para lo que sirven los maniquíes, pero ella le tomó tanto cariño que no nos dejaba ni tocarlo.

Él asiente y comienza a recorrer el camerino, una *suite* en realidad, con un salón para recibir visitas, un vestidor y un cuarto de baño.

Al principio lo hace sin sacar las manos de los bolsillos del abrigo, el bastón y el sombrero depositados en una silla de la entrada; pero una vez transcurrido el tiempo que se ha fijado para obtener permiso de la artista, que no deja de mirarlo de reojo mientras trabaja sobre su bastidor de bordadora, vuelve sobre sus pasos para escudriñar cada rincón, rebuscar en el fondo de los cajones, debajo del sofá, revisar la papelera vacía…

No se conforma con inspeccionarla; con ella en la mano se

acerca al foco de la luz.

JARDIEL.— Sangre.

La sastra, inmóvil en un rincón, lo observa proseguir su búsqueda inútil hasta que, dándola por concluida, vuelve a recoger la papelera y se sienta pensativo en una silla del vestidor.

DOÑA LUISA.— ¿Son importantes esas manchas de sangre?

JARDIEL.— Nos dicen lo que seguramente ocurrió aquella noche —se explica moviendo el cesto como un puntero—. Ana Ermitaño debió ser apuñalada muy cerca de aquí, en el mismo camerino o en sus inmediaciones. La herida era muy grave y no hubiera soportado un recorrido largo. Una vez hecho su trabajo, el asesino se quitó de en medio rápidamente, no sé si porque creyó que su fin era cosa de segundos, porque se puso nervioso o por qué. El caso es que ella se sentó aquí mismo —señala la silla que ocupa— y se hizo una cura de urgencia, pensando que bastaría para soportar la función, que para ella era muy importante. Usó algo para limpiarse o taponarse la sangre, antes o después de vendarse, que tiró a la papelera. —La levanta.

Prefiere no comentarle a la mujer que lo que probablemente pretendía la Ermitaño era mantenerse en pie hasta llegar al rey y entregarle la pitillera, que era lo que quería evitar la persona que la mató.

Solo le quedaba saber el porqué de todo aquello.

Mientras lo escucha, la mujer se ha ido llevando el puño a los labios, hasta que se percata de la muestra de debilidad y recompone el gesto achulado de las manos en el bolsillo.

JARDIEL.— A ver, supongo que una actriz de su categoría contaría

con una doncella, ¿no?

DOÑA LUISA.— ¿No le han dicho lo de Pilarcita?

JARDIEL.— ¿El qué?

DOÑA LUISA.— Un camión de reparto la atropelló cuando venía de camino al teatro.

JARDIEL.— Un atropello oportunísimo.

DOÑA LUISA.— Así que Ana se tuvo que arreglar ~~ella~~ sola.

JARDIEL.— ¿No contaba con nadie más que la ayudara?

DOÑA LUISA.— Bueno, estaba Eleucidio, pero él de poco le servía.

JARDIEL.— ¿Eleucidio?

DOÑA LUISA.— Un crío, de apenas diez o doce años. Apareció con ella hace unos meses y la seguía como un perrito. Se tiraba horas y horas esperándola en esa puerta. Lo tenía para hacerle algunos recadillos y cosas así.

JARDIEL.— ¿Podría hablar con él?

DOÑA LUISA.— La policía insistió mucho, pero aquí ninguno de nosotros sabe cómo localizarlo. El pobrecito se marchó cuando le hicieron eso a su ama y no hemos vuelto a saber de él.

JARDIEL.— ¿Seguro que nadie sabe nada de ese niño? ¿Algún lugar por donde se le viera? Algo.

DOÑA LUISA.— *(Negando con la cabeza).* Ya le digo que la policía nos machacó mucho con eso.

A través de la puerta entreabierta puede ver a Ana Ermitaño: la mira fijamente, a ver si se decide a prestarles ayuda, pero ella sigue borda que te borda.

JARDIEL.— ¿Y qué va a pasar con todo esto? —Abarca la ropa y los objetos personales repartidos por toda la habitación.

DOÑA LUISA.— Según dicen, no tenía más familia que unos primos lejanos de Barcelona.

JARDIEL.— Eso tengo entendido yo también.

DOÑA LUISA.— Hasta ahora no se ha tenido noticia de ellos. Ni de nadie. Los periodistas, los curiosos y los admiradores, pero nadie que se pueda llamar íntimo.

JARDIEL.— En los últimos tiempos andaba muy extraña.

DOÑA LUISA.— *(Sin entrar al trapo del cotilleo)*. Fíjese que el único que ha venido ha sido Eduardo Valencia, que había sido su administrador.

JARDIEL.— Lo conozco, yo también he usado alguna vez de sus servicios.

DOÑA LUISA.— Trabaja para muchos de nosotros. Pues ha sido el único que ha venido por si tenía que hacerse cargo del entierro o se le necesitaba para algo. Y eso que dicen que Ana no sé portó muy bien con él; despidiéndole de la noche a la mañana después de muchos años, sin más explicaciones —en tono más triste que acusatorio—. El hombre está muy mayor y apenas sale de casa, pero cuando supo lo que había pasado, se puso la bufanda, el abrigo y el puro, y se presentó aquí, que casi ni andar puede. La Ermitaño había sido como una hija para él, pero ya ni se veían. Es que, como usted dice, últimamente no era ella misma.

El escritor, pensativo, no responde; acaba de decidir cuál será su próxima visita de la mañana.

Cuadro 8

Cuando termina su relato, Antolina se queda escrutando la reacción, o más bien la falta de ella en los policías; durante unos segundos; hasta que se da cuenta de que está adoptando la misma actitud de alguno de sus alumnos cuando se ven descubiertos en falta.

Están sentados los tres en el antedespacho del inspector, que los oficiales han cerrado para convertirlo en sala de interrogatorios; ellos salían, ella entraba, les anticipó el porqué de su visita y los interesó tanto que de allí no pasaron.

Pero, para su sorpresa, en vez de reconvenirla por haberse complicado en las peligrosas indagaciones que han puesto en un albur su vida y que han provocado la muerte de Román, el inspector Arias y el teniente Esnarriaga la corresponden con unas sonrisas compresivas y bonachonas, un punto pícara la del superior, que la dejan desconcertada.

ARIAS.— Pero, alma de Dios, ¿cómo no vino en nuestra busca desde el primer momento?

ANTOLINA.— Piensen que todo se basaba en las palabras de un muñeco, en un fantasmón que nos sorprendió en una casa en ruinas y en los cotilleos de unos vendedores de papeletas. Quería, queríamos, tener algo más firme antes de alertarlos.

ESNARRIAGA.— Le aseguro que la gente pide nuestro auxilio por razones mucho más peregrinas.

ARIAS.— Y no es que ahora tengamos mucho más que ayer por la mañana… Iremos a ese lupanar de Costanilla de los Desamparados, claro, pero le puedo adelantar desde ya que los pájaros habrán volado.

ANTOLINA.— Pero ahora todo es distinto. Román ha… ¿Qué mayor prueba que tenerlo de cuerpo presente para demostrar que hay algo monstruoso detrás de todo esto?

ARIAS.— Pero es que es eso precisamente lo que no tenemos, su

cuerpo.

ANTOLINA.— *(No se da ninguna prisa en formular la pregunta porque no quiere oír la respuesta).* ¿Qué quiere decir?

ARIAS.— Me temo que su amigo ha desaparecido esta noche del depósito de cadáveres.

ANTOLINA.— Pero ¿cómo han podido robarlo de allí?

De pronto, el teniente se pone en pie y declama con voz engolada.

ESNARRIAGA.— ¡Pronto! ¡Alenza…
Gorostiza… León!…
El cadáver y el avío.

El inspector, incorporándose también para la réplica.

ARIAS.— ¿Pero qué es esto, Dios mío?
¡El Vizconde y el Barón!
¡Oh, virtud de la amistad!

ESNARRIAGA.— ¡Presto, Vizconde, avisad!
¡No hay que perder un instante!
(Cambiando la voz).
Vamos, señores, pasad,
con vuestra carga y adelante.

ARIAS.—¿Ese cadáver?… No acierto…

ESNARRIAGA.— En ocasión a que está
don Mendo, el castillo abierto,
hemos embriagado a
vuestros verdugos.

ARIAS.— ¿Es cierto?

ESNARRIAGA.— Y en lugar de vos se hará
emparedar a este muerto.

Se sientan impasibles los dos como si jamás hubieran interrumpido el interrogatorio.

ARIAS.— Cualquiera sabe, señora mía. ¿Conoce usted el *Don Mendo* del maestro Muñoz Seca?

ANTOLINA.— De oídas, solo —todavía conmocionada por la noticia y la recitación, sin saber a qué viene la pregunta—. ¿Por qué?

ARIAS.— Porque viera que en los clásicos está todo, que no será la primera vez ni la última que un cadáver desaparece de la morgue.

ESNARRIAGA.— Ahora sí, le podemos dar nuestra palabra de que no habrá óbice, cortapisa ni valladar, interpuesto por los hombres o por los dioses, que nos impida esclarecer este asunto.

Esta vez es Arias, otra vez de pie, el que vuelve a los ripios:

ARIAS.— ¿Que lo perdonas? ¿Qué es esto?
Poco a poco, Magdalena;
tú eres mujer y eres buena
y perdonas; pero yo,
a quien la calumnia oyó
como canto de sirena,
y la creyó y difundió
y me ofendió y ultrajó
y mi honor pisoteó,
no he de perdonarle. ¡Oh!

ESNARRIAGA.— ¡Padre! ¡Padre! —con voz en falsete y gesto de doncella abrumada.

ARIAS.— ¡No, no, no!
Aunque cumplí los *cuarenta*
aún mi brazo tiene brío
para saldar esa cuenta.

Dicho lo dicho, se sienta de nuevo.

Antolina retrocede en su asiento, cada vez más recelosa de la capacidad de aquellos policías y menos convencida de la suya propia para distinguir los sueños de la realidad durante los dos últimos días.

Cuadro 9

Hernán, Marcela y Herminio se acercan a los ventanales del café del Gato Negro que dan a la calle del Príncipe, pero ni hundiendo la frente en el cristal consiguen divisar si el director de cine Benito Perazul se encuentra en el interior.

HERNÁN.— Yo no veo nada.

HERMINIO.— Pues para que usted vea.

MARCELA.— Antes pasaba todo el día en su mesa del fondo, pero como dicen que se ha convertido a no sé qué movimiento ultracatólico, cualquiera sabe, a lo mejor ha abandonado la vida de café.

HERNÁN.— ¿Es muy amigo tuyo?

MARCELA.— Qué va, cuando me daba clases no me perdonaba que yo fuera tan respondona; lo que pasa es que al menos hasta el año pasado le gustaban demasiado las jovencitas para tenérmelo muy en cuenta.

HERNÁN.— ¿Y qué le vas a decir para sonsacarle sobre Ana Ermitaño?

MARCELA.— Algo se me ocurrirá —responde alegremente mientras se encamina hacia la entrada.

A aquellas horas de la mañana, imperdonablemente

intempestivas para la gente de la literatura, el teatro y el cine que frecuenta el café, el local se encuentra prácticamente vacío. Con sus techos bajos y la escasa luz que penetra desde el exterior da la impresión de ser un lugar triste, siniestro casi, nada que ver con la transformación que experimenta por las tardes, cuando se abre la puerta que lo comunica con el Teatro de la Comedia o cobran vida tertulias como la de don Jacinto Benavente.

El que sí es siniestro sin discusión alguna es Benito Perazul, sentado ante la mesa más recóndita, casi agazapado detrás de ella; un sujeto entre los cuarenta y los setenta, con pómulos afilados y entradas enfermizas que, bajo la chaqueta gris, ha sustituido la camisa por un hábito morado y la corbata por un cordón amarillo.

Marcela les hace señas a sus acompañantes para que se sienten a una mesa cercana y ella se dirige directamente hacia el cineasta.

MARCELA.— Don Benito, ¿se acuerda de mí?

PERAZUL.— ¡Hombre, Marcelita! ¿Cómo tú por aquí? —sin levantar la mirada de sus pechos, bien marcados bajo el jersey.

MARCELA.— Pues a verle a usted que vengo, ¿me puedo sentar? —Ya lo ha hecho.

PERAZUL.— Claro, hija, claro —igual de serio, los ojos clavados en lo que le interesa—. ¿Y esos dos que vienen contigo?

MARCELA.— Mi escolta, don Benito, que está la vida muy mala —picarona.

PERAZUL.— Querrás decir tus palmeros, que tonto no me he vuelto.

MARCELA.— ¡Cómo es usted!

Se acerca el camarero a una mirada de Perazul, Marcela pide café con leche, y se marcha a recoger el pedido; debe de estar de acuerdo con el director en que Hernán y Herminio no son más que séquito, porque los mira de reojo y pasa de largo sin preguntarles si van a tomar algo.

Marcela ha aprovechado para dejarse mirar y recomponer el gesto en una expresión compungida.

MARCELA.— Vengo a hablarle de Ana Ermitaño.

PERAZUL.— ¿Y eso? —suspicaz.

MARCELA.— Usted sabe que era mi madrina, ¿verdad? —Mantiene el aire triste pero miente con fluidez, con convicción, con muchas ganas.

PERAZUL.— Nunca me dijo nada por el estilo. —Ahora sí tiene un motivo para llevar hasta los ojos de la chica una mirada desconfiada.

MARCELA.— Nunca he querido usar de nuestra relación para abrirme puertas ni para darme fuste, aunque era una madre para mí —abatida en el punto correcto—. Pero no pudimos pasar juntas el tiempo que queríamos. Por eso, ahora que la he perdido, intento rellenar esos huecos que quedaron pendientes entre nosotras. Una de las cosas que más me ha llamado la atención es que se decidiera a entrar en el mundo del cinematógrafo, aunque sea de su mano, maestro —aduladora.

PERAZUL.— ¿No me irás a decir que ahora eres de esas que consideran las películas un arte menor?

MARCELA.— Pero si he sido alumna suya; usted sabe que no. Pero ella, casi toda la gente de su generación, sí que lo piensa, o lo pensaba, seamos sinceros.

PERAZUL.— Las cosas están cambiando —con suficiencia—. El público se ve atraído cada vez más hacia las salas de proyección. En América es una auténtica fiebre. No te extrañe que dentro de muy pocos años sean los actores de teatro los que vendan su alma al diablo —se persigna— por salir en una película. —Cuando entra en

estos temas se vuelve mucho más expansivo.

Mientras Herminio sigue aislado en su nube, el sereno ha liado un cigarro, se ha ido dejando resbalar en la silla hasta quedar recostado, apoyado solo en el borde del asiento, y mira a la muchacha y al director con los ojos entrecerrados, disfrutando de la representación.

MARCELA.— Entonces, ¿es verdad, don Benito? ¿Estaba Ana filmando una película con usted?

PERAZUL.— *(Pesaroso)*. La semana que viene volvíamos a París para terminar unas pocas secuencias pendientes, y ahora, ya ves —muy amargo—. Dos meses de trabajo, tantas expectativas y no te digo los miles de duros a punto de terminar en la basura. Estamos intentando encontrar a alguna actriz que se le parezca para rodar la parte que nos queda, pero no es fácil; no Señor, no es fácil.

MARCELA.— ¡Vaya, en París…!

PERAZUL.— Se trata de una película con sonido. —Para acompañar el tono de falsa naturalidad vuelve a bajar la vista hacia su delantera.

MARCELA.— Una película con sonido —con franca admiración.

PERAZUL.— En España, hoy por hoy, es imposible llevar a cabo un rodaje sonoro. No tenemos el equipo ni los ingenieros, que en el extranjero se están convirtiendo en los reyes del estudio; se dice que la productora Orphea quiere abrir casa en Barcelona, aunque eso no será ni hoy ni mañana. Así que unos cuantos directores que vivimos en nuestro siglo, como Josemari Castellví y yo, no tenemos más remedio que irnos a Berlín, Londres o París si queremos hacer una película hablada.

MARCELA.— ¿Y cómo convenció a mi madrina para que se embarcara

en lo suyo?

PERAZUL.— Ya te he dicho que los tiempos están cambiando. La mayoría de esos fantoches con los que hemos trabajado hasta ahora son incapaces de decir tres palabras seguidas. Yo necesitaba una actriz de verdad, una que supiera declamar e interpretar, que llegara a la gente no solo por el gesto y los ojos. —Los suyos siguen por debajo del cuello de ella, pero a medida que habla de su obra, su tono se vuelve más y más suelto—. La película que estoy haciendo no es uno de esos pasacalles para que los vean los chiquillos los domingos por la tarde. Es un clásico, de los que perduran en el tiempo.

MARCELA.— ¿Tiene ya el título?

PERAZUL.— *Las indulgencias* —solemne y fatuo.

MARCELA.— ¿Puede adelantarme algo sobre ella?

PERAZUL.— No es fácil —poniéndose en situación—. El de *las indulgencias* es un concepto de nuestra iglesia gracias al cual el santo padre, los obispos y los cardenales pueden eximir de pagar sus penas por haber cometido un pecado a quienes, por ejemplo, recen determinada oración, visiten un santuario en concreto, utilicen algunos objetos de culto, realicen ciertos peregrinajes o cumplan con otros rituales… No les perdona por haber cometido el pecado, pero les exime de cumplir la pena. ¿Entiendes?

MARCELA.— Creo que sí.

PERAZUL.— Pues bien, mi película cuenta la aventura de varios pecadores en el cumplimiento de esos deberes para dirimir su situación. Es una historia con una gran carga moral, que cuenta con la bendición de Su Ilustrísima.

No especifica qué ilustrísima, ni Marcela quiere seguir por ese

camino.

MARCELA.— Don Benito, usted me perdonará, pero sigo sin tener claras las razones que llevaron a mi madrina a hacer una película.

PERAZUL.— *(Evasivo)*. Creo que alguien le habló del guion, no recuerdo quién, y fue ella misma la que vino a buscarme.

MARCELA.— Es que, como usted sabe, andaba tan rara últimamente… Ya que convivieron tan estrechamente, ¿sabe usted si le pasaba algo malo? —ya desesperada por extraer alguna información.

PERAZUL.— Yo de eso no sé nada. —Y se cierra, vuelve a darle vueltas al café con leche con la cucharilla, ni siquiera le mira el pecho más que de tarde en tarde.

MARCELA.— Pues no le molesto más. —Saca algo de suelto y lo deja sobre la mesa para pagar el café—. He tenido mucho gusto en verlo, pero tengo una mañana muy completita.

PERAZUL.— *(Contando las monedas)*. Vaya, vaya con Dios.

Cuando la dramaturga pasa al lado de su cortejo, los dos hombres se levantan y la siguen sin una palabra.

Los tres recorren rápidamente los metros que los separan de la salida del establecimiento, deseosos de alejarse del individuo que desde su mesa sigue calibrando en la distancia el culo de Marcela.

El día, fuera del café del Gato Negro, está aún más oscuro que antes.

MARCELA.— No ha habido manera de sacarle nada que nos interese.

HERMINIO.— Daba como repelús el tío ese.

HERNÁN.— Daban ganas de darle una patada en la cabeza, más bien.

MARCELA.— Ahí donde lo veis, siempre ha tenido mucho éxito con las películas que ha filmado, sobre todo cuando hacía adaptaciones de zarzuelas y comedias flamencas. Ahora que le ha dado por lo

religioso, ya veremos.

Todavía están en la puerta sin haber decidido qué dirección tomar cuando una chica rubia de la edad aproximada de Marcela se detiene ante ellos a la espera de que la dejen pasar.

Pero las dos mujeres se reconocen, se abrazan y se ríen: aún no son lo bastante mayores para detenerse a explorar los estragos que el tiempo ha dejado en la otra.

MANUELA.— ¿Llegas o te vas? —Se da cuenta de que el besuqueo le ha abierto el abrigo, por el que puede verse un vestido amarillo desmedidamente escotado, y se apresura a cerrárselo.

MARCELA.— Me voy, hija, me voy. Te advierto que dentro está Benito Perazul, nuestro querido profesor.

MANUELA.— Ya lo sé. Me está esperando —avergonzada—. Soy la secretaria de rodaje de su nueva película.

MARCELA.— Pues enhorabuena, mujer. Vas a aprender un imperio. Después será como sea, pero nadie sabe más que él de este negocio.

MANUELA.— *(Acercándosele al oído)*. Es un viejo asqueroso.

Las dos vuelven a reírse mientras Hernán y Herminio, a los que Marcela tampoco esta vez se ha molestado en presentar, se alejan un par de pasos para dejarlas hablar.

Manuela es una chica alta y carnosa, con el pelo rubio y las cejas negras, que parece de verdad contenta de haberse tropezado con su antigua compañera y aliviada de retrasar un momento el encuentro con el realizador.

MARCELA.— ¡Nada menos que secretaria de rodaje, chica! No todo el mundo sirve para eso, hay que ser muy observadora y tener una memoria colosal para que no se te vaya un detalle de *continuidad*

—ahora la tiene cogida por el brazo—. Perazul podría haber elegido a cualquiera, pero te ha contratado a ti… Es para estar muy orgullosa.

MANUELA.— *(Volviéndose a cerrar el abrigo, aunque esta vez no era necesario ocultar el despechugue)*. Sí, me imagino que sí —parece cualquier cosa menos orgullosa.

MARCELA.— Oye, ¿tú has estado en París, en el rodaje con la Ermitaño?

MANUELA.— *(Siempre se retrae al hablar de sus experiencias con Perazul)*. Sí, hemos estado allí cuatro semanas.

MARCELA.— Pues igual puedes ayudarme —la coge del brazo y la aleja todavía más de la puerta del café—, por razones que no te puedo contar ahora, necesito saber todo lo posible de Ana Ermitaño, sobre todo lo que hubo de extraño últimamente en su vida.

MANUELA.— En eso poco te puedo ayudar. Conmigo era muy correcta, pero apenas me hablaba. La verdad es que apenas hablaba con nadie. Se notaba mucho que no estaba allí por su agrado.

MARCELA.— ¡Eso es lo que más me ha extrañado! Que se decidiera a trabajar en una película, ella que tan enemiga era del cinematógrafo.

MANUELA.— Eso fue cosa de Matildito Arola, que prácticamente la obligó firmar el contrato.

MARCELA.— ¿Matildito Arola? ¿Ese no es el niño prodigio de los anuncios y los cortometrajes?

MANUELA.— Era. Ahora se ha hecho mayor y, como ya no lo llaman para las películas, se ha convertido en agente artístico. Como se

ha criado en este ambiente y conoce a todo el mundo… Una buena pieza.

MARCELA.— Pero debe ser un niño todavía, trece o catorce años todo lo más.

MANUELA.— Sí, pero un niño prodigio, no lo olvides. —De cuando en cuando mira hacia el café, temerosa de que aparezca Perazul y la sorprenda—. El caso es que fue él quien intercedió para que la Ermitaño hiciera la película. Don Benito y ella se llevan, o se llevaban, a matar y cuando discutían, ella se lo echó en cara más de una vez.

MARCELA.— ¿Se dijeron algo más? ¿Qué poder tenía el agente sobre ella?

MANUELA.— No te puedo decir, hija; cuando se daban cuenta de que yo estaba presente, me quitaban de en medio para pelearse a gusto o se marchaban ellos —vuelve a mirar hacia el Gato Negro —. Tengo que irme ya, Marcela; se pone como una fiera si llego tarde.

MARCELA.— Vete, vete —la besa y la otra la obedece pero cuando va a abrir la puerta, se abalanza sobre ella y la retiene—. Oye, ¿tú no tendrás la dirección del tal Matildito Arola?

MANUELA.— Sí que la tengo, la apunté por si me hacía falta algún día, pero no la llevo encima ni me acuerdo, la tengo en la pensión.

MARCELA.— Necesito que me la des, ¿cómo lo hacemos?

MANUELA.— Yo a las ocho ya estaré de vuelta, si quieres pasarte por la pensión o llamarme por teléfono…

MARCELA.— Dame el número.

Cuadro 10

JARDIEL.— … digamos, poco congruente con el género de vida que la actriz había llevado hasta el momento en que su hijo se quitó la vida.

VALENCIA.— ¿Congruente? —señalándolo con el puro: sus cigarros parecen consumirse normalmente hasta medir unos tres centímetros, punto en el que se convierten en una colilla inacabable—. ¡Ja! Me río yo de esas palabrejas. A mi edad, hace mucho tiempo que dejé de saber en qué consiste eso de ser congruente. ¿Usted sabría definirlo?

JARDIEL.— ¿En general o en este caso concreto? —consciente de que del ingenio de su respuesta depende la elocuencia de su anfitrión.

VALENCIA.— En general.

JARDIEL.— Pues no.

VALENCIA.— Ajá —dejándose caer contra el sillón triunfador y decepcionado.

JARDIEL.— Pero sí sé en qué consiste ser incongruente. —Ahora es él quién se envara y parece crecerse en el asiento—. Ser incongruente es pensar lo que no se quiere y hacer lo contrario de lo que se calcula, y desear lo que se desprecia, y protestar de lo que se ansía, y afirmar lo que no se cree, y aplaudir lo que no nos gusta, y preferir lo que se rechaza, y decir *no*, cuando se proponía uno decir *sí*; y contestar a un *¿cuándo?* con un *veremos*, y decir *¿qué?* cuando era necesario decir *ya lo sabía*. Ser incongruente es tener habilidad bastante para volver locos a los que nos rodean.

El viejo administrador lo contempla, fiero y reconcentrado;

desmenuza cada palabra y al final suelta una risa que le cambia la cara por completo.

Cuando Jardiel estaba a punto de firmar su primer contrato teatral, vino a esta misma oficina buscando asesoramiento para afrontar un ámbito que le era completamente desconocido en sus detalles prácticos y del que pretendía hacer su medio de vida; Eduardo Valencia no solo le proporcionó una serie de consejos que el autor tendría presente a partir de entonces cada vez que se sentara a negociar un acuerdo, sino que no le cobró un duro por su consulta, afirmando que su lengua punzante lo reconciliaba con una profesión llena de hombres mediocres que llamaban cada día a su puerta sin otro afán que enriquecerse mediante el menor esfuerzo lo antes posible.

VALENCIA.— Si tuviera treinta años, treinta kilos menos y un pulmón más, le aseguro que sería yo el que estaría en la calle intentando encontrar quién le ha puesto la mano encima a Anita; pero ya me ve, vivo prácticamente enclaustrado, solo salgo a comer al café Levante, que es un sitio tranquilo, y más por costumbre que otra cosa —dándole vueltas a su cigarro—. Quizás por eso mismo se libró de mí, porque sabía que no iba a tolerar que se metiera en líos.

JARDIEL.— Y porque ya tenía previsto meterse en los peores.

Están en un despacho pequeño, donde nada da la impresión de haberse actualizado desde que comenzó el presente siglo, quizás mucho antes; atiborrado de archivadores de madera envueltos en la niebla del tabaco como si fuera un sistema personal de seguridad o un signo de su carácter sobrenatural que nos indica que en verdad todo aquello debió desaparecer hace mucho tiempo y que en cualquier momento puede regresar a la época en la que debería estar.

VALENCIA.— Poco antes de que tiráramos cada uno por nuestro lado, me pidió que le recomendara a un detective particular. Nunca supe para qué.

JARDIEL.— ¿Podría darme su dirección?

El otro toma de encima de la mesa un tarjetero rebosante, busca la cartulina que le interesa y se la entrega a Jardiel, como si él nunca fuera a usarla ya, como si hubiera llegado el momento de ir deshaciéndose de todo lo superfluo para facilitar el inventario de sus posesiones.

VALENCIA.— Juntos pasamos mucho tiempo y ganamos mucho dinero, le plantamos cara a una sociedad que no toleraba que una mujer fuera algo más que una diva medio mentecata, conseguimos que Anita se convirtiera en una empresaria de enorme éxito, copropietaria de un teatro en París y con solvencia para poner en marcha el proyecto que ella quisiera en las condiciones que le vinieran en gana. —Arruga los ojos para protegerse del humo cuando chupa su puro y ya no se acuerda de volverlos a desfruncir—. Después, unos meses más tarde de que nos separásemos, uno conoce a mucha gente… supe que andaba en malas compañas, que estaba sin un real, que había convertido en liquidez hasta lo que había sacado de vender los muebles de su casa, sus recuerdos, todo. Y, aunque fue ella la que prescindió de mis servicios, no puedo dejar de sentirme culpable de que terminara como terminó.

JARDIEL.— ¿Qué compañías?

VALENCIA.— Esos matreros de la Unión Patriótica, que yo ni entro ni salgo con Primo de Rivera, pero todos sabemos que en esa banda

suya se está enrolando la gente con menos miramientos de este país, que para la vagancia y el golferío aquí nunca faltan voluntarios.

JARDIEL.— Ya me han dicho antes que frecuentaba a esa gentuza, pero nadie me ha contado con qué objetivo. —Enciende otro cigarrillo; tiene mucho que hacer, pero el tiempo se ha detenido en aquella habitación—. Creo que ella no estuvo nunca interesada en política.

VALENCIA.— No, no lo estuvo.

JARDIEL.— ¿Por qué le daría ese vuelco a su vida?

VALENCIA.— Si lo supiera, se lo diría.

Cada vez que Jardiel vuelve a ver al contable lo encuentra más ancho y menos alto, el cinturón más próximo a las axilas, el centro de gravedad más cerca de desaparecer.

VALENCIA.— Solo la vi una vez después de que nos separáramos —se obliga a decirlo con todas las letras—, el año pasado, en el entierro de Pepe Zuffoli, que en paz descanse —más humo para sus ojos—; fue muy cariñosa conmigo, claro. Pero ya la noté como acibarada, en otro reino, como si todos fuéramos, y mira que estábamos viejos allí, parte de su pasado.

JARDIEL.— El tiempo nos mata a cada uno a nuestra manera.

VALENCIA.— Pero enseguida supe que no estaba allí para acompañar los restos del pobre Zuffoli, sino para verme a mí; quería pedirme algo. —Asiente, dice sin palabras que podía esperar una conducta interesada de cualquiera menos de ella—. Me cogió en un aparte y me preguntó si yo podía ponerla en conocimiento con el rey.

JARDIEL.— Vaya. ¿Le dijo para qué?

VALENCIA.— No.

JARDIEL.— ¿Y usted lo hizo?

VALENCIA.— Escribí unas cartas y a los pocos días le mandé recado de a quién tenía que ver para que lo hiciera.

No tiene más que decir o le resulta muy difícil hacerlo.

JARDIEL.— *(Poniéndose en pie)*. Tengo que irme, don Eduardo —se pone la gabardina que ha dejado en la percha de la entrada—. Le agradezco mucho su ayuda. Me he alegrado de verdad de verle.

VALENCIA.— Yo también, hombre, yo también.

Vuelve a perderse en los recuerdos, la mano izquierda en el puro y la derecha acariciando un lápiz grueso, muy afilado, y una resma de papel barato, las armas con las que se había enfrentado siempre a cada cliente y al mundo entero.

Cuando Jardiel ya se ha puesto el sombrero y está a punto de salir, el administrador lo detiene:

VALENCIA.— ¿Cree usted que la mató el rey?

JARDIEL.— ¿Por qué me dice eso?

VALENCIA.— *(Con un hilo de voz)*. Murió ante su palco, como si lo acusara de algo.

JARDIEL.— No tengo ni idea.

VALENCIA.— Ya.

Esta vez sí que no dice más.

Enrique Jardiel Poncela, acompañado de la vieja criada que ha aparecido silenciosamente a su lado, cruza el salón abarrotado de recuerdos y fotografías de las figuras más destacadas del teatro en los últimos sesenta años y sale al exterior tras despedirse de ella.

Fuera siguen los dos individuos que vio al entrar.

Están hablando entre ellos al otro lado de la calle, pero apenas se molestan en disimular su vigilancia.

Aunque Eduardo Valencia ha contribuido a incrementar o asentar el patrimonio de buena parte de la profesión en las últimas décadas, sigue viviendo en la calle Hierbabuena, a un paso de la esquina con Algodonales, en una casita con dos plantas de ladrillo visto, en el corazón de la zona obrera de Tetuán de las Victorias, la misma que compró con su mujer ya fallecida cuando empezó a extenderse su reputación como hombre de números y de la que ya no quiso moverse nunca. Jardiel, fingiendo que las cerillas se resisten a encenderle el cigarrillo, se ha refugiado debajo del balconcillo, indeciso sobre si debe dirigirse hacia el coche, que ha dejado en un descampado de poco tránsito unos metros más allá, o intentar despistar a pie a aquellos tipejos para evitar que le den una mala sorpresa mientras pone el vehículo en marcha.

Por fin, subiéndose el cuello de la gabardina y balanceando el bastón como si no tuviera ninguna prisa, se decide por la segunda y se dirige hacia el norte, internándose en una zona que apenas conoce.

Los dos sujetos inmediatamente detrás.

Hace pocos días que ha leído en la prensa que Madrid está rozando el millón de habitantes y aquellos confines son como un pueblo incrustado dentro de la ciudad, cuajado de inmigrantes, por los que no ha pasado tiempo suficiente para que el nuevo mundo arrase con sus hábitos desconocidos. La vieja urbe no da abasto para acoger a los recién llegados que intentan acomodarse en casas de vecinos, corralas, sótanos, alacenas, buhardillas, sotabancos, chabolas o cualquier rincón donde sobrevivir hasta encontrar un trabajo que les proporcione los ingresos suficientes para ir tirando.

Los hombres que lo siguen son altos, con una gordura muy hecha al trabajo físico, mal embutida en trajes baratos a los que no parecen muy acostumbrados; son del modelo de patanes que lo acosaron en el café el día anterior, una raza muy habitual en la Unión Patriótica, gente reclutada en las células provinciales del

partido para actuar en la capital, donde nadie los conoce, con toda impunidad.

Junto a él, caminando a su mismo ritmo, una anciana vestida de negro con una tinajilla debajo del brazo se vuelve a intervalos regulares, hasta el punto de que el escritor ya no está seguro de si lo hace temerosa de que la esté persiguiendo, porque sospecha que la vigilan los mismos individuos que a él, o porque los años la han demenciado y se piensa hostigada por todos.

Pasa por una taberna manchega.

Una vaquería.

Un chamizo que anuncia boquerones en vinagre.

A su nivel, dos carros cargados con cántaros de estaño, el primero conducido por un hombre y el segundo por un niño que se le parece, vuelven a las afueras después de haber vendido su leche en el mercado.

La gente con la que se cruza lo observa con curiosidad y descaro, en algunos casos con un punto de resentimiento; ni su traje a medida bajo la gabardina abierta ni la calidad del sombrero y el finísimo bastón les pasan inadvertidos: el dramaturgo representa todo lo que a muchos de ellos les está vedado, en algunos casos ni sus hijos ni los hijos de sus hijos podrán incorporarse a esa otra clase que solo conocen de servirles en el bar, de acarrearles las maletas o de limpiarles las botas y no les hace ninguna gracia que vengan a su barrio a recordárselo.

Al pasar por un patio interior se deja distraer por una niña de diez o doce años a horcajadas sobre un cerdo mientras su madre le habla muy seriamente, como si le estuviera dando clases de montar en la más exclusiva escuela de equitación.

Unos metros más adelante, un camión cisterna atravesado sobre la acera para abastecer una taberna que despacha vino a granel los obliga a internarse en la carretera para rodearlo, la vieja de la tinaja confirma que sigue a su altura con tanto odio, tanto rencor en los ojos, que Jardiel Poncela empieza a temer que la haya tomado contra él.

Sin ser muy consciente de ello se está adentrando en una confusa maraña de callecillas sucias, estrechas, desiguales y aparentemente desorganizadas; lleva un rato intentando regresar al punto de partida para no alejarse demasiado de su Whiperth, pero empieza a temer que ha tomado demasiadas bocacalles equivocadas y que va camino del último sitio en el que debería estar.

Sabe que si sigue por allí terminará llegando a lo que se conocía como la *Carretera mala de Francia*, una de las áreas más míseras de Madrid, en la que abundan los traperos que malviven y acumulan el producto de sus recolectas, cúmulos que a su vez sufrirán un segundo expurgo a cargo de los niños de los alrededores, *la llamada «rebusca» de* carbón, trapos, huesos, papel, metales o cualquier cosa por la que sacar unas *perras gordas*, unos reales todo lo más.

No debe llegar hasta allí, y gira y vuelve a girar.

A los hombres, cada vez más cerca, no les importa ya descubrir sus intenciones, como si se dispusieran a lanzarse sobre él en cualquier momento.

La abuela de la tinaja vuelve la cabeza sin mirarlo a los ojos, como si verificara que sigue separándolos ni más ni menos que la distancia correcta; a pesar de sus años, mantiene el ritmo sin ningún esfuerzo.

Hasta hace poco no creía que fueran capaces de atacarlo abiertamente en medio de la calle a aquella hora de la mañana, pero hace ya unos segundos que ha debido acelerar la cadencia de su marcha para que no se le echen encima.

Entonces reconoce la taberna manchega, la vaquería.

Sabe perfectamente donde está, a muy pocos metros de la explanada dónde en mala hora aparcó el coche.

Los transeúntes que colman las aceras a aquella hora reciben con mal talante sus disculpas al abrirse camino, tiene que conseguir algo de ventaja para tener tiempo de arrancar el automóvil antes de que lo ataquen.

Distingue la casa de Eduardo Valencia, se encuentra ya muy cerca del vehículo.

Cuando está a punto de sobrepasar a la vieja de negro, esta emprende un último correteo, se para en seco, deja caer la tinaja al suelo para que miles de aceitunas se esparzan entre sus pies y lo agarra por una de las mangas de la gabardina. Con un grito y lágrimas en los ojos señala al escritor como responsable del desastre.

Todos parecen detenerse a su alrededor, fenómeno que, junto a la presa que la anciana ejerce sobre su brazo, de la que no se atreve a desembarazarse violentamente para no excitar los ánimos, lo obliga a permanecer inmóvil en medio de la multitud.

Los dos individuos avanzan con los puños en alto, erigiéndose en defensores de la pobre anciana.

Al fin lo comprende todo, la función de la vieja era proporcionarles un motivo que justificara la agresión en medio de la calle con la aprobación de todos los viandantes.

Los dos sujetos ya están allí, puede olerlos, sentirlos, le sacan medio cuerpo de altura.

Y esa es su única baza.

Jardiel gira y se repliega sobre sí mismo, dejando a la anciana con la gabardina en la mano y haciéndole perder el equilibrio de forma que termina cayendo al suelo entre las piernas de los atacantes.

La gente que los rodea, en su afán de ayudarla, grita y se acerca, y se apartan entre sí, y vuelven a aproximarse, provocando una confusión de cuerpos en la que ya no está el del escritor.

Los dos tipos, en cuanto confirman que su objetivo se ha esfumado, se abren camino sin miramientos y echan a correr.

Saben bien dónde tienen que buscarlo.

Los vecinos los increpan al paso, algunos les silban, otros los insultan.

Enseguida tienen a la vista el descampado que usan como estacionamiento.

A tiempo de contemplar un Whiperth que sale a toda velocidad.

Cuadro 11

El conde no dice ni predice.

Se contesta desalentadamente en la biblioteca de la Mazmorra a la más frecuente de las preguntas que formulan los que se van dejando caer por allí, pero el que llega, lejos de caer en el desánimo, se suma con entusiasta fatalismo a la caterva, convencidos, en secreto de que será agraciado con algún vaticinio que les invierta la vida para siempre.

Uno de los chismes más traídos y llevados es el de que la familia del conde ha contratado los servicios de Florencia Ledesma, alias *la Miguelita*, reputadísima médium frecuentada por lo más selecto de la capital con el objetivo de explorar las andanzas del conde Alivenza por la tierra de los muertos y así averiguar de una vez por dónde van a ir los tiros a partir de ahora en esta casa, pero nadie la ha visto ni ha podido confirmar la veracidad del fichaje.

Es que aunque la mañana está avanzada, la sala está hasta los topes y en la humedad del jardín se escarchan varias docenas de abuelos enfermos peregrinados desde el asilo de un pueblo de la sierra, la casona aún no ha comenzado a funcionar a pleno rendimiento y la condesa, nerviosa, observa el cuadro desde la puerta calculando mentalmente las compras que debe ordenar para abastecer al destacamento que ha tomado su casa.

Una pareja de ancianos muy venerables discute, ella de pie junto al sillón en el que su marido, un hombre grueso y coloradote, lleva un buen rato sin mover un músculo:

Javier, que ya sabes que el médico te tiene prohibido ni olerlo y vas ya por la cuarta copa de Grand Marnier —muy preocupada—. Si sigues, te va dar algo.

JAVIER.— Pues si me tiene que dar, que me dé. Una retirada a tiempo es un triunfo, Alonsita.

Justo en ese momento es asaltada la condesa.

CARMINA.— ¡¡Así no podemos seguir ni un día más!! ¡¡De mí no se *ignominia* nadie!!

La prima manca de Salazar, a la que permitió alojarse con la servidumbre hasta que se aclarara su situación y las exigencias de matrimonio al mayordomo, ha acompañado su grito con un tirón del vestido de la condesa que ha estado a punto de producirle una parada cardiorrespiratoria.

MANOLITA.— Pero ¿se puede saber qué es lo que le ocurre, mujer?

CARMINA.— Si se piensa usted que me voy a quedar aquí en estas circunstancias, está usted muy equivocada.

La dueña de la casa respira hondo mientras observa al espantajo esquelético y demacrado, intentando evitar la tentación de responderle que la ha recogido allí por piedad y consideración a los años que Salazar les ha servido.

MANOLITA.— Tranquilízate y dime qué te ha pasado.

CARMINA.— El servicio —con desprecio—, que no me guarda mi sitio.

MANOLITA.— ¿Qué te han hecho?

CARMINA.— La doncella me ha dicho que soy de las que tiran la piedra y esconden la mano.

MANOLITA.— …

CARMINA.— La cocinera, que he venido a dar un golpe de mano a esta casa.

MANOLITA.— …

CARMINA.— El chófer, que me falta tacto con mis compañeros.

MANOLITA.— …

CARMINA.— La otra pinche, que me paso el día mano sobre mano.

MANOLITA.— …

CARMINA.— El lacayo, que me hace falta mano dura con el resto del personal.

MANOLITA.— …

Enfrascada como está en sus cuentas, la condesa ha perdido enseguida el hilo de lo que le contaba la otra mujer; a punto ha estado de recomendarle *mujer, ten paciencia, intenta tener un poco de mano izquierda con ellos*, pero en el último momento ha optado por apretarle cariñosamente el hombro, rodearla y marcharse sin hacerle caso.

Salazar, que ha observado la escena desde el piso de arriba, logra respirar cuando su señora evita la escalera y se dirige a la zona de servicio. Poco a poco se separa de la barandilla, hasta llegar a la pared y, apoyado en ella, se permite ir cayendo hasta quedar sentado en el suelo.

Lleva dos días intentando reunir el valor suficiente para cumplir las instrucciones recibidas.

La tarde anterior se atrevió al fin a entrar en el despacho del propietario de la mansión y abrir la caja fuerte, solo para ser sorprendido por la profesora particular de Anita; por suerte, la mujer, muy absorta en lo suyo, fuera lo que fuera, o no reparó en lo que estaba haciendo o no quiso meterse en camisa de más varas de la cuenta, así que se dio la vuelta y se marchó sin decir nada a nadie. Eso sí, el sustazo que sufrió el mayordomo no se lo quitaría de encima en toda su vida.

Las mujeres acabarían con él, ya le decía su madre que serían su perdición; por una cosa o por otra, su relación con ellas siempre le obligaba a tirar por el peor camino.

Todavía no sabía cómo se había forrado de valor para intentarlo de nuevo esta mañana, pero el caso es que llevaba debajo de la chaqueta toda la documentación del conde que había encontrado en

la caja fuerte, aun a sabiendas de que con ello firmaba su sentencia y la de su señor.

Cuadro 12

Hernán y Herminio ceden el paso a Marcela en el portal de la calle Sombrerería, pero al momento es el celador el que toma la delantera para guiarlos hasta el piso desde el que les enviaban los cadáveres al hospital.

Es un edificio muy de clase trabajadora orgullosa de serlo tanto en lo que tienen como en lo que no tienen y es precisamente esta normalidad, al venirse abajo con la historia de los muertos, la que provoca la inquietante atmósfera que perciben los tres, la que les hace sentir que no están en las tripas de Lavapiés, sino en otro lugar remoto desaparecido mucho tiempo atrás.

HERMINIO.— Aquí es —deteniéndose ante una puerta del segundo piso y señalándola con la nuez.

HERNÁN.— No parece muy abandonada. —La golpea con los nudillos, espera un poco y repite la llamada—. Nadie.

MARCELA.— ¿Cuál fue el vecino con el que hablaste?

HERMINIO.— Este. —Se desplaza hasta la puerta de enfrente.

HERNÁN.— Pues vamos.

El celador llama a la puerta, pero la vivienda está tan muerta como la anterior.

Se quedan allí de pie sin saber cuál debe ser su siguiente paso, empezando a pensar que una plaga ha acabado con todos los habitantes del edificio.

Pero hay una tercera puerta al final del pasillo que queda de par

en par sin necesidad de llamada alguna.

El que la abre es un anciano con corbata bajo una gruesa chaqueta de punto en cuyo bolsillo superior encuentra, por fin, unas gafas para examinarlos a su gusto; no pronuncia una palabra, pero es muy probable que se vuelva a encerrar al menor indicio que considere sospechoso.

HERNÁN.— Buenos días —en una lenta aproximación—. Perdone que le molestemos, venimos a preguntar por un vecino suyo, Antonio Buenaplaza.

VECINO.— Este hombre está… ha fallecido. —Retrocede un paso.

HERNÁN.— Verá, me gustaría hacerle unas preguntas sobre este señor. —Desde lejos se aprecia que la sonrisa de vendedor es de segunda mano—. Resulta que en el Hospital de los Pobres se recibieron una serie…

VECINO.— Aquí no tenemos nada que decir —a punto de desaparecer dentro.

Marcela, que estaba detrás del sereno, se adelanta y habla en tono muy grave.

MARCELA.— ¿Han escuchado ustedes ruidos extraños?

VECINO.— Eh… no.

MARCELA.— ¿Objetos que se desplazaban sin que hubiera nadie cerca para moverlos?

VECINO.— No.

MARCELA.— ¿El aire se vuelve helado de pronto?

VECINO.— No.

MARCELA.— ¿Voces en la noche?

VECINO.— No.

MARCELA.— Estupendo —más brilla cuanto más miente—. Es posible

que aún hayamos llegado a tiempo.

VECINO.— *(Ya encandilado)*. ¿A tiempo de qué?

MARCELA.— Señor, mi compañero —se refiere a Hernán— y yo pertenecemos a la Sociedad Paranormal Europea y hemos venido a ayudarle.

VECINO.— ¿Ayudarme? ¿Por qué?

MARCELA.— Verá, nuestros servicios fueron solicitados hace unos meses por el Hospital de los Pobres, representado por este caballero —Herminio, que saca pecho y nuez—, alertándonos de que habían recibido varios cadáveres desde este domicilio, todos donados para la ciencia.

HERMINIO.— Pues para que usted vea.

VECINO.— ¿Y hasta ahora no han venido?

MARCELA.— No sabe usted la de manifestaciones ultraterrenas que tienen lugar en Madrid, no damos abasto —busca el asentimiento de sus compañeros, prestos a corearla—. En fin, volvamos a lo nuestro, ¿sabía usted algo de esas donaciones de cuerpos?

VECINO.— No, de eso no sabía nada.

MARCELA.— Entonces, ¿de qué sabe usted, caballero? —acusatoria.

VECINO.— Yo, de lo que todo el barrio, de los fantasmas.

MARCELA.— Por fin encontramos a alguien con los pies en la tierra —su sonrisa nunca falla—. Adelante, cuéntenos.

VECINO.— Bueno, aquí no nos gusta hablar del tema, pero todos sabemos que algo muy raro pasaba con Antonio. —En realidad no tiene nada mejor que hacer que charlar un rato, así que poco a poco se va animando—. Este hombre por lo visto había sido actor o payaso o algo así y había estado en un asilo, un asilo de ancianos; pero no se habituaba a las juntiñas que tenía que

aguantar allí y aunque ya tenía una edad, mayor que yo, dónde va a parar, ni corto ni perezoso, se compró este piso con los ahorros que le quedaban.

Hace una pausa para superar un bloqueo, por hacer memoria o calibrar la capacidad de sus interlocutores para cachondearse de él, momento que aprovecha Marcela sacando cuaderno y lápiz con la intención de conjurar susceptibilidades y dar carácter oficial al asunto.

VECINO.— El hombre era muy callado, yo apenas crucé dos palabras con él, iba siempre con dos amigos de su edad. *Dos amigos de su edad* —repite para asegurarse de que han captado el dato—. Siempre. Él compraba en el colmado como para uno, pero iba siempre con los dos. Nunca hablaba con ellos, pero siempre iban *juntos* —otra vez se para a mirarlos con una intención que solo él conoce—. El hombre gustaba de pasar las tardes en la peña del Madrid, perdón, del Real Madrid, que ya hace diez años que su majestad nos ha hecho *reales*. Allí fue donde se desató todo.

MARCELA.— Anotado. Siga, siga usted.

VECINO.— El caso es que aunque siempre se presentaba en la peña con sus *dos amigos*, solo él pagaba carné de socio, lo cual había desatado la comidilla dentro del local, hasta el punto de que otros miembros de la asociación le pidieron al director que hablara con él. Y así lo hizo. Un día que Antonio estaba en una de las salas leyendo el periódico, con sus *dos amigos* —otra vez subraya las palabras—, el director lo buscó y le dijo que quería hablar con él en un aparte; se lo llevó y le dijo que, sintiéndolo mucho, sus amigos no podrían seguir acompañándolo cada día a no ser que se hicieran socios de la entidad.

HERMINIO.— ¿Y que dijo él? —que ya no puede contenerse.

VECINO.— ¿Que qué dijo? Pues que él no tenía amigo ninguno; que había venido solo a la peña como todos los días y que el director no tenía más que ir al salón para comprobarlo. Y allí estuvieron porfiando y al final el director fue. Y efectivamente, ni amigos ni nada.

MARCELA.— Se habrían marchado mientras hablaban.

VECINO.— Aquel salón donde estaban no tenía más salida que por el sitio donde hablaban Antonio Buenaplaza y el director.

Cuando realza esta última revelación se queda mucho más tranquilo.

HERMINIO.— ¿Y eso?

VECINO.— Eso mismo se preguntó el director, y después el resto de los socios de la peña, y la gente del barrio, los dependientes de las tiendas, los vecinos de esta casa. Porque todos los habíamos visto en alguna ocasión, pero nadie, nadie había hablado nunca con ninguno de los dos amigos.

MARCELA.— ¿Qué paso a partir de ahí?

VECINO.— *(Venciendo el tono, ahora que ha pasado el nudo de la trama)*. Yo supongo que notó que se le miraba raro, porque apenas se le veía. Y después dejó de vérsele del todo. Duró ya muy poco tiempo, el pobre. Ni nos enteramos. Un día vino una señora que nos dijo que era la hermana para comunicarnos que había fallecido y que pensaba poner el piso en venta; según nos dijo, el hombre se había vuelto al mismo asilo de ancianos que dejó para venirse aquí y al poco tiempo… *pajarito*. Ni nos enteramos.

Los cuatro permanecen unos segundos en silencio.
Una vez transcurrido el luto, es Hernán el que habla.

HERNÁN.— ¿Tendría usted la dirección de la hermana?

VECINO.— Sí que la tengo; la dejó por si llegaba correspondencia o pasaba algo.

MARCELA.— Le agradeceríamos que nos la diera —aún en su papel—. Como usted comprenderá, ahora nos toca estudiar toda la valiosa información que nos ha proporcionado y seguir indagando en las raíces del tema.

VECINO.— Ya —se hace cargo.

MARCELA.— Otra cosa —saca una foto de su padre y se la muestra—, ¿recuerda usted si este otro importante investigador pasó por aquí hace unos meses?

VECINO.— Pues sí. —Se ve que es buen fisonomista o recibe pocas visitas y no vacila—. Me pidió también la dirección de la hermana de Antonio, porque tenía que resolver un papeleo y se la di.

Cuadro 13

Por suerte, además de haberle salvado de una salvaje paliza o de algo peor, el coche permitía a Jardiel moverse con rapidez por la ciudad, incluyendo un fulminante regreso a casa de su amigo Joaquín Sama, donde se alojaba desde esta mañana, para recoger un abrigo que sustituyera a la gabardina que había perdido en el ataque de los sicarios y la vieja de la tinaja.

El detective, que según Eduardo Valencia había contratado Ana Ermitaño, vivía en la Colonia Pico del Pañuelo, llamada de esa

manera por ocupar una zona triangular delimitada por el paseo de Delicias, la plaza Beata María Ana de Jesús, el paseo de la Chopera, la calle Guillermo de Osma y la plaza de Legazpi, un cúmulo de edificaciones destinadas a proporcionar vivienda a los trabajadores del Matadero.

Mientras busca el número que le habían anotado, el escritor piensa que aquella no era precisamente la ubicación que uno suponía para un investigador a sueldo, pero tampoco podía estar seguro, porque era la primera que vez que visitaba uno.

No le cuesta encontrar la dirección; la puerta, con una placa de madera que anuncia…

Pesquisas secreto-particulares
(Civil y criminal)

… había sido brutalmente allanada, un agujero junto al marco permite asomarse al interior y el picaporte cuelga inútil de un tornillo.

Debe golpearla varias veces para escuchar unos pasos suaves y detectar un ojo y media melena tras la brecha de la puerta que, tras observarlo detenidamente, le pregunta asustada que qué desea.

JARDIEL.— Necesito hablar con don Rufino Acevedo; vengo de parte de Eduardo Valencia, el contable —cree conveniente aclarar.

VOZ.— No está —una muchacha o una niña, muy tímida o intimidada.

JARDIEL.— ¿Podría hablar un momento con usted?

VOZ.— ¡Yo le conozco! Le he visto en *La Nación*, usted es Abelardo Jardiel Poncela.

JARDIEL.— Si ha sido usted capaz de leer *La Nación* con tal de verme, debo estarle eternamente agradecido.

Unos segundos después se abre la puerta para mostrar a una

muchacha de unos veinte años, enflaquecida hasta la consumición, pero embarazada de catorce o quince meses, con varios moratones que empiezan en la frente y se pierden bajo el cuello del vestido.

Con un hilo de voz le dice que se llama Josefita y le pide que entre rápido para volver a amarrar la puerta a una alcayata de la pared con un cordel, muy afanosa, convencida de que de esa manera podrá impedir la entrada a alguien.

Después vuelve a murmurar algo ininteligible y desaparece en el interior del piso, un apartamento minúsculo con la mayor parte de los escasos muebles destrozados por los animales que efectuaron el registro.

En la pared, un marco roto con el cristal cuarteado muestra a Josefita el día de su boda, aún más menuda que ahora, junto a un hombre de unos cincuenta y muchos, alto y grueso, feliz bajo su chistera.

Hay un libro en el suelo, *La delincuencia y el hampa (manual del perfecto investigador). Firmado por Manuel Casal Gómez, excomisario de primera clase de Barcelona*, dedicado con afecto a Rufino Acevedo en la tercera página, que Jardiel recoge, hojea y deja sobre una mesa resquebrajada.

JOSEFITA.— *(Apareciendo silenciosa)*. La primera vez que vinieron, lo ordené todo lo mejor posible. La segunda ya no he tenido fuerzas…

JARDIEL.— ¿Ellos le hicieron eso? —señalando las marcas.

JOSEFITA.— Sí.

JARDIEL.— ¿Qué querían?

JOSEFITA.— Saber dónde se ha metido. Rufino.

JARDIEL.— Aunque usted no se lo dijo.

JOSEFITA.— ¡Es que yo no lo sé! —con un leve puchero—. Se ha ido sin decirme nada. Hace ya más de una semana.

JARDIEL.— ¿Y por qué?

JOSEFITA.— Pues para protegerme. Pensaría que si no sé nada, no le podía decir nada a nadie y no me pasaría nada.

A no ser que los que pregunten estén dispuestos a molerla a palos a pesar de su estado una y otra vez *por si acaso*.

JARDIEL.— ¿No querían nada más?

JOSEFITA.— Me preguntan siempre por Ana Ermitaño. Y también que dónde está el archivo del caso que mi marido investigaba para ella.

JARDIEL.— Lo mismo querría saber yo —con sinceridad pero sin extenderse—. La suerte de unos buenos amigos míos depende de lo que averigüe.

JOSEFITA.— Era una buena mujer. —Se deja caer en una butaca con algo peor que el cansancio y le indica al escritor la única silla indemne—. El jueves pasado vino a verme, a preguntarme por Rufino. Cuando vio lo que me habían hecho, dijo que todo esto era por culpa de ella. Me prometió que vendría el viernes a traerme algún dinero para que me marchara de aquí, que podía contar con su ayuda. Era muy caritativa, con lo del Sanatorio Infantil y todo eso. Pero después supe que al día siguiente la habían asesinado en el teatro —termina la oración con un canalillo de voz.

JARDIEL.— ¿Qué es eso del Sanatorio Infantil? Llevo dos días hablando con las personas que más la trataron y nadie me ha hablado de ningún sanatorio.

JOSEFITA.— No querría darse importancia, hay gente que es así. A mí me lo comentó mi marido, me dijo que se habría dejado una fortuna allí. Un sitio precioso en el Barrio de la Fuente del Berro,

junto al parque.

JARDIEL.— ¿Fue para algo relacionado con ese sanatorio para lo que contrató a su marido?

JOSEFITA.— No, nada de eso —ya en total confianza—. Quería que investigara las andanzas de un novio que se había echado. Es que ella le doblaba la edad, ¿sabe? Y eso si es en el hombre no tiene importancia, pero en la mujer es otra cosa.

El escritor saca uno de sus cigarrillos ya liados y mira el vientre de la chica, que parece que va a descargar de un momento a otro, y vuelve a guardarlo.

JARDIEL.— ¿Su marido le contó algo más de todo esto? ¿Algo relacionado con la señora Ermitaño?

JOSEFITA.— Conmigo apenas habla de estas cosas. Si ni siquiera sé donde guarda sus papeles, solo sé que aquí no están.

JARDIEL.— ¿Y los que le hicieron eso?

JOSEFITA.— Unos.

JARDIEL.— ¿Le dijeron algo más?

JOSEFITA.— Nada —otra vez baja el volumen—. Que volverían.

Recogiendo el sombrero y el bastón que había dejado apoyados sobre un cajón roto, Enrique Jardiel Poncela se pone en pie.

JARDIEL.— No debería quedarse aquí. ¿No tiene algún sitio a donde ir?

JOSEFITA.— *(El tono aún más bajo)*. No.

JARDIEL.— ¿Ningún familiar?

JOSEFITA.— Un matrimonio que conozco se ha ofrecido a quedarse con lo que venga —abrazándose la barriga— para criarlo. ¿A usted

qué le parece?

Lo primero que le parece a él es que debe estar muy sola y desesperada para solicitar el parecer en una decisión como esa de alguien a quien quince minutos antes aún no conocía.

JARDIEL.— No lo sé. Procuro no dar consejos. Creo que todo el mundo aconseja, no por bondad y desprendimiento, sino porque el consejo lleva implícita la inferioridad del aconsejado y eso les hace sentirse mejor. Le aseguro que no sé si es una buena idea —aunque no puede evitar sentirse como si se estuviera librando por la puerta trasera de una responsabilidad que no ha buscado—. Le deseo la mejor de las suertes.

Le da la espalda, saca unos billetes, más de los que puede permitirse y, usando el libro del excomisario Casal como pisapapeles, se los deja sobre la mesa.

Después desata la cuerda que mantiene la puerta en su sitio, vuelve a despedirse y la abre para marcharse de allí lo antes posible.

Pero lo que hace es darse la vuelta.

JARDIEL.— ¿Conoce usted la provincia de Zaragoza?

JOSEFITA.— No.

JARDIEL.— Verá, mi familia procede de un pueblo llamado Quinto, a donde acabo de mandar a mi hermana y a mi hija esta misma mañana… ¿le gustaría pasar unos días con ellas?

JOSEFITA.— Pues yo… —Lo mira como si no hubiera entendido bien sus palabras.

JARDIEL.— Sabía que iba a decir que sí. Conocer Quinto es la ilusión de media Europa, y eso porque la otra mitad aún no ha oído hablar de él. La estaré esperando mañana a las diez en las

taquillas de la estación de Atocha. Compraremos los billetes y le daré una carta de presentación para mi hermana Angelines. ¿Es usted aficionada a la caza mayor? Cocodrilos y demás. Si es así, le puedo prestar una…

Cuadro 14

Hay días en que Antolina pierde el sentido de la orientación, las clases se convierten en un laberinto absurdo del que no sabe cómo salir y apenas recuerda las razones por las que se encuentra allí; sentada en su estrado, manejar a aquellos 53 niños, cada uno con un grado o tipo distinto de deficiencia mental, a esas edades en las que dependen de ella para no quedarse encerrados dentro de sí mismos, le parece una tarea tan colosal que apenas puede pensar en afrontarla. Normalmente, se ríe un poco de sí misma y cuando se da cuenta, la inseguridad se le ha pasado; normalmente.

Además, Anita, que se sabe la predilecta y no tiene reparos en demostrarlo, está inusualmente revuelta y ha abandonado un billón de veces el pupitre para pedirle, preguntarle o proponerle toda clase de cuestiones; ahora mismo vuelve a acercarse una vez más para tirarle de la falda y contarle algo que no es capaz de comprender.

No deja de pensar, no puede dejar de pensar en Román, en su cuerpo desaparecido de la morgue, en los dos extraños policías que la han recibido en comisaría, en todos los personajes enloquecidos con los que se ha tropezado en las últimas horas, en aquella historia absurda de la que tiene que librarse si quiere conservar la razón.

Anita, a su lado, repite, literal, la misma frase por quinta o sexta vez; hasta que al fin, más por intuición que porque la pronunciación haya ganado en inteligibilidad, comprende que le está diciendo que ha perdido la goma de borrar; a veces piensa que la niña tiene más

paciencia con ella, es más perseverante en su personal labor docente, de lo que Antolina llegará a ser nunca.

Abre el cajón, le entrega otra goma.

Intenta retomar su línea de pensamiento.

Pero Anita, en vez de volver a su mesa con la goma, se detiene junto a una compañera para invitarla a jugar al escondite.

La profesora la llama, muy enfadada, y cuando la niña regresa al pie de la tarima, intenta hacerle comprender que en horas de clase no se practican esos juegos; Anita soporta firme la bronca, pero sus ojos orientales se van ablandando por momentos y a veces deja escapar la media sonrisa de quien recibe cada día la misma admonición en incontables ocasiones. Cuando termina, la envía a una esquina donde hay una sillita aislada de todos con la orden de pensar en lo que ha hecho.

En el exterior se escucha el *ringring* de una bicicleta y Antolina no duda en levantarse para poder atisbar la llegada al centro de Hilario, el chico de dieciocho años antiguo alumno suyo, un caso levísimo de mongolismo contratado por el colegio cuando finalizó sus estudios para realizar recados y toda clase de pequeñas labores.

Hasta que no lo pierde de vista en los soportales, con el pan del día en la cesta de su ciclocarro, no se plantea dejar la ventana y volver a sus clases, pero solo se lo plantea.

No le apetece estar encerrada, se está bien allí, viendo el trasiego de la gente andando por la calle que flanquea el colegio, el antiguo paseo de Areneros, y de los coches entrando y saliendo de la estación de servicio *Petróleos Porto Pi*, en la esquina con Vallehermoso.

El colegio, *la Casa de Niños María Montessori*, uno de los centros de formación especial que se han ido inaugurando por todo el mundo bajo el nombre de la investigadora desde que ella fundó en 1907 la primera *Casa de Niños* de San Lorenzo, en Roma. María Montessori había revolucionado la filosofía de la educación cuando al entrar en la sala de una institución para niños considerados *ineducables*, observó que estos jugaban con las migas del pan en

vez de comérselas porque no había allí ningún otro objeto que excitara su intelecto. Desde entonces, su método…

A su espalda, el revuelo ha crecido demasiado para ignorarlo.

Maldice su visión periférica, que le permite ver como Anita ha abandonado el castigo y se ha sentado en el suelo a jugar con una enorme muñeca sin cabello a la que llama *Pepe*.

Se resigna a volver junto a ella cuando repara en él.

Entre las columnas de la gasolinera, mirando fijo al colegio, seguramente distinguiéndola en la ventana.

Las gafas con un solo cristal ahumado, el mismo traje y la capa del mismo paño oscuro, el sombrero hongo a juego.

Galván.

Cuadro 15

Cuando embocan la calle Caballero de Gracia caen las primeras gotas, el día ya es irrecuperable y la conversación de los tres lleva un rato sin remontar.

MARCELA.— *(Poniendo en palabras lo que lleva un rato pensando)*. La verdad es que por más vueltas que le doy, no termino de ver muy clara la relación entre la desaparición de mi padre y el tema del mercadeo de cadáveres.

HERMINIO.— Entonces, ¿se piensa usted que hay algo sobrenatural en todo eso? ¿Que de veras eran fantasmas los que acompañaban al señor Buenaplaza?

HERNÁN.— *(Que no deja de mirar los números de la calle, a la busca del domicilio de la hermana de Antonio Buenaplaza)*. Yo incluso me pregunto si tú existirás realmente o serás un espejismo de mi

falta de sueño.

HERMINIO.— Déjese de guasa, don Hernán, que no sería la primera vez que los que trabajamos en medicina nos tropezamos con lo inexplicable —muy puesto, el celador.

MARCELA.— Yo ni creo en lo que nos ha dicho el vecino ni dejo de creer ni me importa un pimiento. Pero si recibisteis una amenaza en forma de cruz de cementerio y dices que mi padre estaba inquieto desde entonces, tenemos que seguir investigando —hasta aquí llega el tono decidido—. Por más que todo esto me parezca una patraña.

HERMINIO.— Pues para que usted vea.

HERNÁN.— Pues aquí estamos —señalando un portal.

Los siguientes minutos los pierden cruzando una cancela llena de dorados, hablando con un portero de uniforme, subiendo una escalera de mármol con aplicaciones de metal esmaltado, llamando a una puerta de alguna madera distinguida, hablando con una sirvienta vestida de media gala y esperando a la dueña de la casa en una salita de poco uso.

Por fin sale a su encuentro una señora tan cursi como el resto de los elementos escénicos de los que se rodea presentándose muy protocolariamente e indicándoles unas sillas tapizadas en dorado y rosa palo.

Después de varias entrevistas con la participación de Marcela, demostrada su habilidad para el embuste, el sereno se ha despreocupado por completo de buscar coartadas con las que abordar a los destinatarios de sus preguntas, dejando en sus manos el peso de los encuentros. Por eso, tanto él como Herminio guardan silencio con aplomo, seguro de que encontrará una manera de extraer la información que necesitan de la hermana del muerto de la calle sombrerería.

Esta vez tampoco los decepciona.

MARCELA.— *(Muy redicha)*. Señora mía, representamos al Real Patronato del Estudio Anatómico y venimos a hacerle saber que está usted metida en un gravísimo problema.

GLORIA.— ¿Gravísimo? —con media sonrisa, es mujer de mundo.

MARCELA.— Hombre, lo de gravísimo es una forma de hablar. Todo tiene arreglo.

GLORIA.— Pues ustedes me dirán de qué problema hablamos y de la forma de arreglarlo. —Basta oírla pronunciar unas palabras para saber que en sus más de sesenta años ha seguido un largo camino hasta detentar la propiedad de un piso como este y que para recorrerlo ha cruzado más de un arroyo y hasta algún que otro albañal.

MARCELA.— El caso probado es que su hermano, que en paz descanse, donó su cuerpo para el noble fin del estudio científico.

GLORIA.— Así fue.

MARCELA.— Pues mal hecho.

GLORIA.— *(Cada vez más extrañada de la conversación)*. ¿Y eso por qué?

MARCELA.— No me refiero a la donación, que es de todo punto loable, sino al modo de tramitarla. Porque sepa usted que, a día de hoy, no existe un solo documento que acredite la intención de su hermano. Lo cual, con la legislación en la mano, lo pone en una situación difícil.

GLORIA.— Me temo que, a estas alturas, lo difícil será que un juez lo meta en la cárcel por no rellenar los papeles que debía —con la misma retranca.

MARCELA.— Doña Gloria, nuestra labor es facilitar al máximo esta clase de donaciones y evitarles problemas a los deudos del finado

—pasándose un poco en su papel—. Por eso mismo estamos aquí, para resolver esta situación de la mejor manera.

GLORIA.— Pues a ver si es verdad —divertida pero aviniéndose a colaborar para terminar con todo aquello.

MARCELA.— Dígame, ¿su hermano de usted le comunicó de viva voz el fin que pretendía dar a su cuerpo?

GLORIA.— Mire, a mí, mi hermano no me comunicó nada, por desgracia. Ni siquiera pude hablar con él. Y llevaba cuarenta años sin verlo —poco a poco, sus modos se vuelven más solemnes—. Cuando me llamaron de la residencia, ya estaba muy mal. Fueron ellos los que me comunicaron que entre sus últimas voluntades había estado la de entregar el cuerpo.

HERNÁN.— ¿Qué residencia era esa exactamente?

GLORIA.— El Asilo de Actores Retirados que hay en la plaza del Alamillo. —Al sereno le habla con una deferencia distinta, próxima al tonteo, cosa de su antiguo oficio—. Él ya estuvo allí en tiempos, ¿sabe? Pero no se encontraría muy a gusto cuando empleó sus ahorros en comprarse el piso de la calle Sombrerería, en el que vivió durante un par de años. Después se volvió al asilo, nadie me supo decir por qué.

MARCELA.— ¿Y no recuerda usted que cuando joven le expresara alguna vez su vocación de conceder su cuerpo a la instrucción anatómica? —Hernán y Herminio le piden con la mirada que vaya dejándolo: el problema de la dramaturga es que, una vez en su papel, se embala con las preguntas innecesarias.

GLORIA.— Nos separamos muy jóvenes. Por naderías familiares. —Por una vez, parece casi sentimental—. Él era actor, ¿saben? Llegó a ser muy conocido en el Paralelo, en el Folies Bergère lo trataban

como a una verdadera figura. Tenía un número humorístico junto a dos compañeros con los que trabajó toda su vida —cuando se refiere a los dos acompañantes, Herminio se abraza como sintiera un escalofrío— y con los que dio un vuelco al humorismo, en la línea de Alady, no sé si serán aficionados al teatro. Al contrario que los cómicos de siempre, que aparecían vestidos de payasos, ellos iban muy elegantes, de frac, y hacían reír a través de sus chistes y comentarios. —Poco a poco se le va apagando el entusiasmo—. Claro que yo todo esto lo he sabido por segundas. Ya le digo que no nos tratábamos.

HERNÁN.— Pues entonces no la molestamos más, está claro que usted no tuvo ninguna responsabilidad en la donación —poniéndose en pie—. Puede quedar tranquila.

MARCELA.— ¿Y aquí en Madrid, no…?

HERNÁN.— *(Cortándola)*. Le agradecemos muchísimo su tiempo.

GLORIA.— Si puedo hacer algo más por ustedes —pero se dirige solo a él.

El sereno vuelve a despedirse y tomando por el brazo a Marcela, se dirigen a la salida, las escaleras, la calle.

MARCELA.— Vale, vale, ya sé que me he pasado —riéndose—. Esto es como escribir comedia sobre la marcha.

HERNÁN.— Creí que no salíamos de allí.

HERMINIO.— No se peleen ustedes, que parecen novios.

MARCELA.— No nos estamos peleando.

HERNÁN.— No parecemos novios.

De momento ha dejado de llover, pero nadie lo interpretaría como una buena señal; es la hora de la comida y parece que la

gente se apresura a volver a su casa o a quitarse de en medio para librarse de algún desastre aún no concretado.

Herminio camina contento, Caballero de Gracia arriba, alternando la mirada del uno al otro; contemplarlos, estar allí, ya constituye todo un acontecimiento para él.

HERMINIO.— Pues yo, entre tanta engañifa y tanta cháchara con la gente del espectáculo, me lo estoy pasando divinamente. Es que soy muy aficionado a todo esto, sobre todo al cine, ¿saben?

MARCELA.— Ya te veo yo —que, colocándose en medio de los dos, los toma por el brazo—. ¿Alguna actriz en especial?

HERMINIO.— ¿Le gusta a usted Joan Bennett? —pronuncia el nombre marcando la *jota*.

MARCELA.— Claro que me gusta.

HERMINIO.— Yo no me pierdo una suya, si es que puedo, que mi trabajo es muy sacrificado. *Trafalgar, El caballero del Mississippi, El capitán Drummond*, donde salía con Ronald Colman… Por cierto don Hernán, ¿nunca le han dicho que se parece usted una barbaridad a Ronald Colman?

HERNÁN.— No —en sus cosas.

MARCELA.— Ahora que lo dices…

HERMINIO.— Pero si es clavado. Lo pensé la primera vez que lo vi. Así moreno, tan serio y callado, con el bigotito mangarrán…

HERNÁN.— Ya.

MARCELA.— Tienes tú ojo para esto.

HERMINIO.— Yo es que lo de la farándula lo llevo en la sangre. ¿Saben ustedes que mis abuelos eran, o mejor dicho son, actores?

MARCELA.— ¿Famosos?

HERMINIO.— ¡Qué va! Mi abuelo se dedicaba a hacer pases de

zarzuela por los pueblos con una pequeña compañía, cosa de café y casino, ustedes saben. Y pasando por Azuaga, que es mi pueblo, se enamoró de mi abuela y mi abuela de él, y allá que se fueron. —Está más relajado y manotea mucho mientras lo cuenta—. Cantaban fragmentos de obras de los maestros Amadeo Vives o Fernández Caballero por pueblos y ciudades pequeñas. Algunas veces les iba bien y otras mal; la mayoría, mal. Por esas carreteras tuvieron a mi madre, que cuando tuvo edad se incorporó al repertorio; pero a ella nunca le gustó ese mundillo y se volvió al pueblo, donde ya se quedó para siempre.

HERNÁN.— Creo que vamos a tener que irnos directamente a Casa Alberto, Jardiel Poncela nos debe de estar ya esperando.

MARCELA.— *(Sin prestarle atención)*. ¿Y tus abuelos?

HERMINIO.— Siguieron de plaza en plaza, cantando sus zarzuelillas, tan ricamente, hasta que se jubilaron.

MARCELA.— Es raro que tu madre dejara de ser actriz, habiendo nacido en eso, y se contentara con una vida tranquila de pueblo.

HERMINIO.— Pues para que usted vea. ¡Y no se crea usted que no le picaba el gusanillo! Que yo me he criado escuchando *Gigantes y Cabezudos* de cabo a rabo. —Se quita la gorra para canturrear:

Tardó la carta
cerca de un año.
Vive y me quiere
mi pobre maño.
¿Qué me dirá?
Vamos a ver.
¡Por qué, Dios mío, no sé leer!

HERNÁN.— *(Con cara de hasta aquí hemos llegado)*. Herminio, la señorita Marcela y yo tenemos un compromiso muy importante,

así que no podremos ir ahora al asilo…

HERMINIO.— ¿Al asilo? Creí que la cosa ya estaba aclarada, que todo esto no tenía nada que ver con el doctor Arellano —parándose en seco.

MARCELA.— Hasta ahora no hemos aclarado nada en absoluto. No sabemos de dónde procedía la cruz que os enviaron ni los cambios que notaste en mi padre —muy decidida, como en todo.

HERNÁN.— Seguramente no nos dirán gran cosa, pero no perdemos nada en pasar por allí.

HERMINIO.— No sé yo…

HERNÁN.— Mira, Herminio —interpretando su seriedad como un gesto de decepción—, ya me hago cargo de que nos has ayudado mucho y no querrás quedarte a la mitad del misterio. Podemos quedar en la plaza del Alamillo a eso de las cinco, ¿qué te parece?

HERMINIO.— ¿Pues qué me va a parecer?

Cuadro 16

Aunque Mancera intenta mantener viva la conversación mientras cruzan el patio interior del Casino de Madrid camino del restaurante y García le va dando réplicas oportunas, hasta ingeniosas, *como* si nada ocurriera —*como* si lo que acaba de saber sobre su mujer no le estuviera carcomiendo los hígados— y los dos se comportan con su aire mundano de siempre, saben que lo que ocurra en el país y en sus vidas en las próximas horas va a cambiar su futuro de forma radical, seguramente a peor.

Y, sin embargo, es Mancera el que de pronto detiene su avance en el cuarto peldaño de la Escalera de Honor, de modo tan

inesperado que su amigo, que lo lleva del brazo, está a punto de dar un trompicón.

No explica la razón del alto, solo mueve la cabeza, como si intentara sintonizar una señal que de momento solo a él le llega.

GARCÍA.— ¿Te pasa algo?

MANCERA.— *(Levanta un dedo en señal de silencio)*…

A otros socios del casino les cambia el gesto, algunos se paran también.

Y la algarabía llega al fin para todos.

MANCERA.— Vamos a alguna ventana. —Señala poco más o menos a las que dan a la calle de Alcalá.

García lo conduce rápidamente a uno de los grandes ventanales que se van llenando de personal de la casa.

Lo primero, la lluvia de piedras; y al momento los jóvenes enmascarados con pañuelos que levantan toda clase de armas improvisadas, también se ve alguna pistola, mientras vociferan consignas e insultos ininteligibles.

La policía debe de ser el blanco del ataque, pero está fuera de campo y por el movimiento de avance que se aprecia en los estudiantes parece llevar las de perder.

Más allá del casino hay un edificio en construcción que se ha convertido en un arsenal inagotable de proyectiles para los manifestantes: entran y salen de allí, diligentes y sistemáticos, bien organizados, como si aquello no fuera más que el principio de una campaña que irá mucho más lejos de lo que nadie piensa.

El día se ha cerrado del todo, parece que va a anochecer a las tres de la tarde.

Una enorme llamarada revela en qué ha estado trabajando el grupo que rodeaba un gran barril, otros se afanan en arrimar al fuego un tonel algo más pequeño, algunos muebles que nadie sabe

de dónde han sacado y un coche que, por sus esfuerzos, ha debido de dejar el dueño con el freno de mano o una marcha metida.

Es posible que las fuerzas de seguridad ni siquiera sean, de momento, una amenaza, porque muchos de ellos dejan de apedrearlos para emplear su munición contra los escaparates, las puertas de los comercios, las ventanas.

Una piedra enorme atraviesa una de las vidrieras del casino; los gritos, al resonar dentro del edificio, resultan más estremecedores que nunca.

Después se hace el silencio.

Los estudiantes se miran como si fueran los dueños de la situación.

Por primera vez se escucha una voz femenina que los atraviesa como una amenaza procedente de algún lugar mucho más bajo que la calle: «Peeeerros».

García, después de murmurar una breve descripción de la escena a su amigo, mira fijamente al exterior mientras Mancera inclina la cabeza para no perder un solo sonido; los dos, como el resto de los socios, se preguntan cuánto tiempo tardarán los rebeldes en dirigir su ira hacia el casino, centro emblemático de las clases más privilegiadas de la ciudad, y conquistar por la fuerza sus instalaciones.

El 22 de enero se había convocado un paro nacional en toda la universidad pública de marcado carácter republicano que, con el apoyo de las fuerzas sindicales, mantenía hasta el día de hoy un pulso con el gobierno de un Primo de Rivera más debilitado que nunca.

Los huelguistas han construido una barricada algo más adelante, no se ve dónde a través de la ventana, pero lo que queda a la vista es como una zona de tensa calma, una retaguardia llena de combatientes que pasean sus nervios arriba y abajo, en silencio, capaces de cualquier cosa.

De nuevo se oye la voz que ya no está muy claro si es de hombre o de mujer: *perros*.

Las banderas rojas apoyadas en el suelo, dispuestas para el momento de la carga.

Los disturbios vienen de mucho más atrás; en 1927 se expedientó al profesor socialista Jiménez de Asúa por su discurso anticlerical en una conferencia sobre la «Eugenesia y la maternidad», y la recién creada FUE (Federación Universitaria Escolar). Convocó una jornada de huelga que terminó con el apedreamiento del diario católico *El Debate*. Desde entonces, la controversia entre estudiantes y estado no había hecho más que recrudecerse, sobre todo cuando en 1928 el gobierno del general Primo reformó el artículo 53 del Estatuto Universitario, reconociendo a las universidades privadas de la Iglesia el derecho a titular sus propios licenciados. Cuando en marzo de 1929 fue detenido y expulsado de la Universidad el presidente de la FUE, Antoni María Sbert, el líder se convirtió en un auténtico mártir de la causa universitaria, convertida ya en una de las principales fuerzas opositoras de la dictadura y la monarquía.

El coche que habían aproximado a la fogata estalla y el fuego parece traer la claridad de un día distinto, falso, la luz con la que un mal pintor dotaría a su estampa del infierno.

El sonido de la explosión, tan cerca, les deja sin palabras, casi sin pensamientos.

Un grupo forcejea para volcar un camión.

Y es el momento en el que los socios del Casino de Madrid son descubiertos.

Uno de los revoltosos se planta lentamente delante de la ventana con las manos en los bolsillos, más amenazador aún por su aparente calma. Es un estudiante de medicina, vestido, como todos sus compañeros, con la bata blanca de las prácticas y el *gazoleto*, las máscara clínica de gasa con la que ocultan su identidad. Muy despacio, saca una pistola del bolsillo. García sabe de sobra que estos estudiantes, que han convertido en más de una ocasión el edificio de San Carlos, donde está su universidad, en una fortaleza irreductible, están entre las facciones más radicales.

García es demasiado inteligente y ha vivido demasiado para no saber que, por contrarios que sean a las ideas que él está empeñado en defender, por equivocados que los considere en su lucha bolchevique, no son más que jóvenes dejándose la piel para cambiar el mundo, para convertir a su país en un lugar más igualitario y mejor.

Los separa el caos.

La voz, más espeluznante y ronca, vuelve a surgir de algún sitio: «Peeeerros».

Al fin han conseguido derribar el camión y uno de los manifestantes logra subir hasta su flanco para ondear su bandera roja.

Han prendido dos fogatas más que intentan alimentar con cualquier material combustible a su alcance.

El sujeto de blanco sigue al otro lado de la ventana, observándolos fijamente, la pistola firmemente empuñada encañonando el suelo. De momento.

El portero del casino, con la cara desencajada junto a la puerta.

Allí dentro tienen la impresión de ser rehenes de una pesadilla que solo puede desencadenar la peor de las realidades.

«Peeeeeeeeeeeeeeeeerros».

Y por fin el cielo se oscurece del todo.

Es la lluvia de piedras que viene desde algo más atrás y a la que enseguida se suma hasta el último estudiante.

El de blanco se olvida del casino para disparar contra el enemigo común.

La contraofensiva no dura apenas nada.

Todo el episodio no ha durado apenas nada.

Cientos de guardias civiles a caballo con los sables en alto seguidos de una oleada de *Guardias de Orden Público* con carabinas barren hasta al último estudiante en apenas unos segundos, empujándolos calle de Alcalá arriba, más allá de la vista del ventanal del casino.

No han sobrevivido ni las fogatas.

Solo unas docenas de zapatos en la carretera.

Cuadro 17

En lo que han tardado en compartir una ración de callos acompañada de unos *chatos* para entretener la llegada del cocido, Marcela, Hernán y Jardiel Poncela se han puesto al corriente de las andanzas mañaneras con la sensación de que ninguna de las pesquisas e informaciones obtenidas cobraba su completo sentido hasta ser puesta en común con lo que escarbarán en las próximas horas.

Cuando han terminado sus relatos se quedan en silencio, vencidos por el bullicio del mediodía en Casa Alberto, y eso que el escritor los aguardaba con una mesa reservada en la zona más tranquila, al fondo de lo que allí llaman la *Presidencia*.

HERNÁN.— Tendríamos que haber convidado a comer a Herminio.

MARCELA.— A mí también me ha dado apuro dejarlo así, pero no hubiéramos hablado con la misma libertad.

JARDIEL.— Cuando pase todo esto, nos reunimos un día para celebrarlo y lo invitamos a cenar por todo lo alto. Y por supuesto que pague tu padre, que ya estará con nosotros y conoce mejor que nadie…

Debe interrumpirse para ponerse en pie, es ya la tercera vez que lo hace, y estrechar la mano de alguien que pasa junto a la mesa y se detiene a saludarlo.

Casa Alberto se encuentra a un paso del Teatro Español y conserva las viejas taquillas donde se vendía la *clá*, las entradas a bajo precio con las que los espectadores, también llamados

alabarderos, se comprometían a aplaudir cuando se les ordenara, así que era una de las tabernas más frecuentadas por gente del teatro.

MARCELA.— Tienes a un montón de amigos aquí —con un punto de envidia, ya que, a pesar de autotitularse dramaturga en sus tarjetas de visita, nadie la ha reconocido como tal en toda su vida.

JARDIEL.— Los tres son unos memos. Y, efectivamente, son grandes amigos míos. Siempre que puedo, procuro enriquecer mi colección de idiotas amigos con nuevos ejemplares, pues creo que los idiotas son tan necesarios como los inteligentes y, además, ocupan menos sitio en las habitaciones.

MARCELA.— Ahora me dirás que la amistad está sobrevalorada.

JARDIEL.— No, te diré que hay que darle la importancia justa. —Una calada al cigarrillo para darse impulso—. Existe una gran semejanza entre la amistad y la fiebre tifoidea, como lo prueba el que ambas surgen inesperadamente en el interior de los mamíferos, se apoderan de ellos por completo, nos acompañan a todas partes y, al fin, van desvaneciéndose poco a poco, hasta que un día cualquiera desaparecen en absoluto de nuestro campo visual.

A continuación se levanta por dejar claro que no es indispensable aplaudirle y para recordarle al camarero de la barra que han terminado el aperitivo y que pueden servirles el cocido cuando quieran.

Alguien le impide volver a sentarse en la mesa.

Esta vez el estrechón de manos asciende a abrazo con exhaustivo manoseo de espalda. El contendiente es un tipejo esmirriado, mal vestido y, por su estatura, uno de los pocos seres de Madrid a los que el escritor saca una cabeza de ventaja.

Pero tiene mal carácter.

DESCONOCIDO.— ¿Se confirma que estrenamos el 21 de febrero?

JARDIEL.— Confirmado.

DESCONOCIDO.— ¿Has repasado el tercer acto?

JARDIEL.— Lo he revisado a fondo, lo he rehecho tres veces y ha quedado impecable.

DESCONOCIDO.— *(Hundiéndole un dedo en el pecho)*. Ya veremos. Sabes que la mayoría de los críticos sostienen que las comedias flojean en el tercer acto.

JARDIEL.— Lo sé hasta el punto de que has sacado esa afirmación de un artículo mío.

DESCONOCIDO.— Quería asegurarme que no lo habías olvidado. —Al separarse un paso y mirarle de arriba abajo, da la impresión de que busca una razón para no hundirle la cabeza con una silla allí mismo.

JARDIEL.— *(Divertido)*. Si se me olvida, te llamaré por teléfono.

DESCONOCIDO.— Y el día del estreno estaré dos horas antes en el Teatro de la Comedia, dispuesto a defender con sangre lo nuestro.

JARDIEL.— Espero que no sea necesario.

Nuevo abrazo.

Y por fin, la bendita separación.

Jardiel regresa a la mesa y se deja caer en la silla, aparentando un gran cansancio.

MARCELA.— ¿Otro amigo idiota?

JARDIEL.— No, este es un amigo extremadamente listo, hasta el punto de que ha logrado una participación de mi próxima obra —busca un cigarrillo—. Me lo encontré hace unas semanas y después de exponerme su penosa situación, me pidió prestadas

trescientas pesetas. Como no podía negarme y no quería ceder al *sablazo*, le dije que si lograba un éxito con mi próxima obra podría contar con el dinero. Al menos me he asegurado que habrá una persona aplaudiendo a morir en la noche del estreno.

Llega un camarero y les repone la frasca de vino, pero ni menciona el cocido; el lugar esta lleno a rebosar y el personal no da abasto.

HERNÁN.— Respecto a la reclusa de Casa Galera que también habla de los Cementerios Ambulantes —como es habitual en él, ha permanecido medio ausente de la taberna, cavilando en sus cosas, y casi les sobresalta cuando habla—, ¿va a ir usted mismo a hablar con ella?

MARCELA.— Una historia espeluznante. Me imagino a la pobre mujer huyendo con el cuerpo del niño al que ella misma ha asesinado y buscando la manera de enterrarlo en sagrado. Ahí hay toda una novela naturalista.

JARDIEL.— Iba a intentar ir esta misma tarde.

HERNÁN.— Una demandadera del presidio es… una antigua conocida. Si estuviera hoy de turno podría facilitarme la entrevista.

MARCELA.— ¿Le debe algún favor inconfesable? ¿Es una mujer tan misteriosa como usted? —burlona.

HERNÁN.— Le aseguro que en mí hay poco misterio —con su sonrisa de otra parte.

MARCELA.— Todos los hombres misteriosos niegan serlo. Si se dedicaran a ir alardeando ante todos, perderían su condición de tales.

JARDIEL.— Me vendría muy bien que fueran ustedes a Casa Galera, a

ver si nos enteramos por fin de qué es eso del Cementerio Ambulante. —Mata y enciende otro cigarrito para engañar el hambre—. Así podría ir yo al Sanatorio Infantil del que me habló la mujer del investigador.

MARCELA.— Un sanatorio infantil secreto, el sobre en la pitillera que no pudo entregar al rey, cruceiros para enterrar niños sin bautizar, cementerios ambulantes, timbas para juegos suicidas, una actriz millonaria en bancarrota, un antiguo novio morfinómano, un amante joven al que nadie conoce, un hijo secuestrado después de muerto, la panda de asesinos de Unión Patriótica… sin incluir al fantasma que donó su cuerpo y el de sus amigotes a la ciencia —ha estado contando con los dedos—. Nos estamos dando verdadera maña en complicar la cosa mientras creemos que avanzamos en su resolución.

JARDIEL.— Tenemos que seguir tirando de todos los hilos porque no sabemos cuál de ellos nos llevará al momento previo a la función, cuando Ana es acuchillada. Hasta que no averigüemos quién la asesinó y encontremos el lugar donde escondió la carta que iba dentro de la petaca que debía entregar al decimotercer Alfonso, no estaremos en posición de entender esto, de saber quién lo maneja todo y de encontrar a tu padre.

HERNÁN.— Pues en eso quedamos. Marcela y yo debemos pasarnos también por el Asilo de Actores Retirados, donde nos espera Herminio.

MARCELA.— Y me temo que, como no nos sirvan pronto ese cocido, tendremos que irnos sin comer —con una mirada asesina a un camarero que pasa cerca sin darse por enterado—. ¿Nos veremos esta noche? —a Jardiel.

JARDIEL.— Esta noche tengo una cena con José Ruiz Castillo, el editor de Biblioteca Nueva para hablar de mi próxima novela, así que no podrá ser. Podemos desayunar juntos mañana en casa de mi amigo Joaquín Sama, que me tiene recogido. Ahora les daré la dirección.

HERNÁN.— A nosotros nos puede encontrar en casa de mi padre, si surge algo urgente.

Cuadro 18

Por unos incognoscibles pero efectivos cauces de comunicación establecidos entre los colectivos que ocupaban el caserón del conde Alivenza, todo el mundo estaba perfectamente al tanto de la hora exacta a la que llegaría la médium que había convocado la condesa.

Cuando el segundo lacayo abrió la puerta principal, el silencio del sepulcro invadió todas las estancias.

ANTOÑITO.— ¿La señora tendría la bon…?

FLORENCIA.— Calla.

El criado debe apartarse para evitar que la espiritista le pase por encima.

Florencia Ledesma, alias *la Miguelita*, lleva un brazo en cabestrillo y emplea el otro para apoyarse en el bastón que complementa la inestabilidad de su pierna derecha, vendada de rodilla hacia abajo, pero estos detalles casi se pasan por alto ante lo llamativo del ojo morado, el corte en la frente y las contusiones en la barbilla. Tendría unos treinta y, a pesar de su estado, un aire de mujer resultona tirando a fresca de las que se hacen rápidamente con el control de cualquier situación, sobre todo si en ellas hay algún hombre de por

medio.

Busca el centro exacto del enorme vestíbulo y se detiene para observar detenidamente el techo.

Al momento aparece la dueña de la casa acompañada de una de sus hermanas, procedente del gabinete de la planta baja.

MANOLITA.— Buenas tardes, la estábamos esperan…

FLORENCIA.— Silencio —sin dirigirle una mirada—. Necesito mucho silencio.

Intimidada, la condesa se queda donde está, flanqueada por su hermana y por el lacayo, que ha preferido quedarse ante la posibilidad de que la recién llegada dé muestras de violencia.

FLORENCIA.— Esta noche he soñado con esta casa. Yo estaba aquí, exactamente aquí, viendo como ardía hasta los cimientos sin que nadie pudiera impedirlo.

ENCARNITA.— ¡Jesús! —La hermana de la condesa; viuda y, al igual que ella, con un pasado de taquígrafa, retrocede un paso.

FLORENCIA.— Pero eso era solo el final del sueño.

Debe haber terminado de examinar lo que pretendía porque, con rapidez asombrosa, se pone en marcha y comprueba puerta tras puerta hasta localizar la de la biblioteca.

Una vez dentro, se abre paso entre los asistentes al duelo que abren un pasillo para dejarla entrar a su gusto mientras murmuran animadamente.

FLORENCIA.— ¡¡Silencio todos!! —les grita. Cuando considera que han obedecido a su satisfacción, se vuelve para comprobar que la dueña de la casa la haya seguido—. Antes, soñé que todos los habitantes de la casa, incluyendo los invitados, habían sido

ahorcados de las vigas del techo y morían lentamente entre terribles estertores.

Nadie se atreve a replicarle.

Al pasar junto a un jarrón de porcelana con forma de dragón de casi medio metro de longitud le da un toque chulesco; la vasija se tambalea, baila casi sobre las tres patas que constituyen su base, pero al final, milagrosamente, se salva de caer.

La mujer se acerca hasta la puerta ventana y observa lentamente la comuna de mendigos que se ha instalado en los jardines.

FLORENCIA.— ¿No hay perros en esta casa?

ANTOÑITO.— Dos, señora. En el patio del servicio. —Mira a la condesa, como disculpándose por haberse adelantado a responder.

FLORENCIA.— En mi sueño mueren también. Cosidos a puñaladas.

Con gran dificultad para vencer el escalón, sale al jardín y emprende el regreso sin haber llegado a recorrer un par de metros.

Ni los de dentro ni los de fuera se pierden un solo detalle de sus movimientos.

FLORENCIA.— ¿Y niños? ¿Es que no hay niños aquí?

MANOLITA.— Mi hija Anita. Y creo haber visto algunos ahí fuera, entre los *peregrinos*.

FLORENCIA.— Revientan. En mi sueño revientan todos. Como un globo lleno de agua. —Da una fuerte palmada que sobresalta a todos.

MANOLITA.— ¡Pero todo eso es terrible!

FLORENCIA.— Se equivoca, todo eso es maravilloso.

ENCARNITA.— Pero…

FLORENCIA.— *(No la deja hablar).* Todo eso es la señal de que es posible limpiar el halo nefasto que ha caído sobre esta casa.

ENCARNITA.— ¿Cree usted que podrá ayudarnos? —Ha sido ella la que ha insistido hasta convencer a su hermana de que se haga con los servicios de la Miguelita para resolver el enigma del conde.

FLORENCIA.— Podré, claro que podré. Yo siempre puedo.

MANOLITA.— Verá, mi marido permanece encerrado en la bodega desde que volvió a la vida tras sufrir…

FLORENCIA.— Calle —nunca mira a las mujeres a la cara—. No es necesario que me cuente nada. Ya lo sé todo.

ENCARNITA.— ¿Lo ha soñado también?

FLORENCIA.— No, me lo han dicho esta mañana en el colmado. Es el chisme de medio Madrid.

MANOLITA.— Entonces…

FLORENCIA.— Ya le he dicho que podré ayudarla, pero no será hoy —eleva la voz para asegurarse de que todos quedan avisados para su espectáculo—. Celebraremos una sesión espiritista para averiguar qué evento terrible vivió el conde en el ultramundo que le impide reintegrarse en nuestra realidad. Pero será mañana por la noche. Necesito acumular poder astral para llevarla a cabo.

Cuadro 19

Tras la zarabanda en la que se ha convertido su vida en los últimos días, Antolina necesita un poco del silencio y la soledad que siempre la han acompañado —hija única convertida en solterona sin conciencia clara de los límites entre uno y otro estado— para

recobrar el equilibrio.

Al salir del colegio se ha llevado un buen rato comprobando que Galván, no le conoce otro nombre al individuo de un solo ojo que ha amenazado su vida, no acechaba por las inmediaciones. Y al final se ha decidido por dar un largo rodeo en su vuelta a casa para asegurarse de que nadie la sigue.

Su madre murió antes de lo que podía recordar y se ha pasado toda la vida al cuidado de su padre y cuidándolo a él cuando la edad y la enfermedad empezaron a llevárselo. Después se quedó sin nadie, hasta hoy, pero con tanta naturalidad que nunca ha padecido la ausencia de compañía. Sus compañeras, cuando sale el tema, le dicen que aún es joven y guapa, *que cualquiera sabe*; ella no las contradice, porque *saberse, no se sabe*; cuando piensa en sí misma siempre lo hace como si aún no hubiera cumplido los veinte, y tampoco *sabe* si eso es bueno o es malo.

Cuando se da cuenta, está en la Cuesta de San Vicente y se dispone a bordear el Campo del Moro para ir cortando hacia su piso, en Alfonso VI.

Está deseando encerrarse en casa por dentro, cambiarse de ropa y dejarse caer en el sofá para leer *La novela de hoy*, la revista que lleva bajo el brazo, protegida con su propio cuerpo del aguacero que terminará cayendo en algún momento; de entre todas las colecciones de relatos y novelas cortas, tiene un especial interés en esta publicación por ser una de las más abiertas a títulos de escritoras como Colombine, Concha Espina, Sara Insúa, Pilar Millán Astray, Magda Donato y Margarita Nelken, además de que, esto último no lo reconoce, sus temas suavemente eróticos o policíacos, siempre decadentes, son sus preferidos. En los últimos tiempos, la supervivencia de la revista, como la del resto del entramado editorial de su director, Artemio Precioso, está en serio peligro por el enfrentamiento que ha sostenido con Primo, al empeñarse en publicar un relato de Valle-Inclán donde este ridiculizaba al dictador, un motivo más para que cuando otra de las profesoras le ha traído este número atrasado, lo haya recibido como un regalo de gran

valor.

Un camión avanza de frente a tanta velocidad que le parece que se le va a echar encima; el cartel de su costado, *SALAZONES ADRIÁTICO, Repartos*, le resulta conocido y no recuerda de qué.

Pronto será de noche y apenas pasa nadie por la linde del Campo del Moro, cuya arboleda despide una fría neblina que parece avanzar en busca de la ciudad.

Si padre era un modesto profesor de francés, republicano de siempre, que la educó en el rechazo de cualquier privilegio o imposición y que fantaseaba con ella sobre la posibilidad de irse los dos a vivir a Francia para librarse de la monarquía medieval que gobernaba la maldita piel de toro, como él la denominaba. A veces, se pregunta si aprobaría que impartiera sus clases particulares en casa de un aristócrata, pero Anita…

La maniobra a su espalda ha sonado demasiado cerca.

Estúpidamente, se queda mirando un momento las obras de la Almudena antes de girar la cabeza.

SALAZONES ADRIÁTICO, Repartos.

La camioneta Ford va a por ella, la esquiva cuando ya le parece imposible y frena salvajemente cerrándole el paso.

De la puerta trasera salen dos sujetos con trajes mal cortados que se dirigen hacia ella sin expresión ninguna, para ellos esto es el más rutinario de los trabajos.

Uno de ellos saca una bolsa de tela del bolsillo.

Aún no ha reaccionado cuando el saco le cubre la cabeza y están los tres en el interior de la caja del vehículo.

Al ponerse en marcha de un tirón, vuelve a perder la escasa estabilidad que había ganado y se golpea la cabeza contra algo.

Aquellos hombres huelen a pescado podrido, a sudor y a algo que no quiere reconocer como sangre.

Desgraciadamente no ha perdido el conocimiento.

Cuadro 20

Cuando llegan a la calle del Toro, Herminio ya los está esperando al pie de la escalinata, apoyado en su bicicleta; en cuanto los ve, saca cadena y candado del bolsillo de la gabardina y se dispone a asegurarla en la reja de una de las ventanas, como si estuviera a un paso de la plaza de su pueblo.

HERNÁN.— A lo mejor no les gusta a los propietarios de esa casa que amarres la bicicleta a su ventana.

HERMINIO.— ¿Por qué no?

Formula la pregunta tan sinceramente desconcertado que el sereno desiste de explicárselo y le hace una señal de que los acompañe en la búsqueda del número correspondiente al Asilo de Actores Retirados en la Plaza del Alamillo, el lugar de donde procedía el fantasma de la calle Sombrerería que le regaló su propio cadáver al doctor Arellano.

Unos niños juegan a *Pídola* al otro extremo de la plaza vacía y no parecen divertirse demasiado, porque al verlos buscar algo, van desplazándose disimuladamente en su dirección para ver qué ocurre.

MARCELA.— Puede ser esto —avisa a sus compañeros.

Está señalando un doble portalón de madera remachada pintada de un verde ya desconchado con una placa en la que apenas se lee *AAR* en caracteres oxidados; en la parte superior de cada hoja hay un ventanuco con portezuelas a la altura de los ojos, una de ellas tan desencajada que permite entrever, a la ya escasa luz del atardecer, un patio triste y vacío.

La fachada ofrece el mismo aspecto de desesperada resistencia a un largo abandono que las puertas; Hernán y Marcela utilizan por turno el llamador y se retiran un par de pasos a esperar que les

abran, inseguros de estar usando el sortilegio adecuado para entrar allí; nadie lo hace.

A pesar de los gritos de los niños, que no dejan su juego mientras los miran de reojo y continúan acercándose, tanto la plaza como el asilo, en la soledad de la tarde invernal, van cobrando un aspecto cada vez más lúgubre.

En la taberna donde han comido, en el tranvía, por las calles, todo el mundo comenta los desórdenes que se están produciendo en varias zonas de Madrid y los relacionan con que el gobierno de Miguel Primo de Rivera, y quizás la monarquía, pendan de un hilo a cada momento más frágil.

Frente al local abandonado, sin nadie por las calles más que aquellos niños, la brisa cortándolos en pedazos, tienen la impresión de que la evacuación de la ciudad ya ha comenzado.

HERNÁN.— ¡Eh, tú! Ven aquí —le grita a uno de los niños que juega a *Pídola*.

El más vivo, seguramente líder del grupo, se adelanta con ademán descarado. Pero el sereno prefiere otro interlocutor.

HERNÁN.— No, tú no. El que hace de *burro*.

NIÑO.— ¿Yo? —pregunta con timidez el que está agachado para que los demás saltasen sobre él mientras se yergue lentamente.

HERNÁN.— Sí, tú. Ven aquí.

Un poco amedrentado, el niño se aproxima hasta quedar a su lado.

NIÑO.— ¿Es usted policía?

HERNÁN.— Exacto. —Saca la credencial de sereno y se la coloca tan cerca de los ojos y por tan breve tiempo que no puede leerla.

NIÑO.— Ah.

HERNÁN.— *(En el papel del más desabrido agente de la autoridad)*. Dime, ¿eres del barrio?

NIÑO.— Sí, de la calle Morería.

HERNÁN.— Bien. ¿Sabes cuánto tiempo lleva cerrada esta residencia?

NIÑO.— Desde antes de que se muriera mi hermana.

HERNÁN.— ¿Y cuánto tiempo hace de eso?

NIÑO.— No lo sé.

HERNÁN.— Para calcular, ¿más o menos de cinco años?

NIÑO.— Mucho más. Unos tres años —afirmando firmemente con la cabeza.

MARCELA.— *(Le susurra a Hernán)*. Sí que tienes vista para los niños.

NIÑO.— Pero solo está abandonada por de día.

HERNÁN.— ¿Y de noche?

NIÑO.— Pues que hay gente. Y luz. Y cantes.

HERNÁN.— ¿Estás seguro?

NIÑO.— Todas las noches.

HERNÁN.— *(Está a un punto de intentar formular alguna pregunta más, pero termina por dejarlo pasar)*. Vale, puedes marcharte.

El chico vuelve con sus compañeros, cuchichean algo, cruzan a la otra acera pero en vez de marcharse, permanecen allí, observándolos desde los lejos.

Hernán se queda meditando sin perder de vista la puerta y al final vuelve a golpear con el llamador.

MARCELA.— Hernán, ese pobre crío no parece muy espabilado.

HERNÁN.— Precisamente porque es medio tonto creo que nos ha dicho la verdad.

HERMINIO.— ¿Entonces?

HERNÁN.— Entonces vendremos esta noche por aquí para echar un

ojo al asilo.

HERMINIO.— Pero no creo que…

HERNÁN.— Yo tampoco lo creo, pero vendremos.

Cuadro 21

Después de recorrer el barrio de la Fuente del Berro y sus alrededores en el coche sin encontrar nada parecido al Sanatorio Infantil del que le había hablado la mujer del detective, Jardiel Poncela había decidido aparcar y proseguir a pie con su búsqueda sin que mejorara su suerte.

El barrio, un área residencial de viviendas unifamiliares baratas distribuidas en calles anchas pespunteadas de árboles, se encontraba casi en las afueras de Madrid, y un viento con las peores intenciones mantuvo las aceras vacías de vecinos a los que pedir información hasta que se encontró con una anciana que parecía regresar andando tranquilamente de haber comprado la edición vespertina del periódico, quizás en el centro de la ciudad; la mujer no le dio muchas esperanzas, pero le dijo que si tiraba adelante por la carretera en construcción de la nueva fase del barrio, siempre bordeando el parque, llegaría a una casa amarilla *donde cuidaban a muchos niños*.

Aquella carretera resultó más larga, lo que quedaba para anochecer más corto y el abrigo mucho más inútil de lo que le parecía. Estaba a punto de darse la vuelta cuando se encontró con la casa amarilla.

Un caserón con dos plantas de estilo clásico, sin alardes arquitectónicos de ningún tipo, rodeado de una tapia blanca que permitía ver un pequeño patio de entrada y unos jardines traseros llenos de bancos y juegos infantiles. No había ningún cartel o rótulo identificativo, pero una rampa sustituía a la escalinata de entrada y

eso le hizo pensar que había dado con lo que buscaba.

Pegada a la puerta, una nota manuscrita informaba de los horarios de visita; solo quedaban diez minutos para que finalizara el de la tarde, así que se dio prisa por entrar.

En el vestíbulo, un mostrador vacío, una pequeña sala de espera, el ascensor, la escalera y una puerta batiente por la que pasa a un largo corredor.

Mientras avanza, lo recibe un sonido sincopado, irregular, que no es capaz de reconocer.

Al final, una encrucijada entre la sala de curas, la capilla y la zona de ingreso. Elige la última.

Está en un pasillo aún más largo que el anterior, con espaciosas habitaciones a uno y otro lado, todas ocupadas por doce camas enfrentadas en filas de seis.

Ya ha identificado con toda claridad el sonsonete que lo acompañaba. Llegará un momento en el que sienta que nace en su interior la tos de cada uno de aquellos muchachos.

Al fondo, entre las sombras, un tipo vestido de negro, la cara oculta bajo el ala del sombrero, lo espera con aire amenazante.

Un chiquillo bajito de edad indefinible y un aspecto algo más saludable que el de la mayoría entra y sale de las habitaciones, parece que supervisándolas, muy serio, como si fuera el máximo responsable del sanatorio.

Jardiel camina despacio frente a las puertas abiertas, a estas alturas ya se le ha metido muy dentro el rumor de las toses de los chicos —siempre hay alguno tosiendo en cada habitación, unos como si fuera esa la forma habitual de su respiración, otros como si estuvieran a un punto de ahogarse, todos con esa mirada fatigada de haber perdido todas las batallas contra su propio cuerpo—, se siente forzado a observarlos con una descortesía que no puede vencer, se detiene a veces como preguntándose si está en su mano alguna forma de ayudarlos; sus edades deben de oscilar entre los doce y los veintitantos, y, aunque parecen limpios y bien atendidos, sus cuerpos famélicos y sus rostros sin color, sus labios azules y sus

sonrisas de calavera revelan sin lugar a duda que no hay esperanza para la mayoría de ellos.

Una enfermera sale de uno de los dormitorios y casi tropieza con él.

ENFERMERA.— Lo siento mucho, caballero, pero ya ha terminado el horario de visita —en tono más que amable.

JARDIEL.— Me marcho enseguida.

ENFERMERA.— No hay prisa —se marcha con una sonrisa.

El tipo vestido de negro sigue esperándolo, envuelto en su capa, sin mover ni un músculo.

La mayoría de los niños están solos, pero hay algunos que se están despidiendo de las visitas, hombres o mujeres vestidos de forma muy modesta, ciudadanos *de blusa*, —gente del *adoquinado*, de la *construcción*, del *servicio doméstico* o del *paro*—, aire tosco, algunos llorosos, todos desconcertados ante la enfermedad.

Un chiquillo sale hasta el pasillo para despedir a sus padres y el niño-supervisor se les une —ahora hace las veces de anfitrión— y los guía hacia la sombría figura del remate del corredor.

Entonces Jardiel descubre el secreto del hombre vestido de negro.

No tiene tiempo de reflexionar sobre su confusión; en el siguiente cuarto descubre la razón por la que hasta ahora no ha visto a casi nadie del personal: un médico, dos enfermeras y lo que deben de ser un par de celadores, se afanan alrededor de la cama de un niño completamente amoratado, incapaz de respirar, trabajan rápido y en silencio, muy cariñosamente con el enfermo, mientras el resto de los críos miran aterrados a su compañero.

El escritor pasa rápidamente de largo, incapaz de soportar la escena, y se aproxima al hombre de negro, ahora acompañado por el chico que guía a sus padres.

Aún sin quitarse de la cabeza la crisis que acaba de ver en la habitación, se pregunta cómo no ha reconocido antes al muñeco de

tamaño natural. El Zorro, el personaje de las dos películas de Douglas Fairbanks. Con su antifaz, su capa, su sombrero redondo y sus botas de montar.

El otro muchacho se abre paso autoritariamente, se acerca al héroe y le da varias vueltas a una llave que oculta entre los pliegues de la ropa: inmediatamente, el Zorro levanta airosamente la cabeza, se desembaraza de la capa con un movimiento del hombro para mostrar que empuña una espada que apunta al suelo, mejor dicho, apunta hacia un cuadro relleno de tierra que han dispuesto junto a sus pies; a continuación, dibuja una Z en la arena y vuelve lentamente a su posición de origen.

El matrimonio se marcha entre murmullos de admiración tras dejar a su hijo en una de las habitaciones y el otro niño, el más pequeño, aunque seguramente solo de estatura, mira orgullosamente a Jardiel, como si todo aquello fuera obra suya.

El escritor no le dice nada, solo lo aparta con suavidad y, tras localizar en un bolsillo interior la llave cilíndrica que encontraron en el interior de la pitillera de Ana Ermitaño, retira la llave del Zorro, introduce la suya y la hace girar.

Nada.

Pero no importa, por fin sabe con toda seguridad la clase de llave que tienen en su poder; solo les queda encontrar el autómata en el que encaje. Que no es poco.

Ahora es el chico el que le mira con la boca abierta.

JARDIEL.— Te he asombrado, ¿eh?

NIÑO.— ¿Tiene usted uno?

JARDIEL.— No, pero estoy pensando en comprármelo para que me haga compañía en el despacho.

Después retira la llave, la guarda y vuelve a colocar la original, sin dejar de echar un ojo de vez en cuando a su acompañante: tendrá unos trece o catorce años, el pelo castaño, la piel llena de pecas que camuflan su palidez y el pecho ligeramente cóncavo bajo

el pijama, de poco abrigo para las corrientes del pasillo.

JARDIEL.— ¿Cómo te llamas?

NIÑO.— Enrique.

JARDIEL.— ¿Enrique Jardiel Poncela?

ENRIQUE.— No.

JARDIEL.— Me alegro por ti. ¿Llevas mucho tiempo ingresado?

ENRIQUE.— La verdad es que ya no estoy ingresado del todo, pero —busca la manera de decirlo— como no tengo mucha familia, me he quedado aquí por ahora.

JARDIEL.— Me alegro de que estés curado —lo siguiente lo dice con mucho tiento—; este es un sanatorio para enfermos con tuberculosis, ¿verdad?

ENRIQUE.— No. Vamos… no. Aquí todos estamos por la enfermedad de la fábrica de fibrocemento.

JARDIEL.— *(Mirándolo con fijeza)*. ¿Todos habéis trabajado en esa fábrica?

ENRIQUE.— Sí.

A pesar de su edad, parece saber perfectamente de qué habla.

El escritor mira una y otra vez hacia el pasillo, temiendo que lo descubran allí pasada la hora de visita.

JARDIEL.— ¿Conoces a la dueña de todo esto? ¿A Ana Ermitaño?

ENRIQUE.— ¿Cómo sabe usted que es ella? —atónito.

JARDIEL.— *(Baja la voz)*. No sabía que fuera un secreto.

ENRIQUE.— *(Bajándola también)*. Aquí nadie lo sabe.

JARDIEL.— ¿Quién te lo ha dicho a ti?

ENRIQUE.— Mi amigo Eleucidio.

Todo se detiene.

Eleucidio.

Saltan de nuevo los relojes.

JARDIEL.— ¿Hay algún sitio donde podamos hablar tú y yo sin que nos oiga nadie?

ENRIQUE.— *(Feliz de alterar su rutina)*. Podemos vernos ahí fuera, frente a la puerta, en los árboles.

JARDIEL.— ¿Seguro que puedes salir?

ENRIQUE.— Claro que sí. —Echa a andar antes de que el otro se arrepienta.

JARDIEL.— ¿En cinco minutos?

ENRIQUE.— Cinco minutos.

El escritor también se pone en marcha hacia la salida.

Eleucidio.

El niño del que le habló doña Luisa, la sastra del Teatro Español. El chiquillo que realizaba recados y otros trabajillos para la Ermitaño.

No pueden existir dos niños con ese nombre dentro de una misma historia.

Fuera, ya es completamente de noche, el silbido del viento no logra sustituir el rumor de las toses que se ha traído del sanatorio, ni su filo helado lo despeja del peso de la enfermedad con el que acaba de enfrentarse.

Se refugia en la arboleda y espera.

Ha oído hablar del mal que habita en ciertas factorías y sabe que hay colectivos que luchan por que se regule la edad y se mejoren las condiciones de trabajo, pero nunca había tenido un contacto tan directo con los resultados de ese infierno.

Al momento, con un abrigo demasiado grande y una bufanda anudada al cuello, aparece su tocayo en la puerta principal. Como Pedro por su casa.

JARDIEL.— ¿No hace demasiado frío para ti aquí fuera?

ENRIQUE.— Da igual. —Quizás tiemble un poco, pero está decidido a quedarse.

JARDIEL.— Me gustaría que me hablaras de tu amigo Eleucidio.

ENRIQUE.— ¿Y para qué? —Ha debido de estar pensado y desconfía.

JARDIEL.— Verás, la señora Ermitaño ha fallecido.

ENRIQUE.— Ya. Me lo ha dicho Eleucidio.

JARDIEL.— ¿Cuándo lo has visto?

ENRIQUE.— Ha venido a verme esta mañana.

JARDIEL.— Bien, pues yo era amigo de esa señora, pero hacía tiempo que no la veía y hasta ayer no supe que Eleucidio trabajaba para ella. El caso es que estoy preocupado porque huyó del teatro tras su muerte y no se ha vuelto a saber de él. Tal vez necesite algo, me han dicho que tiene más o menos tu edad.

ENRIQUE.— No huyó.

JARDIEL.— ¿Estás seguro?

ENRIQUE.— Claro, me lo ha dicho él. Solo que, cuando se murió la señora, él ya no pintaba nada en el teatro, no conocía a nadie ni nada, así que se fue por ahí. Ha estado dando vueltas por la calle y esta mañana ha venido a verme.

JARDIEL.— ¿Tú sabes dónde está ahora?

ENRIQUE.— Ahora, no. Por ahí. Pero mañana estará en la fabrica de fibrocemento. Me dijo que iba a pedir su antiguo trabajo.

JARDIEL.— ¿Os conocisteis allí?

ENRIQUE.— Los dos nos pusimos enfermos, pero tuvimos suerte. Lo nuestro solo fue una pulmonía, no la enfermedad del fibrocemento. Nos trajeron aquí, a la misma habitación.

JARDIEL.— Y ahora él se vuelve a la fábrica —pensando que quizás

no tenga la misma suerte esta vez.

ENRIQUE.— *(Se encoge de hombros)*. A ver.

El aire de la noche le está encendiendo las mejillas y el escritor se dice que debe terminar pronto la conversación.

JARDIEL.— Oye, Enrique, ¿tú sabrías decirme dónde está exactamente esa fábrica? Me gustaría hablar con tu amigo.

ENRIQUE.— En Carabanchel Bajo, pasando las segundas chabolas; no tiene pérdida, se ve al momento… ¿Va a ir ahora?

JARDIEL.— Ya es muy tarde. Iría mañana por la mañana.

ENRIQUE.— Pues si quiere le enseño aquello. —Aparenta indiferencia pero está deseando que acepte la sugerencia.

JARDIEL.— *(Lo piensa un poco antes de responder)*. ¿Seguro que no tendrás problemas?

ENRIQUE.— *(Ahora ansioso por obtener una respuesta positiva)*. ¿Problema? Ningún problema. Si yo me paso las mañanas dando vueltas por allí y conozco a todo el mundo. Y buscaré a Eleucidio. Y le guiaré por la fábrica, que si va solo a lo mejor no le dejan entrar. Y…

JARDIEL.— Vale, vale. ¿Quieres que te recoja y vamos juntos?

ENRIQUE.— No se moleste, yo me voy para allá muy temprano en tranvía, en cuanto amanece. Esto es muy aburrido.

JARDIEL.— Como quieras. Si te parece, nos vemos en la puerta a eso de las once y media.

Cuadro 22

Antolina ya no sabe las veces que ha intentado llevar el cálculo de los saltos, las frenadas, los acelerones, las rectas, los recodos, las subidas y las bajadas que ha percibido desde el suelo de la furgoneta donde sus secuestradores la mantienen inmovilizada con un pie en el cuello y otro en la espalda.

Tampoco los escasos sonidos que le llegan desde el exterior tienen ya significado.

La talega que le cubre la cabeza la aísla de tal modo que tiene la sensación de haber caído en uno de esos pozos ocultos en lo más espeso de los bosques, un pozo que nadie conoce, en los que nunca se termina de bajar.

La siguiente parada es otro golpe en la cabeza.

El motor no se detiene, pero algo se abre, lo nota como un cambio de presión en los oídos.

Y, aunque dentro de su oscuridad no hay diferencia entre arriba y abajo, todo comienza a rodar a su alrededor y el mundo solo se detiene lo suficiente para caer desde algún sitio, para percibir el golpe en el hombro, la cabeza, el brazo y la espalda, los arañazos en las piernas e inmediatamente seguir rodando al encuentro del frío, la tierra y el final de la noche.

La camioneta arranca y se marcha. Antolina no está segura de si esta vez viaja dentro de ella o no.

Cuadro 23

Justo cuando Hernán comienza a notar que le flaquea la paciencia ante el repertorio inacabable de anécdotas hospitalarias, la mayor parte sobre el gran número de vidas que ha salvado, con las que Herminio intenta entretenerle, mientras esperan a Marcela, que ha ido a un locutorio cercano para llamar por teléfono a la *secretaria de rodaje* que se encontraron en el café del Gato Negro, la dramaturga

aparece por la esquina de la calle San Bernardo.

La guardia apostada en la puerta de la cárcel de mujeres no deja de mirarlos, sospechando ya de aquellos dos tipos que llevan un buen rato allí sin dejar de mirar la entrada con demasiada curiosidad.

HERNÁN.— ¿Has hablado con ella?

MARCELA.— Es un encanto, me estaba esperando. Tengo la dirección y el teléfono —palmada en el bolso— de Matildito Arola, el agente artístico de Ana Ermitaño.

HERNÁN.— Ya es tarde para ir hoy.

MARCELA.— Pues mañana.

HERNÁN.— Cada paso que damos, la cosa se dispersa más y más —pesimista—. No sé si alguna de estas pesquisas nos llevará a algún sitio.

MARCELA.— ¿Crees que no merece la pena seguir?

HERNÁN.— No me eches mucha cuenta. Es que entrar ahí dentro —señala el presidio— no me hace ninguna gracia.

HERMINIO.— Menos gracia les hará a las que están dentro a la fuerza que a nosotros, que hemos venido de visita.

HERNÁN.— Que a *nosotros*, no. Porque tú te vas a tener que quedar aquí fuera.

HERMINIO.— Pues para que usted vea.

HERNÁN.— *(Pensando que ha sido demasiado brusco)*. Mientras menos seamos, más fácil será que la mujer a la que venimos a ver nos diga algo sobre los Cementerios Ambulantes.

MARCELA.— Así, si nos dejan presos, tendremos a alguien que nos visite.

Herminio los despide con una sonrisa triste mientras se deja caer

en el helado escalón de uno de los portales de la calle Quiñónes, completamente desierta a aquella hora.

Los dos se dirigen despacio al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, el edificio que desde hacía casi noventa años alberga la Casa Galera, la cárcel de mujeres de Madrid, y se acercan a uno de los guardias, un tipo gordo y viejo para otros servicios, que los recibe con malas pulgas.

GUARDIA.— Estas no son horas de visita.

HERNÁN.— Ni nosotros venimos a ello. ¿Conoce usted a Lucía Vernant, la demandadera de la casa?

GUARDIA.— Claro que la conozco.

HERNÁN.— ¿Podría usted avisarla? Le traemos razón de una desgracia que ha ocurrido en la familia.

GUARDIA.— *(Los mira de arriba abajo a los dos y se da la vuelta para abrir)*. Pasen ustedes por aquí.

Ha dudado solo un instante; Hernán sabía con toda seguridad que ningún hombre que la conociera dejaría pasar la ocasión de hacerle un favor a Lucía Vernant.

Una vez pasada la puerta, el vigilante duda sobre donde hacerles esperar, lo suyo no es tomar decisiones, y termina por decirles que lo sigan.

Penetrar en aquel monasterio reconvertido en prisión donde no se escucha ni una sola voz de las cientos de mujeres ocultas al mundo, en aquel ambiente oscuro, frío y condensado produce una sensación opresiva que les hace desear marcharse cuanto antes de allí.

Por fin llegan a una gran estancia alargada donde se alinean varias docenas de máquinas de coser.

GUARDIA.— Espérense aquí. ¿De parte de quién le digo?

MARCELA.— De Hernán.

Llegan hasta el final de la nave tratando de encontrar una intimidad imposible y Marcela se sienta en uno de los taburetes de madera tras señalarle otro al sereno. La iluminación es eléctrica, pero de tan baja intensidad y tan repartida que apenas se ven las caras.

MARCELA.— Pasar aquí sentada varias horas al día debe partirle el… cuerpo a cualquiera.

HERNÁN.— Te puedes ir haciendo una idea del trato que reciben las presas.

MARCELA.— Por cierto, ¿cuál es la labor de una demandadera?

HERNÁN.— Depende de la cárcel; aquí se dedican a hacer recados para las reclusas; viven de las propinas que les dan.

MARCELA.— Una especie de garrapatas de las prisiones.

HERNÁN.— *(Se encoge de hombros)*. En otras, cuando no hay personal femenino, incluso se encargan de los registros en presencia de algún funcionario.

MARCELA.— ¿Y se puede saber de qué…?

Aparece en la puerta una religiosa con gafas redondas y la característica toca de alerones almidonados de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que los examina severamente; lo que ve no le gusta, pero aun así se aparta y deja pasar a su acompañante.

Lucía Vernant tiene unos pocos años más que Hernán, cerca de los cuarenta, pero está claro que ha tenido tiempo de gastar varias vidas durante ese tiempo. Lleva el pelo rubio recogido en un moño con un pasador plateado en el que consiste todo su arreglo, y procura disimular las ondulaciones de su cuerpo con un ancho vestido gris y una toquilla tejida a mano igual de basta, pero seguramente llamaría mucho más la atención de cualquier hombre

en cualquier sitio que la mayoría de las mujeres, por jóvenes y bien vestidas o maquilladas que estuvieran.

La monja se queda en la entrada, la cabeza ligeramente adelantada, vigilándolos con insolencia.

Mientras se acerca, la demandadera busca los ojos del sereno, pero su gesto frío y la muchacha que lo acompaña le indican que no viene a verla por las razones que ha imaginado en un principio.

LUCÍA.— *(A Hernán, que se ha puesto en pie pero no la besa ni le tiende la mano)*. Cada vez frecuentas unos ambientes más raros.

HERNÁN.— Hoy no te puedo decir que hemos estado en sitios peores.

LUCÍA.— No, te aseguro que no puedes. Y hemos estado en sitios muy malos, tú y yo.

HERNÁN.— *(Se aparta un poco para dejarlas frente a frente)*. Lucía Vernant, Marcela Arellano. ¿Nos sentamos?

Las dos mujeres se dedican una fracción de sonrisa y hasta ahí llegan. Después se sientan los tres. El hombre saca recado de fumar, pero suspende la operación de armar el cigarrillo.

HERNÁN.— ¿Se puede fumar aquí?

LUCÍA.— Vendería el biberón de mi hijo por comprarme uno de esos, llevo todo el día sin fumar. No, está prohibido. Como todo.

MARCELA.— ¿Tan duro es esto?

Aunque la Hija de la Caridad está bastante lejos, los tres han comenzado a cuchichear cada palabra.

LUCÍA.— Solo si estás encerrada aquí y no te gusta el rancho de boniatos cocidos con hojas de col que te dan las putas monjas mientras que a ellas no es falta de nada, o si tienes algún problema por dejar que te roben un buen pellizco de las labores

que haces quitándote horas de sueño y que ellas venden en los Roperos de Caridad, o si no tienes dinero para comprar en el economato la comida que te ha enviado tu familia y que ellas requisan para revenderla después, o si te molesta que te castiguen por haber olvidado una parte del Rosario destruyendo las cartas de tus seres queridos, esas que solo llegan una vez al mes y que significan para ti más que nada de este mundo.

Lo ha dicho de un tirón, después ha mirado un segundo el bolsillo donde Hernán lleva el tabaco y lo ha rematado todo con una de sus sonrisas, de esas de las que nadie tomaría como tal, y después de las cuales todo el mundo, siempre, debe realizar una pausa.

HERNÁN.— ¿Y tú? ¿Cómo te va?

Está a punto de repetir la sonrisa, pero no se concede ese derecho.

LUCÍA.— No me puedo quejar, así que no me quejo. Aquí estoy tranquila, el trabajo no es para matarse, como el mismo menú que las monjas y tengo cuanto necesito. —Lo ha dicho sin mirarlo a los ojos; después lo piensa mejor y decide que no se merece, por los viejos tiempos, que le responda con vaguedades—. Ahí fuera me había buscado algunos líos serios; iba a terminar muy mal.

HERNÁN.— Eso me contaron.

LUCÍA.— Bueno, a mí también me han dicho que has sentado la cabeza. El señor *sereno*. Todo un agente del orden. —No se burla de él o se burla de los dos.

La mayor parte de lo que se dicen lo hacen sin palabras.

Al igual que Hernán, Lucía Vernant está aprovechando su última oportunidad y se siente tan carcomida por su buena suerte como él.

Hace un rato que Marcela no sabe qué hacer ni qué decir.

La monja no se ha movido ni un centímetro.

Allí quietos, el frío ha aumentado y la penumbra está a punto de imponerse haciéndolos desaparecer.

LUCÍA.— ¿Me vas a decir para qué has venido?

HERNÁN.— Para pedirte un favor.

LUCÍA.— Dime —abandonando todo artificio, seguro que ella le debe una de las grandes.

HERNÁN.— ¿Conoces a Felipa Bohórquez?

LUCÍA.— Claro que la conozco; Felipa es una de nuestras grandes estrellas; no solo asesinó a su hijo, sino que se llevó el cuerpo, estuvo años no se sabe dónde y después se entregó, sin confesar nunca dónde lo había enterrado. Aunque seguro que todo eso ya lo sabes.

HERNÁN.— Necesito hablar con ella.

LUCÍA.— ¿Ahora? —Está a punto de objetar mil inconvenientes, pero vuelve a recordar su deuda.

HERNÁN.— ¿Puede ser?

LUCÍA.— No te preocupes, ya he aprendido dónde hay que apretarles a estas cabronas —señala con reparo a la religiosa— para que sean razonables.

HERNÁN.— Bien.

LUCÍA.— ¿No estarás metido de nuevo en algún jaleo?

HERNÁN.— No, esto no es cosa mía —y es verdad y es mentira.

LUCÍA.— Mejor.

Se pone en pie.

Queda tanto por hablar que ha llegado el momento de marcharse.

Los tres quedan en pie.

LUCÍA.— Te la traerán enseguida —retrocede dos pasos sin dejar de mirarlo—. Me alegro de haberte visto.

Hernán asiente pero no dice una palabra, bastante le cuesta sostenerle la mirada.

Lucía se da la vuelta y se aleja sin despedirse de Marcela.

Pero lo reconsidera; se detiene y, ante la alarma de la Hija de la Caridad, que está a punto de salir en su rescate, regresa.

LUCÍA.— Todo lo que estamos haciendo por salir de la calle merece la pena, ¿verdad?

HERNÁN.— Claro que sí.

Ha respondido demasiado rápido.

Esta vez sí que se marcha Lucía.

En cuanto se quedan solos, saca tabaco y librillo para prepararse un cigarro.

MARCELA.— Como te pille la monja es capaz de sacarte un ojo con la cofia esa que lleva.

HERNÁN.— Que se joda.

Con medio cigarro no le basta para alejar los recuerdos, pero lo pisa, esconde la colilla y dispersa el humo con la mano.

Marcela sabe que cualquier cosa que dijera estaría de más, así que se pone en pie con las manos en los bolsillos del abrigo y da unos pasos para entrar en calor. Se imagina lo que habrá sentido Lucía al dejarla con Hernán y comparar sus años y su aspecto con el abrigo burdeos a juego con la boina, los carísimos zapatos y el bolso de piel que lleva puestos, y admira la dignidad que aquella mujer ha

mantenido en todo momento.

HERNÁN.— ¿Has pensado qué le vamos a decir a Felipa?

MARCELA.— Tú déjalo en mis manos.

El sereno va a hacerle alguna advertencia pero no tiene tiempo.

Allí está.

Debía ser verdad que Lucía había aprendido a manipular a las *hermanas*, porque la reclusa apenas ha tardado unos minutos en aparecer escoltada por dos religiosas que se vuelven a quedar en la puerta para dejarlos hablar con algo de libertad.

Felipa Bohórquez tendrá poco más de treinta años y está muy delgada, no es solo que la bata de su uniforme sea varias tallas mayor de lo que necesita; lleva el cabello color castaño cortado al cero, las uñas maltratadas por el trabajo, los labios cuarteados por el frío. Pero basta verla andar y sentarse, la finura de los rasgos, para percibir su buena crianza.

HERNÁN.— Buenas noches.

MARCELA.— Le agradecemos que haya venido.

FELIPA.— Buenas.

Los cortes de su voz dejan traslucir los privilegios de su educación, pero nada más.

Se sienta en uno de los taburetes y sitúa su mirada en algún lugar indeterminado donde los visitantes no puedan encontrársela.

HERNÁN.— Sentimos mucho molestarla a esta hora de esta manera, pero nos trae un tema de gran importancia. —Todavía no sabe qué decir y mira a Marcela que, de momento, no le presta la menor ayuda.

FELIPA.— … —Hace un rato que no se mueve, que no está.

HERNÁN.— Mire, el cura párroco nos ha dicho que usted podría

informarnos acerca de los llamados Cementerios Ambulantes.

FELIPA.— …

HERNÁN.— Me imagino…

MARCELA.— *(Tomando cartas)*. Comprendo que no quiera entrar en ese asunto, pero si usted hizo lo que hizo por dar santo sepulcro a su hijito, estoy segura de que comprenderá que nosotros también hagamos lo imposible porque mi hermana haga lo mismo.

FELIPA.— …

MARCELA.— Solo le pido que me permita contarle lo ocurrido y después, si usted quiere, nos marchamos y no la molestamos más.

FELIPA.— … —Sin reacción alguna.

MARCELA.— Mi sobrino nació con una insuficiencia renal que, si bien no lo ponía en peligro inmediato, le impedía llevar una vida medianamente normal, de hecho ni siquiera podía ir al colegio, tenía que tomar clases en casa por parte de un preceptor. —Siente la admiración de Hernán por su inventiva y sus dotes de actuación, pero no se atreve a mirarlo para no delatarse—. Mi hermana y mi cuñado emplearon todos sus recursos en encontrar el médico que le proporcionara un tratamiento que lo ayudara, tanto en España como en el extranjero, pero siempre fracasaron en sus intentos. Hasta que lo ingresaron en una clínica suiza, donde aplicaban un tratamiento revolucionario. Y allí ocurrió el milagro. Cuando lo trajeron, el año pasado, era otro: podía jugar con sus primos, empezó a hacer deporte e incluso lo pudieron matricular en un colegio. Tenía diez años y nunca he visto un niño tan feliz como él. Todo iba de bien en mejor, hasta que llegó el final de curso —silencio dramático— y suspendió dos asignaturas.

Dos asignaturas. Al ser la primera vez que no las aprobaba todas, sus padres se creyeron en la obligación de echarle una buena reprimenda, para evitar que su conducta de repitiera en el futuro. El niño los escuchó en silencio y cuando lo mandaron a su cuarto, subió al último piso —cualquiera diría que la lágrima que contiene con el dedo es real—, se arrojó por la azotea y murió en el acto.

Parece que las pocas bombillas que cuelgan sobre la estancia se están cansando de alumbrarles.

Nadie habla, cada uno pendiente de un punto invisible para los demás.

Remata Marcela.

MARCELA.— El sacerdote de su parroquia se negó a darle tierra sagrada. —La pena se transforma en rabia—. Reclamamos al cardenal, le contamos el caso, le dijimos que solo era un niño… y no hubo manera. Actualmente reposa en un pequeño huerto dentro de una finca que mi familia posee en la sierra. Pero mi hermana no descansa, no vive, no tendrá paz hasta que logre darle sepultura en suelo bendecido. —Está a punto de tomarle la mano pero teme excederse.

FELIPA.— …

MARCELA.— No quiero cargarle con ninguna responsabilidad, pero de usted depende aliviar su dolor. Cualquier información sobre cómo logró usted encontrar ese Cementerio Ambulante que admite a todas las almas se la agradeceríamos para siempre. Seguro que el Señor también se lo tendrá en cuenta.

FELIPA.— …

Hasta al propio Hernán empieza a afectarle la historia.

Las sombras de las máquinas de coser producen el efecto de estar cada vez más cerca, como si el espíritu atormentado de sus usuarias intentara expulsar de allí a los intrusos.

Cuando escuchan la suave voz de la reclusa, tienen la impresión de que reverbera en toda la sala.

FELIPA.— Ni el mismo Dios puede hacer ya nada por mí —con una sonrisa aniñada—, no hay permuta para mi eterna condena, pero aún tengo mi palabra, y prometí que jamás revelaría su paradero.

Empieza a temblarle la pierna derecha y no le importa que los demás lo noten.

Los visitantes permanecen en silencio, confiando en que tenga algo más que decir.

Debe aclararse la garganta durante unos segundos, lleva demasiado tiempo sin hablar.

FELIPA.— Me gustaría, de verdad que me gustaría, ponerlos en contacto con quien construyó el Cementerio Ambulante, el arquitecto. Cristóbal. Es un hombre bondadoso. De todas formas, la única dirección que le conocí fue el sifilicomio donde se ingresó tras contraer su horrible enfermedad.

Muy atenta al tembleque de su pierna.

FELIPA.— Tampoco le puedo decir que el hermano del arquitecto, la persona que me puso en contacto con él, tiene un estudio de fotografía en una *casa de trato* que está en el número quince la calle Costanilla de los Desamparados. Galván —pronuncia el nombre con evidente desagrado.

Se pone en pie, negando con la cabeza para sí misma; no sabe si ha hecho bien o mal en darles la dirección ni quiere pensar en ello.

MARCELA.— Solo usted puede comprender lo mucho que le agradecemos lo que ha hecho por nosotros.

HERNÁN.— Si necesita cualquier cosa…

FELIPA.— *(No parece que los escuche).* Ese hombre, el fotógrafo… tengan mucho cuidado con él.

Les da la espalda y camina hacia la salida.
Ansiosas, las dos monjas salen a su encuentro.

Cuadro 24

Ya ni sabe el tiempo que llevan sentados sin pronunciar una palabra en la parte de atrás del coche de García, frente a la pensión de Cuatro Caminos, esperando a que su mujer y aquel tipo terminen lo que hayan venido a hacer; lo que sí sabe Mancera es que su amigo le ha pedido que lo acompañe, porque si hubiera venido solo, le habría sido aún más difícil contener el ansia de salir del vehículo y asarlos a tiros a los dos, y esa es solo una de las razones que le impide decirle lo que le tiene que decir.

Al final es el chófer quién habla.

CHÓFER.— Señor, la señora…

GARCÍA.— Ya la he visto.

Su mujer y el tipo han salido del edificio al mismo tiempo sin dirigirse una palabra; ella ha abierto el paraguas y sube hacia la izquierda, mientras que él hace señas a un coche de alquiler.

CHÓFER.— ¿Seguimos a la señora o al coche?

GARCÍA.— Al coche.

Mancera se imagina más o menos lo que está pasando, el ruido del motor sustituye al de la lluvia sobre el capó.

No puede callar durante más tiempo.

MANCERA.— Esta tarde he tenido visita.

GARCÍA.— Dime —con los dientes apretados, los ojos fijos en el automóvil donde viaja el amante de su mujer.

MANCERA.— Han venido Gómez Menta, Jordi, Solá, Huesca y los dirigentes del partido en Barcelona, Sevilla y Ciudad Real, de los que ni siquiera recuerdo los nombres.

El otro tarda unos instantes en digerir la información, en buscar una respuesta y hacer la noticia compatible con la persecución que está llevando a cabo.

GARCÍA.— Sigo siendo el máximo responsable de la Unión Patriótica en el ámbito nacional. No puede haber una congregación de dirigentes del partido como esa en Madrid sin que yo lo sepa. No debería haberla —se corrige—. ¿Qué querían?

MANCERA.— Conspirar, naturalmente —intenta sonreír… otra vez será —. Están muy preocupados, ya sabes. En la calle no se sabe si Primo está o no está, si ha dimitido o ha sido destituido, pero todos saben que algo muy grave está ocurriendo y ellos se han dejado llevar por el pánico. Dicen que si no consigues encontrar esta misma noche las cartas de los próceres que recomendaban al rey apoyar a Primo de Rivera y hacer que el conde de Alivenza se la entregue y lo fuerce a actuar, todo estará perdido.

El coche continúa su marcha a velocidad moderada, casi

apacible, y esto contribuye aún más a alterar los nervios de su dueño.

GARCÍA.— Algo más te han dicho.

MANCERA.— *(Suspira)*. Que no te ven centrado en la búsqueda, que algo te pasa. Saben la relación que nos une y por eso han venido a verme.

GARCÍA.— Y tú, ¿qué les has respondido?

MANCERA.— Ya lo sabes.

GARCÍA.— Que, por agobiado que esté por problemas de todos los colores, valgo yo solo más que todos ellos juntos.

MANCERA.— Eso es.

GARCÍA.— Y después los has echado de tu casa con cajas destempladas.

MANCERA.— Exacto.

GARCÍA.— Has hecho mal; a partir de ahora seguirán maquinando en mi contra, pero ya no volverán a contártelo.

MANCERA.— ¿Te crees que no lo sé?

El vehículo se detiene al fin.

García necesitará algo de tiempo para recobrarse y contarle a su amigo que están en el Paseo de la Castellana, que el tipo al que seguían se ha bajado del coche de alquiler, ha cruzado hasta la Mazmorra, la mansión del conde de Alivenza, y se ha perdido entre la chusma que acampa en sus jardines.

Cuadro 25

Mientras cojea por la calle de Santa Engracia, Antolina reconoce que

no se puede ser más borrica, hay que estar mal de la cabeza para andar mucho más preocupada por lo que piense la gente del desgarrón en el abrigo a la altura de la espalda —y más cuando es de noche, está empezando a llover de nuevo y los pocos transeúntes con los que se cruza corren despavoridos de vuelta a casa— que por el golpe de la rodilla, la brecha en la frente y la herida todavía sangrante del brazo que le han ocasionado los que la arrojaron de la camioneta.

Sus secuestradores no llegaron a hablarle, llevaban razón al pensar que no era necesario, está más que claro que se trataba de una advertencia para que no dudara de hasta dónde eran capaces de llegar.

Al llegar a la esquina con Nicasio Gallego, se encuentra el *Patronato de Enfermos* para socorro de los pobres y se para en seco; no sabe si en aquella clínica tienen servicio de urgencias, pero el brazo no deja de sangrar y cada vez le cuesta más andar, así que merece la pena comprobarlo.

Atraviesa el zaguán con el nombre del centro rotulado en azulejos y se cuela en la zona de admisión, completamente vacía a aquella hora.

Se acerca al mostrador pero antes de llegar a él, aparece una vieja enfermera procedente de una de las puertas.

ENFERMERA.— Buenas noches.

ANTOLINA.— Buenas. Acabo de sufrir un atropello —se señala la frente y la rodilla—. ¿Pueden ayudarme?

ENFERMERA.— ¡Vaya! —Sonriendo—. Aquí no tenemos servicio de urgencias, pero alguna venda y un buche de alcohol encontraremos para hacerle una primera cura.

ANTOLINA.— Es usted muy amable.

ENFERMERA.— Sígame.

Vuelve a entrar por la misma puerta y Antolina descubre que

conduce a un largo corredor.

ENFERMERA.— ¿Ha sido grande el golpe?

ANTOLINA.— Un buen coscorrón.

ENFERMERA.— Y el coche ni se ha parado.

ANTOLINA.— No. —No quiere seguir mintiendo, pero lo prefiere a revelar lo que realmente ha ocurrido.

La mujer abre una puerta del fondo y se aparta para que entre la herida.

ENFERMERA.— Espere aquí mismo que enseguida la atendemos.

ANTOLINA.— Muchísimas gracias.

Cuando se da cuenta, está en una sala con las cuatro paredes cubiertas de estanterías metálicas rellenas de sábanas, colchas, fundas de almohada y toallas.

No hay ni una silla donde sentarse, así que empieza a suponer que alguien vendrá a recogerla para llevarla a una sala de curas o a un quirófano, cuando se abre la puerta.

Lo primero que le llega es la voz.

GALVÁN.— Creo que me andaba buscando.

Aquella voz.

Para Antolina, las treinta y tantas horas que han pasado desde que lo vio por primera vez han sido las más largas de su vida, pero el tipo también parece agotado; lleva la capa y el sombrero salpicados de barro, las gafas empañadas, una camisa amarillenta en la que solo ha cambiado el olor a sudor, perceptible a mucha mayor distancia, y una clara insuficiencia de oxígeno que demuestra cada vez que desplaza su gordura por la habitación. Pero estos signos, en vez de hacer pensar que se ha vuelto inofensivo, le dan un aspecto aún más peligroso.

GALVÁN.— Pues aquí estamos, querida. Le dijimos que podía ser que tuviéramos una encomienda para usted o podía ser que no, ¿recuerda?

ANTOLINA.— …

GALVÁN.— Bueno, al final es que sí.

Se va aproximando a ella muy parsimonioso, siempre con su sonrisa sarrosa; juega a acorralarla contra la esquina.

Antolina no le responde, a ella también le cuesta respirar; con el rostro encendido, mira a aquel tipo repugnante que representa el desmoronamiento de su vida apacible y tranquila, de todo lo que ha tardado tantos años en edificar.

GALVÁN.— La cosa no podía ser más sencilla, lo único que nos interesa es su alumna mongoloide, la hija del conde.

ANTOLINA.— …

Arrinconada entre dos anaqueles, siente tanto asco por aquel sujeto que es incapaz de dirigirle la mirada.

GALVÁN.— Solo tiene que sacarla del colegio, mañana a eso de las diez, con el pretexto que usted quiera. No le costará nada. Al fin y al cabo, usted le da clases particulares.

ANTOLINA.— …

No quiere responder ni escuchar sus palabras, de pronto se le ha venido la imagen de Román, su mirada limpia, la suave sonrisa, y no ve en el hombre de un solo ojo más que al responsable de su muerte.

GALVÁN.— Cuando la saque del colegio, la trae aquí, a este mismo cuarto; si le pregunta alguien no tiene más que decir que se

encuentra enferma. —Aquella sonrisa ensalivada—. Le aseguro que si cumple nuestras instrucciones no le pasará nada a ninguna de las dos.

Cada vez más cerca.

El cristal ahumado de las gafas.

Aferrando con todas sus fuerzas uno de los muebles de ropa blanca, Antolina lo hace balancear hasta que cae de lleno contra Galván que, aunque lo ha visto venir, no ha tenido tiempo de esquivarlo.

No tiene más remedio que saltar por encima del hombre y el mueble si quiere alcanzar la puerta y olvidarse del dolor en la rodilla para salir corriendo de allí.

Cuadro 26

HERMINIO.— De verdad que yo voy con ustedes a donde haga falta, que *hay que hacer de la necesidad virtud*, o como se diga eso —intentando protegerse de la lluvia con un cartón que ha recogido de un montón de basura y que empieza a deshacerse—, pero aquí no vamos a encontrar nada, no hay más que verlo, y como nos pille un guindilla *de plantón* nos lleva a los tres para comisaría.

Ni Marcela ni Hernán se molestan en contestarle.

Llevan un buen rato mirando y remirando el portón del *Asilo de Actores Retirados*, pegando el ojo al ventanuco suelto, el sereno incluso ha dado una vuelta completa a la manzana por ver si hay algo en la parte de atrás, y no encuentran ni un indicio de que haya gente allá dentro.

La llovizna es ligera pero helada, cortante, engañosa.

El sereno y la dramaturga saben que si desisten ahora, nunca podrán estar del todo convencidos de que la desaparición de su padre no esté relacionada con el envío de cadáveres a domicilio.

HERNÁN.— Es temprano para irse a casa.

MARCELA.— Eso sí es verdad.

HERMINIO.— Pues para que usted vea —tratando de cubrirse desesperadamente con el cartón hecho trizas.

El sereno se quita el abrigo, la chaqueta y el sombrero, y se los va entregando a Marcela, que los recibe con una sonrisa.

HERNÁN.— Suelta esto —quitándole el cartón a Herminio—, entrelaza las manos, bájalas más, eso es —las utiliza como estribo para encajar su pie—; ahora tira fuerte para arriba, ¡venga!

Antes de que los otros se den cuenta de lo que pretende, está colgado del balconcillo que hay sobre el asilo; después larga una doble patada a la ventana rota de la puerta, que cae en el interior, y al momento él también está dentro.

No tarda nada en abrirles desde el otro lado con la mayor despreocupación.

Espera a que entren, encaja la puerta y, una vez que se ha vuelto a poner la ropa, enciende el cabo de una vela, que protege de la lluvia con su sombrero.

El patio es una superficie estrecha y alargada sin viviendas alrededor que se extingue en una pared apenas visible desde donde están.

HERMINIO.— Pues al final no había… —Comienza el celador pero los otros lo obligan a callar con un gesto mientras avanzan hacia la oscuridad.

Solo unos metros más adelante ya pueden ver que el patio se prolonga a la izquierda; Hernán los hace detenerse y, ocultando la vela, asoma la cabeza a la esquina; algo ve, porque les ordena muy decidido que lo acompañen.

No está claro que la tiritona de Herminio se deba a la humedad de la noche.

Este segmento del patio es mucho más ancho, con las puertas traseras de varias casas a la vista pero todas en muy mal estado y sin rastro de que allí se tienda ropa ni se acumule trastería.

Al fondo, dos puertas más, una de un piso y otra de una accesoria con una ventana corrida y una placa de madera en la que se lee «Asilo de Actores Retirados. Salón de actos». Y debajo un cartel pintado a mano en rojo: «Esta semana: PURGATORIO DE SAN PATRICIO».

HERMINIO.— ¡Carámbanos! —al leer las últimas palabras.

MARCELA.— Es una obra de Calderón de la Barca. Eran actores retirados, la representarían cuando esto estaba abierto, para entretenerse o divertir a los vecinos.

HERNÁN.— ¿Cuando esto estaba abierto? He visto como se apagaba una luz al asomarme a la esquina —paseando la vela lo más cerca posible de la puerta y el cartel—. Además, este anuncio es reciente.

Los otros verifican que ni la pintura está desvaída ni el cartel avejentado.

Siguen examinado la fachada.

MARCELA.— Y la puerta, las dos en realidad, están en mejor estado que el resto.

HERMINIO.— Seguro que el dueño viene por aquí de vez en cuando

—sin mirar siquiera, abrazado a sí mismo.

HERNÁN.— ¿Has visto las flores? —señalando varias macetas con geranios, rosas y hierbabuena—. No creo que se cuiden solas. A no ser que las rieguen los fantasmas.

HERMINIO.— Déjese de bromas, don Hernán.

El sereno no responde.

Se queda mirando muy reconcentrado a la ventana y cuando habla no se dirige a ninguno de sus compañeros.

HERNÁN.— O me abren la puerta o la echo abajo a patadas —grita.

No hay respuesta.

Uno, dos, tres.

Se acerca a la puerta del salón de actos y le lanza una patada no demasiado enérgica.

Después se retira y espera.

La puerta se abre lentamente.

Varias luces se encienden en el interior.

Una anciana con el pelo teñido de negro y muy arrebujada en su bata de casa asoma su cara sonriente.

ANCIANA 1.— Pero ¿qué hacen ahí fuera? ¿No ven que está lloviendo? ¡Hay que ser cuajón! Vamos, entren.

Otros siete ancianos los esperan en el interior.

Están en un espacio rectangular presidido por una pequeña tarima rodeada de sillas desiguales y decorado con muebles viejos de deshecho, cachivaches en algunos casos, la mayoría de ellos cubiertos por libretos teatrales, encuadernados o simplemente cosidos a mano.

Los ocho residentes, tres hombres y cinco mujeres, vestidos con ropa de casa que incluye más de un batín y algún pantalón de

pijama, forman un semicírculo y los reciben con fastuosas sonrisas.

HERNÁN.— Sentimos haberles despertado.

ANCIANO 1.— No, no se preocupe, no estábamos dormidos.

MARCELA.— Hemos visto como acaban de encender la luz.

ANCIANA 1.— *(Siempre con su sonrisa)*. Eso es porque estamos ensayando el *Purgatorio de San Patricio*, de don Pedro Calderón de la Barca.

Hernán mira a Marcela, que es la experta, por si le satisface la explicación.

MARCELA.— A mí no me mires, no creerás que me he leído todo Calderón.

ANCIANA 1.— *(Didáctica)*. La obra comienza contando un sueño que ha tenido Egerio, el rey de Irlanda, y nuestro director de escena y primer actor ha decidido que arranquemos a oscuras la representación.

Otro de los asilados les hace una reverencia y comienza a recitar:

ANCIANO 2.— En fin, todo su horror y su tormento.
en mi pecho se encierra,
que yo mismo a mí mismo me hago guerra
cuando, en brazos del sueño,
vivo cadáver soy; porque él es dueño
de mi vida, de suerte
que vi un pálido amago de la muerte.

TODOS.— *(A modo de coro griego)*. Fantasmas son ligeras
del sueño, que introduce estas quimeras.

Se quedan mirándolos, triunfantes, dispuestos a ametrallarlos

con lo que queda de la obra o con el resto de la producción dramática del Siglo de Oro si es necesario.

HERNÁN.— Está bien, está bien —alzando las manos, rindiéndose; se acuerda de los policías declamando el *Don Mendo* y empieza a cansarse de bucear en las alcantarillas de una profesión donde todos quieren ser otros o dejar de ser uno, o fingirlo, que aquí es lo mismo.

Con el solo gesto de coger una silla de enea y sentarse en silencio delante del orfeón de residentes, Marcela consigue atraer su atención.

Ella también comienza a sentirse harta.

Muy trastornada tendría que estar para considerar en serio la posibilidad de que aquellos ancianillos hayan secuestrado a su padre, pero llevan todo el día investigando el tema de una punta a otra de Madrid y es casi lo único que tienen, y nunca se sabe.

Además, le extraña la docilidad con la que aquella gente ha aceptado su intromisión.

MARCELA.— Si nos conceden un minuto para que les hagamos unas preguntas, les dejamos con su ensayo fantasma.

ANCIANO 1.— Ustedes dirán —muy cordial, adoptando la portavocía.

MARCELA.— Lo primero es preguntarles si conocen a mi padre, el doctor Serafín Arellano, del Hospital Obrero de Maudes.

ANCIANO 1.— *(Después de mirar a sus compañeros)*. Pues lo siento, no tenemos el gusto.

El resto del grupo corea la negativa.

Herminio es testigo de la escena desde un rincón, ni siquiera se ha bajado el cuello del abrigo, como si quisiera esconderse dentro de sí mismo, pasar lo más inadvertido posible; en cambio, el sereno no

deja de curiosear por todo el salón: hojea los libretos, abre y cierra cajones, toquetea algunas piezas sencillas de *atrezzo*.

MARCELA.— ¿Y a Gloria Buenaplaza?

ANCIANO 1.— *(Siempre después de consultar con los suyos)*. Pues no.

MARCELA.— Quizás le sonará más si les recuerdo que es la hermana del difunto Antonio Buenaplaza, porque a él sí lo conocía, ¿verdad?

ANCIANO 1.— Tampoco.

MARCELA.— Pues estuvo ingresado en esta residencia por dos veces, hasta que falleció aquí mismo.

ANCIANO 1.— Entra y sale tanta gente…

Murmullos de asentimiento de los demás.

Hernán sigue a lo suyo, cotilleando los chismes por allí amontonados, como si el interrogatorio no fuera con él.

MARCELA.— Este señor, según ustedes le dijeron a su hermana, había manifestado en vida que pretendía que su cuerpo fuera donado para la investigación científica al Hospital de Maudes.

ANCIANO 1.— No recuerdo nada parecido, pero hay cosas que a mi edad cuesta mucho de poner en pie.

Triste aprobación por parte de los otros.

MARCELA.— Pero un niño de este barrio, un niño tonto del que me fío totalmente, por él hemos sabido que estaban ustedes aquí, nos ha dicho que este asilo ya estaba cerrado cuando murió Buenaplaza.

ANCIANO 1.— *(Esta vez mira con más detenimiento al resto de los actores)*. Mire usted, hace tres años, el ayuntamiento decidió

cerrar esta casa por falta de fondos para sostenerla; al principio nos fuimos a vivir con familiares que no nos querían o nos metimos donde pudimos, pero como no terminaban de vender ni dar otra utilidad a estos inmuebles, decidimos volver; hacemos vida de noche y procuramos llamar la atención lo menos posible. Nos concedemos la ilusión de que el ayuntamiento ya ni se acuerda de que sigue siendo propietario de todo esto.

Mientras reorganiza sus preguntas, la dramaturga puede ver como Hernán ha descubierto un licor ambarino en un mueble y bebe a morro un largo trago.

MARCELA.— Mire usted, yo me alegro de que sigan disfrutando de la residencia, pero me extraña muchísimo que haciendo vida clandestina hayan tramitado ustedes en su momento la donación del cuerpo de Antonio Buenaplaza.

ANCIANO 1.— Ya le digo que nosotros no…

MARCELA.— *(Interrumpiéndolo)*. Y mucho más que hayan inscrito su domicilio de la calle Sombrerería como lugar de procedencia.

ANCIANO 1.— Pero…

MARCELA.— Eso sin contar los otros dos cadáveres de ancianos que se *facturaron* desde allí.

Mientras hablan, el sereno, botella en mano, ha avanzado hasta colocarse frente a Herminio, al que mira con intensidad.

ANCIANO 1.— Permítame…

MARCELA.— *(No le permite).* Vamos, hombre, no pretenderá convencernos de que ni siquiera conocía a Antonio Buenaplaza.

ANCIANO 1.— Yo puedo asegurarle…

HERNÁN.— *(A Herminio)*. El único remedio contra los sabañones —levantado la botella de licor.

HERMINIO.— Déjalo, abuelo —al anciano que lleva la representación —, déjalo. El señor nos ha descubierto.

A continuación, el celador se deja caer en una de las sillas y oculta la cara entre las manos.

El anciano duda un momento, mira abatido a los demás asilados y al final, como Herminio sigue con el rostro enterrado, se acerca a él y le pone la mano protectoramente sobre el hombro; la mujer que les abrió la puerta hace lo mismo.

Herminio levanta la cara y deja ver los ojos húmedos, pero no dice nada.

ANCIANA 1.— No se lo tengan en cuenta, por favor. Nuestro nieto siempre ha hecho mucho con nosotros, pero no tenía otra forma de ayudarnos.

MARCELA.— *(A Hernán)*. ¿Se puede saber qué es esto?

HERNÁN.— Nuestro *buen* Herminio me invitó a un trago de este licor de su pueblo cuando lo visité en el quirófano —mirándolo duramente—. Nos ha estado mintiendo todo el tiempo.

HERMINIO.— Yo les juro que no quería perjudicarlos de ninguna manera, ni a ustedes ni al doctor, que ha hecho mucho por mí —habla para el suelo—, pero él había desaparecido de todos modos y mis abuelos y estos señores se han quedado sin nada, así que pensé en aprovechar la situación; yo lo que quería era armar cierto jaleo y después mandar un anónimo al hospital con vistas a que nos diera algún dinerillo para evitar un escándalo por la compraventa de los muertos.

ANCIANO 1.— Nosotros lo hemos intentado todo, mire usted; hasta

vender nuestros propios cadáveres. Pero como de pronto hemos dejado de morirnos…

MARCELA.— ¿Y aquella cruz de cementerio que apareció en el quirófano?

HERMINIO.— La puse yo mismo, la compré en el Rastro por tres *chicas*, solo quería que el doctor dejara de investigar. Habíamos aprovechado el piso de Buenaplaza y la historia de los fantasmas que circulaban por su barrio para poner aquella dirección como remite, y no quería que preguntara hasta llegar hasta aquí, como han hecho ustedes. Cuando vi que se les metió entre ceja y ceja buscar el origen de los muertos intenté quitarles las ganas, pero no había manera.

Marcela se pone en pie. No tiene más que decir.

La nuez del celador parece haber desaparecido; sea cual sea el engaño, el afecto que les ha cobrado, sentirse durante unas horas como parte del equipo de investigación y terminar de esta manera con ellos, la ha sustituido por un nudo que tardará mucho tiempo en desaparecer.

HERNÁN.— Herminio, no sé si partirte la cara o darte una limosna.

El otro asiente. Aceptaría cualquiera de las dos opciones.

Pero Marcela enlaza por el brazo al sereno y, para él, esto es recompensa suficiente por este y por otros cien días de perros.

Se dan la vuelta, cruzan la sala ante la mirada atenta de los actores retirados.

En el patio se reencuentran con una lluvia mantenida, peor que un virulento chaparrón ante el que solo cabría salir corriendo; esta llovizna es como una maldición que amenaza con acompañarlos para largo. Se suben los cuellos de los abrigos, el hombre se baja el ala del sombrero, se acercan todavía más el uno al otro y tiran hacia

delante bajo la única iluminación del cielo anaranjado.

En este momento, ni siquiera les importan todas las pesquisas inútiles, todas las conversaciones y las expectativas, la esperanza de encontrar al doctor, que se va debilitando; están demasiado cansados, no pueden pensar, solo quieren llegar a algún lugar seco, a salvo de todos.

Sobrepasan la esquina para recorrer el último tramo que los separa del portón, cuando todo se enciende.

Deslumbrados y torpes se detienen, un brazo con el que protegerse los ojos y el otro para seguir unidos.

Tres sujetos, uno empuñando una linterna sorda y los otros dos una pistola y una cachiporra respectivamente, les bloquean el paso y se mueven hasta rodearlos.

SUJETO 1.— Os vimos entrar.

SUJETO 2.— Y os estábamos esperando.

Cuadro 27

Pedro Luis de Gálvez.

El poeta arenga a un contertulio resignado al otro extremo del mostrador de la Taberna del Gato; cuando Jardiel repara en él ya ha pagado su *whisky* con los últimos reales que llevaba encima y es tarde para huir de allí. No tiene nada en contra de Gálvez, apenas han coincidido en tres o cuatro ocasiones, pero todo el Madrid literario conoce su fama de *sablista* y no tiene la noche para enfrentarse a una de sus acometidas.

Lo bueno de haber agotado todos sus fondos en los billetes que dejó en casa de la esposa niña del detective y en las copas que ha estado tomando a lo largo de la noche en antros que normalmente no frecuenta es que por mucho que insista Gálvez no podrá sacarle

ni una perra chica.

Da un sorbo ligero al licor infame e intenta concentrarse en jugar con su imagen en uno de los espejos deformantes de la pared.

Ha anulado su cita con el editor de Biblioteca Nueva, su amigo Joaquín debe de estar preocupado esperándolo en casa, hace demasiado tiempo que no sabe nada de Marcela y de Hernán, y su única preocupación es que no tiene dinero para pedir una copa más.

No puede quitarse de la cabeza a los niños del sanatorio.

Ha pasado apenas media hora en aquel lugar, pero estar rodeado de aquellos críos a los que se les iba el aire para siempre, asesinados por la codicia de los que los obligan a trabajar en sus podridas fábricas sin la suficiente protección, le había desconectado de todos sus asideros; seguramente por la mañana continuaría su vida de siempre, pero esa noche no podía evitar replantearse si todo por lo que luchaba y aquel país y el mundo aquel merecían la pena de cualquier esfuerzo distinto al de encerrarlos en un frasco y arrojarlos a un océano de alcohol.

Cuando se da cuenta, lo tiene al lado.

GÁLVEZ.— Enrique.

JARDIEL.— Pedro.

GÁLVEZ.— ¿Has oído lo que los perros armados del valido del rey les han hecho a los estudiantes en la Puerta de Alcalá solo por manifestarse? —en su interjectivo tono habitual.

JARDIEL.— ¿Te parece extraño? La dictadura es un sistema de gobierno en el que todo lo que no está prohibido es obligatorio. Ni a los estudiantes ni a nadie debería extrañarles que los molieran a palos.

Pedro Luis de Gálvez tiene casi cincuenta años, un macferlán descolorido y ajado sobre un pantalón gris demasiado corto y una camisa blanca sin cuello, el pelo entreverado de canas, los pómulos afilados a fuerza de acostarse sin cenar, las legañas de haber pasado

las últimas mil noches donde las pasan los peores pordioseros del mundo y una fama de irreductible escritor de la izquierda más extrema con el que es preferible no entrar en porfía.

Mira durante unos segundos a su compañero antes de resolver la contrarrespuesta.

GÁLVEZ.— Se me había olvidado que eres humorista.

JARDIEL.— Basta con decir una gran verdad para que todo el mundo se ría pensando que se trata de un rasgo de humorismo.

GÁLVEZ.— Es verdad —entrecerrando los ojos—, y también lo es que algunos creen que eso los exime de cualquier compromiso con la sociedad o con la literatura.

Enrique Jardiel Poncela está a punto de dejarlo correr, a un paso, pero desgraciadamente se han tropezado en una de sus peores noches.

JARDIEL.— He escrito cosas humorísticas apremiado por la espera de la linotipia y de la estereotipia, que solo aguardaban el fin de mi trabajo para funcionar; he escrito en las platinas, durante el barullo de la confección; y apoyando las cuartillas en las paredes; y en el tren, y comiendo; y durante el aborto de un hijo mío estando yo a solas con la madre; y en momentos de desolación económica y moral. —Apura la copa, visto y no visto—. Pensarás que me estoy defendiendo y es verdad. Y me defiendo porque vivo de la pluma, y porque he sufrido mucho hasta lograrlo, y porque con ella he dado de comer a los que me han rodeado, y porque tengo una hija cuya felicidad he de edificar a fuerza de plumazos —está a punto de volver a coger el vaso, pero recuerda que está vacío—. Así que no pienses que voy a disculparme por hacer humorismo.

Gálvez baraja distintas reacciones, pero no termina de decantarse por ninguna de ellas.

Lo que ambos ven en los espejos cóncavos de la pared no termina de apartarlos de su agotadora realidad.

JARDIEL.— Me tomaría otra copa, pero me he quedado sin un real.

GÁLVEZ.— ¡Pero eso hoy no es ningún problema! —Le golpea la espalda, contento con no tener que proseguir con la dialéctica anterior—. La revista *Biografías* acaba de pagarme el anticipo por mi ensayo sobre Rousseau —atrae la atención del camarero y señala los dos vasos para que los llene— y además acabo de publicar *Negro y Azul*, el primer volumen de mis obras completas. Hasta en *ABC* ha aparecido una recensión —se disculpa.

Una vez servidas las copas, ambos se miran de reojo con media sonrisa, divertidos sobre la inversión del papel de sablista.

Aunque el poeta no tarda en regresar a sus barricadas.

GÁLVEZ.— Míralos a todos —señala la fracción del Callejón del Gato, completamente desierta bajo la noche lluviosa, que se ve a través de la ventana—, cada uno a lo suyo, indiferentes y cobardes, sordos a la afrenta recibida por nuestros alumnos, que son los únicos que demuestran cierta dignidad en este momento histórico. ¡Este es un país de siervos atados a la gleba, apestan a la gleba, son la gleba!

JARDIEL.— España ha estado siempre a pique de la ruina y al borde del abismo, como lo está ahora, y, sin embargo, ha subsistido, subsiste y subsistirá, porque es un país creado y organizado para subsistir, pase lo que pase. —Sorbo corto—. ¿No has observado que en las casas los cacharros rotos son los que más duran? Si a

una taza se le rompe el asa, la taza es eterna. Pues eso es España, una taza a la que le rompieron el asa los celtas, y que por ello vivirá siempre.

GÁLVEZ.— ¡España es un país sojuzgado por los piojos que se alimentan de ella! Por el ejército represor, por la clerigalla corrupta y por ese proxeneta apellidado Borbón —inevitable golpe en el mostrador—. Por eso no puedo concebir que en estos momentos, en los que su valido Primo de Rivera está al borde de la destitución, si es que ya no lo ha sido, no se eche el pueblo a las calles para arrastrar al Alfonso número trece en la misma marea.

JARDIEL.— Cualquiera sabe lo que va a salir de todo esto.

GÁLVEZ.— ¡Yo he sido condenado a trece años de prisión en Ocaña por llamar cretino al rey en su propia cara y denunciar su forma de esquilmar el erario ~~público~~, así que tengo todo el derecho a proclamar mi desprecio por los que lo apoyan con su silencio! —termina su vaso, más y más encendido—. Pero ¿es que no tienen memoria? ¿Es que se han olvidado de tanto ultraje cometido durante estos años de monárquica tiranía? —Mira fijamente al dramaturgo, que aguanta su mirada con serenidad—. ¿Te acuerdas de cuando los rifeños pidieron a España ocho millones de pesetas por liberar a los prisioneros de Annual, soldados procedentes de las capas más populares que se habían dejado el pellejo y el alma por su país? ¿Te acuerdas de lo que dijo su graciosa majestad?

JARDIEL.— Me acuerdo.

GÁLVEZ.— *(Piensa recordárselo de todas formas)*. Pues el eximio don Alfonso comentó: «Qué cara cuesta la carne de gallina».

Nuevo gesto al camarero, que llena los vasos, desconfiando ya

de que pueda hacer frente al gasto.

GÁLVEZ.— *Qué cara cuesta la carne de gallina*.

Un sorbo corto, uno largo, uno corto.

GÁLVEZ.— Le dediqué a don Alfonso un soneto a raíz de aquel episodio. —Esta vez mira hacia el suelo cubierto de serrín en un tic de inédita modestia—. ¿Quieres oírlo?

JARDIEL.— Desde luego; después de invitarme a beber es lo menos que puedo hacer.

Otra mirada al suelo para iniciar un recitado que terminará mirando mucho más allá de la techumbre.

GÁLVEZ.— «¡Qué cara cuesta la carne de gallina!».

Ciertamente, Señor, muy cara cuesta,
pero más la cazuela bizantina
que del revés te pones en la testa.

Más, mucho más, parientes y allegados,
servidumbre, cintajos y oropeles;
de tus montes y cuadras, el ganado;
y el candeal que comen tus lebreles.

La carne, que tan cara se te antoja,
carne de esclavo es, que tu inconsciencia
al enemigo, pródiga, le arroja.

Fuera justificado ese desplante,
cuando, mordido tú de la impaciencia,
hubieses ido, retador, delante.

La taberna entera queda en silencio.

Enrique Jardiel Poncela le corresponde con una sonrisa suave, breve, pero no carente de intención.

El poeta vuelve a su vaso: un sorbo corto, uno largo, uno corto, dos largos, en su particular código morse que nunca nadie terminaría de comprender.

Cuadro 28

DESCONOCIDO 1.— ¡Las cartas! —les pide el más grande y gordo de los tres, dirigiéndoles el foco cruzado por la llovizna de su linterna sorda—. *O sus despiezamos como a dos marranos*.

Marcela y Hernán están seguros de que aquellos individuos pueden hacerlos pedazos en el patio de aquel edificio abandonado y que nadie se enteraría ni repararía en ellos hasta que a la noche siguiente saliera a buscarse la vida alguno de los miembros del asilo de actores.

Llevan un rato intentando convencerlos de que no saben nada de las cartas, pero a aquella gente no la han enviado allí para razonar; además, está claro que están cansados y hartos de soportar la lluvia y que ya no les queda mucho aguante.

DESCONOCIDO 2.— ¿Los registramos otra vez? —el de la porra, sorbiéndose el agua o los mocos que le corren por la cara, embelesado en la mujer.

DESCONOCIDO 3.— No seas tan despabilado, que ya nos conocemos. —El de la pistola es el mayor y parece menos percherón que los demás.

HERNÁN.— ¿Por qué no la va a registrar? —La ha seguido

sosteniendo por el brazo todo el tiempo—. Por probar, que no quede.

Y tal como tiene sujeta a la dramaturga, la lanza con toda su fuerza contra el de la pistola.

Marcela arma arrojadiza.

No se detiene a comprobar el resultado, de una patada entre las piernas agacha al de la cachiporra y con un codazo arranca la lámpara de las manos del siguiente, al que apuntilla con dos, tres puñetazos seguidos en el centro del pecho, que le hacen caer encima de su compañero y de la mujer.

Revuelto de matones con Marcela.

Aprovecha que la linterna sigue arrojando alguna luz para agarrar algo que ojalá sea el abrigo de la escritora y ponerla en pie, casi en vuelo, de un tirón.

Aún no ha aterrizado cuando ya están corriendo los dos.

Traspasan el portón y salen de nuevo a la Plaza del Alamillo, pero al momento ya no están allí.

Aquella zona a aquella hora bajo aquella lluvia está completamente desierta, el sereno es consciente de que sus atacantes pueden asarlos a tiros con total impunidad sin que nadie los auxilie, así que, sin soltar la mano de Marcela, sin comprobar si está bien o mal, sin pararse a pensarlo un momento, ha tirado en dirección a Ronda de Segovia, el único sitio que puede estar algo más transitado a aquella hora.

Aun antes de escuchar sus gritos, se ha vuelto para comprobar que aquellos tipos les vienen detrás. Corren en fila, el de la porra el primero, ganando algo de terreno, pero no el suficiente para alcanzarlos.

Está mortalmente claro que si no les han disparado aún es porque sus instrucciones de conseguir las cartas están por encima de todo lo demás, pero eso no los libra de que en cualquier momento se les acabe la paciencia y decidan dispararles a las piernas o abatir a uno de los dos para amedrentar al otro.

Hernán la suelta un momento para desembarazarse del abrigo y cuando intenta volver a cogerla de la mano está tan atrás que debe detenerse para recuperarla y ya no vuelve a recobrar la misma ventaja que los separaba de aquellos individuos que no aflojan en ningún momento: no son atletas, alguno tiene una barriga bien voluminosa, pero parece personal venido del campo, muy bregados en el trabajo físico, dispuestos a dejarse los riñones en la persecución.

Al doblar la esquina se encuentran con una paisana rodeada de tres o cuatro pavos cuyo plumaje brilla con el chubasco. La pavera, con una gran sonrisa, se abraza a su capacho de esparto para verlos pasar, tiene todo el tiempo del mundo hasta que lleguen las próximas navidades para vender su mercancía.

Los tipos les advierten y los insultan, Marcela se queja de algo y el aire apenas le entra en los pulmones cuando encaran Ronda de Segovia.

Y allí está el tranvía.

Saliendo lentamente de su parada.

El sereno, arrastrando a Marcela, rompe a correr con el resto de sus fuerzas por el centro de la vía, de cara al vehículo, mientras el conductor, que no termina de frenar, les hace señas de que se aparten con los peores modos.

Ya pueden ver que se trata del número 585 de la línea 60.

Corren a su encuentro como si desearan desesperadamente que les pasase por encima.

Cuando está a punto de tragárselos, pero solo en el último momento, Hernán y Marcela se desvían y saltan a la plataforma delantera, cayendo casi encima del conductor, un berraco grande y enfadado.

CONDUCTOR.— ¡¡Salgan de aquí!!

HERNÁN.— Nos persiguen para matarnos, idiota —apenas le salen las palabras—, ¿no los ve? —Se agacha para que le entre algo de

aire.

El tranviario ya ha examinado con detalle a los perseguidores y está pensando en que lo mejor es quitarse de en medio, así que intenta cobrar velocidad.

CONDUCTOR.— No quiero líos aquí —le dice al sereno, pero con menos convicción.

Los atacantes, que ya están encima, los amenazan y alguno llega a golpear el lateral del vehículo.

Por suerte, el tranvía, excepto cuatro o cinco obreros demasiado reventados para entrometerse en la disputa, va prácticamente vacío a esa hora. Todavía asfixiado, Hernán se agacha para ayudar a levantarse a Marcela, que se ha dejado caer en el suelo para recuperar el aliento, cuando vuelve a dejarla caer y emprende una carrera por el pasillo central sin saber de dónde está extrayendo las energías para hacerlo.

Atrás del todo, el tipo de la porra, que ha logrado trepar a los estribos, está pasándose a la plataforma trasera.

El sereno sabe que está demasiado exhausto para iniciar una larga pelea, que si el otro se afianza en el interior no podrá expulsarlo, así que tiene que lograr echarlo fuera de un solo puñetazo.

Con la porra por delante, el sicario aparece por la puerta.

Hernán salta hacia él.

Los obreros gritan animando a cualquiera de los dos, pero ni se ponen en pie para contemplar al de la porra rodando por la carretera.

Cuadro 29

JAVIER.— Una retirada a tiempo es un triunfo —murmura tras apurar su último sorbo de Grand Marnier.

Después cierra los ojos.

Su mujer, que lleva un rato de pie junto a la butaca del anciano, le toma la muñeca unos segundos, lo besa en la frente y se deja caer en el asiento de al lado con una tristísima sonrisa.

Hasta que un estruendo que se multiplica mil veces gracias a la acústica de la colosal biblioteca de la casona del conde de Alivenza la hace volver la cabeza.

Los invitados que llenan la sala, muchos de ellos a punto de disponerse ya para pasar la noche, desvían su atención hacia los dos niños rubios que acaban de hacer trizas un jarrón de porcelana, seguro que de gran valor, con forma de dragón. Su madre, una hermosa rubia de unos treinta que lleva horas sentada junto a la mesa del bufé, mueve la cabeza resignadamente y no les dice una palabra.

Salazar, después de todo un día resolviendo problemas reales e imaginarios en la zona de servicio, acaba de entrar en la pieza, pero entre tanto personal no termina de encontrar el origen del desaguisado.

Al fin logra abrirse paso a través de un grupo de solteronas y se encuentra cara a cara con la madre de los destructores.

Por la tarde ha visto a unos niños jugar a los toreros con el tranvía, como es costumbre en algunos barrios, y ha pensado en mezclarse entre ellos, como si les enseñara unos pases, como de broma, y aprovechar una *trincherilla* o un *molinete* para arrojarse a las vías y acabar de una vez por todas con tanto mal trago que le reserva la vida, pero ha sido una vez más incapaz de hacerlo y ahora debe afrontar también esto.

REGLA.— Hombre, dichosos los ojos, llevo un siglo esperándote —lo recibe la rubia poniéndose en pie—. ¡Niños, venid a saludar a

vuestro padre!

Los niños se acercan a Salazar, temerosos de que aquel hombre al que llevan demasiado tiempo sin ver les aplique algún correctivo por el estropicio que acaban de llevar a cabo o por cualquier otro de los que realizan cada día, y se quedan tras su madre sin decir nada.

El mayordomo reparte besos en la frente.

No deja de pensar en que si en aquel momento sube su prima Carmina, que ya les ha contado a todos que está embarazada de él y que, por supuesto, no sabe una palabra de esta otra familia, está perdido.

SALAZAR.— ¿Qué haces aquí, Regla?

REGLA.— ¿Que qué hago aquí? —aproximándose, provocadora— ¿Que qué hago aquí? Pues decirte que eres un chufla y un fullero, y que como sigas en este plan, sin querer saber nada de nosotros, los meto a estos en el hospicio y me vuelvo a la *barra*, que bien que me ganaba la vida antes de conocerte.

SALAZAR.— Regla, tú no…

REGLA.— Yo, sí. Porque tú sabes que por el barrio de Triana en Madrid me conoce todo el mundo y en cualquier *colmao* de Núñez de Arce o de Echegaray estarían locos por contratarme, ¿o no? — Las últimas palabras las pronuncia con un forzado acento andaluz.

SALAZAR.— …

REGLA.— ¿Lo sabes o no lo sabes?

SALAZAR.— Pero, mujer —bajando mucho la voz—, ¿tú te crees que este es sitio para hablar de nuestros problemas? Que es que me juego el trabajo.

REGLA.— Yo lo que me creo es que los tres te importamos un rábano y que así no seguimos un día más.

SALAZAR.— Ya sabes que mi puesto me exige mucho.

Hay un frente a frente que dura más de lo que ambos quisieran, pero aunque el mayordomo le saca más de veinte años, tiene una calva puntiaguda y una maraña de arrugas que le suben y le bajan desde la raíz del cabello transformándole el rostro en cien máscaras distintas y ella tiene unos ojos color agua estancada que llaman la atención de cualquiera de día y sobre todo de noche, una media melena de platino natural que dan ganas de repeinar con los dedos y una figura de las que ningún hombre se conformaría solo con contemplar, es la mujer la que se rinde bajo los encantos de su marido y termina ablandando voz y mirada.

REGLA.— Yo lo que quiero es estar contigo, aunque solo sea una tarde a la semana, como antes —aparta la mirada—. Así no podemos seguir.

SALAZAR.— Mira, precisamente iba a pasar mañana por casa para darte esto. —Saca la cartera y comienza a contar unos billetes con disimulo.

REGLA.— ¡No me vas a callar la boca con dinero! —recordando su enfado—. ¡Quiero que seas tú el que le pague al casero y el que les firme las notas a los niños y el que saque la basura por las noches y de aquí no me muevo hasta que salgas conmigo por esa puerta!

Mientras el hombre busca una respuesta imposible —tiene tantos frentes abiertos que le resulta inimaginable que le permitan abandonar la casa ni un solo día—, el ruido de los niños arrojándose trozos de porcelana del jarrón que rompieron hace unos minutos le permite ganar algo de tiempo.

Una anciana se le acerca.

ALONSA.— Usted disculpe, pero quería decirles que acaba de morir mi marido —apacible y tranquila, señala al hombre sentado con una botella vacía de Grand Marnier a su alcance.

SALAZAR.— ¡Joder! —sobresaltado.

ALONSA.— No, no se preocupe, si él ya estaba un poco harto de todo esto, era muy mayor, diez años más que yo, y no quería terminar su vida dependiendo de los demás —con esa sonrisa bonachona —. Como él siempre decía, «una retirada a tiempo es un triunfo».

SALAZAR.— Señora, permítame expresarle mi más sentida condolencia.

ALONSA.— Muchas gracias, pero lo que yo quería era pedirles a ustedes permiso para celebrar aquí el velatorio —ensanchando la sonrisa—. Total, como se anuló el que tenían preparado… Nosotros ocupamos muy poco espacio.

Cuadro 30

Antolina lleva no sabe cuánto tiempo vagando apenas sabe por dónde, aterrada ante la posibilidad de aquel espantajo de un solo ojo se presente en su casa o en cualquiera de los sitios donde pudiera pedir refugio; después de su aparición en el Patronato de Enfermos, ha comenzado a atribuirle cualidades casi sobrenaturales y le cree ya capaz de cualquier cosa.

Al final, agotadas sus energías y completamente empapada, se ha decidido por volver a su piso, encerrarse por dentro, *quesealoquediosquiera*, y esperar al día siguiente para volver a pensar en todo lo que le está ocurriendo.

Pero cuando encara la calle Alfonso VI se encuentra con un

tumulto que rodea un coche que solo al acercarse descubre que es de bomberos.

Quesealoquediosquiera.

Ya está lo bastante cerca para ver que las ventanas tiznadas por las llamas corresponden a su piso.

Se le vienen a la memoria las novelas por entregas publicadas en diarios franceses que su padre encuadernaba y alineaba con tanto cuidado en el mueble del salón, el armario que no ha tocado desde que murió. Y aquella cajita metálica donde guardaba lo más preciado. Y sus propios tesoros, que nunca se desprendía de nada si podía evitarlo.

Todo perdido.

Lo que Dios quería era esto.

Se da la vuelta y desaparece sin que nadie repare en ella.

Cuadro 31

La cocina está situada al otro extremo del dormitorio del padre del sereno, distancia más que suficiente para amortiguar sus ronquidos y para no despertarlo con su charla.

Después de lavarse, Marcela y Hernán se han cambiado de ropa y están cenando un poco de leche caliente y pan tostado con aceite y sal, que es lo único que han encontrado en la despensa.

A la luz de la vela, con los codos apoyados en la madera sin barnizar de la mesa de la cocina, no saben qué hora es y empiezan a olvidar dónde se encuentran. Frente a frente. Están rendidos, deberían sentirse muertos de sueño y, sin embargo, no tienen ninguna prisa por irse cada uno a su habitación.

MARCELA.— ¿Cómo fuiste capaz de arrojarme encima de esos puercos?

HERNÁN.— Me pareció que saldría bien.

MARCELA.— A mí me pareció que me matarían —la sonrisa con la que lo dice no es fácil de interpretar—, por un momento, cuando estaba en el suelo con esos, estaba segura de que me quedaría allí para siempre.

HERNÁN.— Por un momento yo también lo pensé.

La llama en la oscuridad, incidiendo desde abajo en su rostro, lo hace mayor y más joven, le aguza los rasgos, convierte el fino bigote en una cicatriz, despoja de toda protección sus ojos tan cargados.

MARCELA.— Es curioso; en estos días, con lo de mi padre y lo de seguir viva —ahora sí sonríe de verdad—, apenas pienso en mis preocupaciones de siempre, la obsesión por estrenar mi obra y demás. Es como si fuéramos otros, ¿no te pasa lo mismo?

HERNÁN.— Procuro que no me pase.

Ella apura el tazón. Acerca la silla. Es como si de pronto la mesa fuera el último obstáculo entre ambos.

MARCELA.— Cuando todo esto termine, ¿volveremos a vernos?

HERNÁN.— Espero que no —sin desviar la mirada—, no me gustaría encontrarte por las noches con mi uniforme de sereno para abrirte las puertas.

MARCELA.— ¿Prefieres cerrármelas? —cogiéndole la mano.

El sonido de la aldaba en la puerta de la calle.

En otras condiciones, cualquiera de los dos sería perfectamente capaz de apreciar la ironía.

Hernán llega el primero, armado con una pesada cuchilla de carnicero que ha recogido en la cocina y que suelta sobre una silla tras asomarse a la mirilla.

JARDIEL.— ¡Menos mal que estáis aquí! —la cara descompuesta, el olor a alcohol, el abrigo chorreando.

MARCELA.— ¿Ocurre algo?

JARDIEL.— Tu padre. Buenas noticias. Está en el hospital, pero fuera de peligro.

TERCER ACTO
(Martes, 28 de enero de 1930)

Cuadro 1

Con la cabeza bajo las mantas y la realidad todavía muy contaminada, Antolina hace un último esfuerzo por seguir soñando, a salvo, hablando tranquilamente con Román, que le sonríe lleno de vida desde detrás del mostrador de su tienda de juguetes.

Basta.

Se da la vuelta y aparta la ropa para despejarse con el frío del amanecer mientras mira por la ventana para comprobar que sigue lloviendo, que nada se ha resuelto desde que anoche se refugió en esta pensión de mala muerte.

Ni siquiera se ha alejado mucho, sigue estando en La Latina, la zona donde tiene su piso, o quizás debería pensar en él en pasado, después de que se lo quemaran aquellos canallas.

Sobre la mesita de noche ha dejado su bolso, que ahora, junto a unos pocos ahorros en el banco, contiene todo lo que posee en este mundo; los tipos que la raptaron ni siquiera se habían molestado en arrebatárselo ni registrarlo, dejaron que lo llevara en bandolera todo el tiempo, solo pretendían asustarla para que cumpliera la misión que les interesa.

Desde ayer, ha tenido tiempo cumplido para pensar en su petición de que secuestrara a Anita y sigue sin entender nada; ¿por qué tenía que hacerlo ella, por qué no se la llevaban ellos

directamente? Aunque fuera la hija de un conde muy próximo a la corona, la niña se movía sin ninguna medida de seguridad, nada más fácil que apoderarse de ella cuando la llevaban o traían del colegio, por ejemplo.

Pero esa gente se ha tomado grandes molestias, habían sido capaces de llegar hasta el asesinato para asegurarse su colaboración, y por más vueltas que le daba no era capaz de entenderlo.

Se pone en pie y se echa el abrigo por encima de los hombros.

Abre el bolso, vuelve a caer en la cuenta de que dentro está todo lo que ha acumulado en sus treinta y siete años de vida, y tiene que sostenerse en el cabecero de la cama para vencer al vértigo en el que cae.

No puede afrontar todo aquello sola; los policías con los que habló ayer no le merecen mucha confianza, pero necesita que alguien la ayude.

Cuadro 2

JARDIEL.— Perdón —regresa de la salita donde ha atendido una llamada telefónica—, era un periodista de *La Acción*, viejo compañero, para contarme los últimos cotilleos políticos. —Se sienta en un sillón frente al sofá que ocupan Hernán y Marcela y se sirve más café—. Por cierto, que yo no sé para que me molesto en dejar mi piso y esconderme aquí, cuando todo el mundo de la profesión que quiere localizarme y no me encuentra llama a casa de Joaquín —no se olvida de encender un cigarro para acompañar el café—; pero no me quejaré, gracias a eso recibí anoche la noticia de que habían encontrado a tu padre.

MARCELA.— ¿Sabemos ya si el presidente se va o se viene?

JARDIEL.— Pues la verdad es que sigue sin saberse nada a ciencia cierta. Según me han contado, ha sido el propio Primo de Rivera el que ha llamado al director del periódico, al gran Manuel Delgado Barreto, del que algún día os hablaré, para anunciarle *algo*, pero nadie sabe qué. A mi amigo solo le ha contado un trozo de conversación en el que Primo le decía «¿Cómo le pilla esto, Barreto?». A lo que el director le ha respondido: «Con la estilográfica cargada, mi general». —Se ríe imaginándose la escena—. Y a partir de ahí han vuelto a dispararse los rumores, porque el director no suelta prenda. En fin, el caso es que hoy por hoy la población sigue igual de desconcertada, y nadie sabe si al dictador lo han destituido, si ha dimitido él o si se quedará en su puesto para siempre.

Se echa atrás en el asiento para apurar la taza.

Lo primero que hicieron al llegar al hospital donde habían llevado al doctor Arellano con tres costillas y un brazo roto más una contusión craneal fue pedir el alta voluntaria y trasladarlo en el coche de Jardiel a una clínica privada propiedad de un amigo del herido para ingresarlo con un nombre falso; todos los médicos coincidían en que estaba fuera de peligro, pero que necesitaría una larga convalecencia.

Serafín Arellano no les había contado nada relevante; el encierro lo había pasado a solas y en ayunas, sin visitas ni aparente vigilancia en un mismo espacio casi a oscuras, ocupado en aflojar las cuerdas que lo retenían con el atacador de su pipa; cuando lo consiguió, forzó el postigo del balcón, intentó descender por la fachada y en su siguiente recuerdo ya estaba subido en la trasera de uno de los carros que se dedicaban a la *busca* de desechos, sumergido en una pestilencia que le dolía más que los golpes y rodeado de unos

desperdicieros muy simpáticos que no dejaron de chirigotear con él hasta que llegaron al hospital.

Una vez puesto a salvo y disfrutando de su sedante, Marcela, Hernán y Jardiel se vinieron al piso de Joaquín Sama, que con su discreción habitual aún no había hecho acto de presencia, para dormir casi tres horas repartidos por camas y sofás. Esta mañana, después de desayunar varias tazas de café hervido en nitroglicerina, habían vuelto a recobrar parte de sus energías, pero no estaban seguros de por cuánto tiempo.

HERNÁN.— ¿Y ahora? —La pregunta que todos rehuían formular.

JARDIEL.— No creo que ninguno podamos dejar esto por la mitad.

MARCELA.— Es lo que el mundo entero quiere que hagamos.

JARDIEL.— Pues el mundo entero no va a tener más remedio que cambiar de opinión.

MARCELA.— Yo también quiero seguir. Ana Ermitaño no tenía a nadie más que a nosotros para que averigüe quién la asesinó y cómo se vio involucrada en el asunto de la petaca, pero, por otra parte, ya habéis hecho mucho más de lo que se esperaría de cualquiera, no quiero que resultéis heridos. Y al fin y al cabo, ya tenemos a mi padre.

HERNÁN.— Debemos seguir, porque nosotros no tenemos las cartas, pero ellos creen que sí —a Marcela—, recuerda que anoche nos las pidieron esos matones, y me parece que no se van a conformar con el sobre vacío que contenía la petaca, que es lo único que podemos darles. Esa gente es capaz de hacernos cualquier cosa, ya lo han demostrado, para obligarnos a entregarles algo que no tenemos.

JARDIEL.— Y aunque las consigamos, no podemos correr con la responsabilidad de participar en una conjura cuya trascendencia

desconocemos.

MARCELA.— Jamás les daremos las cartas a esa gentuza —corrobora en un susurro.

HERNÁN.— Por lo tanto, debemos encontrarlas y ponerlas en manos de algún representante de la autoridad digno de confianza.

JARDIEL.— Conozco a un juez que no se casa con nadie. Tal vez podamos recurrir a él.

MARCELA.— Si no tenéis que convencerme, ya os digo que quisiera llegar al fondo de todo esto, pero no me gustaría que a ninguno de los dos…

JARDIEL.— Créeme, dejarlo ahora sería un suicidio. Y el suicidio es la teoría de muchos y la práctica de unos pocos. Casi todo el mundo se suicidaría si después del suicidio se pudiera seguir viviendo.

Todos sonríen y ella levanta las manos como si se rindiera.

HERNÁN.— Bien, pues entonces nos queda decidir nuestros siguientes pasos.

MARCELA.— Pues está muy claro que soy la única que puede ir a la casa de dudosa reputación en Costanilla de los Desamparados de la que nos habló nuestra amiga de Casa Galera.

JARDIEL.— Por la zona, no creo que quepa duda alguna de la reputación de esa casa.

HERNÁN.— ¿Quieres decir ir tú sola? —incorporándose con mal gesto.

JARDIEL.— A mí tampoco me hace ninguna gracia.

MARCELA.— Ya, ya sé lo que vais a decir. Pero no creo que en un lugar así os dejen entrar a comadrear a ninguno de los dos. Tranquilos, que pienso quedarme allí lo menos posible —muy modosa y persuasiva—; preguntaré por ese fotógrafo, le diré que

una *compañera del oficio* quiere enterrar en sagrado a un hijo fallecido antes de ser bautizado y que corre el rumor en la calle de que él sabe cómo conseguirlo. Os aseguro que no insistiré, me diga lo que me diga, me largaré de allí.

JARDIEL.— Será mejor que esperes un buen rato antes de ir, esa gente se levanta tarde —cediendo—, yo en cambio debo irme ya si quiero llevar a tiempo a la mujer del detective a la estación para tomar el tren de Quinto —se pone en pie—. Después iré a esa fábrica de fibrocemento de la que me habló el chico del sanatorio, a ver qué me encuentro allí.

HERNÁN.— Pues me toca presentarme en la oficina del agente artístico de Ana Ermitaño, a ver si nos enteramos de qué extraños motivos la llevaron a meterse en el mundo del cine y en todo lo demás. —Abandona también el asiento y recoge el grueso abrigo que anoche tomó prestado del ropero de su padre—. Cuando termine, me acercaré a la Fundación Gabriel Alférez; si, como nos dijo la reclusa, el arquitecto del Cementerio Ambulante está ingresado en un sifilicomio, deber de ser en ese, no hay otro en Madrid.

MARCELA.— ¿Dónde nos encontramos?

HERNÁN.— Podemos quedar a media tarde en casa de mi padre, para charlar tranquilos y ponernos al tanto. Él no suele regresar hasta la noche.

Cuadro 3

Mancera comprueba una vez más la hora recorriendo con las yemas

de los dedos la posición de las agujas en su reloj de bolsillo.

Le extrañaba no haber recibido aún noticias de García, pero cuando el criado que envió a su casa y a las oficinas del partido volvió con la noticia de que su amigo no había aparecido por allí desde el día anterior, empezó a alarmarse de verdad. Entendía que se hubiera venido abajo tras el trance que estaba viviendo con su esposa, pero el país estaba en un momento crítico, histórico; si no eran capaces de reaccionar, el propio sistema corría un gran peligro ante el avance de las izquierdas.

Se mantenía muy cerca de la ventana entreabierta, como si pudiera sustituir el sentido de la vista captando por allí el rumor de que se había desencadenado la revolución que acabaría con todos o cualquier otra noticia.

Debería irse él mismo a la sede de Unión Patriótica y hacerse cargo de todo, al fin y al cabo, muchos lo consideraban el número dos *en la sombra* del partido.

Pero la gente le atribuía capacidades con las que no contaba.

Cuando estaba solo, sin su amigo García para pregonarle al oído los pliegues y repliegues del mundo, se sentía abrumado y recluido, como si su ceguera fuera cosa de ayer, incapaz de deshacerse de los miedos que lo aprisionaban.

Los inconfundibles pasos de su secretario y dos golpes en la puerta le impiden seguir recriminándose.

MANCERA.— Pase.

SECRETARIO.— Perdón, hay dos… caballeros que preguntan por usted. Se niegan a identificarse, pero sostienen que usted los espera.

MANCERA.— ¿Un sujeto de un solo ojo acompañado de un chico muy apuesto?

SECRETARIO.— Exactamente.

MANCERA.— Galván, pero le sobra lo de señor. Hágalos pasar.

La porquería llega hasta su propia casa, debía de estar loco si pensaba mantenerse libre de todo aquello. En circunstancias normales, Galván, y su joven amancebado, podían bajar a las alcantarillas en nombre del partido, manteniendo más o menos a salvo el nombre de Unión Patriótica, y moverse por la inmundicia de allá abajo evitándoles las salpicaduras; pero una vez abierto el sumidero, nadie podría controlar lo que subiría por allí.

Al momento vuelve el secretario acompañando a la visita, los anuncia, les ofrece asiento y se marcha. El dueño de la casa está a punto de pedirle que se quede, pero sabe que el recién llegado lo interpretaría como un gesto de debilidad.

MANCERA.— Ustedes dirán.

GALVÁN.— No, espero que sea usted el que me diga algo —con una risilla aceitosa—; como sabrá, García lleva desde ayer sin dar muestras de vida.

MANCERA.— Tengo poco que decirles en ese sentido. —La voz lo suficientemente firme—. El señor García está realizando unas importantes gestiones fuera de Madrid pero regresará en unas horas.

GALVÁN.— ¿Y mientras?

MANCERA.— Mientras, a seguir cada uno su misión, por supuesto.

GALVÁN.— Vaya.

Puede sentir la presencia silenciosa del muchacho como un peligro latente, el olor a desvanes cerrados durante años, a jarabe *pasado*, a sotana de cura solitario y senil que despiden los dos.

GALVÁN.— ¿Está usted seguro de que merece la pena? En la calle, en los cafés, hasta en los corredores de los ministerios se dice que la decisión de deponer al general ya está tomada, que el rey la

anunciará hoy mismo.

MANCERA.— ¿Ha leído usted el *ABC*?

GALVÁN.— Sí, ya sé que ponen *La máscara de hierro* en el Monumental Cinema —su acompañante apenas contiene la risa—. Ah, no, perdón; me imagino que, en su estado, no va mucho al cinematógrafo.

MANCERA.— Está en lo cierto: esa clase de espectáculos son más propios de gente como usted —se arrepiente de no haberle pedido al secretario que se quedara—. Me refiero a la nota de don Miguel Primo de Rivera explicando la petición de consenso a sus compañeros de armas.

GALVÁN.— Ah, eso también lo he leído.

MANCERA.— No sabemos lo que puede estar pasando por la mente del rey, pero basta leer ese artículo para saber que ninguna decisión está oficialmente adoptada, así que aún nos queda cierto margen de actuación. Si encontramos las diez cartas que estaban en poder de la fallecida Ana Ermitaño y conseguimos que el conde de Alivenza las haga entrar en palacio, aún estamos en posición de torcer la voluntad del monarca para que mantenga en su puesto al general, evitando el mal de todos.

GALVÁN.— Bueno, nosotros estamos en ello. Haciendo lo posible y lo imposible. Pero la hija del doctor, el sereno y el escritor de comedias son gente escurridiza de verdad —parece haber abandonado el sarcasmo para centrarse en el problema—. Quizás fuera preferible volver a pedirles a esos diez prohombres que escribieron las misivas en apoyo del presidente que las rehagan de nuevo.

MANCERA.— ¿Cree usted que no lo hemos pensado? —Ahora pisa

terreno firme y se pone en pie sin titubeos para subrayarlo—. ¿Se atreve a venir a mi casa para hacer esas sugerencias absurdas y hablando de rendirnos?

GALVÁN.— Yo solo…

MANCERA.— Usted, nada. Esos próceres del país no escribirían ni en el dorso de una tarjeta de visita a favor del general tal y como están las cosas desde ayer. Todo lo que usted haya podido rumiar ya lo hemos repensado nosotros mil veces antes —por primera vez en mucho tiempo siente que puede enfrentarse al mundo sin limitaciones—. Así que vuélvase usted a la calle, que es donde le corresponde estar, remueva cielo y tierra, caiga quien caiga, para recobrar esas cartas, y no vuelva a hacernos perder el tiempo con sus pequeñas ocurrencias ni a aparecer por aquí hasta que no las tenga en su poder.

Cuadro 4

Cuando el mayordomo abre la puerta de la verja que rodea la mansión, lleva ya tan pocos bríos que el espectáculo que encuentra en el exterior termina de dejarlo definitivamente paralizado: si hasta la noche de ayer un batallón de vagabundos había tomado los jardines del conde de Alivenza instalándose en ellos con la misma insolencia que si acabaran de heredarlos y no hubiera quien les disputara el testamento, esta mañana el fenómeno se ha extendido a la vía pública, de manera que, clavado en la entrada, puede ver que docenas de personas acampan o disponen sus negocios ambulantes como si un grave cataclismo hubiera asolado la villa de Madrid y sus habitantes no hubieran tenido más alternativa que

construirse un nuevo modo de vida a la intemperie.

Aprovechando el cese de la lluvia, se estaban esparciendo tantos puestos de venta de quincalla inservible sobre mantas raídas que no había duda de que se había constituido allí una sucursal de las Viejas Américas o de cualquier otro punto clave del Rastro que amenazaba con robar la titularidad del original.

Bajo una lona tendida entre dos árboles, un grupo de *obreras de la aguja* —costureras, corseteras, modistas, guarnecedoras…—, se entregaban a su faena entre mucha bulla y parloteo, tanto entre sí como con cualquiera que no tuviera mejor ocupación que detenerse a pegar la hebra ante su *taller*.

Más allá, un remendón con las piernas colgando de su pequeño carro abarrotado de zapatos, botas y alpargatas encontrados en los basureros, opera con tenazas y martillo, muy afanado en remediar a partir de las pobres existencias una pareja de calzado que poner a la venta.

Llegan y se marchan, con la promesa de volver, diversas categorías de traperos, desde los que llevan las angarillas en las espaldas hasta los de carro, burro y cuadrilla, que miran con desprecio a los anteriores.

Y vendedoras de mollejas, tripicalleras o chamarileras entre otras muchas operarias y patronas de especialidades laborales menos reconocibles, y puestos de fruta, de aguardiente de hierbas, de gallinejas… y una riada de hombres, mujeres y niños sin ocupación aparente que sigue extendiéndose paseo de la Castellana arriba y abajo.

Salazar se da la vuelta y regresa tristemente al interior, siente una inexplicable atracción que le impide marcharse, ahora que aún está a tiempo, de aquella casa que de una forma u otra será su perdición y, además, el panorama que acaba de contemplar le ha recordado a su mujer con tal viveza que por un segundo ha tenido la seguridad de que se hallaba entre aquella chusma.

Su mujer.

La genuina, no Regla, que ha pasado la noche sentada en la

biblioteca junto a sus dos hijos con la esperanza de llevárselo a pasar aunque solo sea unas horas de remedo familiar, ni su prima Carmina, incansable en la labor de vocear su embarazo a todo el que quiera escucharla, ni su amante oficial que lo lleva por el peor camino, ni aquella amiga de la señora que lo requiere de vez en cuando, ni la hija del carnicero, que trae personalmente los pedidos, ni… cada cual tiene un defecto y el suyo ha sido toda la vida el de resultar un señuelo irresistible para las mujeres, una trampa en la que él mismo ha terminado siendo siempre el mayor perjudicado.

Pero la única con la que pasó por la iglesia y tuvo los primeros hijos y reconoce como propia es a Hortensia, a la que abandonó al conseguir el puesto de mayordomo en la Mazmorra. Cuando llevaban ya varios años separados, supo que vivía como una limosnera en el Barrio de las Carolinas, más allá de Tetuán, la zona donde residía la gente de la busca en la basura, y tuvo el avenate de ir a visitarla; después de mucho encenegarse y preguntar entre aquella miseria, dio con ella en uno de los ventorrillos del lugar, dedicada a beberse la cortina —lo que los parroquianos dejaban en las copas— a la espera de que alguno la requiriera para cualquier otro apaño, ante la aburrida mirada de los tres hijos de ambos. No tuvo valor para decirle nada. Nunca más volvió a saber de ella. Pero no deja de verla en los espejos empañados, las habitaciones vacías y las muchedumbres endemoniadas.

Entra despacio en la biblioteca, vencido por aquellos recuerdos, consciente de que tiene en su haber otros muchos actos infinitamente más despreciables que los que le ocupan actualmente.

Se abre paso entre los presentes hasta comprobar con alivio que sigue en el mismo sitio el padre Segundo, aquel cura de gafas gruesas que plantó la espalda en la puerta de la bodega la noche en la que el conde desapareció en ella, con la promesa de no moverse de allí hasta que saliera.

SALAZAR.— Padre —arrodillándose ante él—, preciso confesión urgente.

PADRE SEGUNDO.— *(Que estaba medio adormilado)*. ¿Cómo dices?

SALAZAR.— Que necesito que me confiese ahora mismo.

PADRE SEGUNDO.— Tú sabes donde estamos, ¿verdad? —con profundo desagrado.

SALAZAR.— No se lo pediría si no fuera cuestión capital.

PADRE SEGUNDO.— ¿Pero no ves que no puedo moverme de aquí?

SALAZAR.— Será cosa de un rato, intentaré darme prisa —con los ojos húmedos y la voz muy tomada—. Nos encerramos en el gabinete y…

PADRE SEGUNDO.— Ni un rato ni veinte, que te he dicho que no me puedo mover —con los peores modos—. Anda y vete a buscar una iglesia, que seguro que hay algún compañero de guardia.

SALAZAR.— Es que me siento muy mal… —cogiéndolo del brazo.

PADRE SEGUNDO.— *(Se suelta y poco falta para que le dé una patada)*. ¡Pues si te sientes mal, déjate de confesiones y ve a la botica a comprarte un depurativo!

SALAZAR.— Padre…

Cuadro 5

JARDIEL.— ¿Vamos?

JOSEFITA.— …

Una vez comprado el billete, el escritor le toma el brazo a la mujer del detective Rufino Acevedo y se dirige hacia las vías. Son algo más de las diez de la mañana, hora punta; de la estación de Atocha llegan, salen trenes que enlazan con todo el país y el vestíbulo está completamente abarrotado.

Cuando llegan al andén que buscaban, el gentío disminuye y el frío y la humedad son todavía peores que el que han dejado en las calles.

JARDIEL.— No tiene de qué preocuparse, esta estación fue construida precisamente para el trayecto Madrid-Zaragoza a mitad del siglo pasado, así que los maquinistas han tenido tiempo de sobra para aprenderse el recorrido, no creo que se pierdan.

JOSEFITA.— ...

La muchacha apenas ha pronunciado una palabra desde que la vio, esperándolo junto a las taquillas, como habían acordado, tan desvalida como siempre, con un abrigo raído, un disparatado sombrero recién estrenado y sin ninguna maleta más que un bolso viejo y abultado del que no ha consentido en separarse, probablemente avergonzada del estado y la calidad de sus escasas pertenencias; cuando le preguntó por la ausencia de equipaje, ella lo miró con una de sus sonrisas desdibujadas y se encogió de hombros, siempre a punto de llorar, así que no quiso insistir sobre ello.

A medida que avanzan por los andenes recorriendo el ferrocarril en busca de su vagón, la niebla del exterior, que acaba de llegar para recibirlos, les va amputando misericordiosamente diversas partes del cuerpo con la intención de borrarlos del todo.

JARDIEL.— He telegrafiado a mi hermana Angelina, que estará esperándole en la estación —saca una carta del bolsillo interior del abrigo—; de todas formas, entréguele esta carta donde la pongo al corriente de lo ocurrido.

Al fin encuentran el coche ocho, el marcado en el billete.

La chica se suelta del brazo del escritor y retrocede un poco, mirando con desconfianza el interior del tren.

Está tan embarazada que parece haber perdido el control de su perfectamente redondeado vientre y que sea este el que dirige sus pasos.

JARDIEL.— No se preocupe, serán solo unos días, se lo aseguro. En un sentido u otro, esto debe resolverse pronto.

JOSEFITA.— …

JARDIEL.— Y ya verá como le gusta el pueblo —inquieto ante la posibilidad de que se vuelva y se quede en su piso a merced de aquellos bestias—, mi hermana y mi hija se encargarán de que se encuentre en familia.

No aparta su mirada abierta, no tiene prisa; no mueve un músculo, no dice nada.

Hasta que, lentamente, acaricia su sombrero nuevo y mira hacia uno y otro lado.

Es el momento en el que Jardiel Poncela descubre que la razón de que no lleve equipaje no es que sienta reparo por mostrar su ropa vieja.

También él gira la cabeza.

Dos hombres se aproximan por la derecha y otros dos por la izquierda, tipos toscos bien trajeados, el perfil de los sicarios de la Unión Patriótica.

El escritor se vuelve a la muchacha, tan frágil como siempre, que se toca de nuevo el sombrero mientras le aguanta la mirada, sin turbarse en absoluto por su traición.

Después es él quien desaparece dentro del ferrocarril.

Los individuos, que venían a paso de marcha para no provocar ninguna alarma, rompen a correr. Uno de ellos sube a la plataforma del coche siete y otro a la del nueve, para cortarle las salidas. Los dos restantes saltan al ocho, apartando viajeros a empujones por el pasillo, y enseguida se encuentran con un revuelo de gente frente a una de las ventanillas; al llegar junto a ella la encuentran rota, y el

revisor, completamente indignado, les cuenta que un señor ha saltado por allí. El más corpulento le enseña su insignia y le ordena que se calle con un gesto que no admite réplicas mientras su compañero salta también por la ventana rota.

El upetista que ha saltado, un tipo delgado y nervudo, se desliza por el chasis del tren hasta caer en la siguiente vía, delimitada por un apeadero desierto y tres coches fuera de servicio a la espera de que alguna de las locomotoras venga a rescatarlos. Cruza despacio las traviesas para no tropezar. Al comediógrafo no se le ve por ninguna parte pero solo se puede haber ocultado en los vagones, así que, aprovechando que allí no hay nadie, desenfunda la pistola y asciende por la primera plataforma.

Los vagones son parte de un antiguo convoy de primera clase, con compartimentos privados de madera ya deslucida que le hace demorarse algo más en su registro, pero aun así termina enseguida.

Cuando se deja caer de nuevo en el andén, sus tres compañeros ya lo esperan allí.

UPETISTA 1.— Dentro de los vagones no está —con cerrado acento catalán—. Ha tenido que correr como una liebre para meterse allí —señala un hangar lejano—, pero no puede haberse escondido en otro sitio.

UPETISTA 2.— Pues vamos.

Los cuatro corren en aquella dirección.

Dentro de uno de los viejos vagones de primera clase, Enrique Jardiel Poncela sigue acurrucado dentro de uno de los maleteros dispuestos sobre los asientos.

Cuadro 6

Es la primera vez que el sereno entra en un edificio de Almagro, uno de esos barrios *pudientes* de Madrid, bien acicalado de caserones elegantes, embajadas y galerías de arte, que parecen amurallarlo del resto de la ciudad; por eso no puede evitar preguntarse un momento si va correctamente vestido, pensamiento que descarta de modo inmediato con una mueca de asco, deshaciéndose de él en el mismo lugar donde deposita el resto de las obsesiones por el ascenso social heredadas de su madre y de donde regresan una y otra vez.

El portero, sumario, lo envía a la segunda planta, ocupada en su totalidad por la agencia artística de Matildito Arola.

La puerta está encajada y un recepcionista sin brazos que pasa las páginas de una agenda con el palillero de una pluma sujeto entre los dientes tarda más de la cuenta en levantar la mirada cuando se coloca frente a él.

RECEPCIONISTA.— Usted dirá —con la displicencia que le da su posición de superioridad sobre los que vienen a buscar trabajo.

HERNÁN.— Vengo a ver al señorito Arola. —En cuanto pronuncia la palabra *señorito* descubre que ha cometido un error.

RECEPCIONISTA.— ¿Su nombre?

HERNÁN.— Hernán Ruiz.

RECEPCIONISTA.— No veo que tenga ninguna cita.

HERNÁN.— Eso es porque no tengo ninguna. —Empieza a echar de menos a Marcela y su ingenio para buscar excusas—. Dígale que vengo de parte de la Casa Real, *Buby* quiere que le organicen una representación privada. —Aunque todos lo conocen, no ha debido usar el apelativo familiar del rey, segundo error de la mañana, y vuelve a ser tarde para enmendarlo.

El recepcionista respira hondo y lo mira más hondo aún; está convencido de que aquel tipo miente… casi completamente

convencido.

Se pone en pie sin una palabra y entra por una puerta que abre presionando con el hombro y que vuelve a cerrarse gracias a un resorte.

A pesar de su emplazamiento, los muebles y el recubrimiento de madera de la pared son tan baratos como las fotos autografiadas de estrellas desconocidas.

Dos rubias, un galán y tres actores de reparto esperan su turno para ser recibidos en una bancada similar a las ocupadas por los galeotes para que vayan acostumbrándose al destino que les espera.

Al momento regresa el recepcionista.

RECEPCIONISTA.— Pase.

Los actores lo miran con envidia pero ni se les ocurre protestar porque no se le obligue a guardar su turno: están allí para conseguir un trabajo a cualquier precio y vienen dispuestos a soportar afrentas mucho peores que esa.

La decoración del despacho de Arola no es más costosa, ni las fotos y dibujos de las paredes mucho más reconocibles, ni las dos gordas vestidas con traje y corbata jugando a las cartas en el sofá le dan un aspecto más distinguido.

Matildito, un mocoso de unos trece años en mangas de camisa, que se esfuerza por parecer mayor gracias a los tirantes, la pajarita y la gomina del pelo, lo recibe desde detrás de su mesa sin levantarse, coronado por una orla de fotos propias en algunas de las cuales se le puede ver bailando un tango con una morena que le triplica el tamaño, anunciando pastillas de eucalipto o dándole la réplica en un escenario a la mismísima Margarita Xirgu.

En los tres metros que Hernán debe recorrer para alcanzar su mesa, llega a la conclusión de que sería una estupidez tomarlo por un niño. No hay más que buscar sus ojos fatigados. Probablemente habrá vivido más vidas en sus pocos años que la mayoría de los ancianos que ha conocido.

Por su parte, el crío no tarda ni medio segundo en examinarlo de abajo arriba.

AROLA.— *(Vuelve a hundirse en su periódico antes de hablar)*. Márchese —ni siquiera ha empezado a cambiarle la voz.

HERNÁN.— No se te va una, ¿eh? —apoyando ambas manos en el escritorio—. Pero a lo mejor te conviene hablar un momento conmigo, nunca se sabe quién conviene que te deba un favor.

AROLA.— No es usted del oficio, ni es policía, ni es usted nadie —sin levantar la mirada—. Márchese. Ya se lo he dicho dos veces. La tercera serán ellas las que le echen de aquí.

El sereno no se ha dado cuenta de que las mujeres trajeadas se han levantado el sofá ni de que lo que ha tomado por anchuras cárnicas no son más que pura acumulación de músculo.

HERNÁN.— Estoy investigando la muerte de Ana Ermitaño y tu nombre ha salido ya más de una vez. Seguro que prefieres responderme a un par de preguntas y olvidarte del tema a que se te relacione con su muerte.

AROLA.— Le presento a las hermanas Hortelano —por fin levanta la vista de las carteleras del diario—. Conocidas artísticamente como *Las mujeres más fuertes de España*.

Ambas han empezado a acercarse.

HERNÁN.— Mira, no he venido aquí en busca de mujeres fáciles, solo quiero hablar contigo.

Matildito vuelve al periódico.

Aprovechando que sigue con las manos apoyadas en la mesa, el sereno se sienta sobre ella de un salto, pasa las piernas y al instante

está al otro lado, atrincherado en el rincón junto al chico.

Las mujeres —dos señoras de mediana edad que si no fuera por sus cualidades atléticas serían felices cuidando de su huerta en alguna población de Las Hurdes— se detienen desconcertadas al borde del escritorio, indecisas sobre si deben hacerlo pedazos para abrirse paso o no.

El niño, amedrentado pero manteniendo el tipo, se acerca todo lo posible a la pared, y Hernán aprovecha el momento para agarrar el teléfono y romper de un tirón el cable que lo une a la caja de conexión.

HERNÁN.— Ya sé que son más fuertes que yo y que me darían una buena tunda —al agente, con el teléfono en la mano—. Pero fijo que tengo más mala leche que ellas y no creo que te convenga que destrocemos el chiringuito por no contestarme a tres preguntas y media.

Arola hace unos rápidos cálculos sobre pérdidas de tiempo o de dinero y vuelve a dejarse caer en el sillón.

AROLA.— Si se da prisa…

HERNÁN.— Diles que salgan del despacho.

Asiente y las guardaespaldas salen arrastrando los pies sin haber pronunciado una palabra mientras el sereno deja el teléfono en el suelo y rodea la mesa para sentarse en una de las sillas.

HERNÁN.— Conozco a un viejecillo manco con tuberculosis terminal que te protegería mejor que esas dos.

AROLA.— Para lo que me cuestan… me deben un dinero y no tienen otra forma de devolvérmelo.

HERNÁN.— Eres todo misericordia.

AROLA.— *(Aparta el diario con fastidio)*. Vamos a lo nuestro, ¿qué es lo que quiere saber?

HERNÁN.— Ya te he contado que me interesa todo lo relacionado con Ana Ermitaño, pero no te he dicho que lo que hablemos no va a salir de este despacho: ni juicios, ni careos, ni nada que te comprometa fuera de aquí, ¿entendido?

AROLA.— Vamos a lo nuestro —repite; es un tío de negocios, no puede perderse en circunloquios.

HERNÁN.— Por lo pronto, Ana, odiando como odiaba el cinematógrafo, participó hace unos meses por primera vez en su vida en una película porque tú la presionaste para hacerlo.

AROLA.— Yo no la presioné para que hiciera nada. —Lo piensa mejor —. Me limité a transmitirle algunas instrucciones.

HERNÁN.— ¿De quién?

Evalúa por última vez a su interlocutor y resuelve que no puede perder gran cosa sea cual sea la información que revele a alguien así.

AROLA.— Gente de Unión Patriótica se puso en contacto conmigo.

HERNÁN.— Sigue.

AROLA.— Benito Perazul, el cineasta, es un miembro destacado del partido, ha rodado reportajes publicitarios para ellos y tiene mucha influencia, así que se enteraría de que había algo contra ella y movió hilos hasta lograr que lo que sea se utilizara para obligarla a hacer una película bajo sus órdenes. —Se encoge exageradamente de hombros—. A mí me pidieron que hablara con ella, que le comentara las condiciones y que los presentara, nada más; cuando vino, ella ya sabía que aquello no era negociable, así

que, aunque maldita la gracia que le hacía, no me puso muchos problemas —habla de sí mismo con el mismo desprecio que muestra por los demás.

HERNÁN.— ¿Qué era eso que tenían contra ella?

AROLA.— La verdad es que a mí me traía sin cuidado lo…

HERNÁN.— No me digas que no lo sabes, porque no me lo voy a tragar.

AROLA.— A usted tampoco se le va una, ¿eh? —Tiene desprecio para todos—. Mire, si le digo la verdad no se la va a creer, así que…

HERNÁN.— Vamos.

AROLA.— Esa gente tomó como rehén el cadáver de su hijo, que se suicidó hace un año o así. —Espera la reacción del otro.

HERNÁN.— Te creo, sigue.

AROLA.— *(Sorprendido por primera vez)*. Al parecer tienen una forma de enterrarlo en sagrado para que su alma descanse para siempre, pero a cambio, su madre, que además se sentía culpable por su muerte, debía realizar algunos servicios al partido. No es la primera vez que lo hacen, hay gente dispuesta a lo que sea por conseguir que sus familiares ocupen un hueco en el cementerio.

HERNÁN.— Aunque sea un Cementerio Ambulante.

AROLA.— *(Vuelve a evaluarlo y sube algo la puntuación)*. Efectivamente, así llaman al sitio donde los entierran.

HERNÁN.— ¿Y qué es exactamente?

AROLA.— No tengo ni idea. Solo sé que es un lugar bendecido.

HERNÁN.— Me cuesta trabajo creer que estos payasos organizaran todo esto del rapto del muerto solo para que Perazul tuviera a la actriz que quería en su película.

AROLA.— Creo que no me ha entendido bien: Unión Patriótica se

apropió del cuerpo porque pretendía conseguir algo de la madre, algo importante, de lo que no tengo ni idea; lo que hizo Benito Perazul fue aprovecharse de las circunstancias para sacar lo suyo.

HERNÁN.— ¿Y le devolvieron el hijo a la Ermitaño?

AROLA.— No lo sé.

HERNÁN.— ¿Sabes dónde lo escondían?

AROLA.— Ni la menor idea.

A Hernán no se le han acabado las preguntas pero sabe que plantearlas sería una pérdida de tiempo.

Muy lentamente, tanteándolo, el chico vuelve a abrir el periódico y a clavar los ojos en él; a partir de ahora solo levantará la vista para consultar la hora en el reloj de la pared.

El sereno se pone en pie.

HERNÁN.— Supongo que de esos upetistas de mierda no vas a contarme nada más.

AROLA.— El negocio no va muy bien —pasando una página—. Yo también soy militante de Juventudes de Unión Patriótica. Hay que buscarse el pan.

Cuadro 7

La han dejado hablar largamente.

El mismo inspector y el mismo teniente a los que ya conocía, después de recibir a Antolina con un semblante mucho más grave que el día anterior, la condujeron a una sala de interrogatorios del sótano y le pidieron que volviera a contarles todo lo que había pasado, desde el principio. A medida que bajaba las escaleras, los

sonidos del resto de la jefatura de policía de la calle Princesa se habían ido extinguiendo, aumentando su sensación de confianza y seguridad, hasta el punto de que se encontró contándoles hasta el último detalle no solo de lo que le había ocurrido, sino de lo que había sentido durante estos terribles días.

Los dos hombres, uno de pie y el otro sentado en la mesa de interrogatorios, se miran entre sí con intención, pero solo cuando están seguros de que ha concluido.

Ella respira, relajada por primera vez en muchas horas.

El inspector especial del cuerpo de vigilancia levanta la cabeza muy despacio, como si le costara asumir el gobierno de la situación.

ARIAS.— De manera que, si no he entendido mal, en un solo día, ha sido acosada, secuestrada, agredida, amenazada, presionada para llevar a cabo un hecho delictivo y, por último, víctima de un incendio en el que ha sucumbido un inmueble de su propiedad.

ESNARRIAGA.— Y los responsables de ello son ese ogro de un solo ojo que se materializa en los lugares más inverosímiles o una cuadrilla de seres fantasmales a los que no podría identificar.

ANTOLINA.— Bueno, dicho así… La verdad es que no sé quiénes pueden ser.

Los policías se miran de nuevo, muy serios, y es el superior el que rompe a recitar:

ARIAS.— No sé, señora, no sé,
ni do os vi, ni do os hablé.
Algún fantasma está viendo
vuestro cerebro exaltado.

ESNARRIAGA.— ¡No, sí, no, sí, no!… ¡¡Don Mendo!!
(¡Pero qué estoy yo diciendo!
¡Don Mendo está emparedado!).

Perdonad. Tuve un repente,
mas ya pasó, por ventura.
Sin duda la calentura
trajo de pronto a mi mente
el recuerdo, la figura
de un ladrón, de un perdulario,
de un Marqués estrafalario,
que, aunque noble y de Sigüenza,
por robar como un corsario,
murió como un sinvergüenza.

Esta vez, aunque mantienen la armonía en la declamación, la pareja se ha mostrado mucho más sobria y solemne que en anteriores demostraciones, de manera que el tono ha ido descendiendo cansinamente hasta agotarse en sí mismo.

Y eso ha dejado a Antolina aún más desconcertada; no sabe si esperan de ella un aplauso, una sonrisa o algún otro detalle que aún no ha sabido aportar a la investigación.

Como no termina de reaccionar, es el teniente el que toma la palabra.

ESNARRIAGA.— Señora, después de investigar los hechos que nos viene exponiendo desde ayer y su participación en ellos, tengo que comunicarle que queda usted detenida.

ANTOLINA.— *(Ahora sí piensa que debe sonreír, que se trata de una broma, aunque le dura muy poco esa impresión)*. Pero se puede saber por qué…

ARIAS.— Por un delito de conspiración en sus modalidades de cooperación necesaria, complicidad e inducción.

Cuadro 8

Hace ya más de un cuarto de hora que Enrique Jardiel Poncela ha detenido el coche a unos metros de la entrada principal de la fábrica, junto a un pozo abandonado, un lugar visible pero que no llama demasiado la atención, y empieza a desconfiar que el chico con el que se citó el día anterior aparezca por allí.

Se trata de una factoría de tamaño mediano, las paredes a ladrillo visto y un diseño —cuadrangular, tres plantas, techo a dos aguas— en el que no han derrochado ni una peseta por motivos ornamentales, a excepción de la tapia de unos dos metros cuya puerta, sin embargo, permanece abierta.

En la fachada, un enorme cartel:

FIBROCEMENTOS MANCERA
Pizarra artificial para techar
Incombustible * Irrompible * Impermeable
Manufactura de materiales

La espera en el interior del vehículo y el silencio del campo logran que se le empiecen a soltar los nervios, tensos como un instrumento de cuerda en manos de un afinador epiléptico.

El episodio de la estación, además de para recordarle lo cerca de perder la vida que puede dejarle en cualquier momento aquella situación con la que se enfrenta, ha servido para hacerle ver que no deben fiarse de ninguna de las personas a las que están conociendo y ya no está seguro de que le merezca la pena implicarse en una historia que le depara esa clase de revelaciones.

No debería estar allí, le quedan veinte días para el estreno de su nueva obra y en el Teatro de la Comedia estarán que se suben por los telones cada vez que intentan acudir al autor para que resuelva los problemas de toda índole que, inevitablemente, surgen a última hora, y comprueban que este no aparece por ninguna parte.

ENRIQUE.— Hola.

JARDIEL.— ¡Dios! —Volviéndose hacia la ventanilla derecha trasera.

ENRIQUE.— ¿Le he asustado? —Que apenas asoma la cabeza entera por el cristal.

JARDIEL.— Claro que me has asustado —sale del coche—. ¿De dónde has salido? Estaba vigilando la puerta principal.

ENRIQUE.— *(Muy divertido por el sobresalto)*. De las oficinas, que están en la parte de atrás.

JARDIEL.— ¿Y que hacías allí?

ENRIQUE.— Pues que me había quedado *estroncao* —vuelve a reírse —. Es que esta noche no he pegado ojo.

JARDIEL.— ¿Te dejan dormir en las oficinas?

ENRIQUE.— Allí casi nunca hay nadie, los encargados están abajo, en la fábrica, cuidando de que nadie se escaquee.

JARDIEL.— ¿Crees que podríamos entrar sin que nos pillaran? Me gustaría echar un vistazo.

ENRIQUE.— Claro que sí.

Entusiasmado por la idea de actuar de guía en la excursión clandestina, se pone inmediatamente en marcha, hasta el punto de que el escritor debe darse prisa para no perderlo de vista tras la esquina.

JARDIEL.— Oye —bajando la voz—, ¿y nuestro amigo Eleucidio?

ENRIQUE.— Dentro que está. Trabajando. Después, si usted quiere, me cuelo y le digo que se escurra un momento para hablar con usted.

JARDIEL.— Estupendo.

Una vez rodeada la tapia, deben caminar unos metros hasta encontrar una puerta estrecha que el niño ha dejado encajada y, ya

en el recinto, ven enseguida una escalera metálica exterior que conduce a una entrada del segundo piso con el rótulo «Oficinas».

Tampoco está cerrado con llave el postigo por el que se llega a una pequeña zona de administración colgada sobre el taller, con una de las paredes acristaladas; entran, el crío le hace señas de que se incline para que no lo vean desde abajo y él mismo se sienta en un rincón.

El escritor se asoma a una esquina del ventanal y puede ver una nave gigantesca, diáfana, mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. Sabe que es falsa la impresión de que varias miradas se vuelven hacia él desde allá abajo, pero aun así se agacha y se concentra en el despacho.

Por suerte hay poco que registrar: un escritorio barato, unas estanterías metálicas casi vacías y un archivador apulgarado que es al que se dirige el escritor en su búsqueda de algún indicio que relacione a la actriz Ana Ermitaño con aquella industria; como debe trabajar en cuclillas, le resulta más fácil comenzar por el último cajón, marcado de la R a la Z, e ir subiendo por el abecedario en un soporífero examen de facturas entrantes y salientes, recibos, libros de contabilidad y un sinnúmero de notas, listas y borradores de asiento que se han registrado en la casilla que le venía más a mano al administrativo, si es que había alguien en la empresa a quien se pudiera llamar de tal forma.

Al llegar al primer cajón, entre otras carpetas con documentación relativa al *arrendamiento* del solar donde se levanta la fábrica, encuentra una con el título «Apoderado» que contiene un solo folio en el que lee:

«Doña Ana Ermitaño Galiu expone que, por el presente poder especial a favor de don Eduardo Valencia Martínez, recibe este la facultad de efectuar pagos, percibir cobros, elevar solicitudes, hacer declaraciones, pagar tasas, justificar explotación y uso, solicitar testimonios, recibir documentos en su nombre y…».

Fechado dos semanas atrás.

Jardiel se deja caer en el suelo, a la misma altura del chiquillo,

que lo mira lleno de interés.

Eduardo Valencia.

De manera que el viejo administrador le mintió al afirmar que llevaba más de un año sin ocuparse de sus negocios, que la actriz lo despidió sin más explicaciones y que apenas había vuelto a verla desde entonces.

Tendrá que regresar a su casa para hablar de nuevo con él.

Se siente cada vez más cansado de aquel juego de dobles verdades; vuelve a colocar la carpeta en su sitio, dispuesto a salir de allí, cuando le llaman la atención unas voces procedentes de la fábrica; piensa que sería una tontería marcharse de allí sin aprovechar aquel punto de observación para echar un vistazo a lo que se hace allí.

Poco a poco se acerca al cristal hasta divisar que el alboroto que ha escuchado se debe a la llegada de un camión que se ha detenido junto al muelle de carga que hay en la zona de almacenaje, a la derecha, llena de tejas lisas y onduladas apiladas unas sobre otras y sacos de diversos tamaños y formas.

Al fondo están los molinos y hornos, apenas visibles, y en primer plano, el taller en el que hombres y niños trabajan sin descanso bajo la vigilancia de unos cuantos individuos que, por su inactividad, parecen ser los encargados, los únicos con mascarilla para no inhalar el polvo que lo cubre todo.

Aquellas placas con las que se recubrirán los techos de toda clase de construcciones se encuentran por todos sitios: en grandes mesas donde son cortadas a lo largo y lo ancho; en carretillas empujadas por un hombre o por dos o tres críos; en el suelo donde los niños, al pesar menos, se pasean por encima lijando y perfilando; los restos se amontonan rápidamente en el suelo y también es labor de los niños barrerlo, removiendo la polvareda de aquella sustancia infernal.

Muchos de los chiquillos y hombres tosen. Tosen. Algunos incluso deben interrumpir su tarea para toser.

Desde luego que es imposible, pero al escritor se le mete en la

cabeza que las toses le llegan hasta la oficina, y se acuerda de las escenas que vio en el sanatorio la tarde anterior y solo quiere salir de allí.

JARDIEL.— Vámonos —le susurra a su compañero.

ENRIQUE.— Vale.

JARDIEL.— ¿Podrás decirle a Eleucidio que lo espero fuera?

ENRIQUE.— Eso está hecho.

Cuadro 9

A la media hora de esperar sola en la sala de interrogatorios, Antolina, que había vivido la bajada a las profundidades de la comisaría como un paréntesis de paz en medio del vendaval que había atravesado en los últimos días, empieza a tomarse en serio la comunicación de que estaba detenida, y aquel refugio, donde cada vez le resulta más difícil respirar, se transforma en una cámara destinada a tacharla del mundo para siempre.

Un poco antes había aparecido una celadora, mujer alta y fuerte de actitud distraída, que dejó una bata gris sobre la mesa y le dijo que debía quitarse toda la ropa, toda, incluso la interior, y vestirse con aquello. La profesora la miró como si fuera un ser del otro mundo y ni se planteó obedecerla.

Pero iba pasando el tiempo. Incluso el de las pesadillas había quedado atrás.

Hay conversaciones en el exterior, risotadas que son las peores amenazas, ruidos de pasos que llegan y otros que se van, olvidándose de ella.

Cuando cree que se han marchado todos, vuelve a entrar la celadora que, sin mirarla, se acerca a la bata como si no pudiera creer que aún no se la haya puesto. No le reconviene por ello. Solo

se queda en silencio, con la prenda en la mano, como intentando interpretar el significado aristotélico último de su omisión.

Un nuevo ruido fuera y se abre el postiguillo enmarcado en la puerta, dejando ver al inspector Arias, que afirma sin palabras y se aparta para dejar sitio a una veterana rubianca y reventona con aspecto de tener en su haber muchas idas y todavía más venidas. Antolina tarda unos segundos en aceptar que está ante la regidora del burdel de Costanilla de los Desamparados.

ARIAS.— Pues aquí tenemos a la sospechosa de la que hemos hablado —dirigiéndose a la madame—, ¿le suena?

AMA.— ¿Que si me suena? —muy divertida con lo que ve—. Hasta los oídos me zumban.

ARIAS.— Asegúrese, que es cosa grave.

La mujer finge redoblar su atención al observarla, pero no puede eliminar la sonrisa socarrona; se ha puesto un sombrero de terciopelo verde botella para resaltar sus rizos rubios y el aspecto honorable que requiere la ocasión; parece encontrarse más que cómoda en su papel.

AMA.— No se preocupe, que a esta la tenemos muy vista por el barrio; ejerciendo de *taxista* por las esquinas —intenta mostrar cierto desagrado ante tan inmorales arbitrios, pero lo único que consigue es que esté a punto de escapársele una carcajada—. Fíjese que, cuando yo tenía la fonda, me vino con el cuento de que quería ser mi huéspeda, pero mi menda, que le conocía el pelaje, le dijo que, de su mano, ni la hostia.

ANTOLINA.— *(Al policía)*. Inspector, ya le he dicho que si estuve en esa casa fue para intentar averiguar quién me estaba amenazando.

La celadora ha tenido tiempo de acercarse a ella y cogerle un pellizco en el trapecio que la deja sin palabras y sin oxígeno.

AMA.— Este ganado miente más que habla. Fíjese que se presentó otra en mi casa diciendo que había sido lazarilla y que…

ARIAS.— *(Cortándola)*. Entonces, ¿es…?

AMA.— Pelandusca. No le queden dudas.

ARIAS.— Muy bien, muchas gracias —y a la celadora—, quédese con ella, que ahora vendrán a ficharla.

Se cierra el ventanuco.

No se distinguen las palabras, pero se puede apreciar lo distendido de la conversación entre el hombre y la mujer, el chascarrillo o la broma, las risas como remate, mientras se alejan por el corredor.

Cuadro 10

Debe ser Eleucidio el niño que se acerca al coche de Jardiel, sacudiéndose de la chaquetilla aquel polvo que ya debe llevar en los pulmones y que terminará matándolo si lo inhala el tiempo suficiente, porque Enrique se lo ha señalado antes de decirle adiós con la mano y marcharse campo a través.

JARDIEL.— *(Abriendo la puerta del vehículo)*. ¿Y Enrique?

ELEUCIDIO.— Va en busca del tranvía —con una vocecilla—. No quiere que se le pase la hora del almuerzo en el sanatorio.

JARDIEL.— Lo podríamos haber acercado.

ELEUCIDIO.— Él es así.

Y el escritor se pregunta cómo será aquel chaval; no sabe una palabra de niños, no está seguro de si es alto o delgado para su edad, entre otras cosas porque es incapaz de calcular los años que tiene ni esa información variaría en absoluto su forma de tratarlo. De todas sus características físicas, la revista ilustrada que le asoma del bolsillo de la chaqueta es lo que más le dice de él.

JARDIEL.— ¿Puedo? —tocando la revista.

ELEUCIDIO.— Sí.

Se trata del número siete de la serie «Sansón, el rey de los mares-Grandiosas aventuras de un pirata de 19 años», titulado *En la boca de lobo*, de la editorial El Gato Negro. Por lo maltrecho, seguro que es un ejemplar antiguo, de segunda o tercera mano, pero que el chiquillo mira como si se tratara de un gran tesoro. El escritor observa unos segundos la cubierta a color, hojea las ocho páginas divididas en cuatro viñetas cada una, con grandes bloques de texto y dibujos en blanco y negro, y se lo devuelve.

JARDIEL.— Yo también trabajo en una revista escribiendo historias; colaboro en varias, en realidad.

ELEUCIDIO.— ¿Historias de Sansón el pirata?

JARDIEL.— Por ahora no, pero nunca se sabe.

El chico vuelve a guardar la revista.

JARDIEL.— Me han dicho que eras muy amigo de Ana Ermitaño.

ELEUCIDIO.— *(Se encoge de hombros y mira hacia el suelo)*…

JARDIEL.— Yo no la conocí, pero tenemos varios amigos íntimos en común —no está seguro de cómo hablarle pero ha decidido no mentirle y piensa atenerse a esa premisa—, y entre todos hemos decidido averiguar qué es lo que le pasó, porque nadie parece

saberlo. O no quieren decirlo.

El chico no responde.

Un perro sin collar holgazanea alrededor del coche.

Jardiel tiene muy presente que de un momento a otro pueden detectar su falta en la fábrica y enviar a buscarlo.

Sin mucho interés, el perro se acerca a la ventanilla de Eleucidio.

JARDIEL.— ¿Lo conoces?

ELEUCIDIO.— No.

JARDIEL.— Parece simpático —y por decir algo—, el mejor amigo del hombre, ya sabes.

ELEUCIDIO.— *(Con su hilo de voz)*. Si los perros fueran más listos, en vez de nuestros amigos, tendríamos que hacerlos nuestros esclavos.

Ahora es el escritor el que, tras dirigir una larga mirada a su acompañante, se queda mudo, intentando adivinar cómo es y cómo debe conducirse con un niño que habla de aquella manera.

El tiempo pasa y tiene que darse prisa antes de que los descubran.

Por descarte, solo se le ocurre exponerle abiertamente lo que desea de él.

JARDIEL.— Eleucidio, necesito que me cuentes todo lo que sepas de Ana Ermitaño.

ELEUCIDIO.— …

JARDIEL.— ¿Cómo la conociste?

ELEUCIDIO.— Aquí… ella vino varias veces a ver esto. Se metió en el taller y se paró a hablar conmigo. Así, tres veces; no, cuatro. —Está claro que ha comprendido la importancia de hablar con exactitud y se esfuerza por recordar—. Después me propuso irme

a vivir con ella, me dijo que esto no me convenía y que necesitaba un ayudante.

JARDIEL.— ¿En qué la ayudabas?

ELEUCIDIO.— Me pasaba el día en el teatro, la verdad es que no hacía casi nada. De vez en cuando me mandaba a hacer un recado, a comprar algo o llevar un mensaje. Y también debía encargarme de vigilar la puerta secreta para cuando venía su amigo a visitarla.

JARDIEL.— ¿La *puerta secreta* del Teatro Español? ¿La que está en la calle del Prado, entre los números uno y tres?

ELEUCIDIO.— *(Mirándolo sorprendido)*…

JARDIEL.— No te extrañe, casi todos los de la profesión conocemos esa puerta que se supone que no conoce nadie —sonriendo—. ¿Y quién era su amigo?

ELEUCIDIO.— No lo sé, nunca me lo dijo y él nunca me habló. —A estas alturas ya no hay dudas de que aquella voz apenas audible no se debe a una carencia de seguridad, más bien puede ser un indicio de su falta de costumbre de hablar más que para sí mismo —. Un hombre muy serio que siempre iba acompañado de varios policías, pero no de los de uniforme, de los otros; algunos se quedaban fuera y otros entraban con él.

JARDIEL.— ¿Escoltado como un rey? —siguiendo una intuición.

ELEUCIDIO.— *(Lo mira, desconcertado)*…

JARDIEL.— Ya, claro; no estás muy al tanto de las costumbres de los reyes, olvídalo. ¿Qué más hacías?

ELEUCIDIO.— Pues algunas tardes era ella la que salía y yo me quedaba tranquilamente en el camerino, leyendo o escuchando a la muñeca

JARDIEL.— ¿A Mariana Pineda? ¿Al maniquí?

ELEUCIDIO.— Eh… sí.

JARDIEL.— ¿El maniquí habla?

ELEUCIDIO.— Recita unas cosas muy bonitas con la voz de doña Ana. A veces me dejaba la llave para que pudiera escucharla.

El escritor mira la puerta de la fábrica, por la que espera que salgan algunos de aquellos animales en busca del chico, y vuelve a centrarse en la conversación: necesita unos minutos más, confía en que nada interrumpa aquel momento.

JARDIEL.— ¿Una llave como esta? —enseñando la llave que encontraron dentro de la pitillera que llevaba la actriz en el momento de su muerte.

ELEUCIDIO.— Igual que esa.

Por fin.

Es posible que algunas de las incógnitas empiecen a despejarse.

JARDIEL.— ¿Estuviste con ella la tarde que falleció?

ELEUCIDIO.— *(Muy fijo en el reloj del salpicadero, no responde, pero asiente)*…

JARDIEL.— Siento hablarte de esto, pero es muy importante que me respondas —apretándole cariñosamente el brazo—; ¿viste a la persona que le hizo… eso?

ELEUCIDIO.— Casi no.

JARDIEL.— Eso es casi mejor que casi sí —le dice muy serio.

ELEUCIDIO.— …

En el rato que hace que lo conoce, Jardiel ha aprendido a apreciar el rigor en las respuestas del niño lo bastante para saber que es ni más ni menos eso lo que quiere decir y que es a partir de ahí desde donde debe continuar indagando.

Busca un cigarrillo sin dejar de hablar.

JARDIEL.— Cuéntamelo todo.

ELEUCIDIO.— Yo venía de comprar unos sobres cuando vi que un hombre entraba en el camerino —habla despacio, elige las palabras— así que me quedé fuera, porque sabía que a la señora le gustaba hablar a solas con las visitas. Me quedé leyendo mi revista y, cuando me di cuenta, el hombre estaba saliendo, muy deprisa, pero no salió por mi lado, sino por el otro.

JARDIEL.— Lo viste *de refilón*, pero lo viste.

ELEUCIDIO.— Sí.

JARDIEL.— ¿Cómo era?

ELEUCIDIO.— Con sombrero y abrigo negro. Más viejo y más alto que usted.

JARDIEL.— ¿Lo reconocerías si lo vieras de nuevo?

ELEUCIDIO.— Creo que sí. Es el conde de Alivenza.

Lo atraviesa con la mirada, tira el cigarrillo.

JARDIEL.— ¿Reconociste al conde de Alivenza?

ELEUCIDIO.— No, si yo no lo conozco. Me lo dijo la señora cuando entré en el camerino.

JARDIEL.— Pero si lo vieras otra vez, ¿lo reconocerías?

ELEUCIDIO.— Creo que sí.

JARDIEL.— Sigue.

ELEUCIDIO.— La señora estaba en el suelo, sangrando, muy mareada. Yo me asusté mucho y le pregunté quién le había hecho aquello y me dijo que el conde de Alivenza.

JARDIEL.— Sigue.

ELEUCIDIO.— Ella no quiso que avisara al médico. —¿Los ojos

húmedos?—. Se tomó unas pastillas y me dijo que saliera un momento y que la esperara fuera. Cuando salió se había cambiado de ropa y estaba un poco mejor, pero tuvo que apoyarse en mí para llegar al escenario. Después…

JARDIEL.— Ya —otro cigarrillo—. ¿Y tú que hiciste después?

ELEUCIDIO.— Pues irme. Yo no conocía a nadie más que a ella. He estado por ahí, durmiendo en el metro. Y hoy me he vuelto a la fábrica y me han cogido otra vez.

JARDIEL.— Y ahora te estarán buscando.

ELEUCIDIO.— Sí.

JARDIEL.— Te agradezco muchísimo tu ayuda. Te aseguro que haremos todo lo posible para meter en la cárcel al asesino.

ELEUCIDIO.— De nada.

JARDIEL.— ¿Necesitas algo?

ELEUCIDIO.— No. —Intenta abrir la puerta sin éxito.

Le basta con aquel instante extra para saber qué será de él si se queda en aquel lugar.

JARDIEL.— Espera.

ELEUCIDIO.— …

JARDIEL.— No te puedes quedar aquí —vuelve a apoyar la mano en su brazo—. Si yo te he encontrado, esa gente también lo hará. Y querrán hacerte daño para que no cuentes nada.

ELEUCIDIO.— Tengo que trabajar.

JARDIEL.— Para eso tendrás tiempo de sobra.

Cuadro 11

Solo cuando la celadora la había obligado, amenazándola con repetir uno de aquellos pellizcos en el trapecio que le paralizaban de dolor la mitad del cuerpo, accedió Antolina a desvestirse por completo; solo cuando se puso la bata que le habían entregado comprobó que carecía de botones o de cualquier otro modo de cierre; solo cuando la sacaron de la sala de interrogatorios entre la celadora y un guardia para conducirla por pasillos oscuros y una escalera demencialmente empinada hasta una planta inferior y más desierta de aquella comisaría cuyos constructores parecían haber buscado con obstinación el camino del infierno encadenando sótanos y más sótanos, tuvo la certeza de que jamás saldría de allí o, por lo menos, de que la mujer que dejaran en libertad no sería la misma que había entrado esa mañana por su propia voluntad.

La nueva sala era estrecha pero muy alargada, con una silla en una punta —donde la sentaron de un empujón para controlarla con mayor facilidad— y una máquina de retratar montada en su trípode al otro extremo.

Le duelen las manos de tirarse de los bordes de la bata para mantenerla cerrada, los pezones al contacto con aquella tela basta y acartonada, las sienes por la tensión de las arterias que le van a hacer estallar la cabeza.

Al momento se abre la puerta.

Se escuchan los susurros de varias personas, pero ninguna se deja ver.

Es Galván, el hombre de un solo ojo que se había convertido en su torturador durante los últimos días, el primero en entrar. Lleva un maletín en la mano y ni siquiera la mira, muy concentrado en lo suyo, al pasar por su lado directo hacia la cámara.

Lo siguen el teniente Javier Esnarriaga y el inspector Adolfo Arias, los dos imbuidos en esa nueva formalidad tan inquietante, que reciben el saludo del guardia que se ha puesto firme ante su llegada con tanta indiferencia como muestran ante la presencia de la detenida. Los tres policías, junto a la celadora forman un coro de espectadores excesivo para la estrechez de la habitación, todos

pendientes de que el fotógrafo termine de trastear en su aparato.

Por llenar ese tiempo, el inspector se acuclilla al lado de la profesora para decirle algo pero es ella la primera en hablar.

ANTOLINA.— Haré lo que ustedes quieran.

INSPECTOR.— Ya.

ANTOLINA.— Lo que sea.

INSPECTOR.— Hace tres años estuve en Birmingham, en Inglaterra, para unos cursillos, ¿sabe? Y los compañeros me contaron que fue allí mismo donde, que se tenga constancia, se hicieron los primeros daguerrotipos de rateros y rameras, a mitad del siglo pasado. Que se sepa, allí se comenzó a usar la fotografía para regular la prostitución. —Chasquea la lengua para expresar su desagrado antes de continuar—. Lo que ocurrió fue que, inevitablemente, como ocurre aquí en nuestros días, algunos fotógrafos que trabajan habitualmente para la policía tomaban retratos de las prostitutas desnudas para los tratados de ginecología y también encuadres, digamos incitantes, con los que se comercializaba en el mercado negro.

ANTOLINA.— No me haga pasar por esto, ya le digo que haré lo que sea.

INSPECTOR.— *(Finalizando su exposición)*. Fíjese de qué curiosa manera el tráfico de fotografías obscenas surge de las mismas comisarías destinadas a perseguirlo.

Se pone en pie y se frota las pantorrillas, doloridas por la posición.

ANTOLINA.— Por favor.

INSPECTOR.— No debió usted negarse al favor que le pidieron.

ANTOLINA.— Por favor.

El fotógrafo les hace una señal para indicarles que todo está listo.

INSPECTOR.— *(A la celadora)*. Desnúdela.

Cuadro 12

La Ley de Casas Baratas pretendía, con un éxito muy discutible, construir viviendas de aspecto similar a las urbanizaciones burguesas, aunque de menor tamaño y prestaciones inferiores, con la intención de que fueran habitadas por la clase obrera.

El proyecto era reciente, pero ya desde el principio se prestaba a la especulación, de manera que al pasar Hernán Ruiz por la colonia del Retiro conocida como *La Regalada* en busca del sifilicomio donde, según la reclusa de Casa Galera, estaba ingresado el arquitecto del Cementerio Ambulante, se fue cruzando con familias de muy diversa extracción.

Se bajó del coche de alquiler ante la puerta de un caserón situado en las afueras de la zona residencial, una construcción fea y barata que parecía haber ido a buscar un rincón lejos de Madrid donde nadie fuera testigo de su existencia.

Casi perdido en el frontal, un minúsculo cartel constataba que el visitante había llegado a la clínica antiluética dependiente de la Fundación Gabriel Alférez.

A ras de la cancela, el guardia civil sentado en una silla que debía controlar las entradas y salidas es demasiado viejo para sufrir en carne propia los peligros de la propagación de la plaga, así que no se molesta en levantar la vista de su crucigrama y el sereno atraviesa patio, puerta y vestíbulo hasta llegar al mostrador de admisión.

Tiene que pasar casi un minuto mirando fijamente a la administrativa, que es una versión ligeramente más femenina del guardia civil, para que se levante de mala gana de su sillón y lo atienda.

HERNÁN.— Buenos días. —Hasta este momento no se quita el sombrero—. Me gustaría saber si sigue ingresado aquí Cristóbal Galván.

ADMINISTRATIVA.— Las visitas, por la tarde; de cinco a siete —deseando volver a ocupar su asiento.

HERNÁN.— Yo no te he dicho que sea un visitante y tú ni siquiera has abierto el libro de registro —apoyando los codos en el mostrador —. ¿Te repito la pregunta?

ADMINISTRATIVA.— ¿Quiere que llame al guardia?

HERNÁN.— ¿Te gusta trabajar aquí? —Le enseña tan fugazmente como siempre su insignia de sereno.

ADMINISTRATIVA.— *(Suspirando)*. ¿Por quién preguntaba?

HERNÁN.— Por el despacho del director.

ADMINISTRATIVA.— Yo le puedo…

HERNÁN.— Sí, pero yo ya no quiero hablar contigo. —Sabe que no le va a proporcionar la información que desea y está cansado de perder el tiempo.

ADMINISTRATIVA.— Sígame.

Más molesta que intimidada, lo conduce hasta la entrada de un pasillo bloqueado por una puerta enrejada que abre con una llave que saca del delantal; no le indica que la puerta que se ve al fondo, antes de que el corredor se bifurque para internarse en regiones cuya visión todos querían evitar, es la de la zona de dirección; solo se da la vuelta y se vuelve a su querido asiento del mostrador, dejándose abierta la reja.

Hernán ya ha pasado de largo sin darle las gracias.

No quiere pararse a pensar en que no ha debido hablarle así ni en las razones que lo están llevando a estar cada vez más enfadado, pero sabe que muy pronto se resolverá aquel asunto o no se resolverá aunque deberá abandonarlo, dejará de ver a Marcela y volverá a las calles para ser el sirviente de todo el mundo, y cada vez le resulta más complicado hacerse a aquella idea.

Como pensaba, en la puerta encuentra un marbete que le informa de que está en la oficina del director.

Llama y abre casi en un solo movimiento.

El despacho no es muy grande, pero lo parece por la ausencia de muebles a excepción del escritorio completamente vacío donde un hombre de unos cuarenta años da cuerda a un reloj de bolsillo.

DIRECTOR.— ¿Sí?

HERNÁN.— Perdone, querría hablar con usted de uno de sus pacientes, y visitarle, si es posible.

DIRECTOR.— *(Con una sonrisa triste)*. Creo que no voy a poder ayudarle; estoy a punto de abandonar el centro y carezco de cualquier documentación —abre los brazos—; ayer le comuniqué mi renuncia al patronato de la fundación y esta mañana se lo habían llevado todo; en eso sí han sido muy diligentes.

HERNÁN.— Vaya.

DIRECTOR.— ¿Por quién pregunta?

HERNÁN.— Por Cristóbal Galván.

DIRECTOR.— Bueno, para hablarle de él, no necesito su historial clínico; nos hicimos muy amigos —señala una silla—. Cierre y siéntese.

HERNÁN.— *(Lo hace)*. Se lo agradezco.

DIRECTOR.— Ante todo, debo decirle que Cristóbal ya no está con nosotros; se escapó hace unos meses, lo que, teniendo en cuenta

el régimen que se impone aquí, no me extraña en absoluto.

El sereno se deja caer en el respaldo. Otra vez llega tarde para conseguir información de verdad fiable. Pero es evidente el descontento del director con la clínica, su aburrimiento y las ganas de charlar, así que quizás no haya hecho el viaje en balde.

HERNÁN.— Si hizo usted amistad con él y es tan amable, a lo mejor puede ayudarme. —No tiene la imaginación de Marcela, así que decide ir al grano—. Estamos intentando poner en orden los asuntos de una amiga que acaba de fallecer y hemos descubierto que algo denominado los Cementerios Ambulantes o el Cementerio Ambulante tuvo un gran peso en su vida. Como sabrá, Cristóbal es arquitecto, y al parecer fue el responsable de diseñar esos cementerios, sean lo que sean; no sé si se los mencionó alguna vez

DIRECTOR.— *(Sin dejar de jugar con el reloj)*. Lo hizo y no lo hizo —pensativo—. Debe usted saber que Cristóbal padece una sífilis terciaria con afectación neurológica, que le hace pasar por episodios de gran confusión —más vueltas a la manecilla del reloj —. Me habló en multitud de ocasiones de esos Cementerios Ambulantes, de la importancia que tuvieron en su vida, pero pese a mis preguntas, nunca llegó a concretar nada, hasta el punto de que llegué a pensar que se trataba de una especie de mito. ¿Sabe usted que Cristóbal fue uno de los diseñadores del Cementerio de la Almudena?

HERNÁN.— No, no lo sabía. En realidad apenas sé nada de él.

DIRECTOR.— Una de las mayores necrópolis de Europa.

HERNÁN.— …

DIRECTOR.— Esa construcción, o algo relacionado con ella, marcó

toda su vida y fue lo que hizo que se entregara a la morfina y a vivir en los peores tugurios, donde contrajo la enfermedad de la que lo tratábamos.

HERNÁN.— La persona que me habló de Cristóbal me dijo que fue él quién se ingresó aquí.

DIRECTOR.— Así fue, ingresó voluntariamente, pero entonces aún no sabía en qué clase de clase de centro entraba.

HERNÁN.— ¿Y qué clase de centro es este?

El hombre guarda silencio, mira hacia la mesa, intenta recombinar en vano sus ideas y cuando levanta la cabeza ya no está hablando del establecimiento ni del arquitecto sino de sí mismo.

DIRECTOR.— Cuando recibí el nombramiento pensé que podría hacer algo para traer al siglo XX.—la vieja concepción de la enfermedad más estigmatizada que existe, pero me encontré con la vuelta al Hospital Prisión, a la época en que la enfermedad venérea era un delito y el tratamiento se llevaba a cabo en salas aisladas donde los enfermos eran marcados con uniformes diferenciadores y separados del mundo por un sistema de cerrojos y guardias civiles.

HERNÁN.— Pensé que ya no existían sitios así.

DIRECTOR.— Por suerte, en el resto de Europa, se empieza a descartar el concepto de *sifilicomio*, pero España sigue en la Edad Media; hace muy pocos años, en 1924, se inauguró el Hospital de la Magdalena en Barcelona y este sigue el mismo modelo, sin olvidar la labor que realiza de militarizar la prostitución, convirtiendo de paso a los alcahuetes en una red de confidentes de la policía.

HERNÁN.— Y por eso se va usted.

DIRECTOR.— Por eso me echan. He intentado que esto fuera un hospital de verdad. He intentado abrir las puertas, incluir la dermatología en el servicio de sifilografía, promover campañas educativas… Envié una carta al patronato que dirige la fundación, dándoles un ultimátum —sonríe, amargo—, pero su respuesta ha sido ponerme de patitas en la calle.

El sereno no dice nada, es el momento de corresponder a las confidencias con la solidaridad de unos segundos de silencio. Y después volver al tema que lo ha llevado allí.

HERNÁN.— Tampoco me extraña que Cristóbal Galván se marchara.

DIRECTOR.— Es un hombre extraño, pero muy inteligente y extraordinariamente sensible, muy dado a las experiencias esotéricas, pero sobrepasado por sus propios ideales. Estudió arquitectura en la facultad de Ferrara y fue el principal ayudante de García Nava, el arquitecto del cementerio de La Almudena. Nunca hablaba con mucha claridad, pero algo debió de hacer cuando joven, algo que lo condicionó para siempre. Además, tenía un hermano que suponía una pésima influencia; me pareció un sujeto bastante despreciable las veces que hablé con él, uno de esos sicarios de Unión Patriótica que, porque pertenece al partido del dictador, se creen con patente de corso para mangonear en cualquier sitio.

HERNÁN.— ¿Sabe usted dónde puede haber ido? —La pregunta estrella.

DIRECTOR.— *(Calla un momento, todavía atado por los viejos votos; solo le falta mirar hacia un lado y otro como en las malas películas*

de intrigas humorísticas). Lo han visto convertido en mendigo, viviendo en las casuchas del vertedero cerca del barrio de La Elipa, el que está junto al cementerio de La Almudena. Me dijeron que frecuentaba un ventorrillo que se llama *El Mendruga* o *El Verduga* o algo así. Pensé en ir por allí a ver si lo veía, por si podía ayudarle en algo, pero…

El sereno le agradece la información y el tiempo que le ha dedicado con un gesto de cabeza, más efectivo que cualquier palabra, y se pone en pie.

DIRECTOR.— Cuando se fue de aquí estaba perdiendo la vista. No sé cuánto tiempo más querrá resistir.

Cuadro 13

Doña Luisa, la sastra del Teatro Español, ha recibido a Eleucidio como si hubiera sobrevivido a treinta guerras mundiales de treinta años de duración cada una de ellas; cuando al fin recordó su papel de mujer masculinizada con sesenta años de oposición a todo y a casi todos los que no sean del oficio teatral, dejó de besarlo, se separó de él y le golpeó la espalda, de hombre a hombre, algo más fuerte de la cuenta.

Después requirió toda clase de explicaciones sobre las andanzas del niño durante estos días y los avances de Jardiel en la investigación, pero este logró convencerla de que era urgente que los llevara de nuevo al camerino de la Ermitaño, antes de que a alguien se le ocurriera la misma idea que había tenido él.

Durante el recorrido por los pasillos, el escritor no deja de mirar hacia atrás por si alguien los sigue, y al llegar al camerino, le pide a

la mujer la llave maestra y se asegura que no haya nadie esperándolos en el interior.

Ya dentro, salta a la vista que se ha repetido el registro de las habitaciones, entre otras cosas, por los desgarros en el vestido de la maniquí y por un cajón que nunca volvería a encajar en su hueco.

Jardiel pasa el pestillo para asegurarse de que no serán sorprendidos y acerca el oído a la puerta para comprobar si hay alguien en los alrededores.

DOÑA LUISA.— Don Enrique, me está usted poniendo nerviosa.

JARDIEL.— No me diga eso, doña Luisa; usted es mujer de teatro, y en este crimen, por doloroso que sea —pasa un brazo por encima de los hombros de Eleucidio—, la propia Ana Ermitaño se encargó de introducir todos los ingredientes de la alta comedia.

DOÑA LUISA.— Pues explíquese, porque yo no veo nada de eso. —Le arrebata el niño de un tirón y es ella la que lo abraza, para dejar claro quién detenta la posesión.

Como respuesta, el dramaturgo elige un cigarrillo de su pitillera y lo enciende con toda parsimonia.

JARDIEL.— No es que tenga ganas de fumar, es que esto de encender un cigarrillo en la escena cumbre sucede en todas las altas comedias que se precien de serlo.

DOÑA LUISA.— Ya.

A continuación, el hombre extrae del bolsillo interior de la chaqueta la llave cilíndrica que encontraron dentro de la petaca de Ana Ermitaño, la levanta para que sus acompañantes la puedan ver y sigue fumando tranquilamente.

DOÑA LUISA.— ¿Y?

JARDIEL.— Una pausa. Las pausas son muy interesantes en las altas comedias. Sirven para que los cómicos oigan bien al apuntador, para que los espectadores acatarrados se desahoguen tosiendo y para que otra parte del público haga «¡chits! ¡chits!», con lo cual crece el interés escénico.

El niño sonríe pero la mujer no.

DOÑA LUISA.— Creo que he hecho bien en no asomarme a una representación en toda mi vida. ¿Qué más?

JARDIEL.— Pues que, si no me equivoco, en esta llave está la clave del asesinato de Ana Ermitaño y de la persecución que hemos padecido. —Hace una ligera reverencia—. Ahora debe usted sonreír forzadamente: estas sonrisas forzadas de la protagonista son las que crean en una actriz la fama de insigne. Tampoco deben faltar en una buena comedia.

DOÑA LUISA.— Entonces, ¿qué? —señalando la llave.

JARDIEL.— *(Lanzándose. Con voz oscura)*. Entonces se llega al punto en el que se quisiera no saber lo que se sabe, y lo que se supo pasa a no saberse, y lo que aún no se sabe se agranda ante la magnitud de lo sabido —gesticulando, excesivo—. Estos líos de palabras arrancan al espectador del asiento y le llenan de entusiasmo. Ovación segura. Bravos, vivas; ya cada frase es una tormenta de admiración.

DOÑA LUISA.— ¡Don Enrique! —impacientándose.

JARDIEL.— Está bien, está bien —volviéndose hacia el chico—. Eleucidio, ¿nos harás los honores de poner en marcha el autómata?

Muy orgulloso, el niño coge la llave, le baja el cuello del vestido a

la maniquí que representa eternamente su versión de Mariana Pineda y la introduce en el orificio disimulado.

Encaja perfectamente y Jardiel cierra los ojos para dar las gracias a su propio dios.

El niño da vueltas y más vueltas a la llave hasta llegar al tope de la cuerda y después se separa unos pasos para ver junto a los demás como la muñeca, levantando la cabeza de su bordado, aparta la bandera, se incorpora en el asiento y, mirándolos directamente, comienza su parlamento:

> ¡Qué juego
> inventaron los niños!
> Mariana, la bandera
> que bordas en secreto…
> Han hallado
> en el armario viejo
> y se han tendido en ella
> fingiéndose los muertos.
> Tilín, talán; abuela,
> dile al curita nuestro
> que traiga banderolas
> y flores de romero;
> que traigan encarnadas
> clavellinas del huerto.
> Ya vienen los obispos,
> decían uri memento,
> y cerraban los ojos,
> poniéndose muy serios.
> Serán cosas de niños;
> está bien. Mas yo vengo
> muy mal impresionada,
> y me da mucho miedo.

Los últimos versos los ha repetido Eleucidio al compás del

autómata.

Los tres se quedan en silencio.

El fragmento de la *Mariana Pineda* de Lorca, en la voz llena de resonancias de la figura que sigue contemplándolos, quizás esperando un aplauso o unas palabras de reconocimiento, los ha dejado paralizados.

El escritor tiene la mirada ida, como si se estuviera repitiendo el texto y no quisiera perder la concentración.

DOÑA LUISA.— Siempre pensé que no era más que un maniquí. El muchacho que se la regaló se hizo muy amigo suyo. Muy, muy amigo —con intención—. El poema es muy bonito, un poco intrigante, pero no veo…

JARDIEL.— *(Interrumpiéndola)*. Dígame, Doña Luisa, ¿hay algún lugar en el teatro que sea conocido como el *armario viejo*?

DOÑA LUISA.— Claro…

JARDIEL.— ¡Tenía que ser eso! —Exultante—. Era el único lugar del parlamento que hemos escuchado que tuviera algún sentido. Siga, siga.

DOÑA LUISA.— Así es como todos llamamos al almacén donde se guardan las obras ya hechas y los manuscritos que llegan de los autores nuevos.

JARDIEL.— ¡Yo he estado allí! Me lo enseñó mi amigo Domingo Alpuente, el traspunte. Vamos —se abalanza sobre el autómata, le arranca la llave y se dirige hacia la puerta.

La sastra y el niño apenas pueden seguirlo por corredores y escaleras, aunque, a pesar de las prisas, Jardiel no deja de mirar alrededor por si se cruza en su camino alguien fuera de lo habitual.

Al llegar al cuartucho, espera que no haya testigos cerca para invitar a entrar a sus acompañantes y encerrarse con llave.

No parece que nadie haya tocado nada desde que estuvo allí un par de días antes. Todo igual de sucio y desordenado. Pero él no duda de a donde debe dirigirse. Al fondo están los archivos de las piezas ya representadas. Aunque sabe perfectamente que la obra que busca no fue estrenada en el *Español*, sino en el Teatro Goya, está seguro de que va a encontrar allí lo que busca. Efectivamente, una carpeta con el título *Mariana Pineda*, y dentro, el libreto original, unos bocetos de los decorados que proyectó Salvador Dalí y un mazo de diez cartas.

Las diez cartas.

Firmadas por diez de las personalidades con más influencia política del país, banqueros, empresarios, aristócratas, cardenales. Los mismos nombres que figuraban como remitentes en el sobre vacío de la petaca real. Las cartas por las que asesinaron a Ana Ermitaño.

Se las guarda lentamente en el bolsillo sin decir una palabra.

DOÑA LUISA.— ¿Ha encontrado usted lo que buscaba?

JARDIEL.— Dice usted que Ana llegó a tener una amistad especial con el hombre que le regaló esa muñeca —por cambiar de tema y porque tenía pendiente profundizar en esa información.

DOÑA LUISA.— *(Le sigue la corriente, prefiere no forzarlo a revelarle sus avances)*. Sí, últimamente se les veía siempre juntos; tenía edad casi para ser su hijo, pero… Yo lo vi una o dos veces, era un muchacho muy simpático.

ELEUCIDIO.— Sí —con su voz apenas audible.

Otra vía que abre, esta vez al joven amante de la actriz que la acompañó en los últimos días de su vida y que debía estar al tanto de cuanto le ocurrió.

JARDIEL.— Tú lo conocías, claro.

ELEUCIDIO.— Venía casi todos los días. Y algunas veces fuimos también a su casa, al Teatro de Autómatas.

JARDIEL.— ¿Teatro de Autómatas? ¿Sabes dónde está eso?

ELEUCIDIO.— No. Pero sabría llegar desde aquí.

DOÑA LUISA.— Un momento, un momento —vuelve a cogerlo por el cuello—. El niño no se mueve de mi lado. Usted mismo me ha dicho que esa gente es muy peligrosa.

JARDIEL.— Precisamente por eso, Eleucidio debe estar en cualquier sitio excepto a su lado —coloca también su mano en el hombro del chico que, nada acostumbrado a que nadie se dispute su compañía, los mira perplejo—. Doña Luisa, esos individuos no dejarán de venir por aquí mientras no se resuelva esto; lo que me sorprende es que no estén vigilando el teatro continuamente.

DOÑA LUISA.— *(No aparta sus manos del chaval).*...

JARDIEL.— Pero le prometo que, en cuanto este asunto termine, si él quiere, lo traeré junto a usted.

Cuadro 14

Cuando Hernán sale de *El Verdugo*, el ventorrillo que solía frecuentar el arquitecto que creó los Cementerios Ambulantes, fuera eso lo que fuera, necesita un buen rato para sacarse de dentro el olor a vino rancio, hollín antiguo, humo estancado y roña de parroquiano que sostenían como un segundo armazón un tugurio construido utilizando bidones viejos y otros muchos materiales de deshecho a modo de ladrillos incrustados en una argamasa indiscernible.

El día sigue ventoso y achubascado.

Ninguno de los pordioseros a los que ha preguntado aparentaba

saber una palabra del arquitecto, y su interés por la cuestión no ha durado más que el tiempo de tragarse el *chato* al que el sereno los ha invitado.

No se le ocurre dónde puede seguir buscándolo.

Consigue encender un cigarrillo, protegiendo la cerilla con el abrigo y se queda donde está, sobrecogido por la panorámica que tiene ante sí, las letrinas de Madrid, la zona inmunda y tenebrosa de las afueras cuya existencia ni siquiera quiere reconocer. La Elipa es un barrio de traperos que malviven bajando cada día a la ciudad para trapichear con los desperdicios de los ciudadanos más afortunados; más allá está el vertedero municipal, donde los carros del ayuntamiento depositan cada día la basura del casco urbano; y poniéndole límite, la Necrópolis del Este, que ha terminado tomando el nombre de La Almudena, uno de los camposantos más grandes de Europa.

Se pregunta cómo habrá llegado el arquitecto a un sitio así, un profesional destacado, de buena familia y formado en el extranjero, con todas las oportunidades a su alcance.

Y sin saber por qué, también termina preguntándose cómo habrá llegado él a un sitio así y a una situación como aquella, envuelto en una investigación *de prestado*, ayudando a personas con las que en realidad no tiene nada que ver, *como si fuera uno de ellos*. Como si pudiera quedar con Marcela el sábado siguiente para cenar, para besarla de vuelta a casa, para hacer planes con ella de cualquier clase.

Por no llamar la atención más de la cuenta, comienza a pasear entre las diversas modalidades de barracas, dejándose mirar por las mujeres oscuras que se asoman a los resquicios de las ventanas, por los niños oscuros que juegan a torear junto a charcos que son casi ciénagas, por los hombres oscuros que desconfían de un tipo serio y vestido de *señorito* como él, imaginándolo policía o cualquier otra clase de autoridad, mala señal en todos los casos.

UNO.— Ya estás callado.

Tan absorto iba que ni siquiera los ha oído llegar.

OTRO.— Tira.

Aquellos dos saben lo que hacen.

El primero le ha puesto la navaja al cuello solo lo suficiente para que el otro le meta la suya en el costado, disimulando con el abrigo, y pueda echar a andar a su lado mientras el anterior retira el pincho antes de que nadie repare en ellos.

Ahora parecen tres amigos que caminan juntos, quizás de chufla tras pegarle demasiado al frasco en el ventorrillo.

HERNÁN.— ¿Adónde vamos?

OTRO.— *Achanta* o te *chirlo*.

Lo que está claro es que aquellos tipejos vestidos con desiguales prendas raídas, ninguna que los proteja de verdad del durísimo invierno que están sufriendo, no tienen nada que ver con la gentuza de la Unión Patriótica que los han estado acosando hasta ahora.

Por suerte, no van muy lejos.

Por desgracia, lo hacen entrar en una especie de corral abandonado donde le pueden hacer lo que les apetezca sin testigos, probablemente degollarlo y dejarlo enterrado para siempre.

Cierran la puerta con mucho cuidado.

El primero que le habló se adelanta hasta los fondos del cobertizo, a una zona apenas iluminada por la escasa luz del día que entra a través de las junturas de los tablones de las paredes y, sin ningún esfuerzo, retira un viejo carro en desuso.

Cuando lo aparta del todo, queda a la vista una entrada a una especie de sótano o bodega y una escalera de la que no se distingue el final.

UNO.— Baja —encendiendo un farol.

Cuadro 15

Ha debido de dar una cabezada sin darse cuenta, porque cuando el padre Segundo abre los ojos, ni él mismo cree lo que está viendo: la mujer del boticario que ayudó al conde en sus enjuagues está en medio de la biblioteca mirando ansiosamente a su alrededor, como si buscara algo, y ni siquiera viste de luto.

Al cura le duelen todos los huesos tras haberse pasado los dos últimos días sentado en el suelo guardando la entrada a la bodega de la Mazmorra, no ha podido lavarse ni cambiarse de ropa y, lo que es peor, empieza a estar harto, tan harto que a veces piensa que ya no le importan ni el conde, ni el botarate de Primo de Rivera, ni el cardenal ante el que debe rendir cuentas de su vigilancia, ni los militares que disponen e indisponen a su Eminencia, ni nadie, ni nada, excepto salir de aquella casa lo antes posible. Pero siempre vuelve a entrar en razón. Sabe que sus superiores no se andan con chiquitas y que pagaría hasta con lo que no tiene cualquier deserción.

Es probable que la boticaria haya entrado por la puerta ventana del jardín, como todo el mundo, buscando a alguien que le dé conocimiento sobre su marido: no sabe que ha muerto —el color de su ropa desdice cualquier luto—, pero el sacerdote, que poco a poco se va despabilando, decide que no conviene dejarla suelta para que comprometa el asunto hablando con cualquiera, y empieza a ponerse en pie con gran trabajo para interceptarla.

En ese momento entra la condesa en la biblioteca y ya es tarde.

La boticaria se lanza a por ella.

El padre Segundo vuelve a agacharse y, casi a cuatro patas, parapetándose en los muebles y en otros invitados, va dando un rodeo hasta acercarse a la pareja para escuchar su conversación.

MANOLITA.— … no le digo yo que no, pero usted sabrá perdonarme;

conoce una a tanta gente que es imposible…

Es evidente que la condesa tiene la cabeza en otro sitio; solo cuando descubre a la médium en un rincón, que elige bombones de una bandeja de alpaca indiferente a todos, sale de su estado estuporoso y agita las manos para llamar su atención.

BOTICARIA.— Si tiene usted la bondad de atenderme un momento, verá que me trae un asunto de mucha gravedad —muy apurada—. Yo creo que la desaparición de mi marido está relacionada con el encierro del suyo.

MANOLITA.— Hable, mujer, hable —decepcionada porque Florencia Ledesma, la médium, no le haya dedicado más que un desaborido saludo en un respiro entre bombón y bombón.

BOTICARIA.— Como le decía, nuestra botica tiene el honor de servir desde muy antiguo a la familia Alivenza y mi marido ha llegado a tener el privilegio de gozar de la amistad del señor conde, que en su momento, cuando nos mudamos y tuvimos un problema de licencia, nos prestó un servicio de esos que no se pueden olvidar. —Es mujer obesa, cincuentona, ni guapa ni fea, de buen carácter, muy contrariada por haber tenido que romper sus costumbres de pequeña burguesa y tirarse a la calle para inquirir el paradero de su esposo.

MANOLITA.— Guillermo es así, se encariña con cualquiera.

BOTICARIA.— El caso es que hace unos días, una semana todo lo más, el señor conde apareció por la botica pidiendo hablar en privado con mi marido —baja la voz—. Le dijo que estaba envuelto en un gran problema, un problema de estado, y que necesitaba quitarse de en medio una temporada.

MANOLITA.— A fantasioso no hay quien le gane —sin quitarle ojo a la

médium.

El padre Segundo, que se encuentra de rodillas detrás de un sofá ante la extrañeza de los que pasan a su lado, parece tener una visión, un reojazo, un refilón entre los macizos del jardín, pero se dice que no puede haber visto lo que ha imaginado.

BOTICARIA.— Y ante lo comprometido de la situación, y como es de bien nacidos ser agradecidos y *como para siete vicios hay siete virtudes*, mi marido le preparó, prepárese, ¡un bebedizo mediante el cual podría similar su propia muerte durante unos cuantos días!

Ahora sí que no hay duda de ningún género; el padre Segundo pierde hasta la secuencia de la conversación entre las dos mujeres.

Galván.

No hay confusión posible.

Entre los cincuenta y los sesenta, lleva gafas con un solo cristal ahumado y viste traje oscuro de invierno y capa del mismo paño con corbata de lazo y sombrero hongo a tono; aunque las prendas son caras y están bien cortadas, el conjunto tiene el curioso efecto de hacerle parecer un pordiosero.

El sacerdote se olvida de la condesa y de la boticaria, y, de rodillas como está, comienza a deslizarse entre los asistentes, abriéndose paso hacia el jardín.

Para colmo de males, el maldito sicario de los upetistas, que acaba de decirle algo entre dientes a Salazar, el mayordomo, se da la vuelta airadamente y se dirige a la salida de la verja seguido por el sirviente.

De árbol en árbol y parterre en parterre, el cura los sigue por el jardín; entrecierra los ojos, deslumbrado tras dos días de encierro, e intenta cubrirse de la llovizna poniéndose el abrigo sobre la cabeza, produciendo un gran alborozo entre los chiquillos de los desperdicieros acampados allí.

Solo al traspasar la puerta de la cancela y por lo que parecen ser

súplicas del criado, se detiene un momento Galván.

El padre Segundo tiene tiempo de dirigir una mirada a la calle desde detrás del templete donde se ha protegido y comprueba que son ciertos los rumores de que los deudos del velatorio se han convertido en una plaga interminable que se extiende no solo a lo largo de la Castellana perdiéndose de vista en ambos sentidos, sino que hasta se está desperdigando por las calles adyacentes.

Lo que no consigue es distinguir las angustiadas palabras que el mayordomo le dirige a Galván, solo la respuesta de este:

GALVÁN.— Después, no. Nunca.

Antes de marcharse con su ligero bamboleo.

Salazar mira hacia uno y otro lado y regresa a la mansión a toda prisa.

El cura, detrás, intentando no llamar la atención, procura darle alcance para pedirle explicaciones sobre el encuentro, pero es demasiado rápido para él y cuando entra en la biblioteca ya lo ha perdido de vista.

No importa, no le faltarán ocasiones de abordarlo.

Durante su salida, la boticaria y la condesa se han perdido de vista, quizás en alguna de las salas vacías, para hablar con mayor libertad.

Secándose de la frente el sudor producido por las correrías y el sofoco, el cura se da la vuelta para volver a su puesto de guardia ante la bodega cuando se topa con un abrigo negro como un muro y una mano con una sortija morada.

CARDENAL.— Te he visto llegar de la calle, ¿es así como vigilas lo que te ordené?

PADRE SEGUNDO.— Su eminencia, yo le puedo asegurar…

CARDENAL.— ¡Cállate!

Cuadro 16

Llegó un momento en el que Hernán se desorientó por completo, y perdió cualquier noción de adónde lo conducían los navajeros por aquella galería subterránea, pero una especie de estanque de un líquido nauseabundo y maloliente procedente del techo, que tuvieron que rodear por un pasillo de tierra, le hizo pensar que estaban atravesando el subsuelo del vertedero camino del cementerio.

Los individuos no decían una palabra pero no habían vuelto a tener ningún mal gesto con él y llegó un momento en que sentía más curiosidad por ver cómo terminaría aquel embrollo que preocupación por su suerte.

Además, uno de ellos, el mayor, tenía un cierto parecido con su padre, lo cual no era necesariamente tranquilizador. Si en algo se había mostrado inflexible toda su vida don Saturio Aguilar, además de en sus creencias krausistas, fue en rechazar cualquier intento de aproximación entre ambos.

En cierta ocasión, Hernán no tendría más de once o doce años, entraron ladrones casa y se llevaron, además de los escasísimos objetos que pudieran tener algún valor, el dinero que su madre había obtenido con su trabajo de planchadora en algunos hoteles y casas de postín; recordaba como si no hubieran transcurrido más que unas horas que estaban a mediados de mes y que a su madre le quedaban por delante más de dos interminables semanas para volver a cobrar sus míseros sueldos.

El túnel se ensanchó en aquel momento, una especie de soportal de piedra les dio paso a una explanada del mismo material que volvía a estrecharse en otro corredor con indescifrables adornos en las paredes, por el que ya podían caminar con mayor desahogo.

Su madre, como último recurso, lo vistió con su mejor traje y lo llevó a casa de don Saturio para plantearle la situación: le pidió un préstamo con el que cubrir la cuenta del tendero los próximos días; le propuso devolvérselo a un tanto cada mes, ya sabía él que no le

faltaba el trabajo, se trataba solamente de superar el bache. Muy simpático y razonable, su padre le dijo que no podía ayudarlos porque se lo impedía su ideario krausista, citándoles, como si sacara a relucir una confidencia del mismo Dios, a un tal Schumacher que por lo visto defendía que «los investigadores científicos no pueden constituir una orden de hermanos y hermanas de la misericordia». Su madre le suplicó que al menos se hiciera cargo de su hijo durante esos días, que ella ya vería la forma de arreglarse. Pero él les pidió que se marcharan porque debía amoldarse al horario de estudio que se había impuesto a sí mismo.

Su madre lo envió a Sevilla, su lugar de nacimiento, donde unos familiares lejanos se hicieron cargo desganadamente de él hasta que pudo reclamarlo unos meses después.

Fue la primera vez que se juró no volver a dirigirle una palabra a su padre, vengarse de él a la primera oportunidad, pero con el tiempo volvió a encontrárselo por la calle y corrió a su encuentro para saludarle como si nada hubiera pasado, en una adicción no correspondida que se prolongaría a lo largo de todos estos años.

A los pocos metros, el nuevo trecho del pasaje se ilumina progresivamente, como anuncio de que están a punto de llegar a su destino. El más adelantado de sus raptores apaga el quinqué.

Enseguida están en una plazoleta formada por cuatro bancos y otros tantos árboles, todos de piedra, rodeados de dos hileras de tumbas en formación semicircular, como cerrándola entre paréntesis.

La escena está iluminada por unas farolas de gas que, en aquel espacio subterráneo, despiden un extraño brillo, amarillento y espeso.

Un hombre de edad indefinida descansa en uno de los bancos con los ojos cerrados, mientras una niña de piel morena y terrosa juega a sus pies con una muñeca sin brazos.

Cristóbal Galván.

El *arquitecto*.

Cuadro 17

ELEUCIDIO.— Muchas tardes veníamos a ver al amigo de doña Ana y ellos se encerraban en el teatro para ensayar. Yo me ponía a jugar por aquí. A dar vueltas.

En primer lugar, había llevado a Jardiel ante un portal del barrio de Lavapiés, uno de tantos, sin epígrafe alguno, afirmando que aquella era la entrada al Teatro de los Autómatas. Explicó que se encontraba en el patio interior del edificio y que era un teatro secreto al que solo acudían los que habían sido previamente invitados, y de noche, y si los dejaba pasar un portero muy malo, y sin que los viera nadie.

Cuando el escritor le manifestó su decepción por no poder visitar el lugar, el niño le dijo que él sabía por dónde entrar.

Y allí estaban, tras haber dado la vuelta a la manzana, ante la fachada apuntalada de unas viviendas de las que ya habían desalojado a sus ocupantes, con un gran cartel que anunciaba «CINES LUXEMBURGO, PRÓXIMA CONSTRUCCIÓN». Eleucidio se acercó muy decidido a una de las puertas sucias y astilladas, esperó a que ninguno de los transeúntes les prestara atención y usando un solo dedo la abrió para que pasara su acompañante.

Era un zaguán largo y espacioso, con la solería levantada y las paredes a jirones, iluminado por la imperfección de las ensambladuras en puertas y ventanas que los días de viento como aquel convertían en una trampa mortal, con tal densidad de polvo en suspensión que el escritor no dejó de toser hasta que sus pulmones no admitieron una mota más y las partículas tuvieron que volver a aposentarse sobre el suelo.

El niño se adelantó con la misma soltura que si hubiera nacido allí, se perdió de vista tras la esquina en la que se prolongaba el corredor y Jardiel tuvo que llegar al pie de las escaleras para

comprobar que lo esperaba impaciente, como si le hubiera tocado guiar a un anciano bobo medio ciego y exhausto. En cuanto lo vio, volvió a escabullirse, y al escritor le correspondió volver a corretear detrás, escaleras arriba.

Aquello era, o había sido, un corral de vecinos de los que tanto habían proliferado en ciudades como Madrid o Sevilla para responder a las desmedidas necesidades de alojamiento provocadas por la inmigración rural, colmenas con celdas de veintitantos metros cuadrados por familia, cocina, lavadero y sanitario común, pasajes al descubierto —como el que ahora recorría Jardiel detrás del chiquillo — que comunicaban los pisos, y un gran patio *para hacer la vida* sin terminar sofocados por la estrechez de cada nicho.

Un tabique sin un propósito evidente les corta el paso en medio de la galería, pero Eleucidio ni siquiera se detiene: antes de que el dramaturgo pueda evitarlo, esboza un gesto para que lo siga, salta la barandilla, se desliza por el estrecho reborde con la espalda hacia el vacío y se pierde de vista detrás de la pared.

Jardiel vuelve a arrepentirse de haberse implicado en aquella locura.

Pero sigue los pasos del crío, intentando imitarlo hasta en los menores detalles, jugándose la vida tras la baranda y confiando en que las losetas resistan su peso, y antes de volver a pensarlo ya está al otro lado.

ELEUCIDIO.— Desde aquí se ve el Teatro de los Autómatas —señala un pabellón en un extremo del patio al que, efectivamente, se debe entrar directamente por el portal al que lo llevó en primera instancia—, ¿ve usted el cartel en la puerta?

JARDIEL.— Lo veo. ¿Todo esto está abandonado?

ELEUCIDIO.— Lo van a tirar, pero no se sabe cuándo.

JARDIEL.— Y por aquella escalera, supongo que podremos llegar hasta allí, ¿no?

ELEUCIDIO.— Sí —emprendiendo ya la marcha—, y en el primer piso pasaremos por la puerta de la casa del amigo de doña Ana.

JARDIEL.— Señálamela.

Una puerta como las demás.

Con la ventana en el pasillo.

Que se rompe con un simple codazo.

El ruido de los vidrios se extingue de inmediato, rápidamente absorbido por el silencio del hormiguero desierto.

Hasta el propio Jardiel Poncela se sorprende de lo que acaba de hacer, pero no cree que esté cometiendo exactamente allanamiento ni que aquello sea una morada, y ya ha avanzado demasiado para parar. Le pide al niño que lo espere fuera y, tras apartar los cristales del alféizar, se cuela en el cuchitril.

Hay una primera habitación vacía, escrupulosamente vacía, nada, ni siquiera está demasiado sucia, solo una puerta; cuando la abre, la luz del día entra junto a él para revelar un colchón en el suelo con sábanas revueltas, pero de encaje fino, una caja abierta de bombones y una botella mediada de Cointreau. Es imposible no imaginar las escenas de los encuentros entre los amantes que tuvieron lugar allí, y un sentido del pudor que alcanza a las imágenes que solo se proyectan en su mente lleva a Jardiel a alegrarse de no haber llevado al niño consigo. Queda otra puerta, un tercer cuartucho; la luz del día sigue acompañándolo y hace brillar algo junto al jergón que constituye todo su mobiliario.

Un atacador de pipa.

El atacador de oro de su amigo Serafín Arellano, lo reconocería entre mil. El mismo que usó para aflojar los nudos de la cuerda que lo aprisionaban. No tiene más que apartar el jergón para encontrar las ligaduras. No tiene más que examinar el postigo de la puerta del balcón que da a la calle para apreciar los desperfectos que le infligió el padre de Marcela para escapar de allí.

Apoya el hombro en el quicio y se deja paralizar por la corriente de pensamientos.

Si aquel fue el lugar donde mantuvieron encerrado al doctor, es que el novio de la actriz forma parte de las fuerzas que buscan las cartas que la actriz ocultó. Un rosario de misivas firmadas por diez cabezas influyentes del país que presionan; que, *de facto*, amenazan al rey para que mantenga en su puesto a Miguel Primo de Rivera…

Siente una gran compasión por Ana Ermitaño, engañada y manipulada hasta el último momento para participar en un complicado juego con el que nada tenía que ver; hasta por aquel último hombre, mucho más joven que ella, por el que se enfrentó una vez más a las maledicencias de todos.

Eleucidio lo espera jugando con dos gatos, muy pequeños, uno blanco y otro negro.

JARDIEL.— ¿Los dueños?

ELEUCIDIO.— Sí —empiezan a entenderse—. Se llaman Fortunato y Jacinto.

JARDIEL.— ¿Quién les puso nombre?

ELEUCIDIO.— Doña Ana.

Bajan el último tramo de escaleras, cruzan el patio y se plantan ante la nave con el cartel de *Teatro de Autómatas*.

No es fácil adivinar cuál era el fin original de aquel local en medio del patio, como tampoco está claro el proceso que ha llevado al borde de la demolición unos bloques de viviendas menos antiguos y deteriorados que otros corrales todavía atiborrados de vecinos.

La puerta tiene un picaporte, pero ninguna cerradura; se ve que los organizadores de las funciones confiaban en lo aislado del emplazamiento para no recibir visitas indeseables.

ELEUCIDIO.— Ayer y anteayer dormí aquí. —Sigue teniendo la misma vocecilla pero habla con mayor confianza.

JARDIEL.— Déjame asomarme un momento; tú quédate con los chicos —señala a los gatos— y no los pierdas de vista, sobre todo

a Fortunato, que está más acostumbrado a las casas de vecinos.

El Teatro de los Autómatas.

Al cerrar la puerta percibe la iluminación procedente de una claraboya con los cristales translúcidos de suciedad.

Avanza hasta el centro del patio de butacas, desde donde domina todo el recinto.

Es cierto que se encuentra en un teatro, uno en miniatura, con capacidad para unas cuarenta o cincuenta personas, como es a escala la platea y son menudos los actores, un hombre y una mujer en el centro del escenario y otras tres parejas —hombre, hombre; mujer, mujer; otra vez mujer, hombre— rodeándolos algo más atrás, preparados para tomar el lugar de los protagonistas en cuanto terminen la gimnasia sexual que el mecanismo ha dejado a la mitad y el circuito de carriles incrustados en las tablas los lleve hasta allí.

Ocho actores y actrices de algo más de un metro de altura, construidos en el mismo material que la Mariana Pineda del Camerino, desnudos, incansables, perfectos.

Al fondo, un decorado de *boudoir* del siglo VIII con la supuesta ropa de los personajes pintada sobre el suelo y los muebles.

Una espesa capa de polvo cubre todos los elementos de representación; se ve que últimamente el amigo de Ana Ermitaño había cambiado el comercio de la carne artificial por otros negocios más productivos.

Sigue recomponiendo el retrato de la mítica Ana Ermitaño, pieza a pieza, rescatando cada fragmento de antros olvidados, rincones llenos de telarañas, escondrijos de tipejos corruptos de todas las capas sociales —desde la corona hacia abajo—, inventos de charlatanes sanguinarios, leyendas de religiones ocultas, sábanas sucias en habitaciones de amantes desquiciados. Y se imagina lo sola que tuvo que pasar sus últimos meses de vida.

ELEUCIDIO.— ¡Que vienen!

Ni siquiera ha escuchado como el chiquillo, que corre en su dirección, ha irrumpido en el teatro y cerrado la puerta detrás de él.

JARDIEL.— ¿Nos da tiempo de llegar hasta la escalera?

ELEUCIDIO.— No creo, los he escuchado en el portal.

JARDIEL.— Pues tendremos que escondernos aquí.

ELEUCIDIO.— Hay otra puerta —con exceso de flema.

JARDIEL.— ¡Pues guíame!

Ahora sí reacciona.

Lo adelanta y corre hacia el escenario, rodeándolo por la derecha hasta desaparecer.

Cuando el escritor sobrepasa el decorado, lo encuentra esperándolo, sosteniendo una puerta que lleva de nuevo al patio de la corrala; antes de salir, descubre una segunda puerta que conduce a los interiores del teatro y que le hubiera gustado investigar, pero ya escucha las voces de los que llegan, se le ha acabado el tiempo.

Cuadro 18

CRISTÓBAL.— Bienvenido al Cementerio Ambulante.

Hasta escuchar aquellas palabras no había aceptado el sereno que las dos sucesiones de tumbas dispuestas en arco a su alrededor eran algo más que una ornamentación tan demencial como el resto de aquella historia.

No responde, escruta hasta el último detalle de aquella cripta. Intenta adaptarse a aquel mundo de piedra, no dejarse vencer por la sensación de delirio.

Los dos navajeros que lo acompañaban habían pasado de largo

hasta introducirse en una boca de túnel en la que la colosal caverna volvía a estrecharse.

CRISTÓBAL.— Siéntese a mi lado, por favor.

HERNÁN.— Usted debe de ser el arquitecto.

CRISTÓBAL.—Lo fui. Intento que todos lo olviden, pero supongo que aún no me he ganado ese derecho.

Hernán se sienta al borde del banco sin perder de vista a la niña que juega en el suelo como un sucio animalillo de los que se crían en la oscuridad, temeroso de que le suelte un mordisco o de que le contagie algo por simple contacto.

CRISTÓBAL.— Sé que ha estado buscándome y preguntando sobre mí.

HERNÁN.— ¿Conoce las razones de mi interés?

CRISTÓBAL.—Sí. —Sus ojos apagados permanecen vueltos hacia la bóveda mineral que sustituye al cielo en aquel lugar—. Yo nunca llegué a conocerla, a Ana Ermitaño, pero por desgracia desempeñé un papel determinante en su vida. —Cabecea, como si mantuviera otra conversación simultánea con un ser invisible—. Por eso le he hecho venir,

Puede tener unos sesenta años, diez más o menos, lleva un traje que fue de buen corte en su momento y que ahora está tan gastado que costaría determinar su color exacto, muy sucio, y ancho, y largo, no como si su dueño hubiera perdido peso, sino como si estuviera inmerso en un proceso de disminución que no hubiera hecho más que comenzar.

HERNÁN.— ¿Vive usted aquí?

CRISTÓBAL.—Con los muertos de segunda clase —abarca con un

gesto a las tumbas que tiene alrededor—. Durante un tiempo me convencí de que les estaba prestando un servicio, pero terminé profanando todas esas ideas. Ahora he vuelto para preguntarme si lo que hice llegó a tener algún sentido, aunque fuera para alguno de ellos o sus familiares.

HERNÁN.— ¿Qué es lo que hizo?

Hace un doble ademán con las manos ante lo inabarcable de la pregunta, pero el ser invisible que lo vigila debe de haberle amonestado, porque asiente y se aplica a organizar el relato.

CRISTÓBAL.— Empezó hace mucho, en Italia, en la facultad de arquitectura de Ferrara. Primero fue una leyenda que nos contaban los alumnos de cursos superiores, una leyenda que se remontaba a la Edad Media y que decía que una orden de maestros de aquella época de ultracatolicismos en la que cualquier falta podía convertirte en un proscrito del dogma condenado a las llamas del infierno para la eternidad decidió crear un reducto secreto de tierra consagrada en el interior de cuantos cementerios les fuera posible para asegurar la santa inhumación de aquellos que fueran apartados de este derecho por las arbitrariedades de la iglesia; para ello, utilizaron excavaciones como esta, pero también el suelo sobrante en panteones de familias afines o incluso disimularon las tumbas entre los aderezos de los jardines y plazas que suele haber en los camposantos. Por eso se llamaban Cementerios Ambulantes, porque dependían de los cementerios oficiales en los que estaban ocultos, y se trasladaban o extinguían con ellos si así se daba el caso.

Es una ausencia de ruido lo que les llama la atención.

Hernán mira alrededor y cae en la cuenta de que la pequeña ha desaparecido; parece que Cristóbal también lo ha descubierto en aquel momento y no le concede mayor importancia, pero el sereno no puede evitar cierta inquietud ante la amenaza que ha perdido de vista

CRISTÓBAL.— Como le decía, aquello empezó no siendo más que una curiosa leyenda entre estudiantes de arquitectura, pero cuando uno de nuestros compañeros se quitó la vida, Giulio —sonríe con alivio por no haber olvidado su nombre—, y le negaron el sacro sepulcro y terminó enterrado en una fosa común como un perro, los más íntimos nos juramentamos para reinstaurar los Cementerios Ambulantes —espera hasta recibir la aprobación del espíritu que lo acompaña antes de continuar—. Años después, cuando don Francisco García Nava me nombró su ayudante para acometer la última fase de lo que ahora se conoce como el Cementerio de la Almudena y entonces era la Necrópolis del Este, y me encontré con esta oquedad, casi me había olvidado de todo aquello.

Una especie de chirrido, que probablemente no sea el roer de huesos que imagina el sereno, interrumpe la confesión.

El arquitecto escucha, cataloga el sonido, ensancha la sonrisa y continúa.

CRISTÓBAL.— Pero Giulio seguía más vivo de lo que yo pensaba en algún lugar de mi memoria y el enclave era perfecto, así que construí todo esto, poco a poco, con la ayuda de mendigos de los alrededores a los que pagué de mi bolsillo; no había peligro de que contaran lo que había aquí porque ellos mismos no existían. Buena gente. Son lo único que me queda —espacio para verificar

la opinión de su fantasma particular antes de proseguir—. Pero una vez que tuve el *Cementerio* dentro, o mejor dicho debajo, del otro cementerio y, por tanto, tan consagrado el uno como el otro, me faltaba lo más importante, me faltaban sus ocupantes. De eso se ocupó mi hermano. —Se acaba la sonrisa al extraer sus recuerdos de un pozo distinto, más estancado y con peor olor—. Mi hermano y yo siempre estuvimos muy unidos; cuando joven era un tío alegre y brillante, lleno de talento, un gran fotógrafo que trajo a este país técnicas francesas que nadie había usado antes; pero algo le pasó en África, nunca llegó a contármelo, pero cuando volvió había perdido un ojo y había ganado un odio feroz hacia todos que se manifestaba en cuanto hacía. Se enredó en los negocios más sucios, se convirtió en el recadero de la Unión Patriótica para llevar a cabo en su nombre las peores atrocidades a cambio de ciertos favores y de ser nombrado fotógrafo oficial de la policía, un puesto desde el que cometer actos todavía más infames. —Baja la cabeza, avergonzado—. Claro que yo tardé mucho tiempo en enterarme de eso, como de que llevaba años traficando con este cementerio, aprovechando el poder que le otorgaba sobre familias desesperadas para cometer toda clase de bajezas. En esa época yo no me enteraba de nada, me había enredado en el mundo del juego, empezando por echar unas manos a la salida del trabajo y terminando por convertir mi vida diaria en un trámite para llegar a las partidas de las noches. Le había pedido mucho dinero prestado a mi hermano y cuando supe de dónde procedía, de especular con esto —abarca toda la gruta —, en vez de impedirle continuar con sus tejemanejes y luchar por controlar mis hábitos, me volqué por completo en ellos, dejé de

trabajar, seguí viviendo de su dinero… Cuando me dijeron que me habían contagiado esta enfermedad recibí la noticia casi con alivio: tenía la excusa ideal para dejar de lado cualquier posibilidad de redimirme.

La niña o aquello en lo que se haya transformado produce otro más de sus desconcertantes ruidos entre las tumbas.

El sereno lleva un buen rato sin hablar, no se ha atrevido ni a encender un cigarrillo, casi ni a moverse; tiene una sensación de templo, de testigo impropio que escucha una homilía de la que nunca debería haber formado parte.

HERNÁN.— Ana Ermitaño. —No hay perdón ni condena en su voz, pero ha venido a lo que ha venido.

CRISTÓBAL.—Eso fue lo más monstruoso de todo. A esas alturas, mi hermano había cometido toda clase de desatinos, pero nunca había secuestrado un cadáver para chantajear a su familia —niega, pero sin mucha convicción—. Resulta que un joven amigo de mi hermano, un amigo *íntimo* —aclara pero no censura—, experto en juguetes y figuras mecánicas, militaba en las Juventudes de Unión Patriótica junto al hijo de Ana Ermitaño; fue él quien le comunicó que se había producido el suicidio, y juntos se apropiaron del cuerpo, sabiendo el enorme partido que podían sacar a su madre —cada palabra viene acompañada por una mueca de asco—; sé que la sometieron a toda clase de imposiciones; desde participar en una película que no quería hacer hasta invertir en la fábrica de uno de los dirigentes del partido, además de las continuas entregas de fuertes sumas de dinero, claro. Conociéndoles, seguro que hubo exigencias peores.

HERNÁN.— ¿Alguna relacionada con el rey?

CRISTÓBAL.—*(La sorpresa es verdadera pero se esfuma enseguida)*. No sé nada de eso, pero ya le digo que no hay nada que pueda extrañarme. Últimamente mi hermano y yo no nos vemos demasiado, ya no lo necesito, no puede controlarme.

La niña ha vuelto.

Sin el menor ruido, ha aparecido otra vez a sus pies; agazapada sobre la muñeca, no deja ver su rostro en el que es fácil imaginar una doble hilera de dientes, ojos sin párpado o rastros de sangre reseca.

HERNÁN.— ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

CRISTÓBAL.—Tiene un estudio en un burdel de Costanilla de los Desamparados, pero no sé si vive allí, no celebramos juntos la Nochebuena.

Por más que se repite que debe aprovechar la ocasión para hacerle todas las preguntas que tiene pendientes, al sereno no se le ocurre ninguna más que pueda ser útil para la investigación.

HERNÁN.— ¿Y ahora?

CRISTÓBAL.—Puede marcharse cuando quiera. Mi hija —señala el suelo en dirección equivocada— le acompañará a la salida.

HERNÁN.— Me refiero a usted.

CRISTÓBAL.—Me quedaré un tiempo más, no mucho; tengo sitio reservado —ahora sí indica la fila de tumbas sin error—; ha llegado el momento de que compruebe personalmente si reposar en tierra santificada tiene tanta importancia como nos decían.

Hernán asiente como si el arquitecto pudiera verlo.

Se queda donde está, sin intención de levantarse, mirando a la niña; no le hace ninguna gracia internarse en las oscuras galerías

con aquel pequeño ser.

Cuadro 19

Un policía de paisano ha traído a Antolina hasta el paseo de Areneros, pero la ha dejado en la puerta del Hospital de la Princesa para que no la vieran llegar en coche al colegio; un hombre muy atento, de conducción serena y considerada, paciente ante los diversos restos de manifestaciones que los habían retrasado al atravesar este Madrid cada vez más revuelto en el que nadie sabe ya si el presidente es o no es, que había tenido la enorme deferencia de no pronunciar una palabra en todo el trayecto. Cuando llegaron ante el hospital, construido para conmemorar el nacimiento de Isabel II, hasta se había bajado del vehículo para abrirle la puerta y recordarle que tuviera cuidado con el estribo del Renault Monastella al bajar.

Al marcharse el vehículo se quedó un momento inmóvil, fingiendo escuchar el acordeón que hacía sonar un marinero en la acera de enfrente. Llegaba ya tan tarde al colegio que no merecía la pena intentar apresurarse por ganar unos minutos.

Arrojada al último agujero de la comisaría y ante la fría mirada de varios funcionarios, la habían desnudado para iniciar la minuciosa toma de unos retratos abyectos, tan asquerosos como ni siquiera había fantaseado en sus más oscuros momentos, que formaban parte de una serie que parecía no tener fin. Después la ficharon como prostituta y le advirtieron que aquella lacra figuraría para siempre en su documentación y la llevaría directamente a prisión ante cualquier irregularidad jurídica. Por último, había vuelto el inspector para comunicarle que su única oportunidad de superar todo aquello y seguir con su vida era volver al colegio, sacar a Anita con cualquier excusa y entregársela a alguien que la esperaría en la estación de servicio situada a unos pocos metros de allí.

El sonido de un biplano en el cielo, que irá o vendrá del aeródromo de Cuatro Vientos, la hace reaccionar y se pone en marcha en dirección al colegio.

Camina sin pensar.

Han sido apenas un par de horas las que ha pasado en aquel calabozo y cree que han conseguido eliminarle toda voluntad, o por lo menos la capacidad de plantearse cualquier resistencia; no quiere pensar en lo que debe hacer a continuación, ni siquiera tiene un refugio para volver cuando termine el día, nada volverá a ser como antes.

Solo camina.

Entonces se fractura por la mitad el bastón de una anciana y la mujer termina en la acera el biplano se pierde súbitamente en el cielo; el caballo de un carruaje se encabrita, rompe el aparejo y parte al galope sin que su dueño pueda hacer nada por controlarlo; el parabrisas de un coche salta sin causa aparente en una lluvia de cristales, una chica con uniforme de criada lanza a la carretera los alimentos que acababa de comprar y comienza a andar muy decidida en sentido contrario al que venía. Algo se detiene en el interior de Antolina, algo parecido a un fluido que empieza a evaporarse y ya nunca se condensará de nuevo.

Al llegar al colegio, se vuelve y descubre a los pintores vecinos de Román a los que conoció en la tienda de juguetes, que la miran inmutables desde la estación de servicio; ni siquiera se sorprende al comprender que son ellos los que la esperan para recoger a Anita, que no eran aquellos artistas simpáticos y bohemios que frecuentaban la tienda de su amigo, sino un par de individuos contratados para vigilar todos sus movimientos.

Se adentra en la Casa de los Niños María Montessori pisando con decisión.

Ahora sabe perfectamente qué es lo que debe hacer.

Cuadro 20

IBÁÑEZ.— Yo soy el primero que está dispuesto y bien dispuesto a llegar con don Miguel Primo de Rivera a donde haga falta —Ibáñez, más conocido por el Apagavelas a causa de la largura de su nariz, se cubre la boca para sofocar un flato bronco y caudaloso que produce una honda implosión; se encoge de hombros, ya dijo él que no debía celebrarse la junta a la hora de la comida—, pero una cosa es una cosa y otra dejarnos apercollar, que ya está bien con el chaparrón. Digo yo, vamos…

Como no hay murmullos de aprobación, ni una mirada de complicidad siquiera, el jefe de la delegación de Santander se responde a sí mismo con otra encogida de hombros y vuelve a sentarse.

Apenas cabía alguien más en la sala de reuniones de la sede de la Unión Patriótica en Madrid. Durante toda la mañana y la tarde de ayer, cada rincón disponible de los locales se había ido llenando con las maletas de cartón de los dirigentes regionales del partido, muchos de ellos antiguos oficiales del Somatén, que acudían a la capital para hacer frente u obtener información de primera mano de esta crisis donde se jugaban el fin de los privilegios que habían ido acumulando durante los años de mandato del general.

Por una vez, Mancera da gracias de estar ciego; García sigue sin aparecer y, sin verlos, sabe que es el blanco continuo de las miradas de todos los militantes que confían en que sea él quién tome las riendas del partido, el que los guíe en estos momentos de decadencia, el que evite la desbandada; le resulta mucho más fácil encerrarse en el terrible sabor de su puro, contestar con alguna evasiva a los que lo abordan directamente y seguir preguntándose qué es lo que haría su amigo en una situación como esta.

El Apagavelas no es más que un patán, pero ahora ha tomado la palabra el bilbaíno Almencilla, mucho más peligroso, alardeando como siempre de poseer unas misteriosas fuentes de información que por desgracia suelen ser sorprendentemente certeras.

ALMENCILLA.— … y también me consta que tan fuera está Primo de Rivera del gobierno que él mismo ha propuesto a los generales Barrera o Berenguer como futuros presidentes del consejo, así como una lista de ministrables en la que…

Un profundo silencio de todos calla al orador.

Mancera podría reconocer el sonido de aquellas firmes pisadas en cualquier sitio.

Cuando todos rompen en un furioso aplauso, sabe que García ha regresado.

Los pasos, en vez de dirigirse en línea recta al estrado, se desvían, acercándose más y más a Mancera hasta que su amigo se le acercan al oído para decirle algo que no comprende, ni falta que le hace, un momento antes de notar como le estrellan un beso en la frente.

Unos segundos después, Almencilla ya le ha cedido su puesto a García ante el atril.

GARCÍA.— Amigos, ante todo debo disculparme por la ausencia de estas horas, pero una gestión reservada y urgente me ha mantenido apartado de mi despacho. —Sus palabras suenan a cualquier cosa menos a disculpa—. Una gestión que ahora puedo decir que se ha resuelto con éxito.

Una nueva ovación le proporciona la pausa que necesita.

Mancera es el que más aplaude, aunque sospecha que todo lo que va a decir su amigo es mentira.

GARCÍA.— Todos ustedes saben que mi equipo ha estado luchando noche y día en estas últimas jornadas por conseguir un instrumento, unas cartas firmadas por los hombres más influyentes de este país, que inclinará la voluntad de su majestad por el apoyo a nuestro presidente, evitando de esta manera la segura debacle de España —respira—. Pues bien, estoy en disposición de anunciarles que esas cartas se encuentran prácticamente en nuestro poder y que podremos hacer uso de ellas esta misma tarde, a tiempo todavía de evitar que el rey cometa un error de proporciones históricas…

Cuadro 21

Antolina sabe lo que tiene que hacer.

Lo sabe.

Lo de menos es lo que le cueste.

Después de servirse del incendio en su piso la noche anterior para justificar ante la directora su ausencia del colegio hasta esta hora, ha estado buscando a Hilario, el exalumno encargado de realizar las pequeñas compras y demás recados, hasta encontrarlo en el patio interior, limpiando del cajón delantero de su ciclocarro las migas del pan que trae cada día de la tahona; le ha ordenado que deje la limpieza para otro momento y que la espere dispuesto a salir pitando en cuanto ella vuelva.

La segunda fase de su plan consistía en encontrar a Anita.

Cuando la interceptó en el comedor, correteando a gatas debajo una de las largas mesas donde acababan de comer, la niña le enseñó las manos negras para justificar su huida hacia el cuarto de

baño; pero la profesora la cogió en brazos pidiéndole silencio por señas y se la llevó de allí, aprovechando que las auxiliares estaban ocupadas llenando de platos vacíos los carros de comida.

Antes de volver al patio, se pasó por su clase, a esta hora vacía, para recoger a *Pepe*, la viejísima muñeca calva de grandes dimensiones con la que tanto tiempo pasaba la chiquilla.

Tercera fase completada.

La última se desarrolla de nuevo en el patio; por los pasillos, mientras camina con *Pepe* y Anita en brazos, les va susurrando que antes de volver a clase van a jugar un ratito al escondite con Hilario, al que todos los niños admiran por su altura y fortaleza.

El chico la espera en posición de firmes, feliz, como siempre, de resultar útil en cualquier comisión.

Tras dejar la muñeca sobre el poyo del lavadero, Antolina abre el cajón del ciclocarro e introduce a Anita en su interior; sabe que hay resquicios de sobra para que pueda respirar y aun así espera un minuto y vuelve a abrir la cesta para asegurarse de que la chiquilla no está asustada por la oscuridad y el espacio cerrado; pero ella, acurrucada en el fondo del compartimento, la espera con una expresión divertida y un poco adormilada en sus ojos rasgados. Todo correcto.

Para terminar, le explica cuidadosamente a Hilario —que mueve afirmativamente la cabeza unas cinco veces por palabra— que debe ir la tahona donde compra el pan cada día y esperarla en la puerta sin dejar que la cría salga del ciclocarro hasta que ella llegue.

Cuando los ve partir, recoge a la enorme muñeca y se dirige a secretaría, que es donde está emplazado el único teléfono del colegio.

Su plan no ha hecho más que empezar.

Cuadro 22

Eduardo Valencia, el exadministrador de Ana Ermitaño, está sentado en una de las mesas del Café Levante mirando fijamente la taza de café que acaban de servirle tras retirar el servicio del almuerzo. Se le ve enrojecido y abotargado, completamente inerte, pero con cierta agitación respiratoria que se dispara cuando descubre a Enrique Jardiel Poncela y a Eleucidio plantados junto a él.

VALENCIA.— Esperaba que volviera usted, pero pensé que se llegaría por mi casa.

JARDIEL.— La última vez casi me cuesta un disgusto la visita, así que, como dijo usted que comía en el Levante, he preferido verlo aquí; lo malo es que no estaba seguro de si se refería al Levante de Arenal o a este de la Puerta del Sol. Por suerte hemos acertado.

VALENCIA.— Pero siéntense, por Dios, siéntense. —Evita dirigirse al niño y cuando coinciden sus miradas, baja los ojos avergonzado.

JARDIEL.— La verdad es que todavía no hemos comido. —Separa una silla para Eleucidio antes de sentarse él.

VALENCIA.— Pero si son las tantas, estas nos son horas para un niño —hace una seña al camarero—. ¡Alfonsito!

ALFONSITO.— ¿Don Eduardo?

VALENCIA.— Pues que tengo a estos dos amigos míos en ayunas, que si les podemos poner alguna cosa.

ALFONSITO.— Hombre, don Eduardo, es que me parece que la cocina ya está cerrada.

VALENCIA.— Haz un poder, hombre, que ya te digo que son amigos míos.

ALFONSITO.— *(Con mucho balanceo de cabeza)*. ¿Y qué les apetecería?

JARDIEL.— Con un par de *beefsteaks* y su guarnición, pan, vino y agua, vamos zumbando —y al chico—; el *beefsteak* de la casa del

Levante es famoso en todo Madrid, ¿te parece bien?

ELEUCIDIO.— Sí con su voz al mínimo volumen.

El camarero se marcha y los tres quedan en silencio.

El café es uno de los más sosegados de la ciudad, concurrido por militares retirados y gente mayor que hace malas migas con el ajetreo de otros locales de moda. A esta hora empiezan a llegar los habituales para montar la tertulia de la tarde.

VALENCIA.— Siento mucho que tuviera problemas al salir de mi casa. —Sigue inmóvil, sin tocar el café, pero el color rojo de su piel ha subido un par de tonos—. Debí caer en la cuenta de que tienen a gente allí apostada.

JARDIEL.— Ya.

VALENCIA.— Me imagino que cuando ha vuelto usted, es que lo ha averiguado ya todo.

JARDIEL.— Todo, no.

VALENCIA.— Tengo el estómago revuelto, debería haberme quedado en mi casa para que me prepararan un cocimiento de hierbas —aparta el café—. Lo que sí sabe usted es que le mentí, ¿verdad?

JARDIEL.— Verdad.

El anciano menea la cabeza, apesadumbrado e intransigente consigo mismo.

VALENCIA.— Yo no quiero quitarme mi parte de culpa, y no me dan de comer las derechas ni las izquierdas, pero esta dictadura ha traído mucha trapacería a este país; todo el poder concentrado en ese desgalichado de Primo de Rivera, sin que nadie le llame la atención, porque el Borbón ni pincha ni corta y cuando lo hace mejor que no lo hiciera, ha dado lugar a que esos matones de

Unión Patriótica hayan convertido España en su cercado particular.

JARDIEL.— Son los tiempos que nos tocan. El hombre, que se ha vuelto cobarde para afrontar la vida él solo y de cara, se ha vuelto valiente para hacerse pistolero en pandilla. —Saca la petaca para continuar con su dieta de cigarrillos—. Todos creen tener razón en un momento histórico que se caracteriza, precisamente, por la falta de razón de todos.

VALENCIA.— Y Ana y yo terminamos en medio de este berenjenal. —Cambia de opinión y se toma de un sorbo el café ya frío que le acentúa aún más la rojez del rostro—. Lleva usted razón; aunque le dijera lo contrario, yo nunca dejé de trabajar para Ana Ermitaño. Cuando la obligaron a meterse en aquella clase de negocios, pensamos que lo mejor era decir que habíamos roto para poder seguir ayudándola en secreto. —Intenta respirar hondo pero no lo logra—. Yo siempre he sabido que usted lleva buenas intenciones, pero hay viejas promesas que nos ligan por encima de lo que nos conviene.

JARDIEL.— Debería empezar a contármelo por el principio.

Aunque ya se ve venir hacia ellos al camarero, que en un instante dispone los servicios completos para ambos antes de retirarse sin una palabra.

VALENCIA.— El principio es lo peor, una de las maquinaciones más indecentes de las que yo haya sabido en tantos años de tratar con el dinero de la gente, o sea, con lo peor de cada quisqui. —Comienza a dar vueltas a la taza de café, como si pretendiera atornillarla a la mesa—. Cuando Bernal, el chiquillo de Ana, hizo aquella locura, a algunos de sus compañeros de partido se les

ocurrió que, si se apoderaban de su cuerpo, tendrían en sus manos a la madre para hacer con ella lo que les viniese en gana. Y les faltó tiempo. Le hicieron saber que si cumplía con sus exigencias no solo le devolverían el cadáver, sino que estaban en disposición de mostrarle la forma de darle sagrada sepultura a pesar de haberse suicidado. Al principio, fueron pequeñas cantidades de dinero, asistir a ciertas fiestas, trabajar en una película en la que jamás hubiera figurado por su propia voluntad…

Parece que necesita un respiro, pero la pausa se prolonga más de la cuenta; su piel ha alcanzado ya el rojo oscuro.

JARDIEL.— ¿Se encuentra usted bien?

VALENCIA.— El médico me tiene prohibido el café y eso que dice que todavía no ha dado con la enfermedad que tengo; si llega saber qué me pasa, me prohíbe hasta pegar los sellos de las cartas.

JARDIEL.— Médicos… Solo hay dos tipos de enfermedades: las que se curan solas, y no es preciso el médico, o las que nadie las cura, y por tanto son menos necesarios todavía.

El anciano sonríe tristemente y saca del bolsillo superior de la americana un puro barato del mismo modo que mostraría su más preciada posesión; no lo enciende aún: es un objeto demasiado importante para despilfarrarlo con prisas.

VALENCIA.— Con el tiempo, esos upetistas se fueron creciendo…

JARDIEL.— ¿Desde siempre se identificaron como gente de Unión Patriótica?

VALENCIA.— Al principio eran más discretos. Ana hizo toda clase de indagaciones para ver quiénes eran, se enfangó en ambientes… viciosos, frecuentó tabucos donde la gente se juega la vida, se

enredó en rituales demenciales, incluso la detuvo la policía… Poco a poco dejaron de ser cautelosos, le pedían más y más, hasta que llegó un momento en que, por la clase de peticiones que le hacían, ya no había duda de quienes eran.

Se concede un descanso y se regala un fósforo, que ya tiene preparado hace unos minutos, pero en cuanto acerca la llama a un par de centímetros de la punta se lo impide un conato de ataque de tos, así que apaga la cerilla y deja el cigarro como estaba.

VALENCIA.— El médico me tiene dicho que…

JARDIEL.— Tendría usted que cambiar de médico antes de que termine de amargarle la vida. —Al contrario de Eleucidio que ya anda rebañando, el escritor apenas ha probado la comida.

VALENCIA.— Se fueron creciendo, como le decía; cada vez le pedían más y más, siempre con la promesa de entregarle el cuerpo, hasta que… Le dijeron que debía refinanciar una fábrica de fibrocementos propiedad de uno de los dirigentes de Unión Patriótica, Alfonso Mancera, un hombre ciego que ni siquiera presta atención a sus negocios. Ella accedió, y cuando revisamos las cuentas, vimos que reflotar aquel proyecto le iba a costar prácticamente las economías de toda su vida; yo le advertí que no lo hiciera, que no serviría para nada, pero valiente cosa le importaba a ella mi advertencia… Y no fue eso lo más grave. —Mira fijamente al niño—. Cuando ya estábamos embarcados en aquello, hice algunas indagaciones y descubrí que aquella fábrica era un matadero, que hay algo allí que hace que los operarios enfermen, muchos de ellos sin remedio; y lo peor es que la mayoría de los trabajadores no son más que chiquillos. —Baja un poco la voz como sin con ello consiguiera hurtarle la conversación

a Eleucidio—. A un par de ellos los sacó de allí —lo señala con disimulo—, pero aquello empezó a obsesionarla, se convenció de que ella sería la responsable de lo que les ocurriera y se le ocurrió fundar un sanatorio en el que socorrerles. En eso se gastó el resto de sus ahorros, empeñó sus joyas, vendió hasta sus muebles…

Jardiel renuncia definitivamente a su almuerzo y se dispone a encender un cigarrillo cuando percibe la feroz envidia en los ojos del anciano, así que vuelve a guardarlo en la pitillera.

VALENCIA.— Y aquellos hijos de mala madre querían más y más y más, la obligaron a entablar amistades con el mismo rey, ¡me caso con Dios! —Mira al niño y levanta las manos en un gesto de disculpa—. Querían tener una vía de contacto con el monarca, cada vez más aislado por los círculos del ejército que Primo de Rivera ya no controla.

JARDIEL.— Me imagino que aquello fue lo que le costó la vida. Tuvo que ser algún miembro de ese círculo de hierro que protege y manipula al rey el que la mató para que no contactara con él.

VALENCIA.— Aún no lo sabe usted todo. Para colmo de males, la niña se nos enamoró hace unos meses de un gachó veintitantos años más joven que ella, un niñato que desde el principio me pareció con muy mala sombra. Se lo dije y se lo redije. Pero había pasado mucho y se volvió ciega, decía que necesitaba ilusionarse con algo.

JARDIEL.— El amor es un sistema de espejos colocados de tal manera que, estando solos, nos parece estar acompañados.

El viejo administrador levanta el rostro como si aquella frase hubiera estado a punto de despertar una conexión muerta en su

interior, pero no ha sido más que un chispazo en falso y baja otra vez la mirada.

VALENCIA.— Aun así la convencí de que contratáramos a un investigador particular, que no tardó en decirnos que el muchachito aquel era nada menos que el *novio* de uno de los sicarios del partido. Con aquello, Ana se me desmoronó por completo. Yo creo que cuando la llamaron para pedirle que le entregara algo al rey ya todo le daba igual. Todo menos la salvación del alma de su hijo.

JARDIEL.— ¿Sabe usted qué era eso que querían entregarle? —Con disimulo, comprueba que siguen allí las cartas que lleva en el bolsillo interior.

VALENCIA.— No llegó a decírmelo —con una tristeza compacta e inapelable—. Se ve que no quería comprometerme más de la cuenta. No pude sonsacárselo. Esa fue la última vez que no supe protegerla.

Cuadro 23

Cuenta un, dos, tres y cruza a toda prisa la puerta del colegio.

Aunque el calabobos empieza a alcanzar la categoría de lluvia franca y el paraguas le cuelga del antebrazo, Antolina, demasiado ocupada en llevar el enorme muñeco envuelto en una manta y ansiosa por confirmar que todas las piezas de su plan encajen como ha previsto, ni se plantea detenerse un momento para abrirlo.

Los dos pintores que fingían ser amigos de Román se dejan ver entre las sombras de la estación de servicio cuando la ven venir.

Antolina se dirige recta hacia ellos, pero va disminuyendo el

paso.

Los dos hombres avanzan un poco, pero no se atreven a salir de la gasolinera.

Ella los mira de frente y casi se detiene a la espera de que vengan a recoger lo que buscan.

Renée y Alphonse, si es que realmente se llaman así, se muestran algo más, pero hay demasiados testigos para que se atrevan a salir a campo abierto para recoger a la niña; las instrucciones eran muy concretas: la mujer debía entrar en la estación de servicio para entregársela.

Entonces, cuando ya ha conseguido que los dos individuos estén lo más alejados posible del vehículo que debe esperarlos en la gasolinera para marcharse de allí, la profesora hace un quiebro y sube al taxi que ha llamado por teléfono y que la aguarda al borde de la acera.

ANTOLINA.— Vamos a la Gran Vía, a la Sociedad Madrid París. A toda prisa, por favor.

TAXISTA.— Pero si estamos encima, casi no merece la pena…

ANTOLINA.— A toda prisa —mucho más terminante de lo que creía capaz de ser.

TAXISTA.— Sí, señora —encogiéndose exageradamente de hombros.

Por la ventanilla trasera puede ver como los pintores, descolocados, tardan en reaccionar y tal como ha supuesto deben correr unos metros hacia atrás para buscar su propio automóvil, retraso que espera que sea suficiente para impedirles seguirla.

En cuanto los pierde de vista, se deja caer en el asiento.

El taxi es un Citroen 10 HP Landolet, también llamado *landolette*, con capacidad para cuatro pasajeros y una suspensión perfecta a pesar de que el conductor no tarda en alcanzar los cuarenta kilómetros por hora.

Se envuelve la garganta con el cuello del abrigo y ya no despierta

hasta que el vocerío de los retales de una manifestación que se está formando o desintegrando obliga al taxista a emplear el claxon.

Están ya en Gran Vía.

Vuelve a mirar por la ventanilla y no parece que ningún coche los siga, pero tampoco está segura de que pudiera distinguirlo si así fuera. Hay tanta gente caminando por la carretera como por las aceras, el tráfico debe moverse a tan escasa velocidad que los peatones siempre terminan adelantándolos.

Se acuerda que su padre siempre llamó *automóviles de plaza* a los taxis, hasta el final de su vida. Cuánta falta le haría contar con él en estos momentos.

Muchos de los transeúntes llevan restos de pancartas o banderas, algunos incluso alardean de las porras y estacas con las que pretenden aclarar donde sea y como sea cuál es la situación de su país, si el presidente se ha ido o lo han echado o no se ha ido, y, sobre todo, qué es lo que va a pasar con ellos a partir de ahora.

Enseguida tiene a la vista el edificio de la Sociedad Madrid París, los grandes almacenes más suntuosos de la ciudad. Desde que fueron inaugurados en 1924, solo los ha visitado tres veces, siempre concediendo al acto la cualidad de *gran ocasión*, para buscarse algo especial en su cumpleaños o por los *reyes*, al fin y al cabo no contaba con nadie más que la obsequiara en esas fechas.

Antes de que el taxi se detenga, deja caer un par de pesetas sobre el asiento delantero y, en cuanto el conductor pisa el freno, ya está ella en camino de la puerta principal, siempre con el imponente muñeco embozado en su mantilla.

Entrar en el *hall* de los almacenes es como ser absorbida no solo por el lujo y la distinción que se respira en cada detalle, sino por una gama de sonidos y colores que la alejan inmediatamente de la España de la miseria y la inestabilidad política que se está descomponiendo en el exterior.

Sin perder un segundo, deja a un lado las escaleras mecánicas —de las primeras así llamadas en Madrid— e intenta orientarse entre la sucesión de departamentos que se despliegan ante ella. Recuerda

la publicidad de su apertura, donde se afirmaba que la planta baja medía más de cuatro mil metros cuadrados y que estaba atendida por cientos de dependientes; confía en no perderse entre la enormidad de productos que se le ofrecen.

Se detiene un momento, mira a su alrededor en busca de algún directorio y allí están: Renée y Alphonse a la carrera hacia ella.

No sabe cómo han podido seguirla, no sabe cómo va a salir de aquel laberinto, pero arranca a correr por el pasillo que tiene más cerca.

Algunos maniquíes intentan cortarle el paso aunque consigue esquivarlos a todos.

Una niña vestida de blanco la señala y su madre se agacha para decirle algo al oído.

Sigue abriéndose camino entre las joyas, pieles, sombreros, artículos de viaje, juguetes o porcelanas colocados allí solo para obstaculizarla.

Mira hacia atrás. Por ahora mantiene la distancia con sus perseguidores.

Y cuando vuelve a mirar hacia delante encuentra por fin lo que andaba buscando: la puerta trasera de la tienda, la que da a la calle Desengaño.

De un taconazo derriba uno de los expositores, con gran alboroto por parte de clientes y vendedores.

Necesita retrasar unos segundos a sus acosadores para llegar hasta…

Allí está el segundo taxi que solicitó por teléfono, esperándola en la puerta de la fachada de atrás de la Sociedad Madrid París, tal y como indicó.

Cuadro 24

Cuando Hernán sube el último peldaño de las escaleras que llevan al piso de su padre se encuentra a Marcela sentada en una maceta vacía a la que ha dado la vuelta, con el pelo mojado y la uña del dedo índice a medio merendar.

El sereno le sonríe a destiempo, enseguida comprende que algo no va bien.

MARCELA.— Abre rápido —poniéndose en pie—, a tu padre le ha pasado algo.

HERNÁN.— ¿El qué? —buscando ya la llave.

MARCELA.— No lo sé, llevaba un rato quejándose y después se ha callado; he intentado hablar con él a través de la puerta, pero creo que no me escuchaba.

Hernán ya está dentro.

Saturio Aguilar está tirado al pie de la escalera interior, bocabajo, con el pantalón del pijama bajado hasta las rodillas y el pie izquierdo en una posición inaceptable; parece que ha estado forcejeando para moverse hasta darse por vencido.

HERNÁN.— Quédate con él. Voy a ver si hay alguien más en la casa.

Se pierde en el interior del piso y reaparece al momento moviendo negativamente la cabeza, pero con un cuchillo de cocina en la mano; no se detiene, sino que sube las escaleras para registrar el piso de arriba.

Vuelve enseguida.

HERNÁN.— No parece que haya entrado nadie. Debe de haberse caído solo al bajar la escalera.

Después de dejar cuchillo, abrigo y sombrero en una silla, el sereno se arrodilla al lado de su padre y, muy lentamente, con todo

el tacto, logra darle la vuelta y subirle los pantalones; el anciano está semiinconsciente.

HERNÁN.— Papá, hijo, ¿qué te ha pasado? —en tono suave; ni siquiera recuerda la última vez que lo llamó papá.

El herido tarda unos segundos en situarse y al fin logra enfocar la mirada y articular palabra.

SATURIO.— ¿Por qué me has empujado? —esbozando un puchero.

MARCELA.— Está conmocionado.

HERNÁN.— Yo acabo de llegar —con el mismo deje cariñoso—. Te he encontrado en el suelo.

SATURIO.— Me has tirado tú —echándose a llorar.

HERNÁN.— Venga, hombre… —no sabe qué decirle.

MARCELA.— Lo mejor es llevarlo al dormitorio.

Hernán lo toma en brazos y, con el mayor cuidado, lo levanta como si fuera un niño, mientras el anciano no deja de quejarse.

Cuando ya está en pie, suena el timbre de la puerta.

MARCELA.— Debe de ser Enrique.

HERNÁN.— Asegúrate por la mirilla.

Sin ningún esfuerzo, el sereno se dirige a la habitación cargado con su padre.

Una vez confirmada la identidad de la visita, la dramaturga abre la puerta para dejar pasar al escritor y a su pequeño compañero.

MARCELA.— Por fin estamos todos. —No lo dice como si fuera una buena noticia.

JARDIEL.— ¿Y Hernán?

MARCELA.— Nos hemos encontrado a su padre en el suelo, al pie de la escalera. Se lo ha llevado dentro. Puede haberse fracturado una pierna y está muy despistado.

JARDIEL.— No le digas despistado a Hernán, mujer, que es un buen chico —entrando y quitándose también abrigo y sombrero.

MARCELA.— Yo no… venga ya —casi sonríe.

JARDIEL.— ¿Cómo ha ido el día?

MARCELA.— Inútil. Me lo he pasado vigilando el estudio del fotógrafo hasta la hora de venir para acá. —Mira significativamente al niño.

En ese momento regresa el sereno.

JARDIEL.— Pues tengo que decir que yo sí he aprovechado el día: traigo muchísimas explicaciones, las cartas que Ana Ermitaño pretendía entregar al rey —se golpea el bolsillo de la chaqueta— y sobre todo a Eleucidio —pasándole el brazo por los hombros—. Te presento a Marcela y a Hernán, dos buenos amigos míos.

Ambos lo saludan, reprimiendo las ganas de preguntar quién es.

JARDIEL.— *(Al sereno)*. ¿Cómo está su padre?

HERNÁN.— Ha sido dejarlo en la cama y quedarse dormido.

MARCELA.— ¿Qué hacemos ahora?

Nadie le responde y la muchacha se vuelve para abrir la ventana, subir la persiana y respirar con fuerza el aire del anochecer.

Parece harta. Muy harta.

Con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo y la cara oculta por el cabello húmedo, da unos pasos distraídos, intentando inútilmente alejarse de todo aquello.

JARDIEL.— Supongo que lo primero, llamar a un médico.

HERNÁN.— No creo que un médico pueda hacer gran cosa aquí, en casa. Habrá que llevarlo a un hospital para que lo escayolen —un poco agobiado por aquellas decisiones domésticas—. Aunque también podríamos llamar a alguno y que él decida.

JARDIEL.— ¿Conocéis a algún médico de confianza? Si es que existe tal cosa —mira a la escritora—, con excepción de tu padre, claro; yo a los amigos estoy dispuesto a perdonarles hasta esa profesión.

HERNÁN.— A ninguno. Quizás alguna vecina nos pueda echar un cable. Seguro que cualquiera conoce las costumbres de mi padre mejor que yo y sabe lo que hay que hacer en este caso.

JARDIEL.— También puedo acercar el coche hasta la puerta y lo bajamos con cuidado; Eleucidio nos ayudaría, aquí donde lo veis es un tío muy fuerte.

Vuelven a llamar a la puerta y antes de que termine el timbrazo, Marcela, que se encontraba muy cerca, ya la tiene abierta.

HERNÁN.— ¡Te dije que te asomaras por la mirilla antes de…!

El resto de la frase no importa.
Cuatro individuos están entrando en la casa.
Las pistolas por delante.

Cuadro 25

Al corralón donde se encuentra la tahona, una antigua cochera de carruajes, se entra por un gran portón entreabierto al patio que antecede a los locales ocupados por una herrería, una tapicería y una curtiduría, además del horno de pan y otros negocios menos

estables.

Desde que el taxi enfiló la calle y mientras que el conductor estacionaba el automóvil y consultaba el importe de la carrera, Antolina se ha ido alarmando al no ver a Hilario parado en la entrada, pero al final ha divisado una de las ruedas del ciclocarro a través de la puerta encajada y ha respirado con alivio.

No piensa más que en Anita.

Solo quiere recogerla y llevársela de allí, pasar por el banco para retirar sus ahorros y ponerla a salvo durante unos días, da igual el sitio mientras esté lejos de todos, hasta que pase todo aquello o se le ocurra a quién puede recurrir para que las ayude.

Cuando entra en el patio se encuentra a su antiguo alumno esperándola, como siempre, en posición de firmes junto al vehículo, pero no ve a la niña por ningún sitio.

Por una vez, la expresión de Hilario está muy lejos de la sonrisa de siempre.

Se acerca a él y se queda mirando sus orejas redondas, los dientes anormalmente pequeños, la depresión del puente de la nariz, los párpados almendrados, el cuello inexistente, las manchas grisáceas alrededor del iris.

ANTOLINA.— ¿Y la niña?

DESCONOCIDO 1.— La tenemos nosotros —una voz áspera a su espalda.

Gira despacio para encontrarse con los dos individuos.

DESCONOCIDO 2.— Acompáñenos. La llevaremos junto a ella.

Cuadro 26

El silencio se está prolongando más de la cuenta en el salón del padre de Hernán.

Si al sereno, Jardiel, Marcela y el niño les unimos los cuatro visitantes y además les sumamos el arsenal que llevan encima, nos queda hacinado un grupo demasiado numeroso en la habitación; se impone una salida rápida para aquel escenario.

Previendo la insufrible vulgaridad de los diálogos que se van a imponer de un momento a otro, la muchacha toma la delantera.

MARCELA.— Enrique, será mejor que les dé las cartas.

JARDIEL.— ¿Qué cartas?

HERNÁN.— Déselas. Nadie más que nosotros tres sabíamos que íbamos a estar aquí —mirando a Marcela con intensidad—. Hasta les ha hecho una señal con la persiana para que suban. ¿Te han prometido estrenarte la obra en un buen teatro?

DESCONOCIDO 1.— ¡Las cartas! —exige.

MARCELA.— Yo me encargo de que les dé… —al desconocido, intentando no responderle a Hernán.

DESCONOCIDO 2.— *(El más corpulento y cerril de todos)*. Cállate tú, que de esto no entiendes —cortándola. Y a Jardiel—: como no me des las cartas te las saco a culatazos.

JARDIEL.— Por mi parte, si fuera mujer, y un amigo me dijese «¿tú qué entiendes?» me fugaría al día siguiente con un hijo del portero —habla a gran velocidad—. Y si el portero no tuviera hijos, me fugaría con el portero mismo, aun a riesgo de que ya no hubiera nadie que pusiese el ascensor. Pero ni soy mujer ni habría portero que quisiera fugarse conmigo. Afortunadamente. Porque ¿qué iba a hacer yo danzando por Europa y dirigiéndole a un portero palabras de amor?

DESCONOCIDO 2.— ¿Quiere darme las puñeteras cartas de una vez?

—Alza la voz al mismo ritmo que enrojece.

JARDIEL.— No tenía más que haberlas pedido. —Con lo que solo un imbécil tomaría por una sonrisa, extrae las cartas del bolsillo interior.

Pero antes de que pueda hacer nada con ellas, el sereno se las arrebata con un movimiento seco e invisible.

Las pistolas se levantan a la altura de su cabeza.

Se repite un sonido metálico cuando son amartilladas.

Hernán parece no haber reparado en ellas.

Se acerca a la mujer.

MARCELA.— Si esto fuera un mal drama, yo debería bajar la cabeza avergonzada —manteniéndola erguida, desafiándolo a la tacha y al reproche.

Es él quien termina mirando hacia un punto neutro.

Al igual que haría si no fuera la víctima de la traición.

Murmura algo que nadie puede escuchar.

Y le entrega lentamente las cartas.

Cuadro 27

Mancera ha perdido la cuenta del tiempo transcurrido desde la reaparición de García cuando logra encerrarse con él en su despacho de la sede de Unión Patriótica.

No necesita verlo para constatar la gran agitación que sufre su amigo.

MANCERA.— ¿Te pregunto dónde has estado?

GARCÍA.— No.

MANCERA.— ¿Y cómo estás?

GARCÍA.— Menos.

MANCERA.— ¿De verdad tenemos las cartas como les has dicho a estos?

GARCÍA.— Nada de eso, pero tampoco es un farol. Hemos llegado a un acuerdo con la chica y se ha comprometido a entregarnos la pitillera y el sobre que la contenía con los nombres de los remitentes, es posible que baste con eso para hacer recapacitar al rey. Si, además, alguno de sus compañeros ha obtenido las cartas a lo largo del día, problema resuelto.

MANCERA.— No sé… —inseguro, tanteando para sentarse.

GARCÍA.— Es todo lo que tenemos —recoge los dos abrigos y los sombreros—. No te sientes, nos vamos a la mansión de Alivenza, es él quien debe contactar con su majestad en nuestro nombre.

MANCERA.— ¿Accederá?

GARCÍA.— Tenemos resuelta la forma de obligarlo. Pero no podemos perder un momento. Si se hace público que el presidente ha sido depuesto, todo será inútil.

Cuadro 28

Hace unos minutos que el servicio ha terminado de disponer una merienda-cena fría sobre las mesas de la biblioteca y los comensales van pasando por allí sin prisa, más para curiosear las novedades culinarias o para picar algo que con intención de atiborrarse; poco a poco, el abastecimiento ha dejado de ser un problema en la mansión

del conde Alivenza; al margen de los más íntimos, que se da por descontado que comerán de la casa, la mayoría de los asistentes llegan con sus propias provisiones y no es extraño verlos compartir una hogaza o una cuña de queso y pasarse la bota unos a otros; incluso el *mendigaje* del exterior se busca la vida para alimentarse por sus propios medios; ya no es el comer o el beber *de gorra* lo que los atrae a cientos hasta el caserón y sus alrededores, es otra cosa que pocos podrían definir.

El padre Segundo, recostado como un perro ante la puerta de la bodega, empieza a despertar suavemente de una de sus múltiples siestas con el entrechocar de los cubiertos y la vajilla cuando su cabeza estalla al iniciarse los primeros acordes del tango que un viejo con una larga barba ejecuta a golpe de manubrio en su piano ambulante.

Muy despacio, el sacerdote se incorpora hasta quedar apoyado en la puerta. La noche ha llegado sin que se haya dado cuenta. Le duelen todos los huesos de haber dormido en el suelo. La música infernal resuena en sus oídos. La espiritista ha terminado los preparativos de su sesión y sus colaboradores la esperan sentados alrededor de la mesa. No tiene ninguna duda de que, esa noche, el demonio se ha autoinvitado a la fiesta.

Al otro lado de la estancia divisa a la condesa que da instrucciones al mayordomo y se dirige rápidamente hacia ella.

Mientras cruza la sala tiene tiempo de reparar en las ojeras y en la palidez terminal del mayordomo, que recibe las disposiciones de su señora con el apartamiento de los que ya están más allá de las penurias de los mortales.

MAQUEDA.— Señora, señora —cogiéndola por el brazo y bajando la voz—, tenemos que hacer algo, el diablo está entre nosotros.

MANOLITA.— ¿Quién?

PADRE SEGUNDO.— ¡El diablo! —señala a los espiritistas—. Pero ¿es que no lo ve?

MANOLITA.— *(Emprendiendo el camino hacia la salida)*. Vamos padre, usted sabía perfectamente lo que Florencia Ledesma iba a celebrar esta noche y me dijo que era un acto inocente que la Iglesia no condenaba.

PADRE SEGUNDO.— *(Siguiéndola sin deja de hablar)*. ¡Porque estaba dormido y ahora acabo de despertar! Estaba ciego, pero ahora he visto como el diablo extendía el mantel sobre esa mesa para que sus acólitos se ceben con nuestras almas.

MANOLITA.— No sea usted exagerado. —Sabe que el cura nunca abandona la biblioteca, así que sigue aproximándose a la salida para librarse de él.

PADRE SEGUNDO.— Tenemos que hacer algo —susurrando a gritos, como es su costumbre—. ¡De nosotros depende el destino de toda esta gente!

MANOLITA.— Está usted muy nervioso; ahora mismo ordeno que le traigan un platito de arroz con leche, verá como le asienta el estómago.

Sale la condesa y deja al cura clavado al filo de la puerta como un vampiro ante un rayo de sol.

Muy pesadamente, va dando la vuelta hasta quedar de cara a la biblioteca…

Cierra los ojos con fuerza y cuando los abre ya sabe qué hacer.

A toda prisa se dirige hacia una mesa estrecha que sirve de apoyo de un bargueño, toma el arca, que debe de ser de enorme valor, la deja caer al suelo sin miramientos y, levantando la mesa por encima de su cabeza, se la lleva hasta las inmediaciones de la bodega para alinearla a un metro de la puerta. Después se acerca al bufé, toma un mantel, un par de piezas de pan, una botella de vino y la copa de mayor capacidad. Ya tiene todos los elementos indispensables para montar el altar.

Solo le queda anunciar que muy pronto comenzará la santa misa.

El demonio no sabe con quién va a tomarse los postres.

Cuadro 29

Ni siquiera sabe cuándo se fue la luz del día, Antolina apenas ha logrado orientarse durante el trayecto en la parte trasera del coche de los dos individuos que le han prometido llevarla junto a Anita; cree que está en alguna parte del barrio de Lavapiés, pero no podría precisar mucho más.

El vehículo se detiene frente a una casa en ruinas, con la pared apuntalada a cada pocos metros, un lugar visiblemente abandonado; otro más, se ve que aquella gente controla la información sobre el estado de los inmuebles de la ciudad y hace uso a su antojo de los edificios sin habitar.

Vuelve a llover y no hay nadie en las calles; los dos sujetos salen del coche y la escoltan hasta el portal más cercano, un pozo negro en el que el silencio es una bocanada.

Cuando cierran la puerta tras ella y antes de que enciendan un trozo de vela, está segura de que la matarán y la dejarán tirada en un rincón donde se pudrirá sin que nadie vuelva a acordarse jamás de ella.

Prenden la llama, cada vez está más convencida de que será eso lo que hagan.

Pero de momento la conducen por una madeja de pasillos en los que tropieza con una gran diversidad de objetos y seres vivos que no quiere identificar hasta que el frío de la lluvia le indica que están a punto de salir al aire libre.

Cruzan un patio hasta llegar a un pabellón situado al otro extremo en el que a la luz de la vela pueden ver un rótulo que les indica que han llegado al *Teatro de Autómatas*.

Recuerda la tarde en que bajó al sótano de la tienda de juguetes de Román; hace apenas tres días, pero tiene la impresión de que está rememorando una escena procedente de lo más profundo de su pasado.

Antolina Vilches Veltrán, tu futuro ha terminado. *Requiem aeternam dona ei Domine. Et lux perpetua luceat ei. Requiescat in pace*.

Todo regresa a donde comenzó.

La sensación de pesadilla se hace más real.

Uno de los hombres abre la puerta y el otro la empuja para que pase.

Dentro, uno de ellos enciende un quinqué a cuya luz malsana y achacosa vislumbra un patio de butacas de proporciones reducidas rematado por un escenario donde un coro de fantasmas enanos esperan turno para ejecutar su perversa actuación.

Con semejante iluminación no puede estar segura de si aquellas diminutas sombras son humanas o no.

Mientras recorre el pasillo hacia las tablas piensa en que, si la matan en ese momento, aquellas horrendas visiones la acompañarán por toda la eternidad, que serán para siempre su única compañía; aunque solo sea para evitarlo, quiere vivir unos minutos más.

Al terminar de recorrer la platea, la conducen por otro pasillo que bordea el escenario hasta la parte trasera y la hacen entrar en una habitación.

Anita juega entusiasmada con el autómata que Román identificó como Bob Cratchit en su tienda de juguetes.

La niña levanta la vista y le sonríe.

Su primer impulso es devorarla a besos, pero enseguida comprende que con eso solo conseguiría transmitirle el mensaje de que pasa algo malo; además, no quiere confundirla, debe seguir comportándose como su profesora, sea lo que sea lo que siente por ella. Así que le sonríe, le acaricia el cabello y la deja jugar.

Es una habitación acogedora, una especie de combinación entre

camerino y taller —pero es que los camerinos de los teatros de autómatas no pueden diferenciarse mucho de un taller—, bien iluminada por cuatro grandes faroles, algunas sillas, una mesa de trabajo llena de piezas irreconocibles y varios recortes de prensa enmarcados en las paredes.

Cuando se da cuenta, los individuos que la han llevado hasta allí han desaparecido.

El cuadro más cercano habla de la entrega, por primera vez a un español, del galardón que conceden anualmente los fabricantes del barrio de Marais, en París, donde se reúnen los mejores talleres de juguetes animados de la capital francesa.

Deja el artículo a la mitad y pasa al siguiente, la concesión de otro premio, esta vez en Viena, al joven español Román Loranca que, con solo catorce años había logrado revolucionar el mundo de la propulsión locomotriz en los muñecos mecánicos con un nuevo sistema de cuerda; la reseña cuenta cómo «el chico quedó huérfano de ambos progenitores a los pocos meses de vida tras un espantoso accidente de tráfico y que a pesar de las fatales circunstancias, supo sobreponerse».

Comprueba que es el mismo nombre que figura en el recorte anterior y en todos los demás.

ROMÁN.— Bob Cratchit me odió desde siempre —mirando atentamente los trajines de Anita, un poco fastidiada por la falta de flexibilidad del muñeco—, desde el mismo momento en que lo construí. Tardé algún tiempo antes de comprenderlo y apartarlo de mi vida. Creo que por eso le di un papel tan ingrato en tu historia, para ajustarle las cuentas. Lo siento por la parte que te tocó.

Es él, pero no.

Ha entrado en el cuarto sin hacer ruido y fuma con un hombro apoyado al desgaire en el quicio, no mayor pero sí más hombre, con una expresión que no le vio nunca en las horas que pasaron juntos,

honda, afectada, distante y rota. Lleva un esparadrapo en el punto de la cabeza donde le golpeó la botella con lo que ella consideró un golpe mortal; un trozo muy pequeño de esparadrapo, casi un resto del disfraz del que hubiera olvidado despojarse.

Antolina acepta su presencia con una facilidad ante la que ella es la primera sorprendida. Las reglas que hasta hace poco regían la existencia han cambiado; a partir de ahora solo le queda acostumbrarse al engaño, la marrullería y el sobresalto.

Se muerde el interior de la mejilla, no está dispuesta a preguntarle por qué hizo lo que hizo.

Sea lo que sea lo que intenten hacer con ella, no se va a comportar como un títere.

ROMÁN.— De alguna manera, por tu culpa. —No ha podido evitar predecir la pregunta—. Lo creas o no, nos tomamos muchas molestias en escenificar todo aquello, el mensaje fúnebre en el sótano de mi tienda, crear una historia creíble y demás. Pensamos que lograríamos amedrentarte y que estarías lista para obedecer instrucciones cuando fuera necesario. —Mira un momento la colilla del cigarrillo consumido sin saber qué hacer con ella y al final la deja caer al suelo y la pisa como si no pensara volver a aquel lugar—. Pero no te dejaste someter en ningún momento, y tuvimos que seguir subiendo y subiendo la apuesta contra ti.

GALVÁN.— *(Que ha entrado sigiloso por la puerta entreabierta)*. Pero usted siguió poniéndonos las cosas difíciles —con su sola presencia ha contaminado la habitación de colores sucios, sonidos discordantes y olores a alimentos fermentados—, y además, mi Román le tomó cariño. —Lo toma por la cintura y lo besa en el cuello a pesar de la suave resistencia del muchacho—. Cuando a los de Costanilla de los Desamparados se les iba a ir la mano con usted, se interpuso haciéndose el héroe, así que tuvimos que

fingir que había muerto para retirarlo de la función.

ROMÁN.— Menos mal que lo tengo a él para salvarme de mí mismo y cuidar de mis intereses —con expresión asqueada y la vista puesta en uno de los recortes de la pared—, si no, todavía estaría inventando mecanismos para mis autómatas, en vez de haber montado este fantástico *teatro de las obscenidades* y participando en farsas para chantajear a desdichadas como usted.

GALVÁN.— *(Sin perder su empañada sonrisa)*. Tan mal no te ha ido a mi lado…

ROMÁN.— Reconozco que tienes un gran sentido práctico —sigue sin mirarlo—, ¿qué sería de tu hermano el arquitecto o de mí sin que cuidaras de nosotros?

De las cuatro o cinco respuestas que se le ocurren, ninguna le parece satisfactoria para ser formulada delante de Antolina, que los observa sin terminar de exteriorizar ningún sentimiento, así que decide volver a centrarse en ella.

GALVÁN.— Señorita, por valerosa que haya sido usted hasta ahora, creo que nuestro juego ha terminado. Nos va a acompañar hasta la mansión del conde de Alivenza. Como sabe, lleva unos días encerrado en la bodega negándose a abrirle la puerta hasta a su propia esposa, pero a usted le abrirá; cuando le diga que tenemos secuestrada a su hija y que su suerte depende de que le haga llegar inmediatamente al rey algo que usted le va a entregar, no tendrá más remedio que obedecernos. Porque si usted o el conde se resisten a cumplir nuestro mandato —se aproxima para que Anita no pueda escucharlo—, le pegamos tres tiros a la cochina niña y acabamos con esto para siempre. ¿Qué me dice?

ANTOLINA.— …

GALVÁN.— ¡Responda!

ANTOLINA.— Muy bien.

GALVÁN.— *(Respira profundamente)*. Claro que muy bien. Le dirá además que debe proceder con la máxima discreción. Si hemos organizado todo esto y hemos empleado tantos recursos para hacer llegar en secreto ese objeto a su majestad es precisamente por la necesidad de evitar cualquier escándalo, procure que el conde lo entienda y téngalo presente usted, si es que quieren volver a verla

Ahora es a la niña, que sigue muy entretenida con su muñeco, a la que se aproxima; le toca el pelo torpemente.

Nadie confundiría su gesto con una caricia.

Cuadro 30 (Y último)

En la arboleda situada frente a la puerta del jardín de la casona del conde de Alivenza, García no permite que nadie más que él proteja a su amigo Mancera con su enorme paraguas cuando empiezan a caer las primeras gotas, aunque seis o siete de los pistoleros de Unión Patriótica los rodean, pendientes de que el populacho que abarrota la Castellana, a pesar de la noche y sus inclemencias, no se acerque más de la cuenta a sus jefes.

La lluvia en la Mazmorra.

Cuando no es García el que consulta su reloj de bolsillo es su amigo el que le pregunta la hora; no han dejado de encadenar un cigarrillo tras otro desde que llegaron, el zapateo que parece destinado a entrar en calor no es más que incapacidad para permanecer inmóviles. En el momento en el que García reconoce los dos coches que se abren paso por la avenida hacia ellos y se lo

comunica a su acompañante, ambos respiran con cierta tranquilidad por primera vez en mucho tiempo.

La escolta, con las manos armadas en los bolsillos, hace bajar a Jardiel, Hernán, Eleucidio y Marcela de los automóviles y forman un pasillo que los lleva ante García y Mancera.

Desde la casa llegan los acordes de *Pobre mi madre querida*, de Carlos Gardel interpretada al piano.

GARCÍA.— ¿Tenían el sobre? —al que parece ser el jefe de la escuadra.

UPETISTA 1.— ¡Habían encontrado las cartas, señor! —entregándoselas mientras golpea los talones entre sí, como aprendió a hacer en una convivencia con los hermanos fascistas italianos.

Una presión apenas perceptible sobre el brazo por el que conduce a su amigo ciego es el único signo de júbilo que ambos hombres se permiten, pero por vez primera en las últimas horas, García y Mancera vislumbran una esperanza de sacar adelante su causa.

El sereno, el escritor, la dramaturga y el niño, a pie firme bajo la llovizna, observan la multitud congregada en torno a la casa, las luces procedentes del interior y a los esbirros que rodean a los que parecen ser sus dirigentes, sin terminar de explicarse todo aquello.

GARCÍA.— Será mejor que vayamos dentro. Cuando llegue la institutriz no podemos perder ni un minuto.

HERNÁN.— A ver, listo, que te conozco no vamos a ir dentro ni a ningún otro sitio —cara a cara con García, los sicarios cerrándose alrededor—. Tus matasietes nos han traído hasta aquí a punta de pistola, así que no hemos podido elegir, pero dudo mucho que un político importante como tú ordene que nos peguen dos tiros aquí

en medio, así que nos vamos. —Coloca una mano en el hombro de Jardiel y otra en el de Eleucidio, para indicar que están bajo su protección; a Marcela, que ha viajado en la parte delantera de uno de los coches, que la parta un rayo.

GARCÍA.— Le ruego que sean tan amables de esperar un momento. Creo que a todos nos interesaría aclarar cuál será nuestra… relación a partir de ahora.

JARDIEL.— Quizás no esté de más escucharlo para saber a qué atenernos.

El sereno duda un momento, pero termina por inclinarse a la sugerencia de su compañero.

HERNÁN.— Si nos lo pide tan amablemente… —Tira el cigarro y lo pisa con saña, de momento se conforma con eso.

JARDIEL.— El político tiene que tratar a sus amigos como si hubieran sido sus enemigos, y a sus enemigos como si hubieran de llegar a ser sus amigos.

GARCÍA.— *(Ya ha comenzado a andar sin escucharles, casi nunca termina de escuchar a nadie)*. Entremos, no tiene sentido quedarnos bajo la lluvia.

Antes de cruzar, dirige una mirada a las calles convertidas en un gigantesco campamento pespunteado por incontables fogatas que titilan o se apagan bajo la lluvia y le resultan un espectáculo muy perturbador; toda aquella gente puede volverse contra ellos en cualquier momento, cansarse de ocupar las aceras mientras las clases acomodadas los observan desde las ventanas de sus caldeados salones, decidirse por hacer estallar aquel país, aunque sea con ellos mismos dentro. Cuantos más hombres, mujeres y niños vayan llegando para unir sus desgracias a los desgraciados, más

difícil será contenerlos. Cuestión de un día, de un año o de seis, la cuenta atrás ya ha comenzado.

La comitiva, rodeada por los matones upetistas que no pierden de vista a los pordioseros para mantenerlos a raya, entra en la biblioteca, pero a estas alturas hay tanta gente en la enorme estancia, se han formado tantos grupos y hay invitados de tan distinta extracción que nadie o casi nadie repara en los recién llegados.

El padre Segundo sí los reconoce, pero le ha costado mucho reunir en plena hora de la cena a unos cuantos feligreses para la misa que se dispone a iniciar, y no la interrumpiría por nada del mundo.

PADRE SEGUNDO.— Yo, más que amigo de celebrar el día de Todos los Santos, que también lo soy, prefiero celebrar los santos de todos los días —ha transformado su voz castiza en el tono que reserva para celebrar la misa y lleva alrededor del cuello un *foulard* prestado que hace las veces de estola—, y hoy, veintiocho de enero, día de San Osvaldo, quiero daros la bienvenida a…

Cuando García y los suyos pasan a su lado, observan que el sacerdote pisa unos libros de Blasco Ibáñez, Unamuno y Valle-Inclán que ha elegido de los estantes para alzarse tras la mesa que hace las veces de altar.

Al otro lado de la sala, en el rincón más oscuro, también ha dado comienzo la sesión espiritista. Cinco personas con las manos entrelazadas alrededor de una mesa circular se concentran en las invocaciones que Florencia Ledesma, alias *la Miguelita*, realiza a su espalda, siempre de pie, contraviniendo los usos del común de las médiums que suelen sentarse con el resto de los oficiantes.

FLORENCIA.— Esperad, creo que se está abriendo la puerta blanca, la puerta luminosa —presionando los hombros de dos de los

hombres sentados a la mesa—. Empiezo a ver lo que hay detrás… No, aún no; lo que veo está dentro de mí.

El pianista del manubrio, un anciano del que no podemos estar seguros de si lleva corbata por la longitud de su barba, cambia de tango y comienza a interpretar *Mi noche triste*, se ve que está especializado en Gardel, y dos o tres parejas, ya bien cenadas, se arrancan a bailar en un claro del salón.

Al otro extremo de la sala, un pequeño grupo ha establecido un duelo alrededor del cadáver del anciano que reposa junto a la botella de Grand Marnier. Un velatorio dentro del velatorio.

El sacerdote se eleva de puntillas poniendo todo su afán en que la música no apague su oratoria.

GARCÍA.— Visto desde aquí, parece un verdadero sacerdote, en vez del espía a sueldo del cardenal y los generales que nos consta que es, ¿no cree? —le pregunta al escritor con la cabeza puesta en otro sitio, más por demostrar que mantiene el autocontrol que por iniciar una conversación.

JARDIEL.— Lo que creo es que me dijeron que veníamos a casa de un aristócrata y nos han traído al patio del manicomio en el día que libran los celadores —sinceramente asombrado ante la fauna que le rodea—. Y también creo que estoy a punto de terminar un embolado que casi me cuesta la vida y que no me voy a enterar de la misa la mitad —señalando al padre Segundo.

MANCERA.— Estas cosas hay que afrontarlas con fe, amigo mío. ¿No es usted una persona religiosa?

JARDIEL.— Para responderle, antes tendría que estar seguro de lo que es la religiosidad. Supongo que disculpar la estupidez ajena, soportar el contacto de personas insoportables, alzarse de hombros ante lo indignante es religiosidad. Y también me imagino

que decir cada día diez veces: «¡Amigo mío!» mientras se da un abrazo a un bípedo despreciable que sabemos que nos difama es religiosidad. Pero, como le decía, no estoy muy seguro. Lo que sí sé de cierto es que usted no es mi amigo.

Unos gritos están a punto de sofocar la música: una mujer manca le recrimina a un tipo calvo y pálido con librea que lleva dos días allí y aún no le ha pedido la mano tal y como le prometió, mientras el criado intenta apaciguarla, muy apurado.

ELEUCIDIO.— *(Tirándole de la manga a Jardiel y señalando al calvo con uniforme de mayordomo)*. Ese es el conde Alivenza —en un murmullo.

JARDIEL.— ¿Ese fue el que acuchilló a Ana Ermitaño?

ELEUCIDIO.— Sí —escondiéndose detrás de él—. El conde.

JARDIEL.— Al menos el que se hizo pasar por él… —con un contenido gesto de exasperación—. Lo que me faltaba para completar este absurdo es averiguar que el asesino es el mayordomo. Eso sí, tengo que agradecerles que hayan hecho lo posible para que esto pareciera una de mis comedias.

García, clavándose las uñas en las palmas de las manos, se adelanta unos pasos sin que Mancera le suelte el hombro, a distancia suficiente para que ni el sereno ni Jardiel puedan oírlos.

GARCÍA.— *(Siempre luchando por mantener el control)*. Al fin aparece el amante de Tecla —informa a su amigo en voz baja—. Está porfiando con otra mujer —después se dirige a sus hombres—, ¡traedme al mayordomo!

MANCERA.— Está claro que al conquistar a Tecla solo quería obtener información sobre ti y sobre el partido.

GARCÍA.— Si lo vieras…

Una vez más no da crédito a que su mujer lo haya engañado con aquel sirviente calvo, anodino y contrahecho, que aparenta diez o quince años más que él, menos elegante, mucho más pobre, sin nada de su prestancia… Ha recibido informes del increíble éxito que ha tenido siempre con las mujeres, pero sigue sin entenderlo.

No tiene tiempo de describírselo a su amigo.

Dos upetistas regresan ya flanqueando al criado.

GARCÍA.— Sabe usted quién soy, ¿verdad?

SALAZAR.— Sí, señor.

GARCÍA.— Me sorprende que no haya escapado.

SALAZAR.— ¿Y adónde voy a ir? Si yo no fuera un timorato, hubiera podido hacerlo… pero mire usted, de siempre me he dejado achicar por las circunstancias, por la gente, por todo —se le saltan las lágrimas—. Tengo tres mujeres y siete hijos —señala a los dos niños que trepan por las baldas de la biblioteca ante la mirada apática de una de ellas—, que ahora con esa —señala a la manca — serán cuatro y ocho —lo dice como el que confiesa una enfermedad terminal—. Creo. Las mujeres siempre me han podido. Necesitaba dinero y empecé por aceptar alguna propinilla por informar sobre el señor conde…

GARCÍA.— Y terminaste asesinando a Ana Ermitaño para que no cumpliera su encargo, ¿te crees que no nos íbamos a enterar?

SALAZAR.— *(Una lágrima se le escapa pero se pierde enseguida entre sus arrugas)*. Los militares me dijeron que solo yo podía acceder a su camerino diciéndole que llevaba un recado del señor conde de Alivenza; ella había venido alguna vez a cenar y me conocía de vista. Me amenazaron. Me prometieron mucho dinero y yo tengo a

mucha gente a mi cargo —se limpia los regueros con la manga—; yo siempre he sido muy apocado. Si hubiese tenido la hombría de quitarme de en medio, no habríamos llegado a esta desgracia.

GARCÍA.— *(Casi sin mirarlo para contener su desprecio)*. ¿Y lo de Tecla?

SALAZAR.— Si es que soy un pelele, ya ve usted, un Juan Lanas. Yo le juro que eso no fue nada personal y que doña Tecla es una santa. —La cabeza inclinada en una reverencia permanente—. Ellos me conocen bien, saben mis puntos débiles, que a las mujeres les da por mí. Querían que averiguara algo contra usted, lo que fuera…

No escucha el resto de sus justificaciones.

Ahora es García el que escaquea los ojos húmedos.

Había creído que si hablaba con aquel gusano podría comprender la razón de que su mujer lo hubiera preferido, pero es incapaz de seguir frente a frente con él.

Como todos sus hombres, no pierde de vista la entrada, el tiempo pasa y Antolina no llega.

No llega.

El cura, cada vez más enfervorizado tras haber ganado unos pocos fieles más, se apoya con ambas manos en la mesa que hace las veces de altar para exhortarles.

PADRE SEGUNDO.— … daos fraternalmente la paz… —Con una voz que llega hasta el último rincón de la estancia.

El upetista que ha vigilado a Hernán desde que irrumpió en casa de su padre, deja la mano en el bolsillo con la pistola, pero le ofrece la otra al sereno.

Uno de los integrantes de la mesa espiritista que no ha dejado de mirar el escote de la Miguelita desde que llegó y que se ha sumado a la sesión para poder acercarse a ella, rompe el lazo psíquico con

sus compañeros, se levanta y le estampa dos besos a la médium antes de que pueda evitarlo.

En el rincón del velatorio, la viuda le da por tercera vez la paz fraternal a un anciano amigo de la familia mediante besos cada vez más prolongados.

El mayordomo le tiende la mano tímidamente a García.

GARCÍA.— *(A dos de sus hombres)*. Quitad a este imbécil de mi vista —secándose los ojos con disimulo—. Llevadlo a donde siempre. Ya os diré qué hacer con él.

Los dos pistoleros conducen al mayordomo al exterior de la casa, sin que este oponga ninguna resistencia.

Jardiel los ve salir y, aunque no termina de comprender la escena, sabe que a aquel tipo le espera la peor de las suertes. El asesino de Ana Ermitaño no saldrá de aquel asunto sin castigo.

El pianista barbudo, volteando el manubrio con nuevos bríos, hace brotar *Flor de fango* de su artefacto, siguiendo su recorrido por la discografía de Gardel, y parejas de varios puntos del salón van cayendo a la zona que han reservado como pista, para bailar uno de sus tangos más populares.

Mancera recibe la música con una mueca de desagrado, se siente cada vez más nervioso por la demora de Antolina y aquel ruido le impide estar al tanto de su llegada.

García se acerca a Jardiel, Eleucidio y Hernán y se queda mirándolos sin hablar, como si le costara un gran esfuerzo reorganizar sus pensamientos.

Mientras, Marcela se mantiene en su isla, lejos de todos, evitada por sus antiguos amigos, a una distancia prudencial de sus nuevos aliados, cultivando una levísima sonrisa con la que intenta burlarse de sí misma.

Cuando García vuelve a hablar, emerge, apenas dominada, la furia contraída en el careo con el amante de su mujer.

GARCÍA.— *(A Jardiel y a Hernán)*. ¿De verdad creían que podían enfrentarse a Unión Patriótica, con lo que hemos hecho por España y salir victoriosos? ¿Marcharse tan campantes? —Va caldeándose con cada palabra—. Lo primero que hice fue saberlo todo sobre ustedes y tomar mis medidas. Usted —a Hernán— no se moleste en volver a recoger su piojoso uniforme, desde ayer ya no es sereno de este municipio, así que procure desaparecer de Madrid —sin darle tiempo a responder, se vuelve a Jardiel— y usted, ¿sabe que cuento con el control de más de setenta periódicos locales y nacionales, y el número suficiente de críticos a sueldo como para encumbrar o hundir la representación teatral que yo elija? Ya se puede imaginar lo que va a ocurrir con la obra que está a punto de estrenar —la voz ahogada por la rabia que lleva días conteniendo—. No hay, hoy por hoy, nadie en este país que pueda plantarme cara sin pagar su precio.

Muy sobreactuado.

Muy ridículo.

Jardiel y Hernán se miran y, sin poder explicarse muy bien por qué, se dedican una sonrisa silenciosa.

MANCERA.— Ya lo han oído, nunca debieron oponerse a alguien que era y es incomparablemente más poderoso que ustedes. —Intenta apoyar a su compañero y no hace más que reforzar la pantomima.

JARDIEL.— Sí, lo hemos oído, como lo hemos visto llorar hace un momento ante el criado, y nos da risa y lástima, como da risa y da lástima el hombre que asegura *no necesito de nada ni de nadie para vivir*, y como el que afirma: «yo no me enamoro nunca», y como el que dice: «no he estado enfermo jamás», y como el que

declara: «no he jugado nunca, ni me he emborrachado nunca, ni he sido nunca infiel a mi mujer». Como dan risa y dan lástima, en fin, todos los fatuos, todos los engreídos, todos los que presumen de algo.

GARCÍA.— Escúcheme bien…

Un frenazo en el exterior aborta la amenaza.

La gente de Unión Patriótica se mira entre sí, todos a la espera de que aquella sea, por fin, la llegada que esperan.

Los hijos del mayordomo vuelcan un sofá y quedan atrapados debajo mientras su madre espera impasible algún signo que le indique si han sido aplastados o no.

Apartando a los asistentes que encuentran a su paso, Galván, Román y varios esbirros más penetran en la pieza llevando a Antolina casi en volandas.

Eleucidio se acerca a Jardiel y le pide que se agache para hablarle al oído:

ELEUCIDIO.— Ese —señala a Román— era el amigo de doña Ana.

JARDIEL.— ¿El que se reunía con ella en el edificio donde está el Teatro de los Autómatas?

ELEUCIDIO.— Sí.

El escritor asiente.

Hay muchos hilos de aquel asunto que no llega a alcanzar, que no terminará de comprender nunca, pero el retablo de los últimos meses de vida de Ana Ermitaño ya está prácticamente acabado; ahora solo necesitarán el resto de su vida para interpretarlo correctamente.

Los recién llegados ya están allí.

Si Jardiel y los suyos parecían sorprendidos, Antolina, acompañada por dos individuos que no se separan de ella más de medio metro, está totalmente desconcertada.

GALVÁN.— Lamento el retraso —en voz baja, pero con mucha gesticulación—, pero esta cretina se negaba a venir y luego no quería dejar a la niña allí sola…

GARCÍA.— Cállate. —Lo aparta y se acerca a la profesora; respira hondo, quiere ser muy claro y terminante en su exposición, no va a tener tiempo de repetirla—. Señorita, si hace lo que le ordene… —en ese momento descubre que Jardiel y Hernán continúan allí y que están escuchándolo todo—. Y ustedes dos ¿qué hacen aquí todavía? ¡Márchense!

JARDIEL.— Yo estaba buscando un título definitivo para mi obra y creo que ya lo he encontrado —y a sus amigos—, ¿nos vamos?

El sereno asiente y en vez de irse, da un paso hacia García.

Varios pistoleros echan mano de sus armas.

Hernán saca la placa que lo identifica como empleado del ayuntamiento y la arroja a sus pies; después se vuelve a Marcela. La mira como si intentara borrarse su recuerdo superponiendo la imagen de esta mujer a la que hace todo lo posible por odiar. No lo consigue, da media vuelta y se va. Sin nada de lo que había conseguido en los últimos años de su vida. Pero da la impresión de que se marcha en paz, más ligero que cuando entró, no hay nada que le queme más la sangre a un hombre que vivir conforme a una segunda oportunidad.

Por su parte, Jardiel saluda cordialmente con el sombrero y echa a nadar detrás de él, el paso menudo y rápido, un brazo sobre el hombro de Eleucidio, los dos contentos de salir de allí.

García aparta la vista de los tres y vuelve a intentar concentrarse en Antolina, que sigue firme, sin pronunciar una palabra.

GARCÍA.— Como le decía, debe usted llamar a esa puerta —señala la de la bodega—, decirle al conde que tenemos a su hija

secuestrada y que su vida depende no solo de que le entregue al rey las cartas que yo le daré, sino de convencerle…

En ese momento, el pianista, que ya va por su quinta copa de coñac, se vuelca sobre el manubrio para hacer sonar *Caminito* y la locura estalla en toda la biblioteca.

Solos o en pareja, todos quieren moverse al son del más conocido de los tangos.

En la zona del velatorio, la viuda del anciano aficionado al Grand Marnier, que ya se ha terminado junto al resto de los deudos la botella que presidía el duelo como homenaje al difunto, saca a bailar al amigo predilecto de la familia demostrando que aún está en edad de responder ante aquella y otras acrobacias.

La música exaspera al padre Segundo, que después de prolongar la misa hasta lo insostenible exige que la espiritista suspenda la sesión mientras tiene lugar el sacramento de la eucaristía. Pero la Miguelita se niega, y cada vez que el cura le grita que salga de la sala con su *cohorte endemoniada*, ella lo llama *inquisidor* o *verdugo*.

PADRE SEGUNDO.— ¡Le ordeno que abandone este santo lugar! —en jarras, acercándose a ella por fin.

FLORENCIA.— Yo soy tan cristiana como usted o más. Mi don, no me impide serlo —yendo a por él, muy enfadada.

PADRE SEGUNDO.— ¡Usted lo que es, es una bruja!

Con mucha dificultad por su pierna vendada, la mujer se pone de rodillas ante él.

MAQUEDA.— ¡Comunión!

PADRE SEGUNDO.— ¡Excomunión!

Y es en ese momento cuando García deja de prestarles atención. Ha reconocido al ciclista que, sudoroso y sin aire, acaba de dejar su

vehículo apoyado en la puerta ventana y corre hacia él.

GARCÍA.— Un mensajero del partido —informa a Mancera, la voz hecha trizas.

Efectivamente, le entrega un sobre de papel manila que el político recoge lentamente, abre y lee, ajeno a cuanto pasa a su alrededor.

Su amigo busca su brazo y lo presiona.

Todo el grupo de Unión Patriótica está pendiente de sus palabras.

GARCÍA.— *(Mostrando un telegrama)*. Los periódicos de todo el país han recibido una nota de inserción obligatoria en la que el propio general Primo de Rivera informa de que deja la presidencia del país por motivos de salud.

Sus seguidores saben que las palabras contenidas en aquel telegrama significan que cuanto han hecho en los últimos días no sirve para nada, que todo está perdido, pero aun así no pronuncian una palabra esperando que sea su líder el que descifre para ellos la nueva situación.

García, en silencio, busca su cerillera, enciende un fósforo, saca las cartas por las que tanto ha batallado y le prende fuego.

Deja caer las cenizas cuando está a punto de quemarse.

Aprovechando la consternación general, Antolina se encoge en sí misma, retrocede unos pasos y se esfuma, como si nunca hubiera estado allí.

En cambio, Marcela, se acerca a García con una sonrisa divertida.

MARCELA.— *Roma traditoribus non praemiat*, ¿verdad?

GARCÍA.— Cuando sus servicios han sido inútiles, desde luego que no.

La dramaturga se encoge de hombros y, sin suprimir su sonrisa

agria, se da la vuelta y cruza la sala.

Nadie se interpone en su camino.

Al salir al jardín, la lluvia le hace recordar que ha olvidado el paraguas en algún sitio, pero se sube el cuello del abrigo y sigue adelante.

Fuera, se detiene un instante; no sabe la hora que es, pero las calles, hasta donde alcanza su vista, siguen llenándose de la gente que viene a sumarse al velatorio del conde de Alivenza.

EPÍLOGO I
(Martes, 28 de enero de 1930)

La principal preocupación de Antolina durante todo el trayecto hasta aquel edificio en ruinas de La Latina sin que un solo taxi se detuviera a su llamada, cortina tras cortina de lluvia, había sido que en el momento de empujar…

… la puerta se abre sin ningún esfuerzo —tal y como creyó ver, aunque no estaba del todo segura; aquellos tipos, con las prisas, no se molestaron en cerrarla con llave— y todo lo demás tiene solución.

Dentro del portal, enciende una cerilla, encuentra en el suelo uno de los cabos de vela que dejaron caer los matones y para su propia sorpresa, se orienta perfectamente por pasillos y patios hasta llegar al Teatro de los Autómatas.

Por una vez en su vida, no tiene ninguna duda sobre lo que debe hacer. No va a avisar a los padres de la niña, ni al colegio, ni a la policía; no le debe explicaciones a nadie: sacará sus ahorros y se marcharán las dos para siempre a algún lugar donde nadie las conozca.

Por debajo de la puerta del camerino se puede ver una línea de luz, así que alguno de los candiles conserva combustible.

Allí está, jugando con el autómata ya bastante desmantelado y levantando la sonrisa al verla.

ANITA.— Tengo hambre.

EPÍLOGO II
(Lunes, 3 de febrero de 1930)

Marcela y su padre, guiados por aquella niña reptiliana y negruzca, perciben con alivio como la galería subterránea se va ensanchando hasta convertirse en una enorme gruta de piedra tenuemente iluminada. El Cementerio Ambulante. En el centro de las tumbas dispuestas en arcos, estudiándolos desde su banco de piedra, los espera Ana Ermitaño.

No se levanta para recibirlos, el bastón que descansa a su lado anuncia su inacabada convalecencia, pero basta que mueva la cabeza para despejar la abundante cabellera y que incline su rostro con una de sus sonrisas de ida y vuelta para que aquella cueva parezca el Carnegie Hall.

La actriz toma con sus dos manos la de la muchacha.

ANA.— No podía marcharme sin conocerte —los ojos cargados.

MARCELA.— Señora… —No sabe bien qué decir, así que se vuelve para ayudar a su padre a sentarse y después lo hace ella entre los dos.

SERAFÍN.— ¿Por fin te vas al Uruguay? —acariciándose el bigote rubio sin una sola cana a pesar de sus casi sesenta.

ANA.— Dentro de cuatro días.

SERAFÍN.— Pero no podrás aceptar la dirección de la Escuela Municipal de Arte Dramático de Montevideo que te ofrecieron.

ANA.— Ese es uno de tantos sueños que se quedarán por el camino.

—Lo dice con más curiosidad por las extrañas combinaciones de las circunstancias que tristeza—. Ana Ermitaño se quedará aquí para siempre. Pero no descarto la posibilidad de que surja una nueva actriz de reparto en alguna compañía pequeñita de aquel país.

SERAFÍN.— *(Arrobado en cada palabra)*. Será una compañía con mucha suerte.

ANA.— *(A Marcela)*. Como te decía, no podía marcharme sin conocerte ni sin darte las gracias por todo lo que has hecho y lo que has perdido por mí.

MARCELA.— *(Quitándole importancia)*. Cuando el martes pasado fui a ver a mi padre y me dijo que habían fingido su muerte haciendo pasar por el suyo uno de los cadáveres anónimos con los que trabajaba, casi me da algo. Me explicó que habían hablado ustedes y que habían decidido que lo mejor era entregarlos las cartas a esa morralla si queríamos salir con bien de todo esto. De todas formas, lo de fingir con esos upetistas que se la entregaría a cambio de que financiaran una de mis obras, fue idea mía. Pensé que así resultaría todo más creíble.

SERAFÍN.— *(A su hija)*. Ana ya sabe el compromiso en el que te pusimos con Jardiel y con ese sereno.

ANA.— De verdad que lo siento, querida —tomándole las manos de nuevo— y mucho más después de cómo esos hombres se han portado en todo esto.

MARCELA.— En gran parte, la idea de devolverles las cartas a los de Unión Patriótica era para ponerlos a ellos a salvo, pero en aquellos momentos no estaba segura de si hubieran aceptado, y después…

ANA.— ¿Y no hay manera de explicarles ahora por qué lo hiciste?

MARCELA.— Hernán ha desaparecido de Madrid sin dejar rastro. —Ahora sí debe refugiar la mirada mientras más lejos mejor—. A Enrique Jardiel Poncela he intentado verlo un par de veces, pero siempre ha puesto una gentil excusa para no encontrarse conmigo, cosa que no me extraña. Quizás más adelante.

SERAFÍN.— Nunca sabremos si hicimos bien en tomar aquella decisión. Ni qué hubiera pasado si no hubieran destituido a Primo de Rivera aquella noche —con expresión grave—. Pero entre general y general, y con el mismo Borbón de por medio, sinceramente me preocupaba mucho más lo que pudiera pasaros a vosotros.

Al otro extremo de la concavidad, la silueta de un hombre se vislumbra durante un momento, pero vuelve a ocultarse discretamente entre las sombras.

MARCELA.— ¿Es el arquitecto?

ANA.— Sí. Cuando necesité hacerme pasar por muerta no se me ocurrió lugar mejor que este para esconderme.

MARCELA.— ¿No temió que la delatara a su hermano?

ANA.— Ni por un solo momento. Hacía tiempo que estábamos en contacto. Nadie podía entender esta locura mejor que él…

El resto, no lo dice en voz alta.

Intenta mantenerlo en ese pozo sin fondo en el que se ha convertido.

Aún le queda mucho que interpretar.

-REVISTA DE PRENSA-

EL GOBIERNO HA DIMITIDO.
S. M. EL REY ENCARGA AL GENERAL BERENGUER UN NUEVO GABINETE.

LA VANGUARDIA, MIÉRCOLES 29 ENERO DE 1930

Las autoridades, siguiendo una denuncia anónima, han registrado la fábrica Fibrocementos Mancera donde se decía que trabajaban niños durante largas jornadas en condiciones insalubres. Revisado el lugar, se ha comprobado que todos los trabajadores eran adultos y que las condiciones sanitarias están sobradamente garantizadas…

ABC, JUEVES 30 DE ENERO DE 1930

¡UN PADRE ACUSA A UN HIJO DE HABERLE TIRADO POR LAS ESCALERAS!

Don Saturio Aguilar, de setenta años, padre de Hernán Ruiz, de profesión sereno y con treinta y cinco años de edad, ha presentado una denuncia ante la Primera Brigada, en la que acusa a su vástago de haberlo empujado por la escalera interior de su piso en la calle Bravo Murillo, sin mediar disputa de ninguna clase. El autor ya ha dado con sus huesos en la cárcel por tan aborrecible delito.

LA NACIÓN, VIERNES 31 DE ENERO 1930

«El cadáver del señor García», la farsa cómica de Enrique Jardiel Poncela que fue estrenada el 21 de febrero de 1930 en el Teatro de la Comedia, ha sido suspendida tras su séptima representación, constituyendo uno de los fracasos más sonoros de la temporada. No obstante, fuentes bien instruidas nos han informado de que este traspiés no ha hecho dudar al empresario teatral Tirso Escudero, promotor de la obra, del talento del autor, al que ya ha encargado una nueva pieza para el año próximo.

ABC, VIERNES 28 DE FEBRERO DE 1930

COMENTARIO DEL AUTOR

Creo que desde los once o doce años —que a estas alturas es como decir desde siempre—, la edad a la que me encontré por primera vez con Enrique Jardiel Poncela en *La tournée de Dios*, su insaciable independencia, el blindaje de su sarcasmo y ese descreimiento universal que comienza por no tomarse del todo en serio a uno mismo me han acompañado en todos y cada uno de los pasos de mi vida.

Y debe ser una consecuencia de esa trayectoria común la decisión de mudarme a su época para trabajar con él en una obra de ficción durante los dos últimos años. Para ello, he tenido la enorme suerte de contarle como un generoso colaborador que gustaba de prologar su obra dramática y narrativa a través de ingeniosísimos fragmentos de su propia vida donde he podido extraer la munición con la que he cargado los diálogos y los detalles biográficos que aquí se han podido leer.

La lluvia en la Mazmorra es el resultado de este encuentro, una historia con la presencia y la palabra de este amigo con el que he tenido la suerte de compartir tres días de 1930. La novela queda aquí. Jardiel, con su fino bastón y su andar menudo se viene conmigo.

DRAMATIS PERSONAE

ENRIQUE JARDIEL PONCELA: Prometedor autor de veintinueve años que ha publicado dos novelas y varias obras de teatro, además de múltiples colaboraciones en prensa. Está a punto de estrenar *E cadáver del señor García* en el Teatro de la Comedia cuando el secuestro de un amigo lo obliga a investigar una extraña red de circunstancias.

ANTOLINA VILCHES VELTRÁN: Profesora en el primer colegio para niños discapacitados que se fundó en Madrid y preceptora de la hija del conde Alivenza, afectada de síndrome de Down. Durante sus treinta y siete años ha llevado una vida anodina y desangelada que cambia de rumbo cuando la llaman desde una tienda de juguetes de la que nunca ha oído hablar.

HERNÁN RUIZ: Sereno de treinta y cinco años que, después de desempeñar un millar de empleos, muchos de ellos de dudosa legalidad, consigue sentar sus pasos ganándose la vida con el chuzo y el manojo de llaves, hasta que una noche, una joven dramaturga…

MARCELA. Dramaturga: Es lo que se puede leer en la tarjeta de visita de la hija del médico oficial del Teatro Español, íntimo amigo de Jardiel; veinticinco años y una disposición temeraria por convertirse en autora teatral de primera fila en nuestro país y para afrontar cualquier otra empresa.

ROMÁN LORANCA: A los veintidós años acaba de heredar una de las más antiguas y misteriosas tiendas de venta y reparación de juguetes de Madrid. En ella encuentra un autómata capaz de escribir

un desconcertante mensaje.

EL SEÑOR MANCERA Y EL SEÑOR GARCÍA: A los cincuenta, la diabetes ha dejado sin visión al señor Mancera, pero García, su amigo de toda la vida, lo recoge una o dos veces al día para ir a pasear o a dejarse caer por el café donde le lee los periódicos por los que nos enteraremos de las crónicas de esos finales de enero de 1930 y seguiremos paso a paso los tres últimos días del general Primo de Rivera al frente del gobierno. Estaremos muy cerca del final de la novela cuando sepamos que su relevancia en la trama es mucho más que testimonial.

EL CONDE DE ALIVENZA: Grande de España y uno de los consejeros con más influencia en Alfonso XIII, ha muerto con tan solo treinta y nueve años de edad por causas aparentemente naturales en la mañana en que comienza la novela y por la noche, durante su velatorio, ya está resucitando. El viejo caserón de la familia, La Mazmorra, comienza a llenarse de gente.

JUAN RAMÓN BIEDMA (Sevilla, 1962). Juan Ramón Biedma nace en Sevilla, estudia Derecho, y se dedica durante años a la gestión de emergencias, actividad que ha compartido con la de locutor de radio, guionista y crítico cinematográfico, así como con la colaboración en diversas publicaciones y antologías: *La lista negra, Libertad Condicionada y otros relatos, Guernika variaciones, La Biblia-El libro, Aquelarre*…

El manuscrito de Dios (Ediciones B), Mención Especial del Jurado en el II Premio de Novela fallado por la Semana Negra de Gijón del 2004 y finalista del Memorial Silverio Cañada, supone su debut en el campo de la novela, iniciando una trayectoria que se vería continuada con *El espejo del monstruo* (Ediciones B) —lectura obligatoria en la facultad de medicina de México— y *El imán y la brújula* (Ediciones B), premios Hammett, NOVELPOL y Crucedecables a la mejor novela policiaca del 2007. Sus siguientes trabajos fueron

El efecto Transilvania (Roca Editorial) y la novela gráfica *Riven. La ciudad observatorio* (Ediciones B). En junio del 2010 publica *El humo en la botella* (Salto de Página) nominada al premio Hammett y merecedora del Premio Especial de la Dirección de la Semana Negra 2010, premio NOVELPOL y considerada por la Gangsterera como la mejor novela del 2010. En febrero del 2011, aparece *Antirresurrección* (Ediciones Dolmen) nominada al NOVELPOL 2012 y al premio CELSIUS a la mejor novela fantástica del año.

En septiembre del 2014 es galardonado con el Premio Valencia de Novela Negra convocado por la Diputación de Valencia por su obra *Tus magníficos ojos vengativos cuando todo ha pasado*, editada por Lengua de Trapo en febrero de 2015.

Sus obras, continuamente reeditadas, citadas y seguidas por un numerosísimo grupo de lectores incondicionales, han sido traducidas hasta ahora al portugués, griego, alemán, ruso y turco.